Historia de un amor prohibido en la Segunda Guerra Mundial

JENNY LECOAT

HEDY

BASADA EN HECHOS REALES

NADIE ELIGE DE QUIÉN ENAMORARSE

En junio de 1940, las Islas del Canal son ocupadas por las fuerzas de Hitler. Hedy Bercu, una joven judía de Viena refugiada en Jersey, se emplea como traductora para los nazis y desde su puesto emprende acciones de resistencia. Pero allí también conoce a Kurt, un teniente muy diferente del resto de los alemanes, que cambiará para siempre todo lo que creía saber.

Esta apasionante historia de amor prohibido y supervivencia te dejará sin aliento.

SUNDAY POST

Editorial El Ateneo
www.editorialelateneo.com.ar
/editorialelateneo
@editorialeateneo

El corazón le latía a martillazos.
Debajo de su chaqueta, el sudor le
hormigueaba en la piel y caía en gotas
que le hacían picar la espalda.
Su mente se sentía calma y precisa,
pero cuando se trataba del miedo,
el cuerpo siempre ganaba.
Se permitió una pequeña y oscura
sonrisa. El amor. La locura a la que
arrastraba. Porque esto, sin duda,
era una verdadera locura.

www.editorialelateneo.com.ar

/editorialelateneo

@editorialelateneo

HEDY

JENNY LECOAT

HEDY

Traducción de Emilia Ghelfi

Editorial El Ateneo

Para los valientes isleños del Canal, cuyos actos de benevolencia, resolución y resistencia durante la ocupación salvaron la vida de otros.
Y para Gary.

Prefacio

Esta novela está basada en hechos reales. En 1940, la joven Hedwig Bercu, una muchacha judía que acababa de escapar del *Anschluss*, se encontró atrapada en la pequeña isla de Jersey cuando la Alemania nazi invadió las Islas del Canal. La extraordinaria historia de la lucha de Hedy por la supervivencia, incluyendo el papel que desempeñó un oficial en servicio de las fuerzas de la ocupación, se documentó por primera vez casi sesenta años después, y es la base de este relato ficcionalizado.

En los Agradecimientos hay más información sobre los antecedentes.

Capítulo 1

Jersey, Islas del Canal
Verano de 1940

El calor del sol había comenzado a suavizarse, y las gaviotas volaban para atrapar su última presa del día cuando sonó la sirena. Su gemido subió y bajó como un llamado por encima de los desordenados techos de tejas y los capiteles de la iglesia de la ciudad, y a través de los jirones de los campos de papas que estaban más allá. En la bahía de St. Aubin, donde las olas lamían la arena y burbujeaban sobre ella, su aviso llegó finalmente a los oídos de Hedy, que dormitaba apoyada contra el espolón, y la despertó de un salto.

Se levantó en cámara lenta y observó el cielo. Podía oír también un leve quejido hacia el este. Trató de serenar la respiración. Quizá fuera otra falsa alarma. Estos avisos se habían convertido en un hecho cotidiano en las dos últimas semanas, cada vez que aviones de reconocimiento simplemente sobrevolaban en círculos y luego desaparecían mar adentro con cámaras llenas de imágenes borrosas de los caminos principales y los muelles del puerto. Pero esta vez era diferente. El sonido del motor evidenciaba una feroz señal de propósito, y varios puntos negros diminutos aparecían en el azul distante. El quejido se convirtió en un murmullo y el murmullo en un zumbido estridente. Entonces lo supo. Esta no era una misión de reconocimiento. Este era el comienzo.

Hacía ya días que los isleños observaban el humo negro que se levantaba en forma de hongo sobre la costa francesa; sentían que la vibración de las explosiones distantes latía a través de su cuerpo y les sacudía los huesos. Las mujeres pasaban horas contando y recontando los alimentos enlatados en sus despensas, mientras que los hombres corrían a los bancos para retirar los ahorros de la familia. Los niños se quejaban a gritos cuando les ponían las máscaras de gas sobre la cabeza. Para entonces, se había desvanecido toda esperanza. No había nadie en la isla para disuadir a los agresores, nada que se interpusiera entre ellos y su trofeo, excepto la planicie de agua azul y un cielo vacío. Y ahora los aviones estaban viniendo. Hedy podía verlos claramente, todavía a cierta distancia, pero, por el contorno, suponía que eran Stukas. Bombarderos en picada.

Miró alrededor en busca de refugio. El café más cercano sobre la

playa estaba a un kilómetro y medio de distancia. Deteniéndose solo para buscar su cesta de mimbre, corrió por los escalones de piedra que llevaban a la pasarela de arriba, subiéndolos de tres en tres. Una vez allí, exploró el paseo: a unos cien metros hacia la Primera Torre había un pequeño refugio en el paseo marítimo. No tenía más que un banco de madera en cada uno de sus cuatro lados expuestos, pero iba a tener que alcanzar. Hedy se lanzó hacia él, rasguñándose el mentón al calcular mal el salto hacia el pedestal inferior, y se arrojó contra el banco. Un momento después, recibió la compañía de una madre joven, probablemente no mucho mayor que ella, atravesada por el pánico, que sujetaba a un pequeño de cara pálida de la muñeca. En ese momento, los aviones estaban sobre el puerto de St. Helier: uno dibujaba un arco a través de la bahía hacia ellos, el ruido del motor era tan ensordecedor que ahogaba los gritos del niño mientras la mujer lo protegía contra el suelo. El violento martilleo de las ametralladoras penetró en los oídos de Hedy cuando varias balas chocaron contra el espolón y saltaron en diferentes direcciones. Un segundo después, una explosión distante sacudió el refugio con tanta violencia que Hedy pensó que el techo iba a colapsar.

—¿Qué es eso? ¿Una bomba? —La cara de la mujer estaba cenicienta debajo de su tono bronceado por el sol.

—Sí. Cerca del puerto, creo.

La mujer la miró entrecerrando los ojos. Era el acento, Hedy lo sabía…, aun en un momento como este seguía separándola, marcándola como una extranjera. Pero la atención de la mujer rápidamente volvió a su hijo.

—¡Dios mío! —murmuró—. ¿Qué hemos hecho? Mi marido me dijo que deberíamos haber evacuado cuando teníamos la oportunidad. —Sus ojos se fijaron en el cielo—. ¿Cree que tendríamos que habernos ido?

Hedy no dijo nada, pero siguió la mirada de su compañera. Pensó en sus empleadores, los Mitchell, tambaleándose al subir a ese buque de carga sucio, inadecuado, con su hijo que gritaba y nada más que una muda de ropa interior y unas pocas provisiones en una caja marrón. En este momento, con el olor del combustible quemado de los aviones en la nariz, habría dado cualquier cosa por estar con ellos. Sus nudillos se volvieron amarillos en el banco de pizarra. Tirabuzones de humo negro flotaban por la bahía, y podía oír sollozar al pequeño a su lado. Hedy tragó con esfuerzo y se centró en las preguntas que rebotaban en su cerebro como una máquina de *pinball*. ¿Cuánto tiempo pasaría antes de que los alemanes aterrizaran? ¿Reunirían a la gente, los pondrían de pie delante de la pared para fusilarlos? Si venían por ella, ¿entonces…? No tenía sentido terminar esa idea. Anton, la única persona en la isla a la que podía considerar su amigo, no tendría poder para ayudarla. El refugio volvió a vibrar y ella sintió su fragilidad.

Hedy se quedó agachada en silencio, escuchando los aviones que daban vuelta y bajaban en picada, y el estallido de explosiones a una milla de distancia, hasta que, por fin, el sonido de los motores comenzó a desvanecerse a lo lejos. Un hombre con el cabello blanco revuelto se desplomó cerca de ellos y se detuvo a mirar el refugio.

—Los aviones se han ido —anunció—. Traten de volver a casa lo más rápido que puedan. No falta mucho para que lleguen aquí. —Los ojos de Hedy se fijaron en su chaqueta, que estaba cubierta de polvo y manchas dispersas de sangre—. No se preocupe, no es mía —le aseguró el hombre—. Un viejo compañero que caminaba cerca del muelle recibió una bala en la pierna…, tuvimos que llevarlo al hospital.

—¿Hay muchos heridos? ¿O…? —Hedy echó un vistazo hacia el niño, sin querer terminar la pregunta.

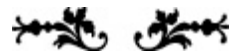
—Algunos, sí. —La voz del hombre tembló un poco y Hedy sintió un golpe de angustia. Presionó su puño contra los labios y tragó, antes de que el hombre continuara—: Bombardearon una fila de camiones de papas que esperaban para descargar en el muelle. No sé, por el amor de Dios, ¿cuál es el sentido de eso? —Sacudió la cabeza e hizo un gesto hacia su destino—. Apúrense.

El hombre se alejó rápidamente. Hedy arrastró su cuerpo tembloroso y se puso de pie, le deseó buena suerte a la mujer y se largó por el paseo hacia la ciudad, preguntándose cómo diablos haría para volver a lo de los Mitchell, suponiendo que la casa todavía estuviera en pie. Trató de apurarse, pero sus piernas delgadas se sentían débiles. Imaginó a Hemingway escondido debajo del sofá en la sala vacía, con su felino pelaje gris erizado de terror. Ya estaba lamentando a medias haber desobedecido la instrucción del señor Mitchell de haberlo puesto a dormir. Los ojos confiados del animal habían derretido su corazón en la puerta del veterinario. Ahora no estaba siquiera segura de que pudiera alimentarse ella, mucho menos un gato.

Para cuando llegó a las afueras de la ciudad de St. Helier, pudo oír las sirenas de las ambulancias y los gritos aislados de hombres desesperados que trataban de trabajar en equipo. El humo salía en columnas perfectas de los botes y los edificios en la tarde de verano sin viento; algunos automóviles estaban abandonados en los caminos en ángulos extraños. Había poca gente alrededor: algunos buscaban a los desaparecidos, otros caminaban sin rumbo; una vieja pareja sollozaba en un banco. Hedy siguió caminando, forzándose a poner un pie delante de otro, dirigiendo deliberadamente sus pensamientos hacia la realidad. El mar que rodeaba la isla probablemente ya estuviese lleno de submarinos. Pronto estaría una vez más rodeada por esos uniformes de color gris verdoso y oiría el ladrido de las órdenes. Imaginaba el golpe en la puerta, manos de la *Wehrmacht* tomándola del codo, la casa abandonada con platos sucios todavía sobre la mesa. Todo era posible

ahora. Recordaba demasiado bien la forma en que los alemanes se habían comportado en Viena. En especial con los judíos.

Apretó el paso, empujando el peso del cuerpo hacia adelante, deseosa de llegar a casa. Tenía que encontrar a Hemingway y darle un abrazo.



—Tengo esto. Pero podría ponernos en problemas.

Anton estaba de pie en la puerta de su habitación, sosteniendo un par de calzoncillos de algodón acanalado, que en un tiempo habían sido blancos y ahora eran grises. Incluso desde su asiento junto a la ventana, Hedy podía ver que no estaban lavados. Sintió que una pequeña sonrisa se apoderaba de sus labios al escuchar la palabra "problemas"; Anton podía ser cauto a veces, del mismo modo que podía ser absurdamente optimista en otros momentos. La cara de él, como la de ella cuando se veía en el espejo, estaba pálida por la ansiedad y el agotamiento. Anton vivía solo y Hedy sospechaba que las últimas cuatro noches, como ella, se había quedado sentado vigilando sin dormir las calles desiertas, contando las horas del toque de queda con una temerosa expectativa.

—Demasiado tarde para preocuparse por eso —replicó Hedy—. Y dijeron una bandera blanca. No especificaron de qué debía estar hecha. Mira, todos lo están haciendo.

Sacaron la cabeza por la ventana del primer piso a la luz del sol. Debajo, se veía una ordenada calle de la ciudad, rodeada por apartamentos construidos sobre tiendas y negocios, cuyas puertas abrían directamente al pavimento. Fuera de cada ventana, colgaba algún tipo de género casero: un delantal, el pañal de un bebé, ropa interior vieja. Desafío frente a la derrota. Anton asintió y Hedy, con cuidado de solo usar la punta de los dedos, tomó los calzoncillos y los ató al palo de la escoba; luego los sacó por la ventana, apoyando el extremo de la escoba en una silla y sujetándolo con una toalla. Mientras lo hacía, el sonido de los motores de un vehículo llenó sus oídos.

—Aquí vienen —murmuró Hedy.

El primer automóvil apareció al final de la calle en subida, bien visible desde su punto de observación: un elegante Bentley convertible, lleno de oficiales de rango superior. El segundo era un Daimler reluciente con varios más. Detrás de ellos, había una docena, o algo así, de marca Ford y Morris menos impresionantes, con soldados de más bajo rango, y un par de motocicletas con sidecar al final, todo robado, supuso Hedy, de los garajes de residentes locales, ya que los militares que llegaron apenas pudieron haber tenido tiempo de transportar sus vehículos desde Francia. Incluso desde arriba se veía con claridad el placer en las caras de los alemanes. Probablemente, después de meses en

los fríos campos lodosos de Europa, las playas blancas y los caminos arbolados de esta pintoresca isla les habían resultado una grata sorpresa, del mismo modo que una vez le había ocurrido a Hedy.

—Míralos.—La voz de Anton estaba oscurecida por la furia—. Cualquiera pensaría que conquistaron toda Inglaterra, no unas pocas islas británicas cerca de St. Malo.

—Para ellos es el primer paso —murmuró Hedy—. No esperan que los saludemos, ¿no?

Hedy miró las ventanas de enfrente. Detrás de cada una, los residentes miraban con un odio impotente a sus nuevos señores. No había habido más bombas desde el viernes por la noche, y el daño cerca del puerto y el Weighbridge, en parte, ya había sido reparado, pero todos sabían que ese día marcaba el verdadero comienzo del sometimiento. Al observar la llegada de sus captores, la gente deseaba que su furia les acribillara el corazón, su hosquedad era su única defensa.

Hedy sacudió la cabeza.

—No van a obligarnos a saludarlos. Querrán convencernos de lo civilizados que son…, mostrar al mundo cómo pretenden dirigir Gran Bretaña. ¿Qué fue lo que dijeron? —Tomó el panfleto que estaba en la pequeña mesa de Anton, y le sacudió la tierra del cantero de flores donde había caído. —Aquí está: "La libertad de los habitantes pacíficos está solemnemente garantizada". —Resopló—. Veremos cuánto dura.

Anton le apretó el hombro para transmitirle seguridad. Hedy sintió la calidez de su mano, el primer contacto físico con alguien desde que se despidió de la menor de los Mitchell y tuvo que morderse la parte interior del labio para contener las lágrimas. Se quedaron así un largo rato, hasta que las filas de automóviles desaparecieron y las ventanas que daban a la calle comenzaron a cerrarse. Habría más soldados, por supuesto, y, en los días siguientes, muchos más, pero los isleños habían tenido su primera impresión del enemigo, suficiente por un día. Anton volvió a su habitual poltrona junto a la chimenea, ubicada con cuidado para esconder el linóleo roto que había debajo. Era un apartamento pequeño, destartalado, pero tenía una calidez acogedora, mucho más confortable que la gran casa desierta de sus ex empleadores, y el olor de la panadería que estaba debajo lo hacía hogareño. Era un lugar donde siempre se había sentido segura.

—No tiene sentido pensar lo peor —dijo Anton, leyéndole la mente.

—Todo bien para ti. —Se desplomó en la única otra silla y acomodó una pierna debajo de su cuerpo, como hacía siempre. Sus dedos jugueteaban con la cinta de su vestido—. ¡Soy tan estúpida! ¿Por qué no me fui a los Estados Unidos cuando tuve la posibilidad?

—Sabes por qué.

—¡Podría haber conseguido el dinero de algún modo! No tendría que

haberme dado por vencida tan fácilmente.

Anton se inclinó hacia adelante en su silla.

—Mira, quedaron tan pocos judíos en la isla, ¿una docena, tal vez?, que es probable que, para los alemanes, no valga la pena perseguirlos. —Debe de haber visto el escepticismo en los ojos de su amiga, porque continuó:—De verdad, no creo que sea tan malo como fue en Viena.

Hedy sacudió la cabeza.

—¿No? Aunque tengas razón, aunque no vayan contra mi pueblo, ¿te das cuenta de lo vulnerables que somos ahora? Somos extranjeros aquí, ¡extranjeros que hablamos alemán! Quedaremos atrapados en el fuego cruzado.

—La gente de Jersey no se volverá contra nosotros, ellos saben por qué estamos aquí.

—Anton, te arrastraron a ese campo apenas seis semanas atrás, ¡solo por ser un extranjero enemigo!

—Solo hasta que verificaron todo, luego volví a casa. Eso es lo que quiero decir…, la gente aquí es bastante razonable.

—¡Ustedes, los católicos! —Su voz sonó aguda y áspera—. ¡Ustedes creen que el mundo está lleno de santos! ¿Piensas que los locales no recordarán que los austríacos arrojaron flores y vitorearon a los alemanes cuando cruzaron nuestra frontera?

Anton se recostó en su silla. A pesar del afecto que tenía por él, era una constante decepción para Hedy que Anton evitara las discusiones. En parte, porque no le gustaba la confrontación, pero también por un deseo genuino de no generar infelicidad. Tal vez ese era el motivo por el que ella nunca se había sentido atraída románticamente hacia él, a pesar de todo lo que tenían en común. Cuánto más protegida se sentiría ahora si las cosas hubieran sido diferentes entre ellos.

Anton se dio vuelta en la silla, maniobrando para cambiar de tema.

—Tengo que tratar de dormir un poco esta noche —dijo finalmente —. La panadería reabrirá mañana. El señor Reis considera que vendrá mucha gente que querrá comprar por miedo, pero no estoy tan seguro. Creo que la mayor parte de la gente tratará de seguir como si fuera un día normal.

Hedy se rio con amargura.

—Sí, por supuesto. Como dices, las tiendas abrirán, por orden del comandante. Y seguiremos con nuestros asuntos como si nada hubiera pasado. Eso es lo que hace la gente, ¿no? Levantaremos nuestras cortinas y adelantaremos el reloj una hora para adaptarnos a la hora alemana. Y nos convenceremos de que todo estará bien. —Su respiración salía en forma de cortos jadeos. Anton se acercó a ella.

—Hedy, basta.

—Todos caminarán por la ciudad como si no tuviesen miedo de ser arrestados. Y yo, yo me sentaré a esperar a ser llevada Dios sabe adónde

en el próximo barco. Tienes razón, además de eso, será un día como cualquier otro. —Las últimas palabras salieron de ella como un grito, mientras caía de rodillas y los sollozos sacudían su cuerpo—. No puedo soportar esto, Anton, no otra vez. Por favor, no permitas que me lleven de nuevo.

Anton la tomó suavemente en sus brazos mientras le susurraba palabras de consuelo; luego le pasó su pañuelo. Hedy lloró durante diez minutos completos mientras Anton preparaba un té caliente; la invitó a sentarse en su poltrona para beberlo. Puso a Rajmáninov en el gramófono y ambos se sentaron en un silencio acompañado, escuchando las supremas melodías hasta que el sol comenzó a bajar. Hedy observó el cielo por encima de los tejados que pasaba de un dorado pálido a un rosado; sus pensamientos iban en caída libre. Pensaba en sus padres allá en Viena, cuyas hermosas cartas ya no llegarían. Pensaba en Roda, en su risa de plata y su pelo salvaje; qué valiente había sido su hermana, metiendo ese sobre con chelines austríacos en su ropa interior mientras empujaban su viejo automóvil Steyr hacia el espesor de la maleza, a dos kilómetros de la frontera suiza. Se preguntaba si Roda había logrado llegar a Palestina. Luego, cerró los ojos y dormitó por un rato. Cuando despertó, Anton le dio más té y unos pastelillos viejos que había tomado de la tienda. Le pasó lo que quedaba de una lata de sardinas para que le llevara a Hemingway. Finalmente, cuando el cielo ya era de color azul profundo, llegó el momento de que se fuera.

—Busco mi chaqueta y te acompaño —dijo Anton—. No deberías estar en la calle sola.

Hedy se sonó la nariz y se acomodó el pelo. Esa noche era un umbral, el momento para poner las cosas en orden, para empacar y dejar todo listo. Mañana compraría un pasador para la puerta de entrada. Uno grande, negro, de acero, que se deslizara en su guía hasta cerrar con un clic sólido.

Del otro lado de la ventana, las estrellas más fuertes y brillantes comenzaban a perforar la oscuridad. Las miró mientras pensaba en quienes protestaban en las calles de Viena, borrando los eslóganes pro independencia de la calle. Los alemanes se reían y simulaban que los cubos pateados y los dedos aplastados eran accidentes, y la tiza y la pintura finalmente se eliminaban. Pero las palabras y los colores de los mensajes se imprimieron a fuego en su memoria para siempre, y la resolución nunca desapareció de los ojos de esos manifestantes.

Anton regresó con su chaqueta. Hedy le devolvió el pañuelo.

—Quédatelo.

—No, gracias. Ya no lo necesitaré.

La mañana del 16 de septiembre, un día con un grueso círculo negro en el calendario de Hedy, amaneció clara y brillante, a pesar de que una fuerte brisa soplaba persistente de la dirección del puerto. El clima había sido impredecible en los últimos días; una terrible tormenta había llegado del Atlántico directo al golfo de St. Malo, produciendo abruptos chaparrones y vientos que barrían las esquinas de la ciudad, hacían volar los sombreros de las mujeres y azotaban la bandera con la esvástica que ahora colgaba fuera de la Municipalidad. Estas ráfagas eran inusuales para el clima suave de la isla, sobre todo, cuando las hojas todavía estaban verdes en los árboles y las noches aún tardaban en llegar. Sin embargo, Hedy no había escuchado ni una queja al respecto; quizá, porque ya no había ningún turista que ahuyentar, o quizá porque parecía un reflejo adecuado de la depresión que había caído sobre la isla. La noche anterior, cuando caminaba por el espolón de la bahía de St. Aubin, observando a los suboficiales alemanes que desenrollaban millas de alambre de púa a lo largo de la playa, le pareció que hasta las olas se estaban retirando más rápido que antes, como si ya no desearan permanecer en ese lugar infectado.

Hedy se ajustó el cárdigan un poco más sobre el vestido mientras se dirigía a la principal calle comercial de la ciudad, preguntándose por qué el ritmo resuelto de sus sandalias de tacón hacía tanto eco mientras caminaba apurada por la calle, tanto que los transeúntes se daban vuelta para mirarla, casi agraviados por el sonido. Mientras hacía clic-clac en dirección a la calle King, se dio cuenta, poco a poco, de que el volumen se debía a la desaparición del tránsito motorizado. Aparte de ocasionales vehículos alemanes, el entramado urbano de St. Helier había vuelto a ser un laberinto de calles peatonales, donde cada ruido abrupto rebotaba y repicaba por las paredes, como en los viejos tiempos. Se prometió no volver a usar tacones en público. No había pasado las últimas semanas como un fantasma en su propia comunidad, saliendo apenas para comprar comida o tomar un poco de aire, solo para atraer la atención ahora.

Sin embargo, estaba agradecida de haber encontrado un nuevo apartamento en el centro de la ciudad, de fácil acceso a las tiendas y al mercado cubierto de la calle Beresford. Fue un gran cambio desde la gran casa de la familia Mitchell, pero con esa propiedad ahora bajo administración legal, un cuarto de alquiler frío en la parte superior de una casa en la ciudad era una especie de hogar, y mejor que quedarse encerrada en los distritos rurales. Las tiendas ya habían agotado las bicicletas, y Hedy había visto algunos caballos destartalados enganchados a viejos carros eduardianos, cargados con productos de St. Mary y St. Martin, y montones humeantes de estiércol de caballo de nuevo en los modernos caminos asfaltados. Muy pronto, reflexionaba Hedy, las calles de Jersey sonarían y olerían como las de su infancia.

Miró su reloj, eran poco después de las nueve y cuarto, lo que le daba apenas suficiente tiempo para comprar unas medias nuevas antes de su entrevista. Esa mañana había perseguido a Hemingway por el apartamento con un diario después de que él hubiera dañado su último par, gritándole que habría sido mejor abandonarlo. Se apuró hacia la tienda departamental De Gruchy, pasando a varias amas de casa locales, todas con la misma expresión: una mirada cauta, atormentada, de temerosa expectativa. Todas ellas apretaban el paso cuando pasaban grupos de soldados alemanes charlando, asustadas de estar tan cerca del enemigo, con miedo de que el apuro pudiera malinterpretarse. Y había muchos, quizá cientos de soldados en la ciudad ahora, echando un vistazo a las vidrieras y holgazaneando en los parques. ¿Cómo pudo el Reich disponer de tantos barcos para transportarlos a todos?, se preguntaba Hedy. Cruzando la calle para evitar un bullicioso grupo de soldados fuera de servicio, que compartían cigarrillos y se daban palmadas en los hombros, llegó al negocio, empujó la pesada puerta de vidrio y caminó entre los diversos mostradores elegantes hasta el sector de las medias.

—Disculpe —Hedy trató de neutralizar su acento tanto como pudo sin que sonara como una parodia—. Quisiera comprar unas medias.

La asistente, una mujer de unos cuarenta años, con un rodete alto, inclinó la cabeza mientras se preparaba para darle las malas noticias a su clienta.

—Lo siento, señora, pero no tenemos nada.

Hedy miró hacia abajo a los cajones de exhibición debajo del vidrio pulido del mostrador, y vio que estaban casi vacíos.

—¿No tiene nada atrás, quizá? —esbozó una sonrisa forzada, temerosa de que este abordaje obvio pudiera volverse en su contra, pero la mujer sacudió la cabeza.

—Lo siento, no puedo ayudarla. —Se inclinó hacia delante de un modo conspirador, envolviendo a Hedy con su penetrante perfume floral, y susurró—: Son ellos. Vienen aquí tan amistosos, pero ¡mire! Pasaron como una manga de langostas, para enviarles todo a sus familias, porque no han tenido nada en sus tiendas durante meses. Abrigos de invierno, utensilios de cocina, telas, lo que se le ocurra. ¿Trató de comprar queso esta semana? No se conseguía por nada del mundo.

Hedy adoptó el mismo volumen.

—¿No pueden negarse a servirlos?

—Vino este oficial alemán, este *Jerry*, y dijo que, si lo hacíamos, nuestros gerentes iban a parar a la cárcel. Pero ¿de dónde va a venir el nuevo stock? Eso es lo que quiero saber. ¿Usted los vio por el puerto esta semana, enviando todas nuestras papas a Francia? ¿Qué se supone que vamos a comer? Le digo qué… —La cara de la mujer se le iluminó

cuando se le ocurrió una idea, y su voz bajó aún más—. Puede quedarse con las medias que estoy usando ahora si puede conseguirnos un par de costillas de cerdo para esta noche. Es el cumpleaños de mi esposo y no he conseguido nada para él excepto un poco de tripa sobrante.

Hedy la miró mientras consideraba la propuesta. La idea de ponerse las medias usadas de una extraña le resultaba desagradable, pero más desalentador era comprender que, aunque quisiera, no estaba en posición de hacer ese tipo de trato. Esa misma mañana se había dado cuenta de que el carnicero del final de su calle había puesto un cartel que decía: "Solo clientes habituales". Sin dudas, había tratos especiales disponibles para los amigos y los favorecidos en este pequeño lugar insular, pero Hedy no tenía ese estatus.

—Gracias, le agradezco la idea, pero intentaré en otra parte.

La asistente se encogió de hombros para indicarle que estaba perdiendo el tiempo. Y así fue. Las tiendas vecinas, las mercerías en el extremo alto de la ciudad, incluso los pequeños negocios detrás del mercado, donde las mujeres mayores iban en busca de batones sin estilo y camisones de franela, todos le contaron la misma historia. A las diez menos diez, Hedy se dio por vencida y se dirigió hacia su cita con las piernas desnudas, oyendo la voz de desaprobación de su madre, que decía que las muchachas honestas nunca salían de ese modo.

No bien dobló en la Plaza Royal, todavía con la enorme cruz blanca de la rendición pintada en el pavimento de granito rosado, vio la multitud. Una fila caótica de hombres, serpenteando alrededor de la cuadra y metiéndose en la calle Church, amontonados de a dos o de a tres, todos arrastrando los pies y murmurando groserías furtivas a los demás, mientras esperaban para entrar a la oficina de registros improvisada en la biblioteca. Hedy se dio cuenta de que era la línea de registro para los hombres locales entre dieciocho y treinta cinco años, una manifestación del deseo de los nazis de enlistar, clasificar y numerar, y una preparación para futuras identificaciones. A partir de ahora, la búsqueda, el pedido de explicaciones y la exoneración de las personas de Jersey serían tan fáciles como tomar un memo de un casillero. ¿Cuál era la expresión en inglés? Como dispararle a un pez en un barril. El viento sopló de nuevo, y ella sintió un escalofrío.

De algún lugar en el centro de la multitud surgieron gritos de enojo. Hedy estiró el cuello y vio a un joven con una gorra de lana gesticulando a dos soldados alemanes y gritándoles que no tenían derecho a tratar de este modo a ciudadanos respetuosos de la ley. Hedy vio que los soldados se llevaban al hombre: el corazón le galopaba en el pecho y cerró los ojos por un momento. Luego se acomodó el vestido, se apartó de la multitud y emprendió el camino sin mirar hacia atrás. En el extremo más alejado de la plaza, dobló hacia la calle Hill y, con la cabeza en alto, entró resuelta a la Oficina de Extranjeros.

El teniente Kurt Neumann dejó caer su bolso marinero sobre el piso encerado de su nuevo alojamiento, y se dirigió directamente hacia las ventanas francesas que estaban al fondo de la soleada habitación. Podía ya sentir una sonrisa que se le extendía por la cara, como un niño que asistía a su primera feria. ¡Qué vista! Si solo tuviera una cámara... El jardín era hermoso. Los pimpollos blancos de rosas Alamy y exóticos arbustos costeros rodeaban una prolija extensión de césped. Al fondo, había una puerta de hierro adornada y, más allá… el mar. O, para usar una palabra más precisa extraída de su nuevo diccionario, la costa. Este no era el océano al que Kurt estaba acostumbrado, esa planicie aterradora, agitada, que amenazaba con tragarse los barcos y a los soldados. Esta era una superficie de brillante zafiro, que lamía una playa de arena rubia y espumosas algas negras. Hacía señas para que uno entrara, para que se atreviera a sacarse las botas y correr descalzo por su suave costa hospitalaria. Si no tuviera una sesión informativa de implementación en diez minutos, Kurt habría hecho exactamente eso, en ese mismo momento. Sacudió la cabeza maravillado y agradecido de obtener un puesto allí.

El *Unterfeldwebel* que los había recogido del puerto poco después del amanecer había sugerido una visita guiada por la isla antes de dejar a cada oficial en el lugar asignado. En el asiento trasero del brillante Morris Ocho convertible, el vecino inmediato de Kurt, un teniente Fischer que, orgulloso, mencionó tres veces que era de Múnich, extendió un mapa sobre sus rodillas y bombardeó al conductor con preguntas sobre posiciones geográficas y planes para defensas fortificadas. Pero Kurt, aparte de un raro movimiento de cabeza para fingir interés, solo se apoyó en el respaldo del asiento de cuero y miró alrededor, feliz de dejar que la información se deslizara sobre él. Habría mucho tiempo para trabajar después. En ese momento, quería absorber cada detalle.

La isla parecía un rectángulo. Primero manejaron por la bahía de St. Aubin en el lado sur, pasaron por el puerto de pintoresco granito con sus botes de pesca que se balanceaban, y sobre la colina de St. Brelade, donde una exuberante vegetación verde caía a la bahía de arena blanca. El camino los llevó hacia el lado oeste con su vasta playa y sus dunas ondulantes, luego diez kilómetros por la costa norte, con acantilados majestuosos y bahías de agua azul-verdosa, dignas de una postal. Del lado este, se revelaba el paisaje lunar de terracota de una costa rocosa estéril, y se elevaba hacia el cielo el glorioso castillo centenario de Mont Orgueil. En cada vuelta de los caminos sinuosos, en cada pendiente y bajo cada arco de espeso follaje esmeralda, Kurt sentía un ataque de entusiasmo. Pero, para ese momento, Fischer y los otros oficiales consultaban sus relojes y murmuraban sobre la necesidad de dirigirse a

sus alojamientos y presentarse en su puesto. Kurt asintió, mientras pensaba cómo le gustaría regresar aquí con su viejo amigo Helmut después de la guerra; aparentemente había planes de convertir todas las Islas del Canal en un centro turístico de clase alta para los militares cuando todo terminara. Podrían hospedarse en uno de esos grandes hoteles en el paseo marítimo, ir a bares, conocer algunas chicas. La pasarían genial.

Su alojamiento resultó ser una casa bonita en el lado este, en un área llamada Pontac Common. El interior olía a cera y lavanda, y había sido decorado con gusto en patrones florales discretos por sus antiguos dueños de Jersey. Parado en el jardín y mirando hacia el mar, Kurt se preguntó dónde estaba viviendo ahora. El sol del verano tardío le calentaba la cara a pesar del viento frío, y las abejas zumbaban entre las flores. Fischer, que estaba marcado en la lista como compañero de cuarto de Kurt, apareció sonriendo, como aprobando la vista.

—¿Qué lugar, no?

—Hermoso —replicó Kurt.

—Hay muchas cosas que poner en línea, sin embargo. Me refiero a toda la guarnición.

—¿De verdad? —Kurt notó que estaba usando una insignia de Ataque de Infantería y un broche de bronce de Combate Cercano.

—Directiva de Relaciones Públicas de Berlín. —Fischer olfateó y aplastó el final de un pequeño cigarro en el césped—. Hubo mucha cooperación con el gobierno local en las primeras semanas, creo que eso envía un mensaje equivocado. —Kurt asintió, preguntándose qué quería decir—. Aparentemente ni siquiera juntaron a los *Judenschweine* todavía; condenados cerdos judíos.

Kurt aspiró su cigarrillo y sintió que la parte divertida de su día empezaba a terminar.

—¿Quieren hacerlo?

—Los están registrando esta semana. Luego veremos. —Fischer aspiró una gran bocanada de aire marino—. Sí, creo que podemos hacer algo con este lugar.

Hedy observó cómo Clifford Orange, jefe de la Oficina de Extranjeros de Jersey, se acomodó detrás de su escritorio, pasando las manos por la superficie como si saboreara su solidez. Era un hombre de edad mediana; se le estaba cayendo el pelo, pero usaba un pequeño bigote, y sus cejas eran tan gruesas que parecía que treparan por voluntad propia. Del cielorraso colgaba una araña, demasiado grande para la habitación; el sol entraba por la ventana y se extendía por el piso brillante. Más allá del vidrio, Hedy podía ver los árboles en el patio de la iglesia de la

ciudad. Se sentó en la silla tapizada delante del escritorio de Orange y cruzó las manos sobre la falda encima de su cartera, con la esperanza de transmitir conformidad y obediencia. Le ofreció una pequeña sonrisa, pero Orange ya estaba perdido en el legajo que tenía delante de él.

—Entonces, señorita Bercu. Déjeme refrescar la memoria. Usted tiene veintiún años, llegó a Jersey el 15 de noviembre de 1938, y actualmente reside en el número 28 de la calle New, ¿correcto?

—Correcto, en el piso superior.

La observó con una mirada curiosa. Hedy sospechaba que era su dominio del inglés lo que lo intrigaba.

—Cuando llegó aquí, usted tenía una reciente visa británica a nombre de Hedwig Bercu-Goldenberg, un pasaporte extranjero emitido en Viena en septiembre de ese año y una tarjeta de registro que establecía su estatus como nacional de Rumania, emitida en Viena en mayo de 1937, a nombre de Hedwig Goldenberg. —Bajó el documento y la miró a los ojos—. ¿Puede explicar la variación en su nombre?

—Creo que ya lo he explicado: Bercu era el apellido de mi padrastro, y Goldenberg era el de mi madre.

—¿Su padrastro?

—No sé quién fue mi verdadero padre. Después que nací mi madre se casó con un rumano, y yo tomé su apellido.

Hedy tragó al final de la oración y tomó dolorosa conciencia de que había una película de sudor sobre su labio superior. Había ensayado esta historia una docena de veces con Anton en su apartamento, pero decirla en voz alta en un ambiente formal se sentía diferente.

Orange retiró el capuchón de su lapicera fuente, y con gran precisión escribió una nota en el documento.

—Entonces, siendo Goldenberg un apellido judío, ¿usted, de hecho, es judía?

—No.

Orange volvió a colocar el capuchón en su lapicera y la dejó a un lado, asegurándose de que estuviera perfectamente paralela al secante.

—¿Usted no es judía?

—Fui criada como protestante. Mi padrastro es judío y mi madre adoptó su religión cuando se casaron, pero no tengo sangre judía.

Hedy intentó sonreír, pero esta vez no pudo. Cada palabra de la mentira la atragantaba. Los ojos de Orange se incrustaron en ella y Hedy se dio cuenta de que le estaba mirando el pelo, que ella había acomodado especialmente hacia arriba para la entrevista de hoy. Sabía que su color rubio oscuro sería su principal coartada, en particular, para alguien como Orange que, probablemente, solo había visto imágenes de judíos en libros. Pero ahora estaba evaluando su autenticidad. Quizá le habían dicho que todas las mujeres judías usaban pelucas.

—¿Me está diciendo que su madre, cuyo apellido es Goldenberg, era,

de hecho, protestante?

—Sí. —Ahora sus manos aferraban la cartera como si pudiera salir volando de su falda en cualquier momento.

Orange se levantó de su asiento y caminó hacia la ventana, mirando hacia la torre de la iglesia normanda, una pose de juiciosa concentración.

—Verá, señorita Bercu, estoy en una posición muy difícil. Confío en que comprenda la relación entre las autoridades de Jersey y el Comando de Campo alemán.

—No del todo.

Orange se alisó el bigote con el pulgar y el índice.

—Me temo que es muy delicada. La administración civil de Jersey sigue como antes, pero ahora debemos acomodarnos y ejecutar las órdenes de nuestros nuevos señores. Y los alemanes han pedido que todos los judíos que viven en las Islas del Canal deben registrarse separados del resto de la población. —Se dio vuelta para quedar frente a ella—. Comprenda que estaría yendo contra mi obligación si no informara de todas las personas judías al Comando de Campo alemán.

Hedy trató de aclararse la garganta antes de responder.

—Pero yo no soy judía.

Orange suspiró lo suficientemente fuerte para que ella lo oyera.

—Si me perdona, encuentro su explicación poco convincente a la luz de la evidencia documental. Si usted pudiera probar de algún modo sus antecedentes…

—¿Por qué soy yo la que tiene que aportar una prueba? Si usted no me cree, ¿no le corresponde a usted, o a los alemanes, brindar prueba de que soy judía? —Dejó de hablar y se mordió el labio recordando el consejo de Anton de aplacarlo, no provocarlo. En su falda, las uñas se clavaban en sus palmas.

Orange volvió a su asiento como si quisiera cerrar el tema.

—Al contrario —replicó—. Las instrucciones del comandante de campo dicen con bastante claridad que, ante la duda, hay que tomar la medida precautoria de clasificar a esa persona como judía.

Hedy respiró profundo. Sintió que solo le quedaban unos segundos.

—Señor Orange… —Tuvo cuidado de pronunciar la "g" suavemente en estilo francés, no dura como en la fruta en inglés—. He visto en Viena cómo tratan los alemanes a los judíos. Si usted me registra como judía, seré observada constantemente. Puede que me pongan en prisión, quizá peor. Usted me estará poniendo en un peligro grave.

Orange frunció el entrecejo como un padre decepcionado con su hijo descarriado.

—No se han tomado medidas activas contra los ciudadanos judíos.

—Eso no significa que no estén planeadas.

—Si tiene tanto miedo de los alemanes, ¿por qué no evacuó en junio?

—Lo habría hecho, si Inglaterra hubiera aceptado el estado actual de mi visa. —Se rozó el labio superior con el dorso de la mano—. Si usted manda la información que le di hoy, los alemanes aceptarán su palabra. No hay razón para que alguien cuestione mi estatus de raza durante el resto de esta guerra. —Levantó la vista para cruzarse con la de él, una última apelación. Orange miró su cara, el legajo y de nuevo la cara antes de cerrar el legajo.

—Lo siento, señorita Bercu, pero, dada la información que tengo, sería descuidado de mi parte no clasificarla como judía por la ascendencia rumana dentro de las actuales regulaciones. Si pasara por alto las reglas y los alemanes descubrieran que he hecho eso, podría poner en riesgo no solo mi posición, sino toda la relación de cooperación entre el gobierno de Jersey y los ocupantes, de la que depende la seguridad de esta isla. Estoy seguro de que comprenderá. —Ella seguía mirándolo e, incómodo de pronto, Orange comenzó a charlar con una falsa animación mientras acomodaba sus papeles—. No tiene de qué preocuparse, sabe. Cualquier irregularidad que pueda haber ocurrido en su país natal, el registro es solo una formalidad aquí, parte del celo alemán por la buena administración. Aquellos de nosotros que estamos en el gobierno hemos visto que la mayoría de ellos son razonables y corteses. Simplemente tenemos que jugar con sus reglas, por ahora. —Hedy sabía que estaba esperando que ella se levantara, pero se quedó donde estaba, como si negarse a moverse de esa silla pudiera, de algún modo, alterar el curso de su destino—. En todo caso, creo que esto es todo por hoy.

Había terminado. Hedy se puso de pie con dificultad, tratando de recalibrar su nueva posición. Su destino había sido sellado, su vida se había transformado por el trazo de una lapicera. Miró a su alrededor y notó otras cosas en la oficina: la lámpara de bronce ubicada a un ángulo perfecto de cuarenta y cinco grados, los estantes con archivos sobre la legislación de Jersey ordenados alfabéticamente. Y en el rincón más lejano, más oscuro, un globo terráqueo en su pie, con una fina capa de polvo por no haber sido rotado en muchos meses. Nunca había tenido una chance. Orange le extendió la mano para que se la estrechara.

—Buenos días, señorita Bercu.

Hedy miró la mano sin extender la suya, luego lo miró directamente a los ojos.

—*Fick dich selbst*.

Se dio media vuelta y se marchó.

Capítulo 2

1941

La bahía de St. Ouen, en la costa oeste, era el lugar más salvaje y dramático de la isla. Cinco millas de arena prístina, curvadas en un arco perfecto, formaban un cementerio abierto para las olas cubiertas de espuma que se deslizaban por el golfo desde el Atlántico, elevándose e hinchándose antes de estallar contra la arena con la fuerza de tanques que avanzaban, lanzando su rocío blanco al aire. La bahía solo se veía interrumpida por afloramientos rocosos en cada extremo y la torre La Rocco a media milla, un pequeño edificio obstinado de la época de Napoleón, que todavía hacía frente a las fuertes corrientes de la bahía. Hedy amaba esa pequeña torre. Era su lugar favorito para caminar, aunque el fuerte viento soplaba directamente a través del tejido casi desintegrado de su abrigo de lana. Y por falta de un pegamento adecuado, la suela de su zapato abotinado izquierdo, por el momento el único par que le quedaba, estaba tratando de separarse del cuero.

La primavera se había negado a aparecer este año. El sol, que para esta época debía estar calentando el suelo, mimando a las flores y los tomates para que se abrieran e inyectando su único sabor a nuez a las papas de la isla, brillaba pálido y aguado. Hedy caminaba por el sendero entre las duras hojas de los pastos marinos, sintiendo que la arena penetrante le raspaba los dedos. Detrás de la extensión abierta de la playa se filtraban dunas de arena ondulantes entre las suaves pendientes de las tierras de cultivo vecinas. Si se produjera algún contraataque aliado, seguramente sería allí. No era de extrañar que esta bahía fuera ahora el foco de la obsesión de Hitler con el acero y el cemento, apuntalando su amada pared atlántica contra una fuerza que estaba seguro de que venía en camino. Al sentir la vibración de los camiones distantes, Hedy se dio vuelta para ver una columna verde y caqui que se abría paso por el camino de las Cinco Millas, pesados por la carga de metal y cemento. Estaban plantando minas a lo largo de la costa y aparecían nuevas defensas desde La Pulente, en el sur, hasta Grosnez, en el norte, gruesas torres grises con rendijas sombrías para las armas, búnkeres chatos de cemento y algunos puestos de armas. St. Ouen nunca volvería a verse igual.

El autobús de regreso a la ciudad debía llegar en veinte minutos. Hedy consideró una última caminata por la pendiente de Le Braye, pero decidió que no; había un solo servicio ese día y si calculaba mal el

tiempo para su regreso, sabía que no tendría la energía para correr a alcanzarlo ni para caminar los seis kilómetros hasta la ciudad. En los últimos meses, se había enterado del papel de las grasas en la dieta humana y lo que sucedía cuando se dejaban de ingerir. Temblando, metió las manos en los bolsillos, caminó arrastrando los pies hasta la parada del autobús, agradecida por el banco de piedra que había al lado, y se desplomó esperando que su respiración se normalizara. Fue entonces cuando vio un ejemplar del *Evening Post* del día anterior, tirado en el césped detrás del banco.

Hedy miró a su alrededor sorprendida, en parte esperando que apareciera alguien y lo reclamara. El diario podía usarse para encender fuego, para detener las corrientes de aire o para limpiar las ventanas, descartar toda una edición era impensable, y el dueño del diario debía de haber estado furioso al descubrir su pérdida. Entusiasmada con su tesoro, Hedy hojeó las ocho páginas en dos idiomas, llenas de órdenes y propaganda disfrazadas de noticias. Más tarde podría divertirse hurgando en las columnas errores de traducción, dejados deliberadamente por los editores de Jersey para que sus lectores supieran qué artículos habían sido dictados. Y leería las columnas de trueque y comercio, aunque Hedy hacía mucho que no intercambiaba ninguna posesión de algún valor que pudiera darse el lujo de descartar.

Sus ojos se fijaron en el titular de la página tres: "Tercera orden relacionada con medidas contra los judíos". La misma proclama había sido impresa la semana anterior. Hedy no tenía deseos de leerla de nuevo y trató de dar vuelta la página, pero se encontró inmersa en ella con una macabra fascinación.

… estará prohibido que desempeñen las siguientes actividades económicas:
(a) comercio mayorista y minorista;
(b) hotelería y restaurantes;
(c) seguros;
(d) navegación;
(e) despacho y almacenamiento;
(f) agencias de viajes, organización de recorridos turísticos;
(g) guías;
(h) empresas de transporte de toda índole, incluyendo la contratación de vehículos de motor u otro tipo;
(i) banca y cambio de divisas;
…

La lista iba hasta el final de la página, pero Hedy dobló el diario y lo metió en el bolsillo interno de su abrigo. Por deprimente que fuera, en última instancia, esta última orden no le hacía ninguna diferencia. De

todas formas nadie emplearía a una judía, por miedo a molestar a los alemanes. Incluso su último trabajo en la limpieza de una escuela fue considerado demasiado arriesgado por el director, que le dio el salario de una semana y una excusa sobre el estado insatisfactorio de los baños. Hacía tres meses que vivía nada más que de sus magros ahorros y la caridad de Anton, que guardaba cada costra quemada de la panadería y a menudo le deslizaba algunos peniques para comprar raciones. Pero esta mañana, mientras se preparaba para su caminata, se había dado cuenta de cómo le colgaba la ropa sobre el cuerpo y que su piel, en otro tiempo sedosa y luminosa, se había vuelto seca y cetrina. Así, pensaba a veces, es como terminaría. Los alemanes no iban a fusilarla después de todo. Solo iban a dejarla morir de inanición.

El autobús llegó lleno, y Hedy, después de contar la tarifa en cambio pequeño, se retorció para pasar y encontró un asiento bien al fondo. Allí podía disfrutar del paisaje sin ser arrastrada a una conversación. Con mucha frecuencia había visto a la gente retroceder ante su acento, tomándola por una secretaria alemana o incluso una espía. Invisibilidad y silencio constituían una opción más simple. El autobús subió la colina y Hedy contempló cómo la torre La Rocco desparecía en la ventanilla de atrás, y el agua se arremolinaba y sorbía las rocas que había debajo.

Al menos esta noche tenía algo que esperar con ansias. Anton le había ofrecido pagarle el boleto del cine West para ver *El mago de Oz* y, aunque ella la había visto seis veces desde que el cine se había quedado atascado con ella, era un cambio bienvenido respecto de pasar la noche sola en su apartamento. En los primeros tiempos, el cine vendía jarros de chocolate durante el intervalo, pero ahora ya no había disponible nada tan lujoso. El estómago de Hedy hizo ruido y la boca se le hizo agua con el recuerdo, y durante el resto del viaje se obligó a contar camiones de soldados que iban en el sentido contrario. Pensar en comida solo la deprimía.

Se bajó del autobús en Weighbridge y caminó hasta el cine, donde la cola ya rodeaba el edificio y se extendía calle abajo. Siempre había gente de Jersey allí; los alemanes preferían películas en su propia lengua en el cine Forum, aunque la policía de campo enviaba ocasionales espías para mantener la vigilancia en estos eventos. Hedy buscó a Anton en la fila y, por un momento, pensó que había llegado antes que él. Y luego lo vio. En el medio de la fila, con el pelo despeinado tirado hacia atrás, Anton estaba apretujado contra una mujer, un poco mayor que él, de cara ovalada pálida y ojos celestes. Su cabello negro, una copia casera del corte a lo Greer Garson, la hacía parecer más joven que sus treinta y tantos años, y un poco vulnerable. Anton y la mujer estaban tomados del brazo y riendo de algo que ella había dicho: una risa que Hedy no había escuchado en mucho tiempo. Sintió una ráfaga de curiosidad. A menudo había visto que Anton miraba ruborizándose muchachas

bonitas en parques y cafés, pero nunca había tenido el valor de invitar a alguna a salir. Hedy se acercó lentamente hacia ellos y esperó. Anton sonrió y respiró profundo como hacía siempre antes de hablar en inglés.

—Hedy, ella es Dorothea. Nos conocimos la semana pasada cuando vino a la panadería.

Dorothea ignoró la mano extendida de Hedy y se acercó a su mejilla, con los labios ya preparados para un beso.

—¡Anton me habló tanto de ti! —dijo con entusiasmo—. Sé lo buenos amigos que son. Espero que podamos ser amigas también.

Hedy notó que las uñas de la mujer estaban carcomidas, y sus movimientos eran agitados como los de un pichón. Pero lo más asombroso era la fuerza de su acento de Jersey, una inflexión vibrante que Hedy había aprendido a reconocer. Miró a Anton, sorprendida por su elección de una muchacha local. Le sonrió a Dorothea.

—Me gusta tu corte de pelo.

Dorothea se ruborizó con obvio placer.

—Gracias, mi madre lo hizo. Es más fácil manejarlo así cuando no se puede comprar champú. —La mano de Hedy fue automáticamente a sus bucles desarmados y resecos—. ¿También eres de Viena?

—Soy de Rumania, originalmente.

—¿Y eres judía?

Hedy dio medio paso atrás. Sus ojos, brillantes por la acusación, fueron directamente a Anton, pero, para su molestia, la mirada de su amigo en ningún momento se apartó de Dorothea. Hedy observó la fila, no era una conversación para tener un lugar público. Finalmente respondió con tranquilidad.

—Estoy registrada como judía, sí.

Dorothea, ignorando el malestar de Hedy, sacudió la cabeza con simpatía.

—Creo que es horrible la forma en que los están tratando. No sé por qué Hitler odia tanto a los judíos. ¿Cómo se supone que se arreglen si no se les permite trabajar? —Hedy se sintió de pronto consciente de su abrigo destartalado y su zapato despegado. Pero luego una idea iluminó la cara de Dorothea—. Te cuento lo que vi el otro día… un pedido de traductores.

—¿Traductores? —Hedy la miró confundida.

—¿Sabes de ese nuevo complejo de transportes que los alemanes están construyendo en Millbrook? Aparentemente necesitan personas que puedan hablar inglés y alemán para trabajar en las oficinas. Deberías presentarte. ¡Tu inglés es maravilloso! —agregó con una amplia sonrisa.

Hedy abrió y cerró la boca, sin saber cómo responder. Buscó a Anton para ver su reacción, pero su amigo, consciente de la tormenta en ciernes, mantuvo la mirada baja. Un silencio doloroso se expandió en el

espacio entre ellos, hasta que Hedy se aclaró la garganta y habló con deliberada lentitud.

—¿Estás sugiriendo que yo, una muchacha judía, me presente a un trabajo en una oficina alemana?

—Deben de estar desesperados —respondió Dorothea, como si le hiciera un cumplido—. No mucha gente de aquí habla alemán… Bueno, es una lengua tan difícil, ¿no? El anuncio decía que la paga era buena, también.

En ese momento, un muchacho en un uniforme marrón demasiado grande para él abrió las puertas del cine y Anton se adelantó.

—¿Dijiste que tenías que ir al baño de damas, Dory? Ve y yo consigo los boletos.

Dorothea le dio un sonoro beso en la mejilla y se fue apurada. Anton chequeó que ya no pudiera escucharlo antes de volverse a Hedy, mirándola como un niño que espera ser regañado.

—Por favor, no la juzgues, Hedy —murmuró en alemán—. Tiene un corazón de oro. Es solo que no tiene mucho mundo.

—Anton, ¿a qué estás jugando? —La voz de Hedy salió como un siseo—. ¿Contándole mis asuntos a una total extraña?

—Simplemente salió el tema… Hemos compartido muchas cosas esta semana. No te preocupes, es confiable.

—¡Apenas la conoces! En todo caso, es una isleña… Si sale contigo va a ser considerada una *Jerrybag*, una mujer que anda con alemanes.

Anton se negó a cruzarse con su mirada.

—Sabe que no soy alemán.

—¡No tengamos esa discusión de nuevo! Dios mío, Anton, ¿escuchaste lo que me dijo? ¿No sabe siquiera de qué se trata esta guerra? ¡Es una *shoyte*!

Anton seguía observando a su alrededor, mirando cualquier cosa menos a ella.

—Mucha gente tiene que trabajar para los alemanes ahora, quieran o no. En tu posición, podría valer la pena considerarlo.

—¿Mi posición? —Hedy lo miró—. ¡Mi posición es que esos bastardos nos sacaron de nuestra patria y me consideran un animal! ¿Y estás diciendo que debería ayudarlos con su administración?

—Estoy diciendo que necesitas dinero. —La voz de Anton era baja pero sólida—. Hedy, eres mi amiga. Me preocupo por ti. Quiero ayudarte, pero cada semana se hace más difícil. Lo que Dorothea está sugiriendo podría ser una solución práctica… —Buscó su brazo. Ella alejó la mano con violencia.

—Entonces, ¿así es como nos comportamos ahora? ¿Aceptamos lo que ha pasado…, nos hacemos amigos de los alemanes? —Sacudió los brazos en el aire, exasperada—. No puedo creer que estés de su lado. O que, incluso, estés interesado en una mujer como ella. ¿Sabes qué? —Se

ajustó un poco más el abrigo contra el cuerpo—. Me voy a casa. Ya no quiero ver el estúpido *Mago de Oz*.

Y dándose vuelta para que Anton no pudiera ver el dolor en sus ojos, se alejó. Cuando finalmente encontró valor para mirar hacia atrás, la fila había desaparecido dentro del cine.

Los escalones de cemento de la casa estaban muy cuarteados, y la puerta comunitaria debajo de un pórtico en otro tiempo adornado estaba tan hinchada por la lluvia y la falta de pintura que apenas cerraba. Hedy se escabulló dentro del edificio y comenzó el largo ascenso por la ancha escalera a oscuras hasta su apartamento. Oyó el crujido de la madera vieja y reseca cuando pisaba cada escalón, y sintió como si el sonido proviniera de dentro de ella. El resentimiento se mezclaba con el ácido en su estómago vacío. ¿Cómo llenaría su noche ahora? ¿Las noticias de la BBC a las nueve, con más informes deprimentes de las derrotas aliadas en el Norte de África? ¿Meterse en la cama con Hemingway y un libro de la biblioteca, cerrar la cortina pesada que separaba su área de "dormitorio", y apagar el mundo por algunas horas? Su espíritu se hundió con la idea. Sabía que se había apresurado al irse de ese modo. Ese temperamento estúpido y petulante del lado de su padre. Pero ahora era demasiado tarde.

En el primer piso escuchó el chirrido habitual de la puerta de la señora Le Couteur que se abría unos centímetros, y vio un ojo que observaba desde la oscuridad. En sus primeras semanas aquí, Hedy solía saludar a su vecina para tranquilizarla, con la esperanza de que pudiera alejar las sospechas de la anciana viuda y, quizá, construir una cierta confianza entre ellas. Pero Hedy nunca había recibido más que un gruñido en respuesta y, después de que encontró a la pensionada en el hall de abajo, sosteniendo el correo de Hedy contra la luz para evaluar el contenido, se había dado por vencida. Ahora ignoraba a la vieja bruja cuando pasaba por su piso, y escuchaba el clic de la puerta de nuevo al cerrarse cuando ella seguía su ascenso hasta el piso superior.

El apartamento estaba sombrío; solo los últimos rastros grises del atardecer iluminaban apenas el linóleo. Estaba tremendamente frío. Hemingway se acercó saludarla, y Hedy lo alzó y lo abrazó, contenta de tener su cálida sedosidad sobre la cara. Pero rápidamente, al darse cuenta de que no tenía comida en su cuerpo, el desagradecido animal se escapó de sus brazos y regresó al canasto delante de la chimenea. Olfateó el hogar vacío, mientras le lanzaba una mirada esperanzada.

—No hay chance —murmuró Hedy, bajando la persiana. Luego se estiró lenta y reticentemente para tomar una de las preciosas velas de la caja que tenía debajo del fregadero. Le habían costado en el mercado

negro gran parte de los ahorros que le quedaban, y meticulosamente marcó la cera de cada una con un cuchillo, limitando su uso nocturno. No habría ceremonia de Janucá este año. Tomando un fósforo de la caja que estaba en el dintel de la ventana, lo prendió con cuidado para que se encendiera en la primera oportunidad sin partirse. La mecha se prendió y Hedy colocó las manos alrededor de su pequeña llama dorada.

Ahora el frío de la habitación comenzó a acecharla, trayendo con él una multitud de justificaciones adecuadas para su partida intempestiva. Tenía derecho, ¿no?, a sentirse molesta por la indiferencia de Anton. Traicionar a su vieja amiga, en frente de esos *meshugas*…, ¡por una mujer que acababa de conocer! ¿Ese era el mismo hombre que se quejaba cuando se veía obligado a atender a soldados alemanes en la panadería? Si había una cosa que ella siempre había admirado de Anton era su brújula moral. ¿La había dejado de lado solo por una cara bonita?

Sobre el pequeño horno, había una olla que contenía el último poco de sopa de repollo y nabo que había cocinado el día anterior. Su olor impregnaba el aire como un lavado viejo y agrio. Por un momento, pensó si dejarlo para el desayuno, pero el hambre, como siempre, derrotó al sentido común, y pronto se vio tragando más rápido de lo que era bueno para ella. Succionó con fuerza la cuchara de latón para hacerse de las últimas gotas y lamió el interior de la olla hasta que solo pudo saborear el metal; se desplomó en la silla de madera y miró la llama titilante. Luego, aunque se dijo que era una mala idea, abrió el cajón angosto que estaba debajo de la mesa y deslizó su mano adentro, tanteando hasta que encontró un pequeño atado de papeles. Acercando la vela, desplegó las delgadas hojas y buscó la última carta, fechada en abril de 1940, exactamente un año atrás.

"Nuestra querida hija", comenzaba en la letra como patas de araña de su madre. Seguían varias oraciones vacías y sospechosamente alegres sobre el clima maravilloso y los vecinos generosos. Así, hasta el último párrafo oscuramente codificado: "Pero estamos hablando de irnos de vacaciones". Hedy volvió a mirar la llama. Ni una sola vez en todos los años de matrimonio sus padres hablaron alguna vez de irse de vacaciones. Cerró los ojos y reconstruyó la imagen de su madre, calentándose las manos junto a la vieja cocina. Pensó en Roda, con su pelo de ébano y su risa, que siempre aparecía en la mente de Hedy con un ancho sombrero para el sol y sosteniendo un largo palo, labrando la tierra en algún kibutz palestino. Después de un tiempo, Hedy alisó la hoja de papel y la volvió a su atado y a su cajón, y esta vez lo cerró con su pequeña llave de metal. Leer estas cartas nunca le traía consuelo, del mismo modo que los libros de recetas no mataban los accesos de hambre. No volvería a leerlas en un mes.

Se apoyó contra el respaldo, pero la imagen de Roda persistía. Roda, que había flirteado con los guardias alemanes cuando fueron

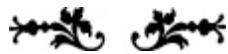
interrogados esa noche cerca de la frontera suiza, riendo coquetamente para evitar mostrar sus papeles, guiñándole el ojo a un nazi sonriente para cruzar la frontera. Hedy había rebosado de admiración por ella esa noche. Roda haría todo lo que tuviera que hacer para sobrevivir. Era tan inteligente, tan intrépida…

"Hedy, eres mi amiga. Me preocupo por ti".

Muy lentamente, como si estuviera haciendo un truco de magia para sí misma, Hedy sacó el ejemplar del *Evening Post* de su bolsillo. Lo abrió sobre la mesa y hojeó las páginas, esta vez ignorando la orden para los judíos y avanzando con velocidad hacia los clasificados del final. Allí estaba, en la página siete, un aviso recuadrado.

> SE BUSCAN: traductores con fluidez tanto en inglés como en alemán para trabajos de oficina en NSKK Transportgruppe West, Staffel Vt. Excelente tarifa. Solicitudes por escrito hasta el 15 de mayo.

Volvió a leerlo, luego una tercera vez. La habitación estaba en perfecto silencio y la única luz provenía de la llama de la vela y su reflejo amarillo en los ojos brillantes, interrogadores de Hemingway. El alquiler vencía el viernes. Una vez pagado, no tendría nada más para comprar sus raciones. Un dolor ardiente trepó por su pecho mientras cortaba alrededor de los bordes el aviso y colocaba el pequeño rectángulo de papel sobre la mesa. La habitación seguía estando fría, pero se dio cuenta de que estaba transpirando.



—Este está listo.

El suboficial se acercó con una tablilla y anotó la chapa patente del camión Opel Blitz. Luego ofreció el documento para la firma y arrancó la copia.

—¿Traigo el siguiente, teniente?

—No, voy a ir a almorzar. Deme media hora.

Limpiándose las manos engrasadas en un trozo de paño, Kurt Neumann estiró la espalda adolorida, se acomodó el pelo y se dirigió al casino de oficiales. Había guiso de conejo como menú del día. Guiso de verdad, ¡con puré de papas! En esta época, el año anterior, estaba viviendo de latas de *Fleischkonserve* (recordar esto todavía le daba algunas arcadas) y ese horrible pan de centeno que le rompía los dientes. Su estómago hizo ruido en feliz anticipación.

Mientras cruzaba el complejo, Kurt tosió para sacudirse el polvo de la garganta. El polvo fino y pálido de Lager Hühnlein se metía en todas partes: la ropa, los ojos, hasta las medias. Eso era lo que se lograba por

levantar un complejo tan vasto, extendido en unas pocas semanas. La escala del lugar era impresionante, con filas de barracas de administración prefabricadas, unidades de almacenamiento de material y senderos reforzados para que los vehículos pesados anduvieran por ellos todo el día. Desde allí, según el Comando de Campo, se planearía e implementaría "la mayor construcción de fortificaciones que el mundo hubiera visto".

Kurt se preguntaba si ese concepto no era un poco alocado. Después de todo, si Churchill quería recuperar estas islas por la fuerza, ¿no lo habría hecho ya? ¿Por qué gastar tanto dinero y energía para arruinar un hermoso paisaje? Pero Kurt era muy inteligente para decir en voz alta lo que pensaba a otros oficiales, y mucho menos cerca de fanáticos como Fische. La Organización Todt u "OT", como se conocía la sección de ingeniería militar, estaba dominada por una verdadera banda de réprobos, muy diferentes de los profesionales disciplinados con los que había servido en Francia. Cuando se sentaban en grupo durante las comidas, fumaban un cigarrillo tras otro y se reían groseramente de bromas que él consideraba crueles. En una ocasión había visto cómo un muchacho local, un chico que caminaba raro y que fue contratado para limpiar las letrinas, era pateado por un oficial de la OT por una supuesta falta de respeto. Kurt se había sentido mal con el incidente, pero no lo había informado. Se dijo que no tenía sentido, ya que no se tomaría ninguna medida. Como su amigo Helmut le había advertido en sus días escolares, era mejor mantener la cabeza gacha cuando no había nada que ganar. Y, más allá de los matones de la OT, le gustaba su trabajo. Supervisar el trabajo de los mecánicos, completar las listas de inspección, firmar la importación de tractores, eran tareas que podía hacer hasta dormido. Un poco de mano en los motores Buick, un poco de papeleo, casi nunca en el frente. Era casi como volver a la escuela de ingeniería.

Había una fila en el casino, de modo que decidió fumar un cigarrillo y esperar. Apoyado contra la pared de una barraca de almacenamiento, sacó con unos golpecitos un Gauloise, su nueva marca favorita, de un paquete que tenía en el bolsillo y estaba a punto de encenderlo cuando lo que vio lo hizo detenerse con la llama de su encendedor todavía ondulando en la brisa. Una muchacha delgada, pálida, de cabello rubio oscuro estaba de pie entre dos de los bloques de administración, mirando confundida a su alrededor. Su pelo estaba prolijamente recogido, pero, a pesar de la calidez del día, vestía un lamentable abrigo de lana y zapatos muy gastados. Se veía ansiosa y, claramente, necesitaba una buena comida, pero lo que más lo sorprendió fueron sus ojos. Eran los ojos grandes, asustados, de una criatura del bosque; sin embargo, había en ellos un rastro de desafío, también. Estaba a punto de preguntarle si necesitaba ayuda cuando ella le habló primero.

—Perdóneme, estoy buscando al *Fedwebel* Schulz de la OT en el Bloque Siete.

Kurt sonrió sorprendido.

—¿Es alemana?

Ella sacudió la cabeza.

—De Austria. Estoy aquí por… —dudó, como si las palabras le hirieran la boca—, por el trabajo de traductora.

Kurt no podía dejar de mirar esos ojos. Eran del color del mar en la bahía de Rozel.

—El Bloque Siete es la siguiente barraca a la izquierda. Déjeme mostrarle.

—No, gracias. —Su voz tenía el frío de la cortesía obligatoria—. Puedo encontrarlo sola.

Kurt la miró alejarse por el terreno desparejo: su figura se balanceaba mientras se movía; no sacó los ojos de ella ni un segundo hasta que dio vuelta la esquina y desapareció.

Una hora después, con el estómago lleno de guiso de conejo, Kurt estaba pasando por la entrada del Bloque Siete con una pila de sumarios firmados, cuando volvió a ver a la muchacha. Esta vez se estaba yendo de la barraca y al hacerlo estrechó la mano de un hombrecillo rechoncho, que usaba gafas con montura de metal y que Kurt supuso que era Schulz. Era un apretón de manos extraño, superficial, como si ninguno de los dos quisiera formar parte de él y lo dos quisieran que terminara lo antes posible. Kurt observó a la muchacha mientras caminaba por el sendero hacia el límite de alambre de púa y la puerta de salida, entonces llamó a Schulz.

—¿*Feldwebel*? —El hombre asintió. Kurt lo miraba desde arriba—. Esa joven… ¿estaba aquí por el puesto de traductora, ¿verdad?

—Sí, teniente.

—¿La va a tomar?

Schulz se retorció un poco.

—No me queda otra opción, me temo, señor. Tiene fluidez en ambas lenguas. Hemos tenido muy pocos candidatos.

—No entiendo. ¿Hay algún problema?

Schultz parpadeó muy rápidamente como si alguien le hubiera tirado arena en la cara, y se rascó la punta de la nariz.

—En absoluto, señor. Estoy seguro de que demostrará que es totalmente aceptable.

Kurt percibió que Schulz estaba guardándose algo, pero no podía molestarse en averiguarlo. Su atención estaba todavía a medias en la figura de la joven que se iba, de modo que sonrió vagamente y le indicó a Schulz que podía irse. Luego, todavía con los sumarios en la mano, sintió una fuerte curiosidad que lo presionó a continuar. Al menos, eso fue lo que se dijo después.

Verificando que nadie estuviera mirando, bajó por el camino detrás de la muchacha, con cuidado de mantener la distancia. Al llegar a la puerta, ella giró a la izquierda hacia el estrecho camino rural. Haciendo un rápido saludo a los guardias, Kurt salió del complejo tras ella. Todavía quedándose bastante lejos –después de todo, si ella se daba vuelta a preguntarle, ¿qué le diría?–, siguió a la muchacha hasta el siguiente recodo. Allí, lo que vio lo hizo dar un paso atrás y meterse en el borde de pastizal del camino por miedo a interrumpir ese momento privado.

La joven estaba inclinada en un portón de hierro oxidado que llevaba a una granja vecina, con los antebrazos apoyados en la barra superior. Kurt no podía ver su expresión, pero la inclinación de sus delgados hombros sugería una intensa tristeza, incluso desesperación. Levantó una mano pálida, ligera, hasta la cara y se secó las mejillas. Con la otra mano, se quitó las hebillas de la nuca hasta que su pelo cayó en suaves rulos, luego sacudió la cabeza hacia atrás para soltarlos más, con cuidado de no perder ni una sola hebilla, que colocó en el bolsillo de su abrigo. Kurt la observaba, transfigurado, apenas respirando, temeroso de que ella pudiera darse vuelta y verlo, mientras, al mismo tiempo, deseaba que lo hiciera. Pero la muchacha no se dio vuelta; continuó de pie, totalmente quieta, apoyada en el portón y mirando hacia el campo que tenía delante, como aspirando los aromas y perfumes de la campiña que la rodeaba. La brisa la rodeó, redibujando su silueta, y Kurt imaginó que ella había cerrado los ojos. Luego, cuando una bandada de golondrinas cruzó el cielo por encima de ella, la joven se inclinó hacia adelante sobre el portón y vomitó hacia el lado del campo.

La ciudad estaba más ajetreada que lo habitual, quizá debido a los rumores de quesos franceses en oferta en el mercado cubierto. Hedy se paró en la esquina a observar a las amas de casa que pasaban apuradas con bolsas de compra medio vacías, y ciclistas con tubos de goma como neumáticos que se desviaban para evitar los baches. Miró a su alrededor, tratando de decidirse. El apartamento de Anton estaba a una corta caminata hacia su derecha, pero si giraba a la izquierda hacia la calle New estaría en su casa en ocho minutos. Tenía un gran deseo de correr y sentir el consuelo de Hemingway ronroneando sobre su estómago. Pero sabía que esta frialdad entre ella y Anton se había prolongado por demasiado tiempo y era hora de terminarla. Hoy, especialmente, extrañaba la compañía cómoda de Anton y su seguridad optimista. Giró a la derecha y sintió que sus pasos se apuraban a medida que se acercaba a la tienda. Sin golpear, abrió la puerta del costado hacia el apartamento y comenzó a subir la escalera. Pero lo que oyó luego la hizo

congelarse en el lugar.

—Adentro por la nariz, afuera por la boca… Ahora lento. —La voz, masculina, llena de autoridad, flotó hacia ella por el aire estancado que olía a moho y harina. El estómago de Hedy se hizo un nudo mientras continuaba subiendo de puntillas, tratando de identificar la voz. Ciertamente, no eran Anton ni su jefe, el señor Reis. Trató de no emitir sonido, dudando al llegar arriba.

—¿Anton? —La puerta estaba entreabierta y ella la empujó hasta que se abrió lo suficiente para poder ver adentro. Sentada erguida en el centro de la habitación en una silla de madera estaba Dorothea, con los ojos cerrados en actitud de concentración, su respiración era rápida y superficial, su pelo oscuro se le pegaba en la frente. Tenía las manos juntas delante de ella como en una plegaria, y el pecho le saltaba con una tos persistente. A su derecha, con la mano apoyada en su hombro para darle seguridad, se encontraba Anton, y a su izquierda había un caballero de edad mediana con mechones grises alrededor de las sienes y gafas redondas con montura de pasta. El hombre se dio vuelta e hizo un gesto con la cabeza a Hedy antes de volver a su tarea. Hedy miró a uno y a otro confundida, hasta que divisó el gran maletín de cuero, en parte abierto, y el estetoscopio que sobresalía debajo de la chaqueta de franela del caballero. Los ojos de Anton se dirigieron a ella.

—Dory tiene un ataque de asma. —Una vergonzosa explosión de irritación estalló de inmediato. ¿Qué estaba haciendo esta mujer aquí si estaba enferma? ¿Y por qué se estaba apoyando en Anton, cuando seguramente tenía familia? Pero al ver el color arcilloso de su piel y las gotas de sudor en su frente, Hedy dejó de lado sus otros sentimientos. Un estómago vacío, dijo una vez Albert Einstein, no era un buen consejero político—. Afortunadamente —estaba diciendo Anton—, el doctor Maine estuvo dispuesto a venir aquí desde el hospital.

—¿Estás bien? —preguntó Hedy. Dorothea abrió los ojos por un momento y reconoció la pregunta de Hedy con un movimiento inconexo de los dedos—. ¿Cuál fue la causa?

—Estaba molesta. —Anton le hizo un leve gesto con la cabeza, advirtiéndole que no siguiera preguntando. Hedy, con dudas, colocó su bolso sobre la mesa, insegura de si debía quedarse, mientras el médico seguía escuchando los pulmones de Dorothea a través de su estetoscopio. Finalmente, se enderezó.

—Debe tratar de evitar situaciones que la pongan ansiosa, señorita Le Brocq. La prevención es mejor que la cura, ¿sí? —Su voz, que tenía acento de Jersey, era dulce y gentil, aunque entrecortada por el cansancio. Las bolsas debajo de los ojos le recordaron a Hedy a su tío Otto, y cuando se dio vuelta para incluirla en su sonrisa, se encontró devolviéndosela—. El stock de epinefrina es escaso, como todo lo demás —continuó—. Quizás no podamos conseguirla hasta dentro de unos

meses. Hay algunos tratamientos caseros que pueden ayudar, como aceite de mostaza o el jengibre, pero dudo que los encuentre en las tiendas en estos días. Trate de llevarla al hospital si sucede de nuevo. Las visitas a domicilio se están limitando a absolutas emergencias.

—Pensaba que a los médicos les permitían usar automóviles privados —expresó Anton.

—Sí, pero nuestra asignación de combustible es menos de dos galones por semana. Eso puede significar difíciles elecciones a veces. —Escribió una factura con letra caótica y se la dio a Anton, que la miró con sorpresa. El médico hizo un gesto con la mano—. ¿Qué puede comprar el dinero en este momento? Una hogaza de su deliciosa panadería austríaca lo cubrirá de sobra. Que tengan todos un buen día.

Recogió su bolso y salió silenciosamente de la habitación dejando un leve olor a humo de cigarrillo. Para su sorpresa, Hedy se apenó un poco por su partida.

Anton fue a servirle a Dorothea un vaso de agua. Hedy lo siguió hablándole suavemente en alemán.

—Entonces, ¿qué pasó?

Anton mantuvo los ojos en el agua que corría, pero le respondió en alemán, también.

—Su padrastro descubrió mi existencia y la echó de la casa. Dory va a ir a vivir con su abuela por un tiempo hasta que las cosas se calmen—. La miró a los ojos por apenas un segundo—. Por favor, no me digas "te lo dije".

—Perfecto, no lo voy a decir.

Anton cerró el grifo y giró hacia ella.

—Lo siento, pero me gusta. Y le gusto a ella. ¿Qué debería hacer? ¿Dejarla para complacer a los demás?

Hedy se acercó y le tocó el brazo.

—La conoces desde hace unas semanas apenas. ¿Realmente vale la pena tanto problema?

—Es solo un problema si decides verlo de ese modo. Su familia va a terminar entendiendo. Como dice Dory, si nos hace felices, debe de estar bien.

—¿Y si los alemanes te fuerzan a entrar al ejército?

—Estoy clasificado como productor de alimentos, así que no va a suceder. A menos que la guerra siga mucho tiempo. —Se encogió de hombros para indicar que no había nada más que decir, luego llevó el agua a Dorothea y le sostuvo el vaso junto a la boca. Ella bebió de a sorbos, manteniendo sus manos en las de él. Hedy se quedó junto a la cocina, mirándolos a los dos, escuchando la respiración superficial y arenosa de Dorothea. La ventana estaba abierta, y el encaje sucio de la cortina se agitaba un poco en la brisa. En algún lugar allá afuera, una madre le gritaba a su hijo que lloraba.

Anton quebró el silencio hablando deliberadamente en inglés.

—¿Por qué tienes puesto tu mejor vestido?

Hedy dudó, reticente a compartir sus grandes noticias ahora. Pero Anton lo averiguaría pronto, de todos modos.

—Conseguí el trabajo de traductora en Lager Hühnlein. —Observó sus caras asombradas por un momento antes de agregar: —Tenían razón… estaban desesperados. —Anton sonrió por primera vez.

—¡Pero eso es maravilloso! ¿Escuchaste, Dory?

Dorothea asintió e inspiró muy profundo antes de responder.

—Son grandes noticias, Hedy. Sabía que te iría bien. —Sonrió con verdadera calidez y, en ese momento, Hedy se dio cuenta de que, probablemente gracias a la diplomacia de Anton, Dorothea no tenía idea de lo molesta que había estado esa primera noche.

—Si hubiera tenido otra opción… —Hedy se detuvo. Esas justificaciones, aun en sus propios labios, parecían vacías y patéticas.

—¿Un poco de café de bellota? —intervino Anton.

—Otra vez, quizá, ya tienes bastante de qué ocuparte. —El comentario tenía un dejo de resentimiento, y Hedy vio el dolor en los ojos de Anton e, instantáneamente, deseó poder haberlo evitado.

—Bueno, estoy muy contento por ti, Hedy. Ven a la panadería pronto y cuéntame todo al respecto.

El niño fuera de la ventana estaba gimiendo ahora, y el cuarto parecía agobiante. Hedy sintió una repentina necesidad de aire fresco. Se obligó a sonreír.

—Muy bien, lo haré. Adiós.

Mientras bajaba la escalera, lo escuchó decir:

—Hiciste lo correcto, sabes.

Hedy simuló no haberlo oído.

El reloj en la pared del fondo marcaba las cuatro: la predecible hora de sufrimiento, cuando el esfuerzo de sentarse encorvada sobre su antigua máquina de escribir Adler desde la mañana temprano le producía un dolor ardiente detrás del omóplato izquierdo, y la presión requerida para bajar las duras teclas le hacía arder los tendones.

Hedy se acomodó en su silla de madera desvencijada y se tomó un momento para estirar la espalda y masajear sus muñecas doloridas. Se preguntaba si las otras muchachas de la oficina sufrían del mismo modo, esas robustas bávaras, importadas de la Madre Patria para tipiar y archivar toda la semana y revolcarse con sus novios soldados todo el fin de semana. Si compartían su dolor, nunca lo demostraban. Hedy miró hacia la estrecha ventana de la barraca, las líneas de luz de sol se burlaban de ella con la promesa de una gloriosa tarde afuera.

A la habitación le faltaba el aire, sus luces fluorescentes titilaban sin sentido incluso en un día brillante como este; y de su vecino Derek, un joven cetrino y nervioso, que era el único otro no alemán en ese bloque, emanaba un perpetuo olor a moho. Hedy sospechaba que era porque, al igual que ella, no tenía un lugar donde secar la ropa lavada. Sospechaba que probablemente ella oliera de la misma forma. Si era así, no le importaba. Que la olieran. Consciente de la mirada aguda de Vogt, la supervisora del bloque, tomó otra lista de las licitaciones de la compañía de construcción alemana y colocó un formulario de traducción en el rodillo de la Adler.

Era sábado, el final de su primer mes en la oficina, y era día de pago. Esperaba que recoger el pequeño sobre marrón pudiera levantarle el ánimo aplastado. El trabajo en sí mismo no era exigente –traducir correspondencia, nóminas salariales, asignaciones– y el salario era decente. Pero la miseria de él era mucho más pesada de lo que había esperado. Los largos días de trabajo, el polvo, la falta de ventilación, la extenuante caminata de una hora dos veces por día con tan poca comida… todo eso era bastante malo. Pero la conciencia no podía ser frotada hasta quedar limpia. Cada mañana, observaba cómo los camiones, llenos de mercenarios de ojos muertos, iban retumbando hacia las obras en construcción para reforzar los muros antitanques y construir nuevas pistas de aterrizaje, sabiendo que ella ahora era parte de eso. Parecía que la supervivencia era un negocio costoso para el alma.

Schulz, cuyas cejas casi se habían salido de su cabeza cuando vio por primera vez la "J" roja sobre la tarjeta de identidad, le había asignado un escritorio en el rincón más apartado, más oscuro de la barraca, ansioso de que su estatus racial pudiera causar desorden. Pero pronto quedó claro que el personal de alto rango de OT estaba manteniendo en silencio la clasificación de Hedy. Al menos por eso ella estaba agradecida. Esos insulsos mecanógrafos arios, que miraban a través de ella como si estuviera hecha de papel, sin duda serían mucho menos pasivos en los pasillos oscuros entre las barracas de trabajo si descubrieran la verdad. Aceptó el asiento del rincón sin quejarse, mantenía la cabeza gacha y hacía su trabajo con velocidad y hablando lo menos posible, aunque aquí, por lo menos, su acento actuaba como una cobertura, en lugar de una desventaja. Comía sola en el comedor, sin hacer contacto visual. Además de su supervisora y ocasionalmente Derek cuando se quedaba sin algo, no atraía la atención de nadie. Si no fuera por esa gota de saliva que, con secreta venganza, arrojaba en el piso de las letrinas cada vez que iba, podría haber parecido que ni siquiera estaba allí.

La única excepción era el teniente alemán que había conocido el día de su entrevista. Se habían cruzado en los pasillos varias veces y, cada vez, él la saludaba con una amplia sonrisa y alguna pequeña cortesía en

alemán. Ella replicaba con un "hola" entre dientes, sabiendo que una palabra interpretada como inapropiada o irrespetuosa podía significar el despido. Pero había una calidez inesperada en esos ojos, casi una chispa traviesa, que le gustaba. Y en secreto, cuando había pasado toda una semana sin una conversación significativa, casi que esperaba esos fugaces momentos de normalidad. Eran extrañas las trampas que la soledad podía tenderle a la mente.

Justo cuando sacaba la hoja terminada del rodillo, Vogt, una mujer enjuta con uñas excepcionalmente largas y amarillentas, se acercó al escritorio de Hedy. Sobre él colocó su salario, junto con una lista de nombres y direcciones y un atado de cupones de gasolina.

—Listas de asignación —graznó con su voz estrangulada, similar a la de un loro—. Tienen que estar listas esta tarde. Los cupones son para despacho inmediato. Cuando haya completado cada lista, coloque el formulario del receptor y la cantidad de cupones apropiada en el sobre marrón sellado.

—¿Cada receptor tiene el mismo número de cupones cada semana?

—No, las reservas de combustible son pocas, pueden recibir menos.

—¿Y esa información figura en el formulario?

—No se necesita una explicación. La diferencia les será compensada la semana siguiente o cuando se recuperen las reservas.

Hedy asintió y comenzó a llenar los formularios como le pedían, pero su mente se desvió hacia un pensamiento peligroso. Si los receptores no tenían idea de cuántos cupones esperar cada semana, ella podía, en teoría, asignarles la cantidad que decidiera y guardarse el resto. El corazón comenzó a martillarle en el pecho. Los cupones de gasolina valían una fortuna y podían cambiarse por cualquier cosa. Todas las semanas veía en el mercado negro carne, huevos y azúcar robados a hurtadillas en los puestos del mercado, a precios que ni siquiera su salario podía comprar. Esta podría ser la llave a ese reino mágico. Pero ¿y si los formularios eran chequeados antes de su envío? Grises formas irregulares aparecieron en sus papeles y se dio cuenta de que le transpiraban las manos.

Trató de concentrarse, de pensar con claridad. Ser atrapada era impensable. El robo de propiedad alemana había enviado a muchos de los isleños a la cárcel; como judía, significaría la deportación. Pero, no obstante, su mente bailaba y se zambullía, imaginando no solo el precio, sino la satisfacción. Ganar en algo. Lograr una revancha. Respiró lenta y profundamente mientras observaba a los otros empleados.

En la siguiente hora, observó a cada trabajador tomar sus papeles del escritorio del frente y colocar los cupones en las cajas para su recolección. Cada vez, las copias de los documentos eran selladas por un administrador y apiladas en el escritorio de Vogt como una capa de torta, pero nadie se molestaba en chequearlos. Hedy calculó que,

mientras que la cantidad correcta de atados de cupones fuera contada en la sala de stock, nadie haría nada después. Y aun cuando algún conductor de entregas se quejara sobre una asignación reducida, no había forma de que alguien pudiera rastrear la variante hasta ella.

Diez minutos antes de las seis no se había decidido todavía. En ese momento, luchaba por controlar sus dedos temblorosos. Luego, cuando la aguja grande del reloj casi llegaba a las doce, vio que Vogt se daba vuelta para encargarse de una pila de firmas. Hedy tomó el formulario para una empresa de construcción irlandesa con una asignación de treinta cupones, y los puso en la Adler. Con gotas de transpiración cosquilleándoles en las axilas, escribió el número veinticinco en el casillero y, al mismo tiempo, deslizó cinco cupones en el bolsillo interno de su abrigo que colgaba del respaldo de su silla. Nadie la había visto, estaba segura. Cuando el timbre del fin del turno chilló en la pared, se puso de pie, entregó el resto de los formularios y los sobres en el escritorio de Vogt y salió de la barraca con paso regular.

La tarde era dorada, con el sol todavía alto en el cielo y una suave brisa en el aire. Apenas necesitaba el abrigo, pero no se atrevió a quitárselo ahora; de todos modos, ir con ropa de más en esta isla semihambreada era algo común esos días. Las partículas de polvo se le pegaban a los ojos y la garganta, y el corazón le latía con fuerza, pero miraba hacia adelante y seguía caminando. Se dijo que era el destino. La facilidad de esta oportunidad era como si el universo la estuviera obligando a tomar esa oportunidad para igualar el resultado. Se movía con el flujo de trabajadores por la pendiente hacia la puerta sur, su botín anidado con seguridad cerca de su corazón. Los cuerpos se apuraban y la pasaban en su deseo de llegar a casa. Hedy maniobraba a través de ellos, asegurándose de mantener su paso firme. Casi estaba en el portón. Casi estaba libre. Entonces, sintió una mano sobre el hombro.

Al darse vuelta, vio la cara de él cerca de la suya. Durante un segundo, lo único que reconoció fue el uniforme y pensó que iba a desmayarse.

—Hedy, ¿verdad? Soy Kurt Neumann, ¿se acuerda? Nos conocimos el día en que fue contratada. —Debe de haber visto que el color había abandonado su cara porque agregó rápidamente—. No se preocupe. No es por trabajo… Ni siquiera formo parte de la OT. Quería pedirle un favor.

Ella lo miró, esperando a medias que los cupones cobraran vida, salieran de su abrigo y se dirigieran hacia la cara del teniente. Inspiró lentamente tratando de retomar el control.

—¿Sí?

—Sé que es una de nuestras traductoras. Tengo este artículo del *American Journal of Science*, sobre el futuro del automóvil, y me preguntaba si usted podría traducírmelo. —Hedy abrió la boca, pero no

salió ningún sonido—. Yo hablo inglés, ¡pero sé que el suyo es mucho mejor que el mío! Me encantaría pagarle, o podría agradecerle comprándole un trago alguna vez. ¿Quizás una cena? —Sonrió, y era una sonrisa auténtica, cálida, llena de optimismo e ideas. Sus dientes eran blancos y parejos. Hedy percibió que el ácido que daba vueltas en su estómago estaba subiendo.

—¿Cena?

—Mire, comprendo si no quiere ser vista en público con un oficial alemán. Pero tenemos acceso a nuestras propias tiendas. Podría llevar la comida a su casa. ¿Le gusta el queso?

—¿Queso? —Hedy se maldijo. Este tipo de reacción de pánico era exactamente la forma en que la iban a atrapar.

—O lo que quiera. Nada raro, le prometo. Estuve en la *Deutsche Jungenschaft*, sabe. Modales perfectos. —Lanzó una pequeña risa, invitándola a unirse a ella. Hedy estiró sus músculos faciales hacia la posición de risa—. Entonces, ¿qué dice?

—Por supuesto. —Sintió que el espacio a su alrededor se movía y desaparecía. Su único pensamiento consciente era que, claramente, este hombre no sabía que era judía. Cada partícula de su cuerpo le gritaba que se fuera. En su visión periférica estaba buscando las salidas.

—Perfecto. Bien, pondré el artículo en su escritorio y usted me hará saber qué noche le viene bien, ¿de acuerdo? Nos vemos.

Otra brillante sonrisa y se había ido. Hedy se dio vuelta y continuó andando por el camino para salir del complejo. Sus piernas parecían moverse sin peso debajo de ella, y el sendero pasaba sin ser visto delante de sus ojos. Apenas exhalaba hasta que llegó al camino principal y, durante el resto de su viaje a casa, tuvo que detenerse para recuperar el aliento a la vera del camino. Recién cuando estuvo de nuevo en su apartamento pudo darse cuenta de lo que había ocurrido. Allí comenzó a reír, unas aterradoras carcajadas de histeria que hicieron que Hemingway se escondiera debajo de la cama, y la forzaron a sentarse junto a la mesa. Durante varios minutos se preguntó si pararía alguna vez.

Con mano temblorosa, sacó los cupones del bolsillo interior y los miró. Se había salido con la suya. Y, aparte de su propio miedo, no había razón por la que no debiera salirse con la suya de nuevo. Quizá todas las semanas. Sintió orgullo. Había engañado a los amos, se había anotado una victoria. Ya no era una colaboradora, sino una luchadora de la resistencia. Escondiéndose a plena vista dentro del pozo de la serpiente, inoculando veneno en su nido, lanzando una señal de victoria a toda la nación alemana.

Solo había un problema. Parecía que había invitado a un oficial alemán a su casa para cenar.

Capítulo 3

El apartamento de Anton estaba más limpio y ordenado de lo que Hedy lo hubiera visto alguna vez. Cada superficie había sido fregada con agua caliente y hasta había un recipiente con margaritas y ranúnculos sobre la mesa. Había dos lugares preparados con platos cachados y viejos, cubiertos de latón, y una cacerola de guiso de repollo y nabo burbujeaba en la única hornalla eléctrica. Hedy revolvió la cacerola con una cuchara de metal doblada, deseando que Anton tuviera una de madera. Si hubiera sabido que no había ninguna, habría llevado una de su casa y se habría protegido de ampollarse la punta de los dedos. Bajó el fuego justo cuando Anton entró con las manos en los bolsillos de la chaqueta y una mirada incómoda en los ojos. Hedy se secó los dedos en un paño de cocina deshilachado.

—¿Te olvidaste de algo?

—Necesito algo para leer mientras estoy sentado allá abajo. —Tomó una novela de Stefan Zweig de la media docena de libros que había en el estante y la pasó de una mano a la otra—. ¿Cuánto crees que se quedará el alemán?

—Un par de horas como máximo. Gracias de nuevo por ofrecerte a hacer esto. Realmente no quería que fuera a mi casa.

—¿Estás segura de que quieres seguir con esto? —La cara de Anton estaba tensa por la preocupación.

—Si me excuso ahora, podría enojarse, decir que lo engañé. Y no quiero darle ninguna razón para que sospeche.

—Pero y si, tú sabes…

—Si algo pasa, golpearé en el piso o gritaré. Pero no pasará nada. Él no es así. —Las palabras salieron de su boca con facilidad; se dio cuenta de que lo decía de verdad y se preguntó por qué.

—Mientras no sepa que eres judía… ¿Y si quiere verte de nuevo?

—No querrá. Planeo aburrirlo a morir. Sabes que puedo hacerlo. —Intercambiaron una sonrisa a través de la habitación, pero Anton seguía inquieto.

—¿Y estás segura de que no tiene idea de lo de los cupones? —Hedy sacudió la cabeza con seguridad—. Todavía pienso que estás loca. Robarles bajo sus propios ojos…

—Es solo un problema si decides verlo de ese modo. —Le dio un ritmo deliberado a la frase, esperando que Anton captara la referencia —. ¿Cómo está Dorothea? ¿Todavía en casa de su abuela?

Anton frunció los labios un poco, pero lo dejó pasar.

—Sí, por el momento.

—¿No más ataques de asma?

—No, gracias a Dios. ¿Qué harás con los cupones? ¿Venderlos?

Hedy no pudo evitar una pequeña sonrisa de triunfo.

—Lo pensé. Pero decidí dárselos al doctor Maine.

Anton quedó boquiabierto, exactamente como ella lo había imaginado.

—¿Darlos?

—Entonces, se convierte en un acto de pura resistencia, ya no se trata de un robo mezquino por egoísmo. Es una reparación, por aceptar un salario de los alemanes. Mi propio mitzvá personal, mi mandamiento.

Anton sacudió la cabeza.

—Quizá nuestras religiones no están tan alejadas después de todo. —Se despidió moviendo la novela—. Estaré aquí abajo.

Hedy escuchó los pasos torpes de Anton dirigiéndose hacia la panadería. Acomodó las cosas sobre la mesa, sacó las dos páginas del artículo traducido de su bolso y las dejó afuera. Apagó la hornalla eléctrica, se acomodó la falda y la blusa.

A las seis fue a la ventana desde donde ella y Anton habían ondeado su bandera blanca casera casi un año atrás y miró hacia afuera. Neumann, con una bolsa de arpillera, se acercaba por el camino. Al ver la cara de ella, sonrió. Hedy le hizo un gesto para que subiera y pocos segundos después estaba en la puerta de Anton, con una tímida sonrisa. Hedy hizo su mejor esfuerzo por devolvérsela, aunque la visión de un hombre vestido con el uniforme alemán en el apartamento familiar de Anton era abrumadora. Se hizo a un costado para evitar todo contacto físico mientras lo invitaba a entrar. Él permaneció inmóvil cerca de la puerta, cortésmente, como si no quisiera parecer demasiado cómodo; su pelo rubio oscuro estaba peinado hacia atrás con algún tipo de aceite y sus ojos brillaban con un entusiasmo infantil. Después de saludarse con un "buenas noches", ambos se quedaron en silencio, incómodos. Finalmente, Neumann señaló las hojas de papel sobre la mesa.

—¿Esta es mi traducción? —Hedy asintió—. Gracias, la leeré cuando llegue a casa esta noche. Tiene una letra excelente.

—¿Puedo ver lo que trajo?

Neumann ya estaba subiendo la bolsa a la mesa y abriéndola. De ella, extrajo dos pequeños pollos desplumados, un queso camembert, una hogaza grande de pan blanco, un paquete de verdadero café francés, una barra de chocolate amargo y dos botellas de vino de Burdeos. Hedy miró el despliegue de alimentos mientras sentía que se le hacía agua la boca.

—Esto es para usted, por supuesto… No para compartir conmigo —le aseguró Kurt.

—Gracias, teniente —replicó Hedy. Se había hecho la promesa de ser cortés todo el tiempo.

—Llámeme Kurt, por favor.

Hedy tomó las provisiones, dejando solo el pan y el vino sobre la mesa, y las colocó en uno de los armarios de Anton, cerrando la puerta como pretendiendo que nada de eso existiera. Le hizo un gesto para que se sentara y sirvió las magras verduras en tazones desiguales. Kurt abrió el vino y vertió un poco en unas tazas cascadas, los dos murmuraron un brindis por el fin de la guerra, y Hedy cortó el pan con un cuchillo. Luego se sentaron a comer en silencio. Hedy limpiaba cada pequeño bocado del guiso con las deliciosas migas del pan. Se había olvidado de cómo era el sabor del pan de verdad. Una o dos veces levantó la vista hacia él y lo descubrió mirándola, pero tenía demasiada hambre como para considerarlo perturbador.

Finalmente, Kurt hizo una pregunta cortés sobre su vida anterior en Austria; Hedy la respondió con la menor cantidad de palabras posibles, simulando que su mudanza a Jersey se había debido a una oportunidad de trabajo. ¿Y le gustaba trabajar en Lager Hühnlein? Hedy respondió que le gustaba lo suficiente, aunque a veces el polvo era fastidioso. En la siguiente media hora, la conversación, a tropezones e incómoda, siguió como un avión que no podía despegar. Hedy sorbía su vino con la velocidad de un caracol. Habían pasado meses desde que había bebido alcohol y lo último que necesitaba ahora era que se le soltara la lengua. Cuando Kurt habló de su pasión por los autos norteamericanos, Hedy ahondó en el tema, calculando que le ocuparía unos buenos minutos. Pero, finalmente, Kurt terminó su copa y apoyó la taza con intención.

—Hedy, no quiero ser grosero, pero preferiría que no pasáramos esta noche discutiendo sobre la compañía Ford.

La joven se puso de pie y comenzó a levantar la mesa.

—Entonces, ¿de qué le gustaría hablar?

El alemán se movió en la silla de madera, tratando de lograr una postura relajada.

—Solo me gustaría que nos conociéramos un poco.

Hedy puso la vajilla en el fregadero, dándole la espalda.

—No tengo nada especial. Hay muchas muchachas alemanas en el complejo que serían mucho más interesantes, estoy segura. —Se mordió el labio no bien lo dijo, sabiendo que no dejaría pasar la oportunidad. Tenía razón.

—Sabe, no todos los alemanes, ni siquiera en el ejército, son tan entusiastas de la raza dominante como Hitler quisiera creer.

—¿De verdad? —Fregó los tazones sucios con los dedos para no tener que mirarlo—. Pensaba que era una de las principales razones por las que su país entró en la guerra. ¿No se consideran superiores a los eslavos? ¿O a los judíos? —Levantó la vista hacia el trozo de espejo roto que Anton tenía sobre el fregadero de la cocina para afeitarse y vio que se estaba ruborizando. Debió de haber tomado demasiado vino después

de todo; este era un camino suicida.

—¿Puedo decirle algo en confianza? —replicó Kurt. Hedy no dijo nada, lo que a él le pareció un consentimiento—. Entre usted y yo, creo que Hitler ataca a esos grupos para elevar su posición… No son sino chivos expiatorios. Personalmente, nunca he tenido un problema con una persona rusa o judía. —Ella lo escuchó dar un pequeño suspiro—. Mire, ¿puede sentarse un minuto? Es difícil hablar con la espalda de alguien. —Hedy se secó las manos y se sentó en el borde de su silla—. Gracias. —Él se inclinó tan cerca de ella que podía verle pequeñas patas de gallo alrededor de sus ojos. Su aliento olía a suave vino tinto—. Sabe, Hedy, no soy un militar. Cuando era niño, lo único que quería era ser ingeniero. Fui aprendiz en un astillero y luego, un día, le dijeron a mi compañía que teníamos que hacer motores para tanques en lugar de barcos para pesca, y que todos teníamos que usar esto. —Señaló su chaqueta de gabardina, abotonada hasta arriba—. Lo siguiente que supe es que estábamos en guerra y que servía en los Panzers. Los hombres de mi edad no tuvimos opción.

—Y simplemente… ¿lo aceptó?

—Era eso o la cárcel. A veces, cuando una fuerza es tan violenta, no tiene sentido, es hasta arrogante, pensar que uno puede luchar contra ella. Como el rey Canuto, que se ahogó porque creía que podía detener las olas solo con el poder de sus propias órdenes. ¿Conoce esa historia?

Hedy frunció el ceño.

—Todos conocen esa historia. Y esa versión es incorrecta de todos modos. Canuto no se ahogó y no estaba tratando de detener la marea.

—¿No?

—Canuto era un buen rey. Estaba tratando de probar a su ególatra nobleza que ningún hombre podía desafiar el poder de Dios, ni siquiera un monarca. Fue un gesto de humildad. —Luchó contra el deseo de volver al fregadero. Se sentía demasiado expuesta, demasiado cerca de él.

Kurt se estaba riendo. Tenía una risa hermosa.

—Bueno, creo que aprendí algo hoy. —Sonrió como invitándola a hacerlo también, pero ella se negó—. Lo único que estoy diciendo es que no elegí hacer esto o estar aquí. Realmente no tuve otra opción.

—Entonces, desde su punto de vista, ¿no tiene ninguna responsabilidad por lo que su país está haciendo o el dolor que está causando? —Las palabras no podrían dejar de salir de su boca.

—Lo que estoy tratando de decir es…

—¿Y la gente que vi en Viena, a la que subían a los camiones y se la llevaban?

Él se inclinó sobre la mesa y, por un segundo, Hedy pensó que iba por ella, pero su mano fue hacia la botella de vino que vació en su taza.

—Estoy de acuerdo con usted en que está mal. —Tomó un sorbo

largo—. Trasladar a la gente como ganado es cruel e innecesario. Pero las pondrán en buenas tierras de cultivo, entre los suyos.

—¿Tierras de cultivo? ¿Usted piensa que a esas personas las trasladan a… a granjas? —El vino se le mezclaba con la furia; la fuente ahora no podía detenerse, sus anteriores promesas de cautela y cortesía quedaron en el olvido—. ¡De la mayoría de ellas nunca se supo nada! ¿De veras me está diciendo que no se las llevaron a un bosque y las fusilaron?

—Muchas de esas historias son propaganda. —Había irritación en su voz ahora—. ¿Usted piensa que los Aliados no son capaces de eso? ¿Qué oyó sobre nosotros antes de que viniéramos aquí? ¡Apuesto a que le dijeron que violábamos a las mujeres y nos comíamos a los bebés vivos! Por supuesto, hay personas estúpidas e ignorantes de mi lado, como en el de ustedes. Pero eso no significa que todos seamos iguales.

Hedy se puso de pie y, para su alarma, él también. Era más de una cabeza más alto y ella se dio cuenta de que, con un golpe, podía dejarla inconsciente. Escuchó que se sacudía una puerta en algún lugar abajo y se preguntó si Anton se estaba preparando para subir corriendo las escaleras. Sin embargo, su boca no se detuvo.

—¿Por qué debería creer eso? Usted usa el uniforme de un nazi, acepta el pago de los nazis, cumple las órdenes de los nazis. ¿Qué otra cosa es usted sino un nazi?

Él la miró con una expresión que ella no pudo descifrar. No era el enojo o el desprecio que ella había esperado, parecía más bien decepción. Levantó el brazo y, por un segundo, Hedy pensó que el golpe estaba viniendo, pero solo tomó su bolsa de la mesa y se la puso sobre el hombro.

—¿Y usted? —ladró—. Usted es austríaca; técnicamente somos compatriotas. Trabaja para la misma gente que yo, acepta su salario. Me invita aquí para meter sus manos en mi comida, pero sigue tratándome como un enemigo. ¿Y sabe…? —Se acomodó la gorra en la cabeza—. Si usted engloba a toda una raza junta y piensa que todas las personas son iguales…, entonces, usted no es mejor que Hitler.

Hedy lo miró. Le temblaban las manos pero logró mantener firme la voz.

—Creo que es mejor que se vaya.

—Muy bien. —Avanzó hacia la puerta y se dio vuelta—. Sabe, a pesar de todo, me gustaría que fuéramos amigos.

—Gracias por la comida. —Trató de mantener el mentón en alto, determinada a no mostrar debilidad.

Kurt se veía abatido, pero solo se encogió de hombros.

—Gracias por la traducción y por la cena.

Y luego se fue. Hedy se quedó por un momento con la mano en la mesa en busca de apoyo, cuando Anton entró corriendo, lleno de

ansiedad, y la abrazó para contenerla.

—Está bien. Se fue.

—Le grité. —Todo su cuerpo temblaba ahora.

—No te preocupes. No te va a reportar. ¿Cómo se vería él quejándose de que fue molestado por una muchacha joven? No va a decir nada.

Hedy asintió, pero el temblor continuó. Siguió mucho después de que Anton abrió la segunda botella de vino, le sirvió una taza grande e insistió en que la bebiera mientras le contaba lo que había pasado esa noche. Hedy estaba inestable y con náuseas cuando, después de agradecerle a Anton por todo, se volvió a su casa con los preciados alimentos envueltos en papel de diario bajo su viejo abrigo y, agradecida, pasó el seguro por la puerta de su apartamento. Iluminada con el resto de una vela, respiró profundamente y trató de tranquilizarse. Quizás estaba conmocionada por su propia temeridad al hablarle a un oficial alemán de ese modo. O podía ser una reacción al alcohol desacostumbrado. Bebió agua fría del grifo de la cocina. Quizás estaba un poco avergonzada. Comportarse de ese modo con un hombre que, después de todo, había sido amable con ella y la había tratado como un ser humano.

Eran las tres de la mañana cuando el sueño la despertó y entonces supo que la mentira estaba comenzando a resquebrajarse. Un sueño con tal carga sexual que hizo transpirar cada parte de su cuerpo y la sacudió entre las cobijas de la cama. Las manos de Kurt en su cuerpo, los labios de él en su boca, sus caderas arqueándose en busca de él.

En la oscuridad sombría de su apartamento, Hemingway siseó.

—Me enteré de que finalmente están confiscando los equipos de radio de los *Judenschweine*. —Fischer movió la palanca de cambios a tercera con una fuerza ridícula, lo que hizo que chillara quejándose. Kurt contrajo la cara ante el sonido—. No puedo creer que les haya tomado tanto tiempo. Quiero decir, si alguien va a transmitir información a Gran Bretaña son los taimados judíos, ¿verdad? Debería haber sido una prioridad.

Kurt hizo un gesto vago, pero mantuvo los ojos fijos en el mundo exterior. El día era cálido con un cielo sin nubes. Los botes de pesca se balanceaban en el puerto, y en el extremo más alejado del muelle la silueta del Castillo Elizabeth se extendía en la bahía. Había descubierto que la mejor política para estos viajes por la mañana era concentrarse en el paisaje. Al principio, las diatribas diarias de Fischer le habían parecido divertidas; de hecho, había disfrutado bastante de presentar nuevas estadísticas y argumentos mientras observaba que la cara de su colega se ponía roja y transpiraba. Pero ahora el tipo lo tenía cansado. Y

Fischer conducía el automóvil del personal como si montara un caballo salvaje, acelerando en las señales de "pare" y golpeando los frenos a último minuto. Kurt repasaba mentalmente a los otros tipos que vivían en su alojamiento, preguntándose si algún otro podía llevarlo al trabajo. Preguntaría eso por la noche.

Esta mañana era aún peor que lo habitual, porque en el asiento trasero estaba el odioso operario de la *Geheime Feldpolizei*, Erich Wildgrube. Al menos, el policía secreto era exactamente lo que él había supuesto que sería: el hombre evitaba de manera deliberada las preguntas directas. Estaba siempre dando vueltas por las barracas y los clubes sociales, haciendo una serie de preguntas disfrazadas de curiosidad casual. Sus ojos porcinos daban vueltas constantemente, y siempre usaba un piloto de cuero, un sombrero de fieltro alpino y una colonia almizcleña que le revolvía el estómago a Kurt. Nunca pudo descubrir por qué alguien cuyo trabajo completo dependía del anonimato deseaba atraer tanta atención. Kurt no confiaba en Wildgrube en absoluto.

Fischer apuntaba a un gran signo blanco en forma de V, que había sido pintado en una pared de granito.

—Y está esta otra cosa. ¿Han visto cuántos de estos han aparecido por la ciudad? Dios sabe dónde están consiguiendo la pintura. —Sacudió la cabeza, desconcertado por la persistencia de los isleños.

Wildgrube se inclinó hacia adelante; su voz quejosa atravesó el sonido del motor.

—Es pura insubordinación. Hay que aplastarla con fuerza o la podredumbre se extiende. ¿Qué le parece, Neumann? —Un halo de colonia le devolvió a Kurt parte del desayuno a la garganta.

—Por supuesto —replicó—. Nada se extiende como la podredumbre.

No hubo réplica y Kurt se preguntó si no había jugado demasiado fuerte. Pero ahora se estaban aproximando a Millbrook, el punto donde bajaba, y con alivio dio un salto hacia afuera, golpeando dos veces el techo, y corrió hacia el complejo. Con suerte, habría una larga lista de trabajos para que hiciera hoy. Un horario completo significaba que no tendría tiempo para pensar en Fischer, Wildgrube o incluso…, bueno, no tenía sentido volver a eso ahora.

De hecho, resultó ser un día terrible. Toda su mañana fue ocupada por unos pistones mal alineados en la caja de cambios de un Horch 108 que hizo que perdiera el almuerzo, y pasó la tarde tras una pila de documentos que su mecánico asistente había puesto en el casillero equivocado. Cuando llegaron las seis de la tarde, Kurt estaba acalorado y sucio, y decidió que esa noche probaría el nuevo club de oficiales en la ciudad. Solía evitar esos lugares, la imagen de las jóvenes prostitutas francesas lo deprimía. Pero siempre había un stock decente de brandy de manzanas local y suficientes caras amistosas para distraer la cabeza.

Estaba a punto de pedirle a su ingeniero suboficial que lo llevara a casa cuando la vio.

Estaba saliendo del Bloque Siete, con la misma ropa que siempre usaba: esos gastados zapatos abotinados y, por alguna extraña razón, un pesado abrigo de invierno que se caía a pedazos. Caminaba con paso decidido y el cabello ondulado de color dorado al viento. Kurt bajó la velocidad, preguntándose si no era mejor retrasarse y dejarla pasar por el portón de salida primero. No habían hablado desde esa horrible noche, aunque la había visto varias veces a la distancia y había imaginado su siguiente encuentro con más frecuencia de la que le gustaría admitir. Había pensado en disculparse, pero ¿qué sentido tenía? Realmente no había hecho nada malo. Y si ella odiaba tanto a los alemanes como afirmaba, era un perdedor desde el comienzo. Mejor olvidar la experiencia y seguir adelante… Había muchos más peces en el mar. Excepto que ninguno de los otros parecía interesarle. Y cada noche se quedaba dormido con los ojos verdes de Hedy impresos en su memoria.

Kurt echó los hombros hacia atrás. Basta de esa conducta escolar de andar a las escondidas, aclararía las cosas de una vez por todas. Caminó con deliberación en su dirección. Hedy se dio vuelta, como percibiendo su proximidad, y luego algo extraordinario ocurrió. Para sorpresa de Kurt, ella le sonrió. Era la primera sonrisa plena, verdadera, que ella le dedicaba, y el efecto en el latido de su corazón fue una conmoción. Respondió con una sonrisa, esperando que su erección parcial no fuera obvia en los pantalones de su uniforme. Haciéndose lugar entre la multitud de empleados para acercarse, Kurt sintió optimismo, las posibilidades lo inundaban y lo elevaban. Mientras buscaba aire para hablar, una dura voz alemana gritó desde atrás.

—¿Qué es esto? ¿A quién le pertenecen?

Kurt se dio vuelta. Detrás de él estaba de pie el *Feldwebel* de la OT Schulz que, en su mano derecha, sostenía un atado de diez cupones de gasolina, ahora cubiertos de lodo y pisadas. Sus ojos nerviosos y parpadeantes examinaban la multitud, esperando una respuesta. Kurt miró a su alrededor también, luego su mirada se posó en Hedy. El color había abandonado su cara y su mano se estaba deslizando por el abrigo hacia el bolsillo interior. Revolvió dentro de él, pero la mano salió vacía. En ese momento, sus ojos se cruzaron y Kurt entendió todo. Luego, como si oyera la voz de otra persona en algún lugar a la distancia, escuchó la suya.

—Sí, me pertenecen. Muchas gracias, deben de habérseme caído.

Por un segundo, todos parecieron moverse un poco más lento, y cuando Kurt lo recordaba posteriormente, pareció como si los hechos estuvieran iluminados por brillantes focos, como en un set de filmación. Hedy lo miró sin poder creerlo. Kurt forzó sus ojos lejos de los de ella

mientras Schulz marchaba hacia él.

—¿Por qué estaban en su posesión, teniente? ¿Tiene una asignación? —El sol del atardecer pegaba en las gafas de Schulz, lo que le daba la apariencia de un robot ciego. Kurt pensó rápido.

—En realidad, no. Los obtuve de uno de los conductores a cambio de tabaco.

—¿Qué conductor, señor? —Schulz pasó el peso a su otro pie, avergonzado por lo inapropiado de la situación.

—No lo sé…, hay muchos de esos tipos. Todos me parecen igual. ¿Hay un problema?

—Sí, teniente, en realidad, sí. —Las mejillas de Schulz estaban coloradas—. ¡Esto significa una transacción ilegal de propiedad del Reich! Los oficiales tienen que dar el ejemplo. —Su voz bajó una octava —. Lo siento, señor, pero tendré que reportar esto.

Kurt sintió que una gota de sudor le bajaba por la espalda.

—Vamos, Henrik, ¿en serio? Son solo unos cupones…, todo el mundo lo hace.

—Quizá, señor, pero usted lo ha admitido. —Schulz sacudió la cabeza, sin olvidar su obligación—. Debe hablar con mi superior. Por favor, preséntese en mi oficina en treinta minutos. —Y se alejó pisando fuerte, mientras guardaba la evidencia en el bolsillo superior.

Los espectadores comenzaron a dispersarse, murmurando en voz baja entre ellos. Kurt se obligó a esperar varios segundos antes de volver a mirar a Hedy. Su cara todavía registraba incredulidad, pero había algo más allí ahora, una emoción sin nombre ni antecedente. Pareció como si estuviera a punto de decir algo, pero Kurt le advirtió con una mínima sacudida de cabeza y un guiño. Dio media vuelta y caminó hacia su pequeña oficina. Solo miró atrás una vez, y se alegró de ver que Hedy se había ido.

La policía militar llegó en una hora. Poco después de las ocho, Kurt fue escoltado a un Black Maria, el vehículo policial, donde uno de los dos policías le abrió la puerta y le ofreció un cigarrillo para el viaje. Kurt sopló perfectos anillos de humo a través de las barras traseras de la camioneta mientras observaba que Lager Hühnlein desaparecía detrás de ellos. Lo que no podía averiguar todavía era por qué, en ese momento, se sentía más en paz que lo que había estado en meses.

—¿Dos semanas?

—Eso es lo que todas las mecanógrafas están diciendo. Aparentemente quieren dar un ejemplo con él.

Anton hizo una mueca.

—El vecino del señor Reis estuvo en la seccional de Jersey el mes

pasado por traficar en el mercado negro. Oí que la cárcel es bastante siniestra.

—Mejor que ser enviado a Francia, supongo. Le llevaría algo de comida, pero…

—¡No! —Anton estiró la mano hacia ella con el dedo levantado—. Quédate al margen o los harás sospechar. Y creo que tienes que buscar otro empleo.

Hedy observó a Anton, que meneaba su caña de pescar casera en lo profundo bajo la roca. Era un aparato ingenioso: una percha atada a una vieja manguera parcialmente reforzada con un palo de escoba roto. Podían sacar orejas de mar, incluso pequeñas langostas, si tenían suerte.

—Sabes tan bien como yo que no conseguiría otro trabajo.

—Pero tienes que protegerte. ¿Y si Neumann la pasa muy mal allí y decide contarles la verdad?

Hedy parpadeó por el brillo del cielo blanco, y miró a través del desierto lunar de las rocas y los brillantes estanques hacia la playa de La Rocque. Estaban muy alejados, y las personas en la orilla distante no eran más que puntos de color. Uno de ellos era Dorothea, que esperaba su regreso junto al espigón.

—Si me fuera a delatar, ya lo habría hecho. —Hedy esperaba que su tono sonara pragmático.

—Puede ser, pero ¿qué tipo de recompensa querrá cuando salga? Obviamente le gustas y ahora tiene información sobre ti. Podría tener una ventaja.

El tanteo de Anton se estaba volviendo más frenético, como si pudiera saborear la cena de mariscos que acechaba a unos pasos de la playa. Sin embargo, nada se movía en el agua, excepto un pez minúsculo, transparente, no más largo que una uña, que iba y venía en miles de direcciones y unos pocos cangrejos costeros, más pequeños que una moneda de seis peniques de plata, corriendo de prisa por el piso de arena para refugiarse bajo una piedra. Qué pequeñas criaturas, pensaba Hedy, sin un sistema de defensa; su única esperanza era esconderse. Se puso de pie para estirar las piernas.

—Entonces, ¿qué debería hacer? Si me voy ahora, sería más sospechoso. Y ellos tienen mi dirección en sus legajos, si él quiere chantajearme, no puedo impedirlo. —Se secó la película de transpiración del labio superior y jugueteó con la tira de tela de cortina rota que se había puesto alrededor del pelo como un pañuelo. El día era caluroso y cada nervio de su cuerpo se sentía muy cerca de la superficie de la piel.

—¿Cuánto tiempo tenemos hasta que cambie la marea?

—Veinte minutos, como mucho. Luego tenemos que volver. —Anton chequeó el reloj en su bolsillo—. Dorothea dice que llega muy rápido aquí. Esta isla tiene una de las mayores mareas de Europa, unos doce

metros… Es muy poderosa.

Hedy asintió.

—Muy bien, entonces, al menos tratemos de atrapar algunas lapas. No volvamos a casa con las manos vacías.

Se dirigió a un grupo de rocas escarpadas, en el extremo alejado de la hondonada, y se agachó. Con su improvisado cincel, una pieza de pizarra robada de una obra en construcción en la ciudad, astilló las pequeña pirámides del lado de debajo de la piedra hasta que algunas cayeron en su canasto. Anton eligió un grupo diferente de rocas para trabajar y, por un rato, no hubo otro sonido que el raspado y la respiración por el esfuerzo. Encima de ellos se erguía la silueta de la antigua Torre Seymour, un recuerdo de otras guerras y luchas más antiguas. Hedy miró a su amigo un par de veces, pero los ojos de él se mantuvieron en la tarea. Pronto sintió los dedos entumecidos y le sangraban los nudillos por la dureza de la roca. Tenían veintisiete lapas entre los dos, apenas lo suficiente para un aperitivo. Anton lanzó un suspiro de cansancio.

—Basta por hoy. No quiero correr ningún riesgo. —Comenzaron su lento trayecto hacia la playa, patinando y deslizándose en las rocas mojadas, sujetándose entre sí para mantener el equilibrio. Cuando el silencio se hizo muy largo, Hedy buscó un tema seguro.

—Entonces, ¿cuáles fueron los principales titulares en la BBC anoche?

—Los alemanes se están acercando a Leningrado. Si los rusos no pueden detenerlos y Roosevelt no se involucra pronto, esto podría estar terminado para Navidad. —Se detuvo, sacó una pequeña bolsa de tabaco de su bolsillo y armó el cigarrillo más delgado que pudo—. ¿Esto quiere decir que les entregaste tu equipo inalámbrico? —Hedy asintió.

—Si no lo entregaba, iban a registrar mi apartamento. No tenía sentido asumir riesgos estúpidos.

—Y confío en que todo esto haya dado por terminado tu asunto con los cupones de gasolina ¿verdad?

—No soy tonta, Anton. —Luego agregó—: Aunque, si hubiera sabido que el fondo de mi bolsillo se había descosido, nada de esto habría sucedido.

—¿Y el doctor Maine?

—Me siento mal por él. Pero hay muchos otros traficantes en negro a los que puede ir.

Las rocas se achataban a medida que se acercaban a la playa y ahora estaban pisando sobre algas secas. Hedy miró hacia arriba y distinguió la figura delgada de Dorothea sentada sobre una vieja manta, con las piernas dobladas prolijamente hacia el costado debajo de su falda, saludándolos. Hedy dejó deslizar un suspiro que pretendió que fuera inaudible, pero el ceño fruncido de Anton le indicó que no lo había sido. Dio vuelta las lapas en la cesta que tenía en las manos antes de volver a

mirarla.

—Hay un grifo de agua fresca junto a las gradas. Voy a ir a enjuagarlas. Serán unos minutos. Ve y hazle compañía a Dorothea. —Hedy lo cruzó con la mirada y vio determinación—. Ve. No tardaré.

Era una tregua y Hedy lo sabía. Sintiéndose como una escolar, arrastró los pies por la arena seca. Dorothea se movió sobre la manta y dio unos golpecitos en el espacio que había cerca de sus pies.

—¿Cómo les fue?

—No muy bien. Veintisiete lapas.

Dorothea se echó a reír.

—No te preocupes. Puedo ponerlas en un pastel de papas; le darán algo de sabor. Oh, mira, ¡te raspaste la mano! —Tomó un pequeño pañuelo de encaje de su bolso y rozó los nudillos de Hedy, antes de que tuviera la posibilidad de negarse—. Es un asunto complicado pescar en aguas bajas. Pero vale la pena si uno consigue la cena. Ey, mira lo que conseguí hoy. —Sacó un pequeño tubo negro de su bolso y lo hizo girar hasta que se reveló una colilla de lápiz labial—. Pertenecía a mi abuela; me dijo que podía quedármelo. ¿Te gustaría usarlo?

Hedy estiró el cuello en busca de Anton, que seguía con su tarea junto a las gradas.

—No, gracias.

—¿Estás segura? Es de Coty. Es bueno. Y apuesto a que es tu color.

—De veras.

Hedy se inclinó para limpiarse las piernas con los dedos. Gruesos granos de arena colgaban de sus pies y de sus piernas húmedas, y le daban comezón. Ansiaba ir con Anton para enjuagarse, pero entendió que no debía abandonar su puesto. Estaba a punto de hacer una pregunta cortés sobre la familia de Dorothea cuando ella comentó casualmente:

—Anton me dijo que pusieron a tu teniente en prisión.

Hedy la miró, boquiabierta. Percibía que Anton se acercaba hacia ellas. Quería abofetearlo.

—¿Anton te lo contó?

—Por supuesto. Creo que es tan romántico… —trinó Dorothea—. Es como una película…, ir a prisión para salvar a la mujer que amas.

Hedy sintió como si se le subieran insectos por la piel. Su voz salió aguda y fuerte.

—¡No tiene nada de eso! ¿Por qué lo dices? Sintió pena por mí, es todo.

La cara de Dorothea parecía la de una niña.

—Hedy, lo siento si te he ofendido. Pero… es un gran gesto para hacerlo por lástima. ¿Estás segura de que eso fue todo?

—¡No sé por qué lo hizo! Quizá se sintió mal por molestarme la noche que comimos juntos. Pero, realmente, ¿crees que tendría un

romance con un oficial nazi? —Las palabras parecieron retorcerse en el aire, y Hedy pudo sentir la sangre latiéndole en las mejillas.

En ese momento, la sombra de Anton se corporizó sobre ellas. La cesta de lapas mojadas colgaba de sus dedos que chorreaban agua sobre la arena.

—¿Qué es esto?

Hedy se puso de pie, mirándolo fijo con toda la indignación que podía juntar.

—Parece que Dorothea piensa que hay una especie de romance entre el teniente Neumann y yo. ¿De dónde diablos sacó esa idea?

Anton empujó la arena con el pie.

—Estoy seguro de que nadie está sugiriendo tal cosa. ¿Qué tal si volvemos a la ciudad y buscamos algún lugar donde conseguir una bebida fresca?

—No, lo siento, no me siento muy bien. Tengo que ir a casa. —Era verdad. Necesitaba encontrar un poco de sombra. Tenía que sacarse la arena, limpiarse, refrescarse, calmarse. Dorothea le pasó la cesta de lapas.

—Al menos toma tu parte.

Hedy la rechazó.

—No las puedo comer de todos modos. No son *kósher*.

—Creo que algunas cosas no deberían importar en tiempos de guerra. —La voz de Dorothea era extrañamente calma y, cuando Hedy levantó la vista, vio que la mujer la miraba con una intensidad desconcertante—. Hedy, sabes que puedes confiar en mí, ¿no?

—Ya no estoy segura de en quién puedo confiar.

Dio media vuelta y caminó enérgicamente hacia las gradas. Junto al grifo, dejó correr el agua fría sobre sus piernas, y recién entonces, luchando para ponerse los zapatos en los pies mojados, miró hacia atrás. Anton estaba sentado, frotándose los ojos y la cabeza con el lento ritmo del agotamiento. Pero Dorothea todavía miraba a Hedy; el azul de sus ojos reflejaba el sol de la tarde.

La delgada columna de luz que entraba en ángulo a través de la ventana alta con barrotes iluminaba el pelo aceitoso de Wildgrube, que parecía una gorra brillante. Junto con su expresión formal, parecía un personaje de la comedia del arte, y Kurt tuvo que reprimir una sonrisa. Wildgrube estaba parado con los pies cuidadosamente juntos, como si estuviera en un desfile, y lo miraba.

—De todas las personas de las que sospecharía algo como esto, Kurt, nunca habría sido usted.

Kurt aspiró profundamente el cigarrillo que Wildgrube le había dado

y observó cómo el humo se deslizaba por el rayo de luz. El banco de madera estaba ligeramente húmedo y lleno de astillas, y todavía no se había acostumbrado al olor a mierda y pis de este lugar. Pero nunca iba a darle a ese idiota la satisfacción. Se encogió de hombros, como si no entendiera por qué hacía tanto alboroto. Se había vuelto bastante bueno en ese gesto en los últimos días.

—Para ser honesto, Erich… —observó que Wildgrube retrocedió un poco ante el uso de su nombre de pila. "Dos pueden jugar este juego", pensó Kurt—. Sabía que estaba en contra de las reglas, pero nunca lo vi como un asunto serio. Quiero decir, la mitad de los tipos que conozco tienen alguna clase de asunto atrás. Me enteré de que el jefe de la policía secreta tiene un pequeño negocio con uno de los carniceros locales.

Wildgrube presionó los labios para retener un comentario, y Kurt detectó el pequeñísimo temblor en su ojo izquierdo.

—Está mal informado, amigo —replicó Wildgrube—. El mercado negro saca de circulación provisiones valiosas, causa escasez y riesgo de insurgencia entre la población civil. Es considerado muy dañino. —Se dio vuelta e hizo una extraña caminata por la estrecha celda mientras componía su siguiente oración. Kurt dio otra larga pitada a su cigarrillo —. Todavía estoy conmocionado por el hecho de que usted, un oficial respetado, infringiera estas reglas, sabiendo el daño que le haría a su reputación. Tiene la suerte de que la campaña rusa esté progresando rápidamente; de lo contrario, debería dejar esta celda y volar al frente oriental.

Kurt tragó las últimas bocanadas de su cigarrillo y lo aplastó contra el piso, desintegrándolo contra la fría piedra negra. Sintió que se levantaba un peso. Una quincena en ese agujero era algo con lo que podía lidiar, incluso perder su licencia era un precio que valía la pena pagar. Pero la posibilidad de ser transferido al este lo había mantenido despierto todas las noches en su celda. En esas largas horas oscuras, se había hallado cuestionando sus razones sin llegar a las verdaderas respuestas. Sí, salvar a una bella muchacha de la prisión era algo noble, pero ¿si significaba morir en las marismas de Pinsk? ¿Y para qué? Solo había recibido una pequeña indicación de que ella sentía algo por él, en ese solo segundo en el complejo cuando ella lo miró con agradecimiento y… ¿afecto? ¿Confusión? ¿Lástima de que estuviera dispuesto a comportarse como un tonto? Sin embargo, conservaba ese momento como un tesoro en su cabeza desde entonces, y se prometió que, más allá del castigo que le dieran, no la traicionaría. Si esto lo convertía en Don Quijote o en el mayor tonto de la *Wehrmacht*, no estaba todavía seguro. Solo sabía que quería volver a verla, lo más pronto posible.

Kurt se levantó del banco, agradecido de que Wildgrube fuera mucho más bajo que él, y le dio al policía una amistosa palmada en el brazo.

—Tiene toda la razón, Erich. Y créame, esta es la única lección que

necesitaré. Le aseguro que seré un buen muchacho a partir de ahora.

Los ojos de Wildgrube se entornaron un poco.

—No es cuestión de ser un "buen muchacho". Se trata de mantener la actitud correcta hacia nuestro gran Reich y nuestro amado Führer.

—Por supuesto.

Se quedaron de pie por lo que pareció un largo rato, sin que ninguno quisiera ser el primero en quebrar el silencio. Finalmente, Wildgrube hizo un sonoro resoplido y golpeó la puerta para que el guardia lo dejara salir. Cuando se dio vuelta para despedirse de Kurt, este vio el rastro de una sonrisa alrededor de su boca delgada.

—Cuando lo dejen salir, venga a verme. Tomaremos un trago… Dejaremos todo esto atrás, ¿sí?

—Me parece bien.

Kurt observó cómo se cerraba la puerta y oyó las pisadas que desaparecían por el corredor, hasta que el único sonido que quedó fueron los quejidos de un prisionero enfermo en la celda de al lado. Se sentó en el banco y se inclinó hacia atrás mirando cómo el haz de luz atrapaba nuevas ondulaciones y rajaduras en la pared mientras trepaba hacia arriba y sus pensamientos se dirigieron hacia el rey Canuto.

Las hojas de los árboles en los Parade Gardens se estaban volviendo amarillas y marrones, y abultadas nubes cargadas de lluvia corrían deprisa por el cielo. Era casi septiembre. Mientras Hedy caminaba por allí, varios soldados alemanes fuera de servicio y aburridos estaban recostados contra el pedestal de granito o apoyados en la réplica de los cañones, fumando cigarrillos franceses y charlando. Había algo de grosero y corrupto en ellos. Uno hizo un silbido bajo mientras ella pasaba, por lo que dio vuelta la cabeza en señal de disgusto.

El café estaba en la calle York, cerca del Hospital General. Era un lugar pequeño, oscuro, discreto, con un toldo desteñido sobre la ventana y un interior marrón que parecía más oscuro por las pesadas cortinas de encaje. Un sitio perfecto para su reunión. La puerta chirrió al empujarla para abrirla. Se sintió aliviada al encontrar que el lugar estaba vacío, excepto por la mesera de aire aburrido y una mujer anciana sentada junto a la ventana, dosificando una taza de té de zarzamora y mirando sin ver a los transeúntes. Hedy se acomodó en una mesa en el fondo, pidió una taza de café de zanahorias y se dispuso a esperar.

Cinco minutos después, sonó de nuevo la campana y Hedy levantó la vista. Él estaba de pie en la puerta, con un impermeable marrón largo y un viejo sombrero de fieltro; sus ojos afilados la buscaban a la vez que tenían cuidado de no hacer contacto directo. Se dirigió a la mesa que estaba al lado de la de ella y simuló estudiar el menú. Hedy sorbió su

bebida y mantuvo la vista en la ventana. Oyó que él pedía un vaso de leche a la mesera, con la voz notablemente tensa y agotada, luego escuchó el crujido del periódico. Hedy esperó que la mesera se hubiera ido a la despensa de atrás en busca de la jarra de leche, sacó un pequeño paquete de su bolso y se estiró para colocarlo en la mesa de él. Volvió a acomodarse con la taza en la mano.

Con la misma destreza, el doctor Maine tomó el pequeño atado y lo deslizó en el bolsillo de su abrigo. Solo entonces se permitieron un pequeño intercambio de sonrisas, como reconocimiento de una transacción bien hecha. Pero en ese momento fugaz, Hedy vio que las sombras debajo de los ojos de él eran más oscuras que antes, y que el pelo alrededor de las sienes estaba más gris. Y supo que había hecho lo correcto al no contarle sobre lo ocurrido en Lager Hühnlein, así como había hecho bien en no decirle a Anton que no tenía intenciones de dejar el robo de los cupones de gasolina.

Todos estaban bajo suficiente presión, viviendo ya con demasiado miedo e incertidumbre, sin la ansiedad de conocer los secretos de otras personas. La ocupación los estaba convirtiendo a todos en enigmas.

Hedy terminó con lo que quedaba en su taza, dejó el dinero exacto sobre la mesa y se deslizó en silencio de nuevo hacia la calle. Se sentía contenta consigo misma, admiraba su valor y su fortaleza, y trataba de conectar con esa sensación, de registrarla en su memoria. Porque sabía que esta podía ser la última vez que sintiera una emoción tan pura. A partir de ahora, si hoy las cosas salían como planeaba, cada logro futuro estaría cargado de *shanda,* de vergüenza, y sería considerado poco.

La noche anterior había estado despierta en la cama, tan asustada de la oscuridad y de sus propios pensamientos que dejó que los restos de una preciada vela se consumieran hasta el final. La llama se agitaba en la habitación llena de corrientes de aire, arrojando sombras y formas extrañas hacia la cortina, pero apenas las notaba. En cambio, veía a su madre inclinada hacia adelante, llorando sin consuelo, y a su padre con su habitual temperamento furioso. Veía a Roda, mirando con incomprensión a una hermana que ya no conocía, y a Anton con la cabeza entre las manos, como lo había visto ese día en la playa. Pero lo que más veía era a Kurt, y ese pequeño guiño que le había comunicado tanto. La imagen ya estaba desgastada por la repetición, pero la atravesó de deseo. Sintió ganas de tocarse, pero la culpa le mantuvo las manos fuera de la manta, expuestas al aire frío y húmedo. Cerró los ojos y se dio vuelta, enterrando la cara en la almohada. Pero allí no encontró nada más que soldados alemanes que marchaban por *Grabenstrasse* y guardias de las SS que pateaban el bulto acurrucado de un viejo vecino judío que agonizaba en la calle. Todo el tiempo la imagen era dispersada por la cara sonriente de Kurt que se abría paso hacia el frente. Y cuando su destartalado despertador a cuerda mostró las tres de la mañana, dejó

que su resolución se diluyera, y deslizó una mano debajo de las mantas para silenciar las palpitantes exigencias de su cuerpo.

Para cuando Hedy llegó a la calle Newgate, su corazón estaba desbocado. Dobló por un camino estrecho, desierto, consciente de sus pisadas sobre los adoquines. A mitad de camino, había una puerta de metal abollada en la imponente pared de granito; un gran aro de metal servía de llamador, y debajo de él, había una pequeña mirilla. Hedy se acercó lentamente a la puerta y se detuvo a esperar en el lado opuesto de la calle, a la sombra de las paredes de la prisión. Gotas de agua comenzaron a dibujar círculos en los adoquines y, cuando la lluvia se hizo más intensa, se hundió en su pelo y sus hombros. Ella siguió esperando, en silencio y sin moverse.

Finalmente, la puerta se abrió. Kurt, con la chaqueta y la gorra de su uniforme y un paquete envuelto en papel con sus pertenencias, salió a la calle. Ella lo observó levantar la vista al cielo y respirar profundo, luego se dio vuelta y la vio. Por un momento, Hedy temió que lo que veía fuera enojo. Pero volvió la sonrisa. Aliviada, se la devolvió. Levantó un dedo hacia los labios y caminó hacia él.

—Veinte metros atrás —murmuró—, no más cerca. —Kurt asintió.

Hedy comenzó a caminar hacia la calle principal. Cada tanto echaba una mirada sobre el hombro o buscaba una excusa para darse vuelta y ver si él todavía la seguía. Caminaron, tan íntimos en la distancia, hasta Parade Gardens y a través de las delgadas calles de las cabañas de la ciudad y las tiendas comerciales hasta que llegaron a la calle New y la puerta de entrada del edificio de Hedy. Ella trepó los escalones y entró, haciendo solo un segundo de pausa para ver la figura distante de Kurt, midiendo sus pasos para controlar la velocidad. Dejó la puerta entreabierta y subió las dos escaleras hasta su apartamento, agradecida de que la puerta de la señora Le Couteur permaneciera firmemente cerrada. Metió la llave en la cerradura justo mientras escuchaba el ruido de las pisadas de Kurt abajo, y se apresuró a entrar. De pie, inmóvil en el centro de la pequeña habitación, respiró con dificultad, mientras de su abrigo emanaba vapor y los mechones de pelo mojado se le pegaban en la frente. La habitación apestaba a las verduras hervidas de la noche anterior, las suyas o las de un vecino, no podía estar segura. Oyó pisadas en las escaleras. Hemingway, percibiendo el peligro, corrió debajo de la cama y se quedó allí. En ese momento, Kurt estaba de pie en el umbral, mirándola con vhemencia, tratando de sopesar la situación. Cerró la puerta tras él y se sacó la gorra.

Por un momento, ninguno de los dos se movió. Hedy no tenía idea de lo que él pensaba. Kurt dio un paso hacia ella, luego otro, y la tomó entre sus brazos. Hedy sintió que se fundía con él. Los labios de Kurt, que sabían ligeramente a tabaco, estaban en los de ella, y la besaban con una tierna ferocidad que enviaba dardos de deseo por todo su cuerpo;

las manos de Kurt se abrieron camino por su pelo hasta llegar a la nuca; le acarició los brazos y los hombros, bajando hacia los pechos. Hedy apeló por última vez a su conciencia, pero las reglas y la certeza habían desaparecido ya y el deseo la arrastró hacia un pozo de placer. Para cuando su vestido cayó al suelo, no podría haber dicho ni su propio nombre.

Capítulo 4

El camión abierto estaba lleno de soldados, quizás veinticinco, treinta. Mientras aceleraba, agitando polvo y hojas caídas, convirtiendo los uniformes en una masa gris verdosa, Hedy se pegó al cerco, con cuidado de mantener la cara hundida en la bufanda. El camión avanzaba hacia un giro en el camino, pero antes de que doblara, ella captó la cara de un joven soldado, pálido y vacío, que miraba hacia el promontorio. Apenas más que un escolar, tenía los ojos vidriosos, los labios apretados. Por debajo del ala de su viejo sombrero de fieltro, Hedy observó sus rasgos difuminarse hasta desaparecer por el sendero que llevaba al mar.

En la pequeña bahía de Belcroute, las olas golpeaban rítmicamente en el borde del agua. La marea seguía subiendo; pronto los estanques cristalinos entre las rocas desaparecerían bajo borbotones de agua plateada, absorbidos de nuevo en el océano. Hedy trepó por las rocas resbaladizas, dejando las manos libres para evitar cualquier desliz; se movía bien lejos de las áreas llanas de la playa donde podría haber minas colocadas. Buscaba la línea de algas y guijarros, y se sintió aliviada al ver que la marca estaba a unos buenos dos metros del espolón bajo. Pronto la marea subiría, atrapando a los visitantes descuidados y forzándolos a trepar por el abrupto bosque que estaba encima. Pero hoy estaría a salvo.

Bordeando la esquina donde el follaje seguía creciendo espeso, echó un rápido vistazo por encima del hombro para asegurarse de que nadie la siguiera. Luego, al llegar a la brecha familiar entre las rocas que había llegado a considerar propia, se puso de cuclillas y se deslizó por ella, asegurándose de mantener la espalda contra la losa para que nadie que caminara por el sendero de arriba pudiera verla. La brisa era fuerte, pero el sol todavía mantenía cierta calidez y su posición le decía que era alrededor del mediodía. Se quitó el sombrero y se puso cómoda, sabiendo que no tendría que esperar demasiado.

Hasta el momento, noviembre había sido un mes duro. La ración de pan había sido recortada de nuevo. Circulaban rumores sobre más restricciones al suministro de gas. Y la llegada de más tropas alemanas desde Francia –cientos y cientos de barcos arribaban al puerto de St. Helier– había generado una ola colectiva de desesperación en la comunidad. ¿Para qué eran todos estos soldados? ¿Qué iban a hacer allí? Solo podía significar más órdenes y nuevos hostigamientos. Sin embargo, sentada allí con los rayos del sol sobre sus párpados y ningún sonido excepto el agua lamiendo las rocas, no podía negar una antigua sensación familiar que crecía en su pecho. Era alegría. Casi la había

olvidado. Apoyando la cabeza, sonrió mientras la sensación fluía por sus brazos y se detenía en la punta de los dedos. Inspiró, permitiendo que sus pensamientos fluyeran.

Luego, como siempre, venía el precio que pagar. El escalofrío de miedo y culpa.

Había dicho eso desde el primer día, esa tarde lluviosa en su apartamento, con la delgada luz que caía de la claraboya sobre sus cuerpos desnudos, los dos quietos y exhaustos sobre el cubrecamas. Se habían quedado horas abrazados en su pequeña cama, compartiendo confesiones de sus primeras sensaciones de atracción y esperando que cayera la oscuridad para que él pudiera irse sin ser visto. Fue entonces cuando comenzó en serio. Este péndulo de alegría y odio hacia sí misma que le golpeaba el pecho, ataques aleatorios de risa mientras caminaba hacia el trabajo y un llanto frenético durante la madrugada. Era agotador, pero no era la peor parte. Lo peor era la única emoción constante que nunca se iba, sino que hervía bajo la superficie de día y de noche. El terror.

Varias veces estuvo a segundos de distancia de confesar la verdad.

Dos pequeñas palabras, se decía a menudo, y se terminaría.

Dos palabras: "Soy judía". No habría sido tan peligroso justo al comienzo. Podría haber descartado su enojo encogiéndose de hombros… ¿De verdad no lo sabía? ¿Era culpa de ella que él, un oficial, no conociera los antecedentes de una empleada de su complejo? Y si él se enfurecía y gritaba, recorría con furia su apartamento con un apuro indignado por encontrar su ropa, habría apostado que nunca se lo diría a nadie, por miedo a las represalias. Habría sido simple.

Pero no se lo dijo. Ni ese día ni la siguiente vez ni en ninguno de los salvajes encuentros furtivos que habían compartido desde entonces. A medida que su afecto por él creció, también lo hizo el miedo a su desaprobación. Después de un tiempo, enloqueció lo suficiente como para pensar que podría no tener necesidad de decírselo nunca. Soñaba con un universo en el que la cuestión simplemente nunca saldría a la luz. Hasta que un día, meses o años en el futuro –esta parte la dejaba deliberadamente vaga– él la miraría mientras comían, le sonreiría, daría un sorbo a su copa de vino y diría: "Por cierto, nunca mencionaste…". Pero, sola en su cama, Hedy sabía que sería ya demasiado tarde.

Un silbido bajo desde el otro lado de las rocas le abrió los ojos de golpe. Unos segundos después, la figura agachada de Kurt apareció del otro lado de la saliente. Hedy lo observó trepar hacia ella, moviéndose con gracia y seguridad, hasta que se dejó caer cerca de ella y se calmó. Ella esperó que sus ojos con pequeñas arrugas la encontraran, levantando los brazos hacia él. Entonces, él se subió a ella, la abrazó, la besó largo tiempo con pasión, mientras murmuraba que se veía hermosa y que la había extrañado en los días en que no se habían visto. Mientras

se abrazaban entre las rocas, abrió su bolsa de arpillera y dejó ver media hogaza de pan, unas pequeñas manzanas francesas y algunos tomates. Ella se acurrucó en el espacio debajo de su brazo izquierdo y, por un rato, comieron el almuerzo en silencio.

Finalmente, Kurt se limpió la boca con el dorso de la mano.

—¿Te enteraste lo de Sidi Rezegh? —Hedy sacudió la cabeza—. El *Afrika Korps* aplastó a la Séptima División Armada británica. Si tomamos Malta, todo terminará en unos meses. —Hedy miró hacia abajo al último trozo de tomate en la palma de su mano, dejando que él se diera cuenta de su

silencio, y sentir que lo lamentaba—. Lo siento. Pero eso es lo que ambos queremos, ¿no? ¿Que esto termine?

—¿Y qué pasa con el frente oriental?

—Sigue trabado. La nieve debe de haber llegado ya. Dios sabe cómo pueden ser las cosas allí para esos pobres bastardos. Solo espero que Helmut no esté ahí. —Kurt captó su inquisidora mirada—. Mi mejor amigo desde que éramos pequeños, es como un hermano. Está en los Panzers ahora. —Él la observó, con la cabeza de lado—. Hedy, ¿por qué no tienes un equipo de radio? Todos tienen uno.

Hedy se metió el tomate en la boca y masticó más de lo necesario, tratando de recordar la mentira correcta.

—Te lo dije, el mío se rompió. Ya no se pueden conseguir otros.

—Tal vez podría hacerme de uno con mis contactos. Así podría oír las noticias de la BBC contigo. Son más certeras que la basura que tenemos que escuchar.

Hedy le tocó la rodilla.

—Gracias, pero no quiero gastar ese dinero. Puedo enterarme de las noticias por ti o por Anton.

—Ah, el famoso Anton. ¿Alguna vez vas a permitir que lo conozca? —Hedy le echó la mirada seca que ya había aparecido en muchas conversaciones previas, pero Kurt se encogió de hombros—. Si es tan buen amigo, entenderá, ¿no es cierto? ¿Y él no está en la misma posición saliendo con esa muchacha local?

—Lo conocerás uno de estos días. ¿Has sabido algo de Helmut? —Su táctica era evidente y sabía que él la había detectado, pero la dejó pasar.

—Una carta en verano, casi toda censurada. Ni siquiera sé dónde está. Me preocupa. —Tiró el corazón de la manzana entre las rocas y se dio vuelta para mirarla—. ¿Cuándo puedo volver a tu apartamento? Quiero decir, esto es maravilloso, pero… —Deslizó la mano por el pecho de ella, trazando suaves círculos sobre su pezón—. Te extraño.

Hedy sintió que le dolía el sexo en respuesta, pero también podía oír las voces distantes más allá del camino hacia el promontorio. Empujó la mano de él hacia su nuca.

—Te extraño también, pero es demasiado arriesgado aquí.

Esa sonrisa de nuevo. Hedy podía oler la manzana en su aliento, el aceite que usaba en el pelo, y luchó contra el deseo de colocarle la mano de nuevo donde había estado. Kurt se incorporó en un codo.

—En realidad, no creo que necesites ser tan cauta. Al menos dos oficiales en mi casa están viendo a mujeres de la isla. Y tampoco es que seas una chica de Jersey.

—Ese es el asunto. Los locales sospechan más de mí por mi nacionalidad y mi acento. Pueden considerarme una espía, echarme de mi apartamento. Tengo que ser el doble de cuidadosa. —Percibiendo su decepción, continuó rápidamente—. La tos de la señora Le Couteur parece mejor, sin embargo. Si ella está lo suficientemente bien como para ir a casa de su hermana el viernes, puedes venir entonces.

Kurt asintió.

—Me aseguraré de ver a mi amigo en la tienda de provisiones y obtener —para placer de Hedy se sonrojó un poco— lo que necesitamos. Ah, y casi me olvido… un regalo para ti. —Buscó en su bolsillo y sacó una barra de chocolate Stollwerck.

Hedy respiró con dificultad al ver el elegante envoltorio azul con su conocida marca escrita en letras redondeadas, y lo sostuvo como un pequeño pichón en la palma de la mano.

—¿Cómo sabías que era mi favorito? ¿Quieres compartirlo ahora?

—No, es para ti. Puedo conseguir más la semana que viene. Guárdalo hasta que de verdad lo necesites. —Giró la cara hacia el sol—. Me encanta este lugar. ¿Cuánto tiempo tenemos hasta que suba la marea?

—Unos diez días.

—¿Y entonces esta playa quedará completamente tapada?

—El agua llegará justo al paredón… quizá sobre él durante una marea de tormenta. —Percibió la pregunta en los ojos de él—. Eso es cuando el viento y la marea se levantan juntos y crece la fuerza del mar. Vi una aquí hace un par de años. Fue aterrador.

Le tomó las manos y cerró los dedos alrededor.

—Tendremos que encontrar otro lugar de reunión. Será demasiado fácil quedar atrapados aquí.

Hedy apenas asintió, apoyó la cabeza en su hombro y dejó que el débil sol del otoño derritiera sus pensamientos.

Nabos, nabos, hermosos nabos,
cantamos loas a los viejos y queridos nabos.
Oh, sí, están muy bien,
te llenan hasta que estás por explotar,
nabos, nabos, suculentos nabos.

Son todo lo que un tipo necesita.
Los adoramos, dennos un poco más de ellos,
hermosos, hermosos nabos.

Los cinco cantantes, vestidos caóticamente con diversos restos del cajón del guardarropa de preguerra del Green Room Club, guiaban a la multitud con vigoroso entusiasmo. Cadenas de manos tomadas a lo largo de cada fila de asientos, un bosque de brazos bamboleantes, se destacaban contra el escenario, mientras caras entusiastas se miraban unas a otras, riendo ante la ridiculez de todo eso.

Hedy, sosteniendo fuerte a Anton con la mano derecha y a una señora mayor de pelo blanco con la izquierda, cantaba lo más fuerte que podía, riendo entre una respiración y otra. Había sido una gran idea después de todo. Había dudado la noche anterior si aceptar el boleto extra de Anton, principalmente porque había estado esperando que Kurt tuviera la tarde libre. Pero después de encontrar una nota de Kurt en el bolsillo de su abrigo, donde decía que había sido convocado a una reunión con autoridades locales, decidió que la ida al teatro podía ser una buena distracción. Ahora se preguntaba por qué no lo había hecho antes. La hermosa Ópera Victoriana, con sus cintas doradas y molduras en forma de laurel, le recordaba su teatro local en Viena, donde su padre la había llevado cuando era niña. Ese olor a madera encerada y viejo terciopelo polvoriento, el estado de expectativa… ¿Y qué si reconocía al actor principal del puesto en el mercado de pescado o que el escenario estuviera iluminado por tres faros de automóvil fijados en el pozo de la orquesta y alimentados por baterías en los costados? ¿Qué importaba que el telón tuviera que levantarse a las cuatro, para que la gente de los distritos rurales pudiera volver a casa a tiempo para el toque de queda? Aquí había color y canciones y una vía de escape y, por una vez, el miedo estaba firmemente enjaulado. Se inclinó para gritar en el oído de Anton:

—¿No es maravilloso?

Anton sonrió, pero Hedy vio que no había nada detrás de eso. Parecía distante, remoto. Ahora que lo pensaba, Anton había estado en un extraño estado de ánimo desde que se habían encontrado esa tarde. El volumen de su canto bajó un poco y comenzó a deslizar algunas miradas de reojo a su amigo. Inclinándose para observar a Dorothea, que estaba del otro lado de Anton, buscó señales de una discusión o enojo. Pero ella sonreía al escenario con los ojos enormes, sin pestañear, cantando con entusiasmo junto con el resto. Si había problemas en el paraíso, claramente Dorothea no era consciente de eso.

Los pesados cortinados rojos cayeron para anunciar el intervalo y, con un repiqueteo de asientos que se levantaban, la audiencia comenzó a llenar los bares y los baños. Hedy se inclinó hacia sus dos

acompañantes.

—¿Vamos a buscar algo para tomar?

—No tienen café o té de verdad —refunfuñó Anton.

—No, pero vi un cartel de camino en el que decían que tenían el mejor café de chirivía de la ciudad. Vamos, ¡yo invito!

Dorothea abrió grandes los ojos.

—¿Quieres decir… a los dos?

Hedy sintió una cierta vergüenza. Durante semanas había tratado de ser más amistosa con Dorothea. El romance no mostraba señales de desvanecerse y, sabiendo que tenía que hacer un esfuerzo por el bien de Anton, se había ocupado de preguntarle sobre su salud, su abuela y hasta su trabajo de maquinista en la fábrica Summerland. Pero la obsesión de la mujer con las viejas revistas de cine y su interminable charla sobre estilos de peinado no eran una buena conversación, y su persistente risita infantil ante cosas que no eran realmente tan graciosas le ponían a Hedy los nervios de punta. Hasta ahora, pensaba que su irritación se había mantenido oculta, pero el comentario de Dorothea revelaba que sus sonrisas fingidas e impacientes no habían ocultado nada. Ahora tendría que reparar el daño.

—¡Por supuesto, a los dos! Vamos, o no haremos a tiempo para que nos sirvan.

Los tres salieron del auditorio y bajaron las escaleras hasta el pequeño bar del teatro, donde se unieron a la larga fila de locales desaliñados que esperaban por cualquier insignificancia que pudieran ofrecerles. Todos estaban tan acostumbrados a hacer fila estos días, que apenas hacían comentarios al respecto. Hedy abrió su bolso para buscar su monedero, pero Anton colocó una mano encima de él.

—No seas tonta.

Hedy se controló.

—¿Por qué no? Estoy ganando dinero ahora. Y después de todas las veces que has pagado por mí…

—Está bien…, guarda tu monedero. —Su voz tenía una cierta tensión.

—Anton, ¿qué pasa? Has estado de mal humor desde que llegué. —Miró a Dorothea en busca de una aliada, pero ella la ignoró. Hedy se había dado cuenta de que, como Anton, evitaba cualquier tipo de conflicto.

—Estoy bien. Un poco cansado, no más.

—Ah, pobre Anton. —Hedy se acercó a su oído y comenzó a cantar una vieja canción de cuna en un melódico murmullo—: *Schlaf, Kindlein, schlaf! Der Vater hüt't die Schaf, die Mutter schütttelt's Baüme lein…*

Anton se apartó bruscamente. Su expresión era tan dura que Hedy dio un paso atrás.

—Hedy, ¡por el amor de Dios! ¿Quieres que nos golpeen? —Se

limpió la oreja con los dedos como para quitar de allí la melodía—. Piensas que estoy de un humor extraño, pero ¿qué te pasa a ti? Has actuado como si estuvieras ebria o algo así estas últimas dos semanas.

—Solo estaba bromeando contigo, ¡eso es todo!

—No, es más que eso. Algo te pasa.

Hedy sintió que la sangre se le agolpaba en las mejillas. Esperaba que él considerara que se debía a la falta de ventilación del bar, que de inmediato le resultó abrumadora.

—¡Solo estoy tratando de mantenerme alegre! No te haría mal intentarlo. Todos están cansados, todos tienen hambre, pero ¿qué ganas con quejarte? Dorothea, ¿no piensas así?

Pero Dorothea la miraba como si acabara de resolver un crucigrama:

—¡Ya sé lo que es! ¿Es ese teniente, no? ¿Lo has visto de nuevo?

El aire se volvió más espeso. Hedy rogó que su voz todavía estuviese funcionando.

—¿Qué?

—Es eso, ¿no? ¿Cuál era su nombre…; Kurt?

Sabía que su única opción era atacar, aunque sus mejillas ahora estaban en llamas.

—¡Por favor, Dorothea!

—¿Tengo razón, no? Lo has visto.

En ese momento, Hedy la odió. ¿Cómo podía esa mujer no entender la gravedad de todo esto? Una pareja anciana que llevaba unas tazas cachadas tropezó con los tres mientras trataba de hacerse camino entre la multitud. El hombre murmuró una disculpa, pero Hedy apenas le agradeció. Inspiró profundamente para calmarse.

—Te dije que lo vi una vez cuando salió de prisión para agradecerle. Eso es todo.

—¿No lo has visto desde entonces? —preguntó Anton.

—¿Por qué lo haría?

—¿Porque realmente te gusta? ¿Y tú le gustas a él? —La cara de Dorothea estaba llena de ansiedad y preocupación, pero no mostraba que la estuviera juzgando. Hedy casi envidió su ingenuidad.

—No sé lo que está pasando por tu cabeza, Dorothea, pero, en realidad, no me conoces en absoluto. Y, por favor, ¿puedes no decir cosas como estas en un lugar público? Vuelvan a sus asientos, yo sigo haciendo la fila para las bebidas.

Pero Anton seguía buscando pelea.

—Siéntense ustedes dos…, yo las compro.

—Anton, por última vez, dije que voy a pagar yo. —Hedy buscó su monedero de nuevo.

—¡Y yo dije que guardaras tu dinero! —Le empujó el bolso, que cayó al piso, su contenido esparcido. Todos miraron hacia abajo para ver la historia íntima en exhibición. El monedero de cuero de Hedy, un regalo

de Navidad de los Mitchell antes de la guerra; un pañuelo de encaje comprado en el mercado local en épocas más felices; una barra a medio comer de chocolate Stollwerck, todavía en su brillante envoltorio azul.

Por un momento, nadie habló. Simplemente observaron el chocolate como si fuera una granada de mano. La fila para el mostrador avanzó; dos mujeres con sombreros de paja gastados que estaban detrás de ellos, al darse cuenta de que el trío de Anton no tenía intención de continuar, se encogió de hombros y pasó delante de ellos.

Hedy alzó la vista para encontrar la de Anton y vio la furia que el acero de su voz acompañó:

—¿Y supongo que compraste esto en el mercado? —Involuntariamente, Hedy llevó una mano a su mejilla, dejando que Dorothea se agachara en busca de los ítems desparramados.

—Lo conseguí de una secretaria en el trabajo. —La frase se balanceó en el aire como ropa tendida y congelada, rígida y con una forma incorrecta.

—No te creo. —Anton nunca antes le había hablado así—. Me dijiste que nunca hablas con nadie allí. Y sí, tu cara es de color carmesí.

Hedy sintió que la pared comenzaba a desmoronarse. No tenía fuerza, apenas logró susurrar:

—Anton, lo siento. Debería habértelo dicho. Pero…

Dorothea se puso de inmediato a su lado, colocándole el bolso en el brazo, poniendo una mano sobre el hombro de Hedy mientras con la otra le acariciaba el pelo.

—Hedy, ¡no te disculpes! Nadie elige de quién enamorarse. Y no es un caso diferente del de Anton y yo.

Hedy mantenía los ojos fijos en Anton, cuyo rostro estaba tenso por la furia controlada. Su voz era grave.

—Es totalmente diferente. ¿Le dijiste?

—¿Decirle?

—No te hagas la tonta. ¿Le dijiste?

—Yo… no.

Anton sacudió la cabeza. En el mostrador, las mujeres de sombrero de paja le estaban dando a la muchacha que les servía la receta de la mermelada de zanahorias. El sonido de las cucharas que chocaban con las tazas era, de pronto, ensordecedor.

—¡Todo ese discurso al comienzo… cuánto los odiabas, qué miedo les tenías! Hice todo lo que pude por protegerte. ¡Y ahora esto! —Hedy miraba al piso cubierto por alfombra. El sector delante ella se había reducido a un entramado de fibras sin pelo, separado por miles de pisadas durante décadas—. ¿Quieres ir a prisión, quizá, que te deporten? ¿Eso es lo que quieres?

La mano de Dorothea todavía estaba en su pelo. Hedy quería apartársela, pero no se atrevía a atraer más atención.

—No seas cruel con ella, Anton. No es su culpa —murmuró Dorothea.

Pero Anton se estaba abotonando la chaqueta y atándose la bufanda al cuello.

—En realidad, lo es. ¿Vienes conmigo o te quedas aquí?

Dorothea le echó una mirada dolorida a Hedy, pero ella le hizo una seña de que se fuera. Con un apretón final en el brazo de Hedy, Dorothea siguió a Anton fuera del bar. Hedy escuchó los pies en la escalera, pero sus ojos seguían fijos en la alfombra; luego, con paso lento, mesurado, también salió del teatro, pero por otra puerta. Con suerte, lograría llegar a casa antes de que comenzaran las lágrimas.

Los rasantes rayos de sol penetraban por la amplia ventana con arco que se encontraba al fondo de la cámara del Consejo, rebotaban en la mesa pulida e iluminaban las medallas que colgaban del pecho del alemán. El reflejo era tan deslumbrante que Kurt, que estaba directamente en frente, se vio obligado a tirarse hacia atrás en su asiento para no enceguecerse. Por qué un mero administrador como el doctor Wilhelm Casper, que parecía como si hubiera pasado toda la Gran Guerra en una variedad de oficinas y no supiera distinguir un extremo de un rifle del otro, debería tener un conjunto tan impresionante de condecoraciones, era algo sobre lo que Kurt solo podía especular. Miró a las veinte o más personas que estaban alrededor de la mesa para ver si alguno más compartía su escepticismo, pero las otras caras alemanas solo exhibían sonrisas tensas, mientras que las cabezas de los de Jersey estaban abatidas sobre sus papeles. La única persona que Kurt reconoció era un soldado de primera con cara de niño llamado Manfred, a quien había conocido recientemente en un viaje de reconocimiento a uno de los nuevos búnkeres en la costa norte. Un fiel fanático de Dresdner SC, al que Kurt había considerado amistoso y curioso en el campo. Pero allí, bajo la mirada de la plana mayor, Manfred mantenía la cabeza gacha enfocándose en su cuaderno, sin reconocer casi la presencia de Kurt.

Kurt echó una mirada anhelante a las ramas desnudas de un árbol que había fuera de la ventana y se mecía en el viento contra el sol del atardecer, y suprimió un suspiro. Ni siquiera sabía por qué había sido convocado a esa estúpida reunión. El tema por el que tenía que asesorar –la adaptación del aeropuerto local para acomodar los nuevos bombarderos de la *Luftwaffe*– estaba listado en la agenda como "Otros asuntos si el tiempo lo permite" y, como ya eran casi las seis, era obvio que su presencia había sido una total pérdida de tiempo. Podría haber estado con Hedy. Los sábados solían ser un buen día para evitar a sus vecinos, ya que muchos de ellos iban a hacer la fila del mercado o a

visitar a su familia. Podrían haber estado acurrucados ahora mismo en la pequeña cama. Tuvo una sensación de resentimiento mientras su mente se deslizaba por el aroma de su pelo, la suavidad de sus dedos, ese cuerpo flexible y sensible.

Era más que eso ahora, sin embargo. Por supuesto que había tenido novias en su país –un par habían sido bastante importantes en su momento–, pero lo que sentía en las últimas semanas, esta nueva emoción profunda, lo conmocionaba genuinamente. Pensaba en ella todo el tiempo, deseaba compartir cualquier momento interesante del día, anhelaba escuchar su voz. Esto afectaba también su actitud hacia sus colegas. En la cocina de su alojamiento, solía escuchar que los otros oficiales se reían mientras compartían historias sobre alguna muchacha con la que habían flirteado, o con la que habían tenido sexo en la parte trasera del club de campo. Se palmeaban la rodilla como forma de infantil felicitación al hablar de alguna morena que les había dado sexo oral en el asiento trasero de un auto por un kilo de pescado: uno alardeó de que había tenido tanto a la madre como a la hija a cambio de doscientos cigarrillos franceses. Kurt nunca se había sentido cómodo con ese tipo de charla, pero ahora la consideraba definitivamente desagradable. Más que eso, lo desconcertaba. ¿Qué satisfacción encontraban allí? ¿Qué desafío, qué descubrimiento? Sí, al comienzo, era la lujuria lo que lo había impulsado hacia Hedy. Pero ahora…, ahora era esa oscuridad interna la que lo atraía. La mezcla de enojo y tristeza en sus ojos, que ocultaban un misterio tan complejo que lo asustaba. ¿Cómo podía una mujer darle su cuerpo con tanto abandono y, al mismo tiempo, ocultar tanto? Como un pescador que, al final del día, solo había atrapado pececitos, pero sabía que, debajo de la superficie, todavía nadaban grandes peces gordos, Kurt no podía apartarse de allí.

—Algunas restricciones adicionales al combustible —estaba diciendo el doctor Casper a través de su intérprete, un hombre joven, delgado, con gafas, que podía haber pasado por su propio hijo—. A partir de la próxima semana, el gas solo estará disponible entre las 7 y las 14.30, y entre las 17.30 y las 21. Y el Comando de Campo desea procurarse el contenido de los negocios de madera de la isla. Por supuesto, estaremos contentos de negociar un acuerdo sobre una base amigable.

Una nueva voz se levantó:

—La población local necesita la leña para calentarse y cocinar. ¿Qué pasa si no queremos negociar?

Kurt llevó su atención de nuevo a la mesa para ver quién había hablado. Un cansado hombre de Jersey de pelo blanco y gafas con montura de metal, que Kurt entendió que era el consejero local sobre cuestiones laborales, estaba mirando a Casper con un desprecio poco disimulado. Casper solo se encogió de hombros.

—Entonces, señor Le Quesne, lo tomaremos de todas formas. El

Comando de Campo debe poner las necesidades de la guarnición de la isla delante de las necesidades de… *Einheimische*. —Casper se limpió los labios secos con los dedos como si la palabra "locales" le hubiera ocasionado un sabor desagradable—. También requerimos que los contenidos de sus invernaderos sean puestos a disposición del ejército.

Kurt miró los papeles que tenía delante de él, con cuidado de mantener su expresión neutral. Por dentro, se encogía de dolor. Todos los días, durante meses, había escuchado a su colega Fischer quejarse de la estupidez de los miembros locales del Consejo Superior, estos tontos provincianos con su necio rechazo a aceptar las órdenes naturales y de sentido común de sus señores, y su rústica mentalidad que les impedía ayudarse a sí mismos. Hasta el propio Kurt, al ver a Hedy racionar sus magras verduras para la semana, se había preguntado en privado si esta escasez tenía más que ver con los defectos de la política agrícola local que con la interferencia del Comando de Campo. Sin embargo, aquí estaba el nuevo gobernador robando la comida de los locales sin siquiera molestarse en mentir al respecto.

—Creo que comprendemos perfectamente el estatus de los "locales", doctor Casper —dijo Le Quesne, con toda vivacidad—. Haber puesto en prisión a mi mensajero, cuyo tartamudeo le impidió disculparse cuando rozó a un oficial alemán en la calle, lo dejó bien claro. Al igual que su última medida: la orden de quedarse con las ganancias de todos los negocios judíos. —Kurt miró a Casper, preguntando si esto terminaría en un duro regaño o algo peor, cuando otra voz de Jersey surgió del extremo de la mesa. Venía de un hombre de piel descascarada que llevaba bigote y anchas cejas.

—No creo, señor Le Quesne —dijo el recién llegado con tono nasal —, que el antagonismo deliberado le sirva a nadie aquí. El año pasado, usted mismo era uno de los principales defensores de que el Consejo Superior de Jersey retuviera la autoridad civil, de que pudiéramos actuar como un puente de comunicación, por así decir, entre nuestros visitantes alemanes y la población local. Sobre esa base, la implementación de los deseos del doctor Casper es tanto nuestro deber como nuestra obligación. —El orador giró hacia Casper y le ofreció una sonrisa afectada que le revolvió el estómago a Kurt.

—Agradezco al jefe de la Oficina de Extranjeros, el señor Clifford Orange, por su respuesta pragmática y cortés —replicó Casper con un movimiento de cabeza—. Y, como nos estamos quedando sin tiempo, creo que deberíamos concluir de este modo.

Casper cerró su carpeta de un golpe, al igual que sus subalternos uniformados, y se puso de pie. Kurt, agradecido por la posibilidad de irse, pero con su enojo todavía en ebullición, siguió la línea de obedientes uniformes que salían de la sala y se dirigían a las grandiosas escaleras de mármol del edificio del Consejo. Mientras bajaban los

escalones, se encontró justo al lado de Manfred.

Kurt lo saludó con una palmada en el hombro.

—Ey, Manfred, ¿qué te pareció esto? —Tuvo cuidado de mantener la voz por debajo del nivel de la charla común.

Manfred lo miró, aparentemente sorprendido por ser abordado por un oficial de alto rango.

—Señor, ¿se refiere a la reunión?

—¿Sabías que estábamos requisando comida de los locales para alimentar a la guarnición?

Manfred asintió. Kurt detectó un tic en el ojo del muchacho.

—No es sorprendente, señor. Desde que estamos aquí casi se ha duplicado la población. No pueden traer todo desde Francia.

—En realidad, no cumple del todo con la promesa que hicimos, ¿no? Respecto de garantizar su libertad. —Manfred no le respondió, pero le echó una mirada torturada a Kurt—. ¿No tienes una opinión al respecto?

—No, señor.

—Pensé que querías llegar a *Obergefreiter* el año que viene. —Kurt lo presionó—. Si quieres trepar por el escalafón, tienes que expresar tu opinión en ocasiones.

—Sí, señor, pero…

Percibiendo su incomodidad, Kurt esperó que el resto del contingente pasara antes de apartar a Manfred a un costado. En el brillo rosado que se reflejaba de la gigantesca bandera con la esvástica que colgaba en la entrada, Kurt sacó el resto de tabaco de su bolsillo superior y le ofreció a Manfred enrollar un cigarrillo, que el joven aceptó con alegría. Kurt esperó que diera la primera pitada profunda.

—Pero ¿qué?

Fue el turno de Manfred de bajar la voz.

—Teniente, usted es un buen tipo, señor. Yo…, yo lo admiro, ¿sabe? Pero si la gente supiera que he tenido este tipo de conversación con usted…

Kurt levantó una ceja.

—¿Por lo del asunto de los cupones de gasolina?

—El teniente Fischer dice que debemos tener cuidado de con quién nos juntamos. Y ese tipo del sombrero…

—¿Erich Wildgrube?

—Sí, él. Aparece en todas las barracas, habla de tener cuidado con las manzanas podridas.

—Nada de pagar por el error y seguir adelante.

—Vea, señor, mi familia depende de mi salario. —Manfred dio otra profunda pitada al preciado tabaco, reteniendo el humo antes de hablar —. Llegar a *Obergefreiter* es importante. Necesitan que me vaya bien, ¿comprende? Dependen de mí…

—No te disculpes. Sigue adelante. Y… ¿Manfred? No te preocupes…, esta conversación nunca ocurrió, ¿está bien?

Kurt dio una palmada en el hombro del joven y lo empujó hacia la puerta, dándole un momento antes de seguir. Lo sospechaba, pero la confirmación le dolió. El maldito Fischer, el maldito Wildgrube. Las malditas reglas sin sentido y las malditas lealtades irreflexivas. Salió a la fría oscuridad y se dirigió hacia el camino de la costa, pues decidió que una larga caminata hasta Pontac Common le haría bien. Pero su mente continuaba rebotando de una imagen horrible a la siguiente. Soldados alemanes cargando las carretillas con los productos de los invernaderos de los granjeros locales. La cara pastosa, horrible de Wildgrube con esos furtivos ojos pequeños. Pero, principalmente, Kurt seguía pensando en el rey Canuto, sentado obstinadamente en su trono, desesperado por respirar entre las olas que lo golpeaban mientras la marea avanzaba incesante hacia él.

Las lámparas de parafina en la tienda emitían un ominoso brillo azulado, creando extrañas sombras amenazantes en las paredes de azulejo. Desde la oscuridad de la calle, la vidriera vacía revelaba la historia de lo que ocurría adentro, como si se mirara una película en una pantalla. Al fondo, Anton, con su delantal blanco y su alto gorro de panadero, se movía sin esfuerzo por la habitación, barriendo el piso y limpiando las superficies, mientras que en el mostrador de adelante el exuberante señor Reis, visiblemente más delgado estos días, le explicaba con paciencia a la última clienta del día que no le quedaba nada para venderle a ningún precio. Incluso desde su punto de vista en el banco al otro lado de la calle, Hedy podía ver la desesperación de la mujer mientras sacudía un par de zapatos de niño delante de él, rogando por un trueque de los desechos quemados que esperaba encontrar bajo el mostrador. Pero el anciano seguía tranquilizándola, sonriendo a modo de disculpa y palmeándole la mano, hasta que ella asintió, se dirigió hasta la puerta de la tienda y salió camino abajo con la bolsa de las compras vacía.

El asiento congelado penetraba la delgada tela de su abrigo mientras Hedy cambiaba de posición en el banco. Observó que el señor Reis cerró la puerta detrás de la cliente y puso los pasadores, tres ahora, debido a las recientes incursiones nocturnas a los lugares con alimentos, y dio vuelta el cartel de "Cerrado". Diez minutos más y Anton estaría arriba en

su apartamento. Decidió darle quince minutos antes de seguirlo, darle tiempo para que se sacudiera el polvo de la panadería y se sintiera con más ganas de conversar. Suponiendo, por supuesto, que la dejara entrar.

Su respiración era inestable, con pequeños jadeos, mientras subía las escaleras. La puerta del apartamento estaba entreabierta y podía escuchar a Anton caminando lentamente, tratando de descubrir qué tipo de cena podía preparar. Cuando se acercó a la puerta de su apartamento, la voz desde adentro la tomó por sorpresa.

—Entra, Hedy. Sé que eres tú.

Entró furtivamente, dejando la puerta abierta y se mantuvo cerca de la pared.

—¿Cómo lo supiste?

—Estuviste sentada en ese banco durante media hora. ¡No soy ciego!

—¿Podemos hablar?

—Sí, pero Dory estará aquí en diez minutos.

Hedy caminó de puntillas y se sentó en su antigua silla junto a la ventana, con una pierna doblada debajo de su cuerpo, como siempre. Hacía meses desde que había estado allí. Parecía mucho tiempo desde que había cocinado la cena para Kurt en esa misma habitación.

—Debes de estar helada. Me temo que no tengo mucho para ofrecerte —continuó Anton—. Pero puedo calentarte un poco de agua. ¿Quizás con una cucharada de sirope de azúcar de remolacha?

Hedy asintió agradecida, y Anton se puso a trabajar en el área de la cocina.

—¿Cómo hiciste el sirope?

—Pelé un nabo y lo herví durante horas. —Anton golpeó el grifo que estaba sobre el fregadero con la palma de la mano para que funcionara correctamente—. Pero no viniste a hablar de eso, ¿no?

Hedy apretó los puños y observó la parte de atrás de sus manos mientras hablaba.

—Quiero disculparme. Entiendo por qué estás enojado. Yo estoy enojada conmigo misma. Kurt y yo… era lo último que quería que sucediera, pero…

Anton siguió ocupado con ollas y fósforos.

—¿Es serio?

—Nada se ha dicho, exactamente, pero…, en realidad, me importa. Y pienso que él siente lo mismo.

—Bueno, eso es algo, supongo. —La miró apropiadamente por primera vez—. Perdón por perder el control. Pero eres como una hermana para mí. Y el hecho de que mintieras por tanto tiempo…

—Estaba avergonzada. Y también quería protegerte. Cuanto menos gente supiera, menos problemas podrían tener… a veces es más seguro mentir. —Se frotó la frente con la palma de la mano—. Y parece que me estoy volviendo bastante buena en eso.

—¿Qué quieres decir? ¿Hay alguna otra cosa que tenga que saber?

Hubo un breve silencio. "Al diablo", pensó Hedy.

—Estoy robando cupones para el doctor Maine.

La cara de Anton era un cuadro.

—¿Qué?

—En realidad, nunca dejé de hacerlo. Todavía me encuentro con él todas las semanas para entregárselos. Kurt no lo sabe. Nadie lo sabe.

Se hizo otro silencio, más largo que el primero. Luego, para su alivio, Anton le ofreció una sonrisa de incredulidad.

—Por Dios, Hedy. ¿Tienes ganas de morir o algo así?

—Quizá. —Una risita se le escapó antes de que pudiera intentar reprimirla—. Papá siempre decía que nunca me hacía las cosas fáciles. Pero creo que ni siquiera él podría haber imaginado esto alguna vez. —Se le filtró otra risa—. Robar a mi enemigo durante el día y acostarme con él a la noche. Lo sé…, debo de estar loca.

Una risa apagada surgió entre ellos por un momento, y desapareció. Anton dejó los fósforos.

—Tienes que decírselo a Kurt… Quiero decir, sobre tu clasificación racial. Va a terminar descubriéndolo.

—Lo voy a ver mañana. Voy a decírselo entonces.

—¿Y estás preparada para que termine contigo? Porque tendrá que hacerlo si quiere protegerse.

—Lo sé. —Se puso de pie, fue hasta donde estaba Anton y le dio un abrazo—. Gracias. Lo siento tanto, Anton. A veces no sé qué haría sin ti. —Pero mientras decía las palabras, ella sintió una rigidez, una retirada —. ¿Qué fue lo que dije?

—Yo tampoco he sido completamente honesto contigo.

El agua en la pequeña olla comenzó a hervir, pero ninguno de los dos se movió. El primer pensamiento de Hedy fue que Dorothea estaba embarazada.

—Dime.

—Me han reclutado.

El estómago de Hedy pareció caer en un pozo profundo.

—Quieres decir…

—La carta llegó el día que fuimos al teatro. Todavía no se lo dije a Dory. Seré convocado en unas semanas, me asignarán tareas locales. Después de eso, quién sabe. Por cómo van las cosas, podría ser el frente oriental.

Hedy se sintió mareada.

—Pero eres un productor de alimentos. Estás clasificado como un trabajador esencial.

—Obviamente han decidido que necesitan más a los soldados.

Hedy sintió que se le cerraba la garganta. Pestañeó fuerte, pero las lágrimas se filtraron de todos modos.

—¡Pero no es justo! ¡No eres alemán!

—Ambos somos técnicamente alemanes ahora.

—Pero tú… podrías…

—¿No volver? Por supuesto. Pero, si me niego, me fusilarán de todas formas.

—¿Quién te fusilaría? ¿Qué sucedió?

Hedy y Anton giraron juntos y vieron a Dorothea, de pie junto a la puerta, con los ojos abiertos de miedo; el abrigo de su abuela la hacía parecer aún más vulnerable. Anton corrió hacia ella y la abrazó.

—Tengo la orden de unirme a la *Wehrmacht*. Lo siento mucho, Dory. —Ella lanzó un aullido de desesperación, enterrando la cara en su pecho.

—¡No! ¡No! ¡Te necesito aquí! ¿Y si te hieren o te matan? ¡No puedo soportarlo!

Hedy se quedó inmóvil, avergonzada de ser testigo de un momento tan íntimo, pero sintiendo que irse en ese momento sería igualmente malo. Podía oír que la respiración de Dorothea se hacía más corta y agitada, y trató de recordar cuál había sido el consejo del doctor Maine en caso de otro ataque. Sus ojos se dirigieron hacia el armario de Anton, preguntándose si tendría algo de mostaza. Pero lo que sucedió después expulsó cualquier pensamiento de su cabeza.

—Lo sé y quiero asegurarme de que estés protegida, más allá de lo que nos depare el futuro —dijo Anton—. Esa es la razón por la que tengo esto. —Buscó en el bolsillo de sus pantalones y sacó una pequeña caja. Al abrirla, Hedy apenas pudo ver el destello de algo brillante—. No es nuevo, por supuesto…, perteneció a la tía del señor Reis. Pero es pequeño, por eso pienso que te va a quedar bien. La piedra es un ópalo, creo. —Tomándola de la mano, la miró a la cara, sorprendida y llena de lágrimas—. Dorothea, ¿te casarías conmigo?

Dorothea se tapó la boca con ambas manos para amortiguar otro grito, ahora mezclado con alegría.

—¡Ay, Anton! ¡Por supuesto que sí! —Lanzó los brazos alrededor del delgado cuerpo de Anton, colgándose tan fuerte que su columna hizo un débil sonido. Ambos miraron a Hedy.

—¿Oíste eso, Hedy? ¡Dijo que sí! ¡Nos vamos a casar!

Hedy miraba a una y a otro mientras se abrazaban, se besaban largamente, volvían a abrazarse. Su garganta seguía cerrada por la primera noticia de Anton; los hechos estaban ahora convirtiéndose en arena movediza debajo de sus pies. Vio a Dorothea resplandeciente, con la cara marcada por las lágrimas, y sintió una mezcla de pena y de pérdida, pero por quién era no podía decirlo. Finalmente recuperó suficiente control para formular las oraciones de rigor:

—Felicitaciones, estoy muy contenta por ustedes dos. Todo va a salir bien, lo sé.

Se había equivocado, pensó, mientras recogía su abrigo y su bolso; les deseó suerte y bajó corriendo las estrechas escaleras hacia la calle. No se estaba volviendo buena mintiendo.

Se ajustó más la bufanda alrededor del cuello, se sentó en uno de los amarres de granito colocados a lo largo del muelle para sujetar los botes y golpeó los pies entre sí para que la sangre volviera a circular. Las ráfagas heladas del océano hacían ondear el agua negra alrededor de los botes de pesca. Los locales llamaban a esta pequeña marina, escondida en la parte de atrás del puerto principal, el Puerto Francés. Esta había sido su idea de un lugar de encuentro esta noche, un sitio tranquilo, pero no apartado, lo suficientemente privado para la conversación que planeó, pero lo suficientemente público para pedir ayuda si las cosas se ponían feas. El camino desde la ciudad estaba rodeado de los depósitos del puerto, enormes bloques con puertas acanaladas que rugían como motores cuando subían y bajaban. Detrás de ella se levantaban las vastas e impenetrables paredes del Fuerte Regent, erigido más de un siglo atrás. Era un lugar de paso, sin encanto, donde nunca nadie se quedaba, sino que simplemente hacía lo que debía hacer y se iba. Apropiado, entonces, para su tarea de hoy: transmitir su mensaje e irse caminando en la oscuridad.

Todo el día, mientras pasaba a máquina en esa caja sin alma que hacía las veces de oficina, imaginó este momento, sintiendo que el terror aumentaba. Sin embargo, ¿qué temía exactamente? Quizá le agarraba un ataque de furia, pero, en todas estas semanas, nunca había visto nada que sugiriera que eso fuera probable. Kurt podía, en teoría, reportarla a las autoridades; el cruce de razas era incuestionablemente una ofensa penalizada, y quién sabía qué podría llegar hacer en la desesperación. Pero el miedo que la rondaba como una banda elástica apretándole la muñeca era la anticipación de su futuro: meses, quizás años, atrapada en esta isla prisión sin Kurt como consuelo. Los encuentros secretos, la suavidad de su mano en la de ella, sus preguntas amables sobre sus actividades durante el día eran lo único que había hecho tolerables los últimos meses. Pero se lo había prometido a Anton, y ella sabía que estirar esta situación mucho más era suicida. Tenía que ser esta noche.

De pronto, oyó un extraño sonido a cierta distancia: un ruido confuso y de respiración colectiva agitada, como una manada de animales pequeños. Se estaba acercando. Ansiosa, se puso de pie y miró hacia el camino que llevaba a Weighbridge y al puerto principal. En los fragmentos de luz que quedaban, apenas pudo descubrir un grupo de gente que se acercaba. No era una tropa de soldados alemanes, cuyas botas ruidosas podían escucharse a millas de distancia, pero había guardias en primer plano, con el uniforme de la Organización Todt. Luego, cuando estuvieron más cerca, lo vio. Avanzando hacia ella, había una nube apestosa de humanidad quebrada. Hombres esqueléticos, con la cabeza rapada, algunos viejos más allá de sus años, otros no más que

niños, arrastrando los pies en un montón asustado, con los ojos en el suelo para evitar los de los guardias, que sonreían mientras balanceaban sus porras de goma ante cualquier ofensa imaginada. A pesar del frío, los prisioneros estaban vestidos con harapos, los pies apenas envueltos en tela. Varios tenían heridas visibles; muchos otros, manchas evidentes de heces y vómito. Cuando una abrupta brisa hizo llegar el olor de ellos a la nariz de Hedy, la bilis se le subió a la garganta hasta tener una arcada. Quería mirar hacia otro lado, por horror o respeto, pero no pudo.

Los guardias guiaban a sus víctimas a un ritmo rápido; mientras pasaban, ninguno levantó la cabeza para mirarla; simplemente se tambaleaban, ahorrando cada pizca de energía para la marcha que tenían por delante. Hedy estaba tan conmocionada que apenas notó que Kurt se estaba acercando de la dirección opuesta.

—¿Viste eso?

Kurt asintió.

—Trabajadores esclavos para la construcción de la defensa. Tercer bote lleno esta semana. Es horrible.

—Pero ¿los viste? ¡Ya están medio muertos! ¿Cómo puede alguien tratar de esa forma a seres humanos? —Buscó los ojos de Kurt en la oscuridad y se dio cuenta de que su foco estaba a millas de distancia. La furia brotó dentro de ella—. ¡Esto es lo que tu pueblo está haciendo en nombre de su raza superior! ¿Todavía puedes decirme que no te sientes responsable? ¿Todavía piensas que esto no tiene nada que ver contigo?

—¡Tiene que ver con todos nosotros! —Su voz era entrecortada y amarga, un tono que nunca antes había oído—. ¿Crees

que esta maldita guerra no alcanza a todos? ¡Todas nuestras vidas quedarán arruinadas por esto, la de todos nosotros!

Hedy lo miró, sorprendida, cancelando un montón de preguntas en su cabeza. Se acercó y le tocó el brazo. Fue todo lo que necesitó. Kurt se desplomó sobre el amarre de granito, hizo un pequeño sonido de ahogo y comenzó a llorar. Ella se quedó en silencio por un momento; luego, lentamente lo rodeó con sus brazos y lo acunó contra su pecho. Los sollozos de él le agitaban el cuerpo mientras intentaba recuperar el control. Cuando al final habló, sus palabras surgieron en estallidos forzados, intermitentes.

—Recibí una carta de la madre de Helmut. Su unidad fue atacada por aviones rusos. Algunos pudieron escapar, pero…

—¿Pero?

—Al tanque de Helmut le dieron un disparo directo.

Hedy acercó la cabeza hacia él.

—Ay, Kurt, ¡no! ¿Están seguros?

Asintió.

—Lo identificaron por su placa. —Los sollozos volvieron a comenzar

—. La última vez que lo vi me dijo que me cuidara. ¡Que me cuidara yo!

Hedy no dijo nada, pero siguió sosteniéndolo, acariciándole el suave cabello rubio oscuro. Pensó de nuevo en sus padres, quizá todavía sentados junto a la cocina, aunque más probablemente metidos en algún camión y llevados Dios sabe adónde. Sintió que el dolor de Kurt se fundía con el de ella, y se le encogió el corazón.

—Está bien, Kurt, está bien. Estoy aquí. Estoy aquí.

Se quedaron allí en el muelle helado por lo que parecieron horas, hasta que Kurt se apartó y se puso de pie, limpiándose las lágrimas de la cara.

—Lo lamento. Me siento un poco mejor ahora.

Hedy asintió.

—Todos necesitamos llorar a veces.

—Bueno, ¿qué es lo que querías decirme?

—¿Yo?

—Decías en tu nota que tenías que hablarme de algo importante. Parecía serio.

Miró hacia el agua negra que brillaba, las oscuras formas de los botes. Cómo le hubiera gustado subirse a uno y navegar hacia el vacío, tragada por la oscuridad. Su voz era muy débil.

—Sí…

—Bueno, déjame decirte algo primero. Es algo que he querido sacar a la luz antes, por mucho tiempo, pero no estaba seguro de que tú… —Hedy contuvo el aliento, anticipando a medias una pregunta. ¿Ya lo sabía? Quizás alguien en el trabajo le había dicho algo. Las manos de Kurt buscaron su cara—. De todos modos, hoy tengo que decirlo. Hedy, te amo. Te he amado desde el comienzo. No estoy todavía seguro de si tú sientes lo mismo, pero sé que así es para mí. Siempre quise que estuviéramos juntos. Así que depende de ti ahora. —Ella se acercó aún más a él, dejándose fundir en su cuerpo. Los botones de su uniforme atravesaron el abrigo y se le incrustaron en la carne. Le dolía la cara de las contorsiones de la emoción, y podía sentir que el corazón le latía a martillazos—. Así que ahora es tu turno. ¿Qué querías decir?

Hedy cerró los ojos. Por primera vez en años, deseaba tener una verdadera fe. Una fe como la de su madre, que le diera el regalo de una guía. Sin embargo, ya sabía lo que tenía que hacer. Aun ahora, no era demasiado tarde. Solo tenía que dejar sus emociones a un lado y recuperar el sentido común. Encontrar el tipo de fortaleza de la que los rabinos solían hablar, el tipo que podía encontrar a voluntad su hermana Roda. Se echó atrás para mirarlo y colocó su mano helada sobre el rostro de él.

—Quería decirte… que también te amo.

Kurt sonrió, y la besó con pasión y ternura. Después, Hedy trató de recordar sus sentimientos en ese momento: ¿vergüenza, alivio, enojo?

Pero lo único que pudo recordar fue el placer de ese beso.

Capítulo 5

La atmósfera en la calle era tangible, pensó Kurt, mientras caminaba por el camino de St. Saviours bajo el brillo rosado del sol de la tarde. En dos semanas sería Navidad. Un nuevo tipo de festividad este año, sin pavos ni árboles ni frutos secos o siquiera regalos para la mayoría de los niños. Sería un poco mejor en Alemania, estaba seguro, pero eso no le traía ningún consuelo. Si uno estiraba la mano hacia el aire frío, quieto, podía frotar la amargura entre el pulgar y el índice y sentir su fuerza. Los "fantasmas" de los que solían hablar otros oficiales –los locales de ojos vidriosos, que no veían, que llevaban meses ignorando a todos los alemanes en la calle como si fueran invisibles– ahora lo miraban directamente mientras caminaba. Algunos exudaban puro odio, otros solo la satisfecha anticipación de que el final estaba cerca. Era ahora "solo una cuestión de tiempo", se murmuraban a sí mismos o a los otros en las esquinas, suficientemente fuerte para que los soldados que pasaban los escucharan. El juego había cambiado; la marea se había dado vuelta. Los yanquis habían entrado.

Pobres tontos, pensaba Kurt. Sí, Pearl Harbor había hecho que la brújula cambiara de posición. Pero si los norteamericanos estaban focalizados en el teatro de operaciones del Pacífico, no iban a tener mucho efecto en Europa por al menos un año, quizá más. Todo eso significaba una guerra más larga, más grande, más destructiva, sin la garantía de victoria para ninguno de los dos lados. ¿Y para qué? Las voces cuestionadoras que le habían susurrado a Kurt durante meses ahora estaban gritando tan fuerte que lo despertaban en la madrugada, y lo dejaban mirando al cielorraso mientras Fischer roncaba en paz en la cama de al lado. ¿Qué diablos estaban haciendo allí? Desfilando por esta isla en sus ridículos uniformes, torturando a los prisioneros, atormentando a los locales con frío y hambre. Justo ayer el oficial superior de la OT había dado una charla al personal del complejo sobre la importancia de sentir orgullo por su gran trabajo nacionalista. El programa era vital, les dijo, para la seguridad y el éxito de la Patria. Ese mismo día, Kurt había recibido la última carta de Helmut, fechada dos semanas antes de su muerte. Por dentro, sentía que algo estaba tomando forma, un helado cristal de disgusto. Pensaba en Hedy, en la única luz en su vida, y se sentía agradecido por haber cumplido la promesa de mantener su relación en privado. Al principio había pensado que su obsesión con el secreto era agotadora, escondiéndose e inventando historias para satisfacer las preguntas de sus colegas. Pero ahora, con el cambio en la actitud de los locales, veía que tenía sentido.

Un zigzagueante murmullo de estorninos llenó el brillante cielo invernal, y Kurt sonrió al pensar en la noche que se acercaba. La vecina chismosa que vivía debajo de Hedy estaba lejos, en casa de su hermana, y él estaba fuera de servicio hasta mañana por la mañana. Al pasar junto a un pequeño grupo desolado de niños que cantaba villancicos frente a una casa, sintió una ráfaga de alegría y buena voluntad navideñas, y les tiró dos monedas en la gorra de paño. Al doblar en la calle New, comenzó el último tramo hacia el edificio de Hedy; la imaginó delante de su pequeña cocina, revolviendo una olla, y apuró el paso entusiasmado.

Tan perdido estaba en sus pensamientos que, cuando oyó por primera vez la voz, no se dio cuenta de que estaba dirigida a él. Solo cuando el grito de "¡Teniente!" se convirtió en "¡Teniente Neumann!", Kurt se dio vuelta para ver la figura del otro lado de la calle. Wildgrube levantó su tonto sombrero alpino a manera de saludo mientras se apuraba a cruzar la calle. Kurt intentó su mejor sonrisa, pero sospechaba que el resultado fue poco convincente.

—Buenas tardes, teniente. —La voz de Wildgrube parecía más quejosa y aguda que lo habitual—. ¿Adónde se dirige en esta linda tarde?

Kurt lo miró, tratando de no revelar ninguna expresión. ¿Era una coincidencia o el tipo en realidad lo estaba siguiendo? Y si era así, ¿por cuánto tiempo? La preocupación inmediata de Kurt, sin embargo, era que no estaba a más de diez metros de la puerta de entrada de Hedy.

—En realidad, solo estaba paseando. —Parecía falso y Kurt lo sabía.

La sonrisa de Wildgrube se estiró hasta el punto de casi quebrarse, pero sus ojos estaban vacíos.

—¿De veras? ¿Por aquí? —Le echó una mirada con un desconcierto teatral—. ¡Difícilmente la opción más turística!

—Pensaba que podría dirigirme al Vallée des Vaux… está a unos quince minutos por este camino. Todavía está verde en esta época del año. ¿Ha estado allí?

El policía corrigió el ángulo de su sombrero y lo volvió a colocar en su cabeza.

—Le confieso que no. No sabía que era un caminante aficionado.

Kurt mantuvo su expresión amistosa, haciendo una docena de cálculos rápidos en su cabeza. Si Wildgrube lo había seguido todo el camino desde su casa, debía de estar recibiendo información sobre los movimientos de Kurt. ¿Había conseguido datos de algún tipo; de quién? Fischer era el candidato más probable; apenas había hablado con Kurt en las semanas posteriores a su sentencia a prisión, y él y Wildgrube tenían una relación definitivamente amistosa. Pero Kurt siempre era discreto cerca de Fischer y dudaba de que el nazi tuviera algo específico para informar. Lo que suponía Kurt es que se trataba de una expedición

de pesca. Se acomodó el pelo hacia atrás para indicar compostura.

—Me mantiene lejos de los problemas. —Esperaba que Wildgrube apreciara la referencia autocrítica, pero la expresión del espía no cambió. Si Kurt quería despistarlo, iba a tener que ocurrírsele algo bueno—. Muy bien, Erich, me atrapó. No estoy planeando caminar hasta el Vallée des Vaux… —Trató de parecer bastante avergonzado—. Me he enterado de que hay un nuevo "club de oficiales", en el Rouge Boullion. Un tipo fue la semana pasada, ¡y volvió con unas historias…! Pensaba que podría darme una vuelta.

Ante esto, Wildgrube sonrió apropiadamente, con intención. El efecto fue bastante escalofriante.

—Ah, ¿está buscando compañía femenina, quizás? ¿El tipo de compañía que es, digamos, confiable en su resultado?

—Exactamente. —Kurt forzó una risa—. Como le dije, me atrapó. —Wildgrube se unió a su risa.

—¡No tiene que avergonzarse de necesidades tan naturales, teniente! Le digo qué…: no me molestaría chequear el lugar yo mismo. ¿Podría incluirme?

La frustración le subió a la garganta a Kurt y amenazó con ahogarlo. La trampa se había cerrado…, cualquier mentira que dijera ahora sería demasiado obvia y no tenía dudas de que Wildgrube lo seguiría de todas formas. Ahora iba a estar atascado con ese reptil por el resto de la noche, mientras Hedy esperaba sola allá arriba, confundida y decepcionada. Ansiaba levantar la vista a su ventana para arrojarle una mirada de explicación. Pero mantuvo los ojos fijos en la cara de Wildgrube y, aceptando su destino, le siguió la corriente.

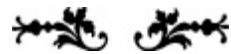
—Por supuesto, si quiere.

—Grandioso. Después de que ambos tengamos sexo le compraré un buen whisky escocés. ¿Qué le parece? Será una oportunidad de que lleguemos a conocernos mejor.

El cerebro de Kurt seguía zumbando mientras subían por el camino. Quizás había una ventaja en esta pesadilla. Si Wildgrube todavía tenía marcado a Kurt como un potencial alborotador, quizás esto lo suavizara para conseguir información en el futuro. Planeó la noche en su mente; había pasado muchas de estas veladas en su país para saber bien cómo eran. Wildgrube se bajaría un par de whiskies, luego haría un gran escándalo para encontrar a la "mejor" mujer del lugar. Mientras tanto, Kurt cubriría sus rastros con la muchacha más joven y vulnerable que pudiera encontrar, y le pagaría por una conversación de media hora sobre su familia, dándole suficiente propina para comprar cualquier mentira que necesitara después. Wildgrube y él beberían el resto de la noche, mientras Kurt hacía un par de comentarios sobre su anterior "locura" para cambiar su imagen. De ese modo, la noche al menos sería una inversión. Era el pensamiento de no poder hacérselo saber a Hedy

lo que más lo molestaba.

Solo después de que habían pasado unos buenos veinte metros de la puerta de Hedy, Kurt dio la excusa de tener que atarse los cordones de su bota para echar un vistazo a su ventana. Tenía apenas un segundo para hacerlo, pero juraría que la vio en el borde de la ventana del altillo, mirando hacia la calle. Sin atreverse a hacer ni la menor señal, respiró profundo antes de reunirse con Wildgrube para la breve caminata hasta el club de oficiales y las miserables prostitutas jóvenes que los esperaban.



—¿Quizás un poco más ajustado en la cintura? Estoy tan delgada ahora… Bueno, ¡quién no, en estos días! Pero no quiero que me cuelgue y que parezca que tengo puesta una bolsa vieja.

Dorothea echó a reír y se ajustó el vestido al cuerpo, indicándole a Hedy dónde tenía que quedar la tela. Hedy, con los ojos entrecerrados por la concentración, puso las marcas un poco más afuera y colocó los alfileres en el lugar.

—¿Así?

Dorothea se bajó de la silla y dio un paso atrás, para tratar de ver el vestido desde distintos ángulos. Hedy tomó el pequeño espejo de su tocador y lo levantó hacia ella, deseando que el propietario de su apartamento le hubiera dado un espejo de cuerpo entero como parte del amoblamiento.

—Mucho mejor. Me encanta la textura de este bombasí, ¿y a ti? Quiero decir, habría sido maravilloso tener algo nuevo…

Hedy obedientemente palpó la tela con los dedos.

—Sí, pero nadie espera ropa nueva estos días, ni siquiera para una boda. Anton le pidió prestado un traje al hijo del señor Reis, ¿no?

—Lo sé —suspiró Dorothea—. Es solo que… tú sabes cómo una siempre planea su boda, sueña con lo que usará, desde la niñez. —Hedy levantó las cejas como si estuviera de acuerdo, aunque era un tema en el que nunca había pensado ni un momento—. ¡Yo hasta solía hacer caminar a mi muñeca por el pasillo, con una vieja cortina de encaje sobre la cabeza, mientras cantaba la marcha nupcial! De todos modos, es un hermoso vestido. Y creo que con ese pequeño sombrero blanco… —Comenzó a dar vueltas por el apartamento de Hedy, sacudiendo la cabeza en busca de aprobación. Hedy optó por una respuesta hecha.

—Te verás encantadora. Anton estará orgulloso de ti. Pero, probablemente, ahora tendrías que quitártelo. No querrás que se ensucie antes del gran día…

Dorothea bajó el cierre que estaba al costado y se retorció para salir del vestido tratando de evitar los alfileres, parloteando mientras lo hacía.

—Todavía no puedo creer que haya podido encontrar ese sombrero en los avisos de intercambio. ¡Qué maravilloso que el sombrero perfecto apareciera justo esta semana! ¡Bien valió una barra de jabón y una vieja sábana! Ahora lo único que necesito son guantes que combinen, pero eso es probablemente demasiado optimista.

Hedy le echó una mirada al cuerpo pálido y huesudo de Dorothea debajo de la enagua, preguntándose cuánto de él había visto Anton y qué pensaba de él. Se preguntaba si así era como se veía ante Kurt; quizás era afortunada de no tener un espejo adecuado después de todo.

—Y escucha, Hedy, quiero agradecerte por hacer esto. Me encantaba hacer cosas antes de tener que cambiar la Singer, pero nunca fui muy buena con la costura a mano. Mi abuela habría ayudado si pudiera, pero su vista es muy mala ahora. Entonces pensé en ti y, cuando Anton me dijo que te habías ofrecido voluntariamente… Bueno, significa mucho para mí.

Hedy, evitando los ojos de Dorothea, se arrodilló en el piso y colocó los alfileres de nuevo en su vieja lata de tabaco de a uno por vez. Sabía cómo su madre la llamaría en este momento: una *Farshtinkiner*, un insecto. Solo tres días antes, Hedy había visitado a Anton en la panadería. Había ido con la excusa de devolverle un libro prestado, pero, de verdad, tenía la intención de hablar de su casamiento, quizás hasta de persuadirlo de que no lo hiciera. Hasta lo había llevado a la privacidad del patio de la panadería, lejos de oídos chismosos. Si ella podía hacerle ver que solo lo había propuesto por la culpa, por miedo a dejar a Dorothea sin una pensión de viuda…

Seguramente él entendería que esa no era la base para un matrimonio.

Por supuesto, la conversación nunca llegó tan lejos. No bien Anton cerró la puerta exterior, la fastidió respecto de Kurt, preguntándole qué había sucedido, si le había dicho la verdad. ¿Cómo había reaccionado, todavía seguían juntos? Hedy se sumergió de cabeza en una apasionada defensa de su procrastinación: ¡si Anton hubiera visto a Kurt esa noche…! El hombre estaba quebrado y habría sido inhumano agregarle más dolor en un día. Y ella, honestamente, pretendía decírselo en su siguiente encuentro, pero Kurt había sido seguido por ese espantoso oficial de la policía secreta. Pero le diría la verdad el día siguiente, se lo juraba, o, como mucho, el día después de ese. Y, mientras su boca esparcía ese lastimoso sinsentido, observaba que Anton asentía cautamente, con el pelo y las pestañas cubiertos de una fina capa de harina, demasiado encorvado y extenuado por su próximo reclutamiento como para discutir. Abrumada por su propia hipocresía y su falta de valor, Hedy salió apurada de la panadería sin sacar siquiera el tema de la boda, aceptando, culpable, por encima del hombro, ayudar en cualquier cosa que pudiera. Caminó con los hombros caídos hasta su casa,

comparando la niña directa y abierta que había sido en la escuela con el reflejo egoísta y calculador que ahora veía de ella en las oscuras vidrieras de las tiendas. Ese hervidero de mentiras y autoengaños crecía un poco más cada día, contaminando a personas que se suponía se amaban, envenenando su alma. Maldijo esta estúpida guerra sin sentido.

Levantó la vista hacia Dorothea y forzó una sonrisa.

—De nada. Solo espero hacer un trabajo que esté a la altura de la ocasión.

—Sé que lo harás. Y debes venir a cenar a la casa nueva. ¿Te conté del lugar que Anton encontró para nosotros en la avenida West Park?

—Sí.

—El alquiler es un poco alto, pero tiene una chimenea de lo más hermosa en la sala de entrada y un pequeño patio en el fondo.

—Y picaportes de bronce en todas las puertas —agregó Hedy, esperando que comprendiera la pista.

Sin prestarle atención, Dorothea se puso de nuevo los zapatos y su viejo vestido de lana.

—¡No puedo esperar a ser la señora de Anton Weber! Toma, esta es tu invitación. —Sacó una tarjeta casera de su bolso, cortada de un viejo paquete y pintada con lo que parecía cal.

Hedy leyó el texto, escrito a mano con lapicera y tinta: "Dorothea Le Brocq y Anton Weber tienen el placer de invitar a Hedy y Kurt a su boda en la Oficina de Registro de los Estados de Jersey, y a la recepción que tendrá lugar a continuación en el número 7 de la avenida West Park".

—Sé lo sensible que eres respecto de tu relación —agregó Dorothea —, pero sería maravilloso si quisieras venir con él.

Hedy sacudió la cabeza.

—Lo siento, pero no es posible. Kurt y yo no podemos ser vistos juntos en público.

Dorothea le tomó la mano. Sus dedos parecían de hielo.

—Pero han estado juntos durante meses ya, ¡y todavía no lo conocemos! ¿Y si va solo a la recepción en nuestra casa? Allí nadie va a juzgarlos.

Hedy volvió leer la tarjeta.

—Pensé que querían hacer la recepción en el pub Pierson.

Dorothea mantuvo los ojos y los dedos en los botones del vestido, aunque a Hedy le pareció que ya había terminado de abotonarlo.

—Queríamos, pero nos pareció demasiado dinero para solo cinco o seis de nosotros.

—¿Cinco o seis? Pero ¿y tu familia, tus amigos?

—Bueno, Nana va a venir a la ceremonia, ¡por supuesto! —La falsa alegría se quebró en su voz—. Pero no tiene la fuerza para asistir a la recepción también. Y el señor Reis tiene que atender la tienda. Así que

seremos solo Kurt y tú, el doctor Maine si está libre… y espero que venga mi amiga de la escuela Sandy, si su padre la deja.

—Pero, ¿tus padres? —Hedy sintió una oleada de pena.

—Realmente estamos contentos con que sean pocos. Nos ahorrará tratar de conseguir comida para muchas personas.

Hedy observó que Dorothea doblaba su vestido de novia con un cuidado ritual, acariciando la tela como si fuera un gatito, colocándolo con prolijidad sobre la mesa. Siguió tocándolo como si la prenda tuviera algún poder mágico que no podía entender del todo, pero en el que creía firmemente. Una vez más, Hedy se preguntó qué estaría pensando. La mujer parecía casi etérea por momentos, un espíritu de otro mundo. Pero cuando volvió a hablar, su voz era más fuerte.

—Solo queremos a nuestros mejores amigos aquí, ¡es lo único que importa! —Acarició el vestido y logró sonreír generosamente—. Como ves, no hay razón por la que Kurt no deba venir.

Hedy decidió que el camino más seguro era terminar con el tema.

—Gracias. Lo pensaré.

Dorothea tomó su abrigo, se acomodó el sombrero y se dirigió hacia la puerta.

—Gracias de nuevo, Hedy. Si hay algo que pueda hacer alguna vez por ti…

Hedy dudó. De hecho, durante semanas había estado dándole vueltas a una idea, pero todavía no estaba segura de querer pedirle un favor tan grande a esa muchacha distraída. Decidiendo que no era el momento correcto, estaba a punto de decir que no, cuando Dorothea, detectando algo en su lenguaje corporal, se detuvo con la mano en la puerta. Hedy se sintió perforada por esos intensos ojos que brillaban del otro lado de la habitación.

—¿Qué es? Dime —dijo Dorothea.

—No es nada. Al menos, puede esperar hasta después de la boda. —Hemingway se frotó contra su pierna, como incitándola a hacer la pregunta.

—Por favor, Hedy, lo que quieras.

—Bueno, es solo que… no he tenido noticias de mis padres en veinte meses, y ellos tampoco de mí. Ellos no pueden recibir correo en Viena por ser judíos.

Dorothea sacudió la cabeza.

—Es tan injusto.

—Pero tengo una antigua compañera de escuela, Elke, que creo que sigue viviendo allí. Si uso un nombre falso y tengo cuidado con lo que digo, pienso que puedo deslizar una carta en la pila del franqueo en el trabajo. Pero lo que necesito es una dirección segura de retorno…

—¿Y cómo puedo ayudar?

Hedy reprimió un suspiro y se recordó que Dorothea estaba haciendo

todo lo que podía por ser útil.

—Me preguntaba si podía usar la de tu nueva casa.

Dorothea se iluminó.

—¡Por supuesto! Usa nuestra dirección, no hay problema.

Hedy asintió.

—Gracias. Es… ¿cuál es la frase correcta? Una gran apuesta. Pero es lo único que tengo. —Fue el turno de Hedy de palpar el vestido de novia —. Mejor que me ponga con esto.

Dorothea se despidió con la mano, del modo en que una niña saluda a su madre, mientras salía por la puerta, y Hedy oyó el sonido que se iba desvaneciendo de sus pies en la escalera y el tarareo de la marcha nupcial en su voz aguda y frágil. Hedy tomó el vestido de la mesa para planear su trabajo, preguntándose, con una sensación de incomodidad, durante cuánto tiempo esa voz sería un sonido significativo en su vida.

El día estaba frío y gris, con viento y gruesas nubes de color de piedra que todavía se aferraban a la lluvia. Hedy caminaba lo más ligeramente que podía por la Plaza Royal, con cuidado de no perturbar la vieja cola de la suela de su zapato, y disfrutando de la sensación de usar medias por primera vez en meses. Había estado guardándolas durante semana, para una ocasión muy especial. Por supuesto, Kurt debía de haberlas comprado en el mercado negro, y debían de haberle costado una absurda cantidad de dinero, lo que la hacía sentir tan culpable como complacida. Usaba el mismo viejo vestido y el mismo viejo cárdigan que se ponía para cualquier evento que no fuera ir el trabajo, pero la emoción que sentía cuando sus piernas se rozaban le daba la sensación de ocasión que tenía ese día.

Estaba insegura de qué puerta llevaba a la oficina de registro, pero, cuando dobló la esquina de la iglesia de la ciudad, la muchedumbre en los escalones la llevó directamente allí. Hedy observó mientras una familia se reunía en el lugar. La novia era una muchacha local de no más de diecisiete años, con un vestido línea imperio que Hedy estaba segura de que había sido diseñado para esconder el segundo trimestre de embarazo. Sosteniéndole la mano, con un traje que probablemente tenía desde la escuela y una expresión de pura miseria, había un joven con granos, en medio de un hombre rechoncho malhumorado, que Hedy creía que era el padre de la novia, y su esposa boquiabierta, que lucía un ajustado vestido floral. Un casamiento a la fuerza si los había; sin embargo, los escalones estaban llenos de hermanos, tías y primos que besaban a la novia y parloteaban entre ellos, contentos de tener una excusa para romper la triste rutina diaria con una celebración familiar.

Hedy se abrió camino entre ellos hacia el edificio, siguiendo los

carteles hasta que encontró el área de espera. Era un espacio insípido, sin encanto, a pesar del brilloso piso de roble, que estaba a pocos metros de la Oficina de Extranjeros donde había sido entrevistada por Orange, más de un año antes. Tenía el mismo olor a madera y papeles mohosos, y destilaba un aire de municipalidad, lo que traía a la mente filas a la espera de permisos y secretarias aburridas que abrochaban papeles con energía. Dos grupos que esperaban distintas bodas se extendían sobre los bancos contra la pared, riéndose y hablando con entusiasmo. En el tercer banco estaban sentados Anton y el doctor Maine, en silencio y sin expresión.

Hedy se detuvo en la entrada por un momento, observándolos a los dos. El doctor Maine tenía sus mejores ropas de domingo, pero podía ver a simple vista los viejos zapatos gastados debajo de sus pantalones de franela. Se veía abandonado, en cierta forma, casi descuidado, la piel seca y cetrina. Nunca había descubierto qué edad tenía. Más joven de lo que su cara sugería, estaba segura de eso. Pero se habían puesto de acuerdo desde el comienzo en mantener sus conversaciones, y especialmente los detalles personales, al mínimo: era imprudente que los vieran charlando juntos con demasiada regularidad, y era más seguro permanecer en la ignorancia en caso de que alguno de ellos fuera atrapado en algún momento. Lo único que Hedy sabía por sus fragmentos de conversación era que su mujer era inválida y que tenía muy poco en la vida más allá del trabajo. En varias ocasiones, cuando Kurt le llevaba a Hedy algunas hebras de tabaco o carne fresca de conejo de las tiendas alemanas, le pasaba lo que tenía al médico, pues sabía que él no tenía acceso a esos lujos. Maine nunca hacía preguntas, solo sonreía con gratitud y guardaba el contrabando en su maletín antes de salir rengueando por el camino. Nunca lo había escuchado quejarse de nada. Abandonando su cautela solo esta vez, se inclinó para besarlo en la mejilla.

—¿Cómo está, doctor Maine?

—Estoy bien, querida. Y, por favor, llámame Oliver.

Hedy se sentó entre ellos, acomodando el abrigo a la altura de las rodillas para ocultar los dos agujeros de polillas en su vestido y se dio vuelta hacia Anton. Su traje era demasiado grande, pero tenía un corte de calidad en un género de color gris carbón, llevaba un ramito de ciclaminos en el ojal, y su pelo travieso estaba peinado hacia atrás con lo que le quedaba al señor Reis de Brylcreem; se veía genuinamente guapo. Hedy le ofreció la más amplia de sus sonrisas.

—Te ves muy elegante. —Pasó las manos por sus hombros, sintiendo el sutil acolchado de la chaqueta debajo de sus dedos.

—Gracias. ¿Dory ya está aquí?

—No te preocupes, ¡está en camino! Recuerda que está trayendo a su abuela. Imagino que no puede caminar muy rápido. —Buscó en su

mente un tema seguro de conversación—. ¿Va a venir la amiga de Dorothea? ¿Sandy, no?

—Aparentemente, no. ¿Kurt se unirá a nosotros más tarde?

Hedy optó por una respuesta simple.

—Me temo que no pudo conseguir el día libre.

Anton se encogió de hombros.

—Más jerez para nosotros, entonces.

Se quedaron sentados esperando en silencio. En la inusual calidez de la sala abarrotada, los párpados de Hedy se volvieron pesados, y su mente se deslizó a la última boda a la que había asistido, hacía unos cinco años. Su prima, envuelta en encaje blanco sobre satén, daba vueltas a través de la sala; las melodías de la banda de *klezmer*; la estampida de sesenta pares de pies en la pista de baile. Otto había contado su broma favorita del marinero, mientras su esposa simulaba regañarlo, y sus padres habían bailado juntos como si fueran adolescentes. Hedy abrió los ojos y se encontró observando las ventanas enrejadas y las ramas desnudas de los árboles en el jardín de la iglesia, y lanzó un suspiro. Momentos después, llegó Dorothea, resplandeciente en su vestido arreglado y su sombrero. Iba acompañada de su abuela, una mujer parecida a un pájaro con manos nudosas y artríticas, pero con la misma mirada de deliberada determinación que Hedy reconocía bien. Los ojos de Dorothea brillaban de entusiasmo detrás de la red de jaula de pájaros que colgaba delante de su cara, simulando sin lograrlo un velo casual. Abrazó a su futuro marido, luego tomó las manos de Hedy entre las suyas y las apretó fuerte.

—Significa mucho que estés aquí hoy —murmuró. Un oficial atildado y pequeño se aproximó a ellos con una tablilla con papeles.

—¿La boda Le Brocq-Weber? —Su voz era clara y corría con facilidad, y pronunció el apellido de Anton con un acento alemán excesivo. Hedy miró alrededor, y vio que todos los ojos en la sala de espera giraron lentamente hacia ellos tres. Los adultos acercaron a los niños, los locales mayores hicieron un chasquido con la lengua, y juntaron la cabeza murmurando en un volumen demasiado bajo para escuchar, pero Hedy sabía cuál era el contenido. Y sin ninguna duda contenía la palabra *Jerrybag*. Miró a Dorothea para ver si lo había notado, pero la novia estaba jugueteando con los botones de sus guantes y sonriendo a todos los que estaban en su grupo.

—¿Entramos?

Los cinco se dirigieron a la pequeña sala de ceremonias, que solo tenía unas pocas sillas, una alfombra azul lisa y un pesado escritorio de roble. Antes de la ocupación, sin duda, habría habido hermosos arreglos de flores en la sala y, quizás, un músico en la esquina tocando el arpa o la guitarra. Tanto la abuela de Dorothea como el doctor Maine se apuraron hacia los asientos bien adelante, como para dar la impresión

de una multitud entusiasta. Casi antes de que todos se hubieran acomodado, el jefe del registro comenzó a leer del libro, y Anton y Dorothea murmuraron las pocas frases esenciales como estaban indicadas. Anton deslizó en el dedo de su novia una delgada banda de oro, un sacrificio que Hedy sabía que le había costado su último suéter cálido ("De todos modos, voy a estar de uniforme en unas pocas semanas", había comentado con un gesto de hombros). Y luego terminó. Anton y Dorothea se besaron cohibidos, y la abuela aplaudió a la pareja feliz, aunque fue apenas audible por sus guantes suaves de algodón. Los cinco salieron de la sala a la calle, donde la anciana arrojó un poco de papel picado casero, hecho con las páginas de las revistas de novia de Dorothea, y todos rieron sin razón alguna, mientras se miraba entre sí sobre el helado pavimento gris.

—Bueno —dijo finalmente Anton—, supongo que es todo. ¿Vamos?

A Kurt le dolían los pies que arrastraba por el camino hacia la puerta de su alojamiento. Podía sentir cada dedo, hinchado y maloliente, en la gruesa lana de sus medias, que no habían sido lavadas al menos en cuatro días. Lo único que quería en el mundo, en ese momento, era un tazón de agua caliente y una silla. Ni siquiera se preocupaba por el almuerzo o el hecho de que había olvidado ir a la tienda de provisiones para oficiales en busca de tabaco. Nada importaba ahora excepto sacar al aire libre sus pies mojados y lavárselos.

Durante tres días seguidos ya, había estado trabajando diecisiete horas por día, llegando al complejo con la primera luz del día y regresando a Pontac Common mucho después de que la comida de la noche hubiera sido servida. Sin embargo, las nuevas órdenes continuaban llenando su casillero. En las últimas semanas, el flujo de trabajadores extranjeros se había convertido en una inundación, lo que hizo que estallara la actividad de construcción a lo largo de la costa, y se duplicaran o más los pedidos de camiones. Camiones para transporte de materiales, camiones para trasladar a los hombres de una obra a otra, camiones para las herramientas y los utensilios de cocina y los alimentos, aunque esto último, sospechaba Kurt era para los guardias de la OT más que para los pobres diablos a los que esclavizaban. Habían prometido más mano de obra en el complejo, pero todavía no había llegado, y la noche anterior, enfermo de agotamiento, Kurt había anunciado que se tomaría libres la tarde y la noche del sábado, y si el Comando de Campo tenía algo que decir al respecto, podían agarrárselas con él el lunes por la mañana. Ahora tenía una esperanza primordial: que o la cocina o su habitación compartida estuvieran pacíficamente vacías y que pudiera pasar las siguientes horas tirado de espaldas, sintiendo el agua circular

entre sus dedos y leyendo algo liviano.

Al empujar la puerta de la pequeña casa, supo de inmediato que su primer deseo no iba a ser cumplido. Voces fuertes y olor a cigarrillo francés salían de la cocina, donde tres oficiales jugaban al rummy como si se les fuera la vida en ello. Mientras se dirigía hacia las escaleras, Kurt sacudió la cabeza reflexionando sobre las extrañas formas sin sentido en que los soldados jóvenes trataban de matar el tiempo libre. Sin embargo, debía reconocer que él apenas estaba planeando usar la tarde de un modo más productivo. Recordando dónde debería haber estado, sintió una molestia. Adoraba a Hedy, claro, pero, por Dios, ¡qué irritante era a veces!

Había sido una noche conflictiva, difícil la de la semana anterior en su apartamento, que terminó en lo más cercano que habían llegado a estar de una pelea desde su primera cita. Kurt había visto la invitación casera a la boda sobre el tocador de Hedy y le había cuestionado por qué se lo había ocultado. Seguramente, sostuvo, ese era el día ideal para que conociera a todos. ¿No sería grosero rechazar la invitación? Hedy, que estaba friendo sobre la hornalla eléctrica unos hígados de pollo que él le había traído, y había estado con un humor excelente hasta ese momento, de inmediato se puso a la defensiva. ¡Habían tenido esta discusión cientos de veces! El secreto era fundamental, como sabía Kurt, así que ¿por qué insistía? Fue una reacción tan exagerada que Kurt se irritó de inmediato y se aferró al argumento como un cachorro a una pantufla.

—Entiendo que no quieras que vaya a la ceremonia —protestó, moviendo los cubiertos sobre la mesa con una fuerza innecesaria—. Pero, si la recepción literalmente consiste en la feliz pareja, tú y tu amigo médico, en una casa privada, no veo el problema.

—Alguien puede verte entrar.

—¡Alguien puede verme entrar aquí! Sabes que siempre soy cuidadoso. Y Anton será un soldado de la *Wehrmacht* en pocas semanas.

—Exactamente. Tienen suficientes problemas con el hecho de que la familia de Dorothea boicotee la boda, sin que nosotros les agreguemos otro.

—¡Seguramente los pondría aún más contentos ver una cara amistosa! ¿Tienes vergüenza de mí, acaso?

—Por supuesto que no. —Parecía genuina, pero notó que mantenía su atención fija en los hígados de pollo.

—Entonces, ¿de qué se trata en realidad?

Pero nunca obtuvo una respuesta satisfactoria y luego encontró la invitación destruida en el tacho de basura. Más tarde, despierto esa noche, escuchando los suaves ronquidos de Hedy a su lado, Kurt decidió que la joven había desarrollado algún tipo de bloqueo psicológico. Le había dado demasiadas vueltas a esa reunión con sus amigos, alimentándola en su mente hasta que se convirtió en una montaña

infranqueable. No bien la boda hubiera pasado, Kurt decidió enfrentarla. Después de todo, algún día en el futuro no tan lejano, serían él y Hedy quienes brindaran por su vida juntos. En realidad, nunca lo hablaron, pero, dados los sentimientos mutuos, parecía inevitable. ¿Qué tipo de boda tendrían si ella no podía sentirse cómoda con el hecho de que él había sido reclutado a la fuerza en este maldito ejército? La delgada luz de la tarde se filtraba por la ventana del rellano mientras él arrastraba los pies por la escalera que conducía a su cuarto, con sus doloridos pies como bolsas de carbón sobre el suelo. En su mente, llegó a un acuerdo con alguna deidad imaginaria, prometiendo todo tipo de conductas generosas en la semana siguiente, si solo podía tener unas horas para él. Pero, cuando abrió la puerta, lo primero que vio fue a Fischer sentado al pequeño escritorio, con archivos y papeles apilados delante de él. Kurt hizo poco por ocultar su frustración y, por la mirada en la cara de Fischer, la decepción era mutua. Se sacó las botas con un suspiro de alivio, se tiró en la cama sin hablar durante varios minutos, preguntándose si tendría la energía para llenar el tazón de porcelana del lavabo, pero finalmente se sintió obligado a ser cortés.

—¿Te están haciendo traer el trabajo a casa ahora?

—Los idiotas allá ni siquiera saben cómo calcular un porcentaje —contestó bruscamente.

Kurt reprimió una sonrisa burlona. Fischer había sido transferido de agricultura a uno de los departamentos de seguridad interna una quincena antes, un cambio que Kurt suponía que era perfectamente adecuado para él, pero el hombre había estado de pésimo humor desde entonces.

—¿Porcentajes de qué?

—Pagos de empresas judías, como se estableció en la quinta orden. El noventa por ciento de las ganancias para el Departamento de Finanzas y Economía de Jersey, el diez por ciento para el Comisionado General de la Cuestión Judía. Digo, ¿tan difícil es?

Kurt se puso de pie a duras penas y fue hasta el lavabo. Sí, había agua en la jarra, estaba fría, pero la idea de bajar las escaleras para calentarla era demasiado agotadora. Vertió un poco en el tazón y volvió a la cama.

—No puede haber muchos casos que chequear, sin embargo, ¿no? Hay solo un puñado de judíos en la isla.

—Suficientes —Fischer escupió por un costado de la boca— para causar problemas. Todos tienen que estar registrados, tengan negocios o no. Las pequeñas ratas están en todas partes. ¿Sabes que algunos de ellos incluso trabajan para nosotros?

Kurt se sacó las medias, notando con cierto placer que Fischer fruncía la nariz como si un olor punzante hubiera impactado en ella, y hundió los pies en el agua. Enseguida deseó haber bajado las escaleras para buscar agua caliente, esta no era la sensación que deseaba en absoluto.

—¿Quiénes son?

Apenas estaba escuchando. Desde su conversación con Manfred unas semanas antes, Kurt había decidido que las diatribas regulares de Fischer le entrarían por un oído y le saldrían por el otro.

—Una perra judía en tu complejo, que trabaja como traductora. ¿Bercu? —Sacudió una pila de papeles. —Sí, Hedwig Bercu. Por suerte los otros empleados no saben lo que es porque habría un alboroto. Yo digo: ¿qué tipo de mensaje envía esto de poner a uno de ellos en nuestra nómina salarial?

Kurt se sentó muy erguido. La sensación del agua helada alrededor de sus pies pareció expandirse como si el frío le subiera por las piernas hacia el pecho.

—¿Dijiste Hedwig Bercu?

Fischer asintió.

—¿Por qué? ¿La conoces?

Kurt sintió que le daba vueltas la cabeza.

—No… Escuché el nombre quizás. —La mirada de Fischer estaba fija en su rostro, curiosa, buscando algo—. ¿Estás seguro de que es judía?

—Está en su tarjeta de identidad, firmada por la Oficina de Extranjeros local. —Fischer olisqueó con irritación y regresó a sus papeles, aunque Kurt sintió que todavía estaba siendo observado—. Demasiado blanda, esta maldita administración. Yo habría metido a todos ellos en un barco la primera semana… —Su voz se volvía más delgada convirtiéndose en un ruido blanco.

Muy lentamente, Kurt retiró un pie, luego el otro, del tazón de agua. En la alfombra, al lado de la cama, se formaron dos manchas oscuras con la silueta de los pies. Estos ya no le dolían, pero el corazón le galopaba en el pecho y se sentía un poco mareado. Después de lo que esperaba fuera una pausa aceptable, se puso de pie.

—Te dejo en paz. Tengo algo que hacer.

Era una linda casita, pensó Hedy, cuando los cuatro llegaron a la avenida West Park, inseguros en sus mejores ropas, charlando alegremente para disimular la vergüenza. No se trataba de una propiedad sofisticada, pero tenía una buena ubicación, y se podía ver el azul de la bahía de St. Aubin al final del camino. Formaba parte de una fila de casas victorianas adosadas bien mantenidas en el extremo oeste de la ciudad, con laureles al frente y atractivas ventanas arqueadas en los pisos superiores, remarcadas con piedras decorativas en colores contrastantes. Anton había hecho bien en encontrar un lugar como este y con el salario de un soldado; no era de sorprender que Dorothea estuviera tan entusiasmada.

Anton abrió la puerta con un floreo e hizo un gran paso de comedia al alzar a Dorothea para atravesar el umbral, aunque probablemente podría haber levantado su pequeño cuerpo con una sola mano. Riendo como una niña, Dorothea invitó a Hedy y al doctor Maine a que entraran desde el pasillo.

—Entren, entren. ¡Mi abuela nos dio una botella de jerez que está casi tres cuartos llena! Anton, podemos usar esos vasos nuevos que nos regaló Hedy.

Hedy parpadeó pensando en los dos vasos rústicos que había encontrado en los avisos de intercambio del *Post*, que ciertamente no estaban diseñados para jerez. Pero ella y el doctor entraron detrás de ellos con toda pompa mientras avanzaban hacia la pequeña sala de recibir en la parte delantera de la casa. La primera impresión de Hedy fue que estaba notablemente ordenada, pero pronto se dio cuenta de que, en realidad, solo estaba muy vacía. No había nada en las paredes, solo un empapelado con un patrón de principios de siglo; los únicos asientos eran dos simples sillas de madera y una mesa plegable de bayeta verde diseñada para jugar a las cartas. El doctor Maine le ofreció un asiento a Dorothea, y Hedy insistió en que el médico ocupara el otro, poniéndose lo más cómoda que pudo en el piso desnudo y tratando de demostrar que era la posición más natural del mundo, mientras rogaba que la áspera madera debajo de sus piernas no dañaran sus preciosas medias nuevas de nylon.

Anton apareció trayendo la botella de jerez, los nuevos vasos y dos tazas cascadas que Hedy reconoció de su antiguo apartamento, y procedió a servir a cada uno un trago. Dorothea se disculpó por el frío y prometió que el lugar se calentaría una vez que encendieran el fuego. El pequeño grupo se inclinó para brindar.

—Por la feliz pareja —dijo el doctor Maine—. Que su vida juntos sea larga y dichosa.

Hedy bebió un sorbo y echó a Dorothea una mirada nerviosa, esperando que la ironía del brindis, en realidad de todo el día, no la llevara a las lágrimas. Pero la novia sonreía de oreja a oreja; su cabeza todo el tiempo se apoyaba contra la chaqueta de Anton y sus dedos lo acariciaban con ternura. Disfrutaba por completo cada segundo de la ocasión.

—Solo desearía que hubiéramos podido tomarnos unas fotografías —comentó—, pero planeamos ir a Scott y sacarnos algunas en los próximos días. Debemos tener un recuerdo del día más feliz de nuestra vida, ¿no?

—¿Y adivinen qué? —agregó Anton—. La familia del señor Reis guardó parte de su ración para nosotros. Tenemos un delicioso queso con suficiente pan para hacer tostadas. Y la abuela de Dory nos hizo un delicioso pastel de semillas de alcaravea. ¡Celebremos a lo grande!

—Voy a buscar unos platos a la cocina —dijo Dorothea, terminando su vaso de jerez.

—No, déjame a mí —se ofreció Hedy, ansiosa por levantar rápidamente su cuerpo del piso helado y aún más ansiosa por comer—. ¡Una novia el día de su boda no debería hacer nada, excepto sentarse y lucir hermosa! Estoy segura de poder encontrar todo.

Se puso de pie y comenzó a caminar hacia la cocina.

Fue entonces cuando ocurrió. Un fuerte golpeteo en la puerta de entrada. No uno cauto y amistoso de algún vecino curioso, sino el martilleo demandante, firme, de alguien que espera ser admitido. Por un segundo, todos se paralizaron. La sonrisa de Dorothea desapareció y fue reemplazada por una mirada de desconcierto. Hedy miró nerviosa a Anton, sabiendo que él, también, sospechaba que alguien de la familia de Dorothea podía aparecerse a causar problemas. Entregándole su taza de té con jerez a su esposa, caminó hacia el pasillo con el paso de alguien que espera una pelea, mientras que los otros tres se quedaron quietos, escuchando. El visitante habló antes de que Anton pudiera decir una palabra, y cuando lo hizo, el estómago de Hedy se retorció.

—Lamento interrumpir su fiesta, pero debo hablar con Hedy de inmediato. —Al ver que el color abandonó la cara de la joven, el doctor Maine y Dorothea la miraron boquiabiertos, mientras todos esperaban la siguiente oración—. Soy Kurt Neumann. ¿Podría pedirle que viniera, por favor?

Hedy llegó al pasillo temblando. Kurt, de uniforme, estaba de pie en el peldaño. Por alguna razón parecía más alto que lo habitual. La voz de Hedy salió entrecortada:

—Pensé que tenías que trabajar hoy…

—¿Podemos hablar en privado?

Su formalidad la aterró. Pero, en algún lugar de su interior, ella ya sabía la razón y, por su aspecto, Anton también.

Anton indicó con un gesto el final del pasillo.

—Por favor, pase.

Hedy caminó por el pasillo hacia la cocina desconocida, escuchando las pisadas de Kurt detrás de ella, pero no se atrevió a darse vuelta y mirarle la cara. Se encontraban en una pequeña habitación insulsa, fría, con un piso de linóleo con un patrón de tablero de ajedrez negro y verde, y un calentador de agua a gas sobre un fregadero de cerámica. El gas estaba encendido y Hedy podía oír el repiqueteo de la pequeña llama dentro del cilindro de metal blanco. Qué extraño, pensó, las habitaciones en las que la vida cambia para siempre no son nunca los lugares que uno imaginaría. Se ubicó junto a una pequeña mesa rebatible cubierta con un mantel, y se obligó a mirarlo.

—¿Qué pasa? —La pregunta era insultante y ella lo sabía.

—Fischer dice que tu tarjeta de registro te clasifica como judía. ¿Es

verdad? ¿Lo eres?

Aun entonces, y maravillada de su propia estupidez, una parte de ella estaba preparándose para continuar la mentira. Pensó en la historia que había usado en la Oficina de Extranjeros acerca de su apellido, que era heredado y que no tenía sangre judía, y casi comenzó a decirla de nuevo. Pero, cuando abrió la boca, no salió nada. En ese segundo, se dio cuenta de que estaba harta de la simulación, cansada de los escenarios imaginados. Fuera lo que fuere lo que estaba a punto de pasar, era mejor que ocurriera ahora.

—Sí. —Su cuerpo comenzó a temblar. Trató de calmarse jugando con las borlas del mantel, retorciéndolas entre los dedos. Todavía no podía mirarlo a la cara, pero el desconcierto en la voz de Kurt le dijo todo.

—Te dije la primera noche que nos vimos que no creía en ese sinsentido de la raza dominante. —Hizo una pausa eligiendo y rechazando varias oraciones—. Desde que estoy aquí, siendo testigo de lo que ha sucedido, ese sentimiento ha crecido. Y tú lo sabías. —Otra pausa—. Por eso, después de todo lo que hemos pasado juntos los últimos meses, de todo lo que hemos dicho… —Se quedó en silencio. El sonido de la llama de gas llenaba el espacio dolorosamente vacío—. Solo tengo una pregunta: ¿por qué? ¿Por qué no me lo dijiste?

Hedy había juntado tres de las borlas y comenzaba a estirarlas. Recordó cómo solía alisar el pelo de Roda en su dormitorio, terminándolo con un moño de seda.

—Quería hacerlo. Pero demoré demasiado. No sabía cómo reaccionarías.

Kurt emitió un resoplido de incredulidad.

—¡Por favor, Hedy! ¡Pasé dos semanas en esa apestosa cárcel por ti! Pero aparentemente… —levantó los brazos exasperado y los dejó caer a los lados, sin fuerza—, aparentemente eso no significó nada.

—Por supuesto que sí… Significa todo. Habría sido arrestada si no fuera por ti.

—Sin embargo, ¿seguiste pensado que era capaz de volverme contra ti?

Hedy comenzó a aplanar otra borla, luego volvió a la primera. Podía sentir que la tela comenzaba a desarmarse entre sus dedos. Pronto esa sección estaría totalmente pelada.

—Sé que es difícil de comprender, pero no sabes lo que es ser señalada, odiada por todos.

—Prueba caminar por la calle King con el uniforme de la *Wehrmacht*…

—¡No es lo mismo! Cuando se produjo el *Anschluss*, vi la gente volverse contra nosotros. Personas que habían sido amigas durante años, en las que creíamos que podíamos confiar. Esconderse se vuelve un instinto. Odiaba mentirte, pero… —Con un supremo esfuerzo, levantó

los ojos. El dolor que vio la conmocionó—. Lo siento. Solo estaba… asustada.

—Pero esto no solo tenía que ver contigo. Me pusiste en peligro también, sin mi conocimiento o consentimiento.

—Lo sé.

Por un momento, Kurt no dijo nada. Luego sus rasgos se suavizaron y dio un paso hacia ella, estirando la mano para rozarle los dedos. Ella soltó las borlas cuando sintió la suavidad de su piel.

—Hedy, nunca haría nada para lastimarte.

Ella se mordió el labio, como una niña castigada. Su lógica de los últimos meses se estaba desintegrando y, de pronto, pareció ridícula. Esta guerra le había quitado cada gramo de la confianza que alguna vez tuvo.

—¿Lo dices en serio?

—Lo juro.

La pelota de ansiedad en su estómago comenzó a deshacerse y sintió resurgir el optimismo.

—Ahora lo sé. —Estiró su otra mano, pero al hacerlo, él la soltó y retiró el brazo. Instantáneamente algo cambió en el espacio entre ellos. La habitación se volvió más fría, pequeños carámbanos parecieron formarse dentro de los huesos de Hedy.

—Sí, creo que sí. Pero es demasiado tarde.

Los carámbanos se metieron en cada órgano. Le resultaba difícil respirar.

—¿Por qué?

—Si puedes esconder algo tan importante por tanto tiempo, tratarme como el enemigo, comprometer mi seguridad… —Se encogió de hombros, extenuado—. Sin confianza, no tiene sentido continuar.

Hedy oyó el rechinar de sus propios dientes. Todo su cuerpo estaba rígido.

—Ya dije que lo sentía… y lo digo de verdad.

Kurt sacudió la cabeza.

—Lo sé… y te creo. Pero no hace ninguna diferencia.

Era demasiado. Cada uno de sus nervios se sentía desnudo y expuesto. Levantó una pared, alta y protectora.

—Esa es una excusa. Lo cierto es que no quieres arriesgarte a estar conmigo ahora que lo sabes. Tienes miedo de que te acusen de *Rassenschande*, una desgracia para tu sangre aria, que pierdas tu comisión y seas enviado al frente ruso.

La cara de Kurt cambió en ese momento. Hedy pudo sentir la furia.

—Sabes muy bien que eso no es verdad. Habría estado dispuesto a correr ese riesgo. —Se dio vuelta y caminó hacia la puerta de la cocina —. ¿Sabes lo que hice esa primera noche cuando te enojaste conmigo? ¿Cuando me llamaste cobarde por dejarme arrastrar por la maquinaria

nazi? Pensé mucho en eso. En realidad, había decidido que tenías razón. Pero ahora… ahora pienso que tú eres la cobarde. Adiós, Hedy.

Ella escuchó sus pasos en el pasillo, la disculpa farfullada a Anton y Dorothea por arruinar su día, y el sonido de la puerta de entrada al cerrarse de un golpe. Justo en ese momento, el suave parpadeo de la luz de gas en el cilindro se apagó.

Lo último que recordaba era la voz preocupada de Anton preguntándole si estaba bien, el suave silbido de su cuerpo al deslizarse hacia abajo por la pared y el jadeo de sus pulmones cuando se abrazó la cabeza y empezó a sollozar.

Capítulo 6

1942

Había aguanieve en el aire. Finas motas plumosas giraban en tirabuzón, hasta desvanecerse formando manchas oscuras cuando caían en el pavimento. Todas las personas que andaban por la calle, protegidas contra el viento con viejos abrigos andrajosos, buscaban altillos llenos de telarañas para refugiarse, mantenían el mentón contra el pecho y los codos cerca del cuerpo, y ocasionalmente liberaban una mano para sacarse de encima las motas heladas. Qué triste, pensó Hedy, que algo tan frágil y hermoso pudiera causar tanto dolor; sus dedos, aferrados a las manijas de su bolso destartalado, estaban ahora de color violeta lívido, y le pinchaban como si la piel se les hubiera desgarrado.

Dudó en la esquina, considerando hacer un desvío por Rimington's, el frutero que estaba en la parte alta de la calle King: la noche anterior se había corrido el rumor en su edificio de que habían detectado ruibarbo temprano en la ciudad. Pero un desvío en ese sentido significaría pasar por la Oficina de Extranjeros y, después del encuentro del último mes, Hedy decidió que prefería no pasar por allí en lugar de cerrar los ojos ante ese odiado lugar. Siguió caminando, tratando de eliminar el recuerdo de esa reunión de su mente, pero el enojo no hacía más que hacérselo revivir. La oficiosidad del asistente de registro, y su inmunidad ante la obvia angustia que sentía al mostrarle la breve nota oficial que le había entregado el *Feldwebel* Schulz el día anterior.

> *Se instruye que a todos los judíos registrados se les requiera asistir a una entrevista con el comandante de campo alemán en la Casa de la Universidad. Los judíos deben presentarse en la dirección que aparece abajo lo antes posible.*

Sin razón, sin explicación. Hedy se había apurado a ir a la oficina con la leve esperanza de que pudieran ofrecerle algún tipo de estrategia o información. Pero el jefe del registro apenas había asomado la cabeza, se encogió de hombros y dijo que, si los alemanes deseaban verla, le aconsejaba que se presentara. Hedy le agradeció en un tono que buscaba ocultar el sarcasmo y salió, ya resuelta a que no lo haría. Trató de calmar su ansiedad diciéndose que, dada la cantidad judíos involucrados, la implementación de la orden podía posponerse, quizás hasta dejarse de lado. Pero la esperanza y el optimismo eran bienes

escasos en este momento. Desde la boda de Anton, cada día se había convertido en un túnel de lodo que debía atravesar; cada amanecer, una nueva caída en el entumecimiento. La mayoría de las mañanas, el mero esfuerzo de salir de la cama le parecía insuperable.

Ya habían pasado tres meses, trece semanas enteras desde que había hablado con Kurt por última vez. Había visto su desgarbada figura una o dos veces en el complejo, conversando con mecánicos o llevando cajas de repuestos de una barraca a otra, pero nunca se había acercado lo suficiente para verle la cara o escuchar su voz. Probablemente estaba evitándola, manteniéndose cerca del bloque de los motores y comiendo solo en el casino de los oficiales. Se dijo que era lo mejor para los dos, pero su cuerpo se resistía violentamente cada noche, y se despertaba con los brazos envueltos alrededor de una almohada mojada. Se había sentido sola, desesperadamente sola, en ese primer año de ocupación, pero esto… esto nunca lo había experimentado. Ahora entendía lo que querían decir cuando hablaban de un corazón roto.

Había intentado, en los primeros días, deshacerse de la culpa. Kurt, Clifford Orange, Hitler, todos tenían la culpa, menos ella. Pero, acurrucada llorando sobre el piso de su apartamento, la verdad se había abierto paso a través de cada argumento penoso y había ahogado ese sinsentido. Kurt tenía razón. Cuando se trataba de decisiones difíciles, era una cobarde.

Había tenido cientos de oportunidades de decírselo en los primeros días, pero encontró mil y una razones para evitarlo. Lo había decepcionado no solo a él, sino también a su familia, a toda su fe. Y ahora estaba pagando el precio. Pasaba los días en la máquina de escribir, produciendo informes sin sentido, evitando el contacto visual con todos los que la rodeaban, y sus noches, sola, leyendo cualquier libro que dejaran en los escasos estantes de la biblioteca, y observando que las ventanas de sus vecinos se oscurecieran una a una hasta que la ciudad quedara en penumbras. Una o dos veces se preguntó si importaba lo que le sucediera a ella; si deseaban ponerla en prisión o fusilarla, que lo hicieran. Pero pensar en su familia distante, dispersa, la mantenía en pie. Y hoy, al menos, tenía un claro sentido de propósito. Se ajustó un poco más la bufanda alrededor del cuello y giró hacia el puerto y las multitudes distantes.

El barco estaba lleno. Cada metro de riel, cada pequeña porción de cubierta contenía cuatro o cinco soldados apretados, como sardinas en una lata, inclinándose, no haciendo nada o saludando a otros en el muelle. Otros seguían subiendo por la rampa, un ciempiés interminable de hombres encorvados, reticentes. El muelle también hervía de gente: oficiales de la *Wehrmacht* se rozaban los hombros con los guardias locales, los estibadores de Jersey, la policía secreta. Allá arriba, las caras pálidas contrastaban con los uniformes color verde lodo, la mayoría

fumaba o miraba el mar. Unos pocos estaban visiblemente angustiados, no tenían duda acerca de adónde se dirigían ahora. A pesar de los mejores intentos de la máquina de propaganda nazi, los hechos se habían filtrado hasta, incluso, las tropas más bajas, a través de cartas en código, fragmentos de las noticias de la BBC, rumores del personal militar desde Francia. Las historias se habían abierto camino a través de las tropas como un repentino incendio: el desastre de la batalla de Moscú, divisiones enteras aniquiladas por el Ejército Rojo y las tormentas de nieve. Ahora estos hombres jóvenes sabían que estaban siendo arrancados del puesto más cómodo en Europa Occidental para hundirse en un infierno helado. Se decía que algunos jóvenes alemanes se habían suicidado al recibir sus nuevas órdenes.

Hedy divisó a Dorothea primero, no lejos de la rampa, y se abrió paso hasta ella. Dorothea estaba vestida con un elegante abrigo negro de su abuela que, aunque había tenido mejores días, se adecuaba al drama de la ocasión, y una bufanda azul marino atada sobre su pelo corto hacía que su piel se viera más blanca que lo habitual. Estaba de pie delante de Anton, con los ojos inyectados en sangre y llorosos, mirándolo como si tratara de grabar a fuego cada detalle de él en su memoria. Anton se veía alto y con los hombros cuadrados en su uniforme, mostrando cierto orgulloso desafío al mundo. Era la primera vez que Hedy lo veía con su uniforme completo de la *Wehrmacht*, y eso la hizo transpirar.

Anton notó su presencia y apretó los labios en un intento por sonreír.

—Pudiste llegar. Me alegra.

—Por supuesto. Así que… esto es todo. —La banalidad de su comentario la avergonzó, pero su mente estaba nublada, desprovista de cualquier cosa útil—. ¿Sabes cuánto tarda el cruce?

Anton se encogió de hombros.

—No tengo idea.

Hedy pudo ver que Dorothea estaba temblando. Su respiración era fuerte y jadeante; Hedy se preguntaba qué harían si tenía un ataque de asma ahí mismo.

—¿Cómo te sientes, Dorothea?

La joven trató de sonreír, pero sus labios temblorosos la delataban. Anton la besó en la mejilla y le apretó el brazo.

—Querida, ¿nos darías un momento? Te prometo que no será mucho tiempo.

Dorothea asintió con resignación y se alejó hacia el espolón, aprovechando la oportunidad para limpiarse los ojos con un pañuelo de encaje. Hedy se quedó en silencio, esperando, sabiendo ya lo que iba a oír.

—Hedy, necesito que me prometas que la vas a cuidar. —Estaba buscando su mano para tomársela y apretarla entre las suyas—. Su abuela es tan frágil que quizá no pase de este año, y no hay señales de

que los padres de Dory acepten este matrimonio. Ella es más fuerte de lo que parece, pero tampoco puede soportar tanto. —Hedy abrió y cerró la boca, buscando las palabas correctas.

—Lo intentaré, Anton, de verdad. Pero no estoy segura de que…

—No te estoy pidiendo que la quieras como yo, solo que la cuides. No estás lejos, puedes pasar cuando vuelves a casa del trabajo, solo para ver cómo está, ¿sabes? —El apretón en su mano aumentó—. Ella te cuidará también, por supuesto. Ambas están solas ahora. —Se mordió tan fuerte el labio que se le puso blanco—. Si hubiera algo que pudiera hacer para cambiar esto…

Hedy cerró los ojos. Era demasiado triste. ¿Cómo podría alguien soportar este peso, esta interminable avalancha de miserias? Sintió la desesperación del apretón de Anton, y supo que había solo una respuesta que podía dar.

—Por supuesto, me ocuparé de Dorothea, Anton. Lo prometo.

Sus palabras parecieron aliviarlo y, con un último apretón, le soltó la mano.

—¿Nada de Kurt, supongo?

—No habrá nada. Eso terminó. —Decir las palabras en voz alta abrió puertas peligrosas, y ella tragó fuerte. No era el momento para desmoronarse, se lo debía a Anton, y no quería darles la satisfacción a los alemanes. Levantó el mentón—. No te preocupes, estaremos bien. Tú ocúpate de cuidarte.

Anton llamó a Dorothea, que voló de vuelta a su lado y hundió la cara en su hombro. Solo entonces un grito ronco provino del muelle: "*Letzter Aufruf! Alle an Bord! Schnell!*". Tras este llamado a abordar, hubo un empujón de gente hacia la rampa y, por un momento, los tres fueron arrastrados con él. Hedy tomó a Anton del brazo y lo besó en la mejilla, luego Dorothea presionó sus labios sobre los de él mientras lo abrazaba con una fuerza mayor de la que parecía capaz. Luego, Anton se perdió en medio del ciempiés verde lodo, el gran flujo de desesperación que serpenteaba hacia la cubierta, y Hedy y Dorothea quedaron de pie en el muelle, saludando a un punto de color durazno que sabían que era la cara de Anton, sus propios rasgos torcidos en una parodia de sonrisa. Se quedaron allí, temblando en los adoquines, mientras desataban las sogas y arrojaban pesadas cadenas; observaron cuando el barco maniobraba lentamente fuera de su amarre hacia la boca del puerto y el mar abierto y, por una vez, Dorothea no dijo nada.

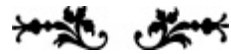
Cuando al fin ya no había nada para ver, se miraron entre sí. Hedy se estiró y colocó una mano en el brazo de Dorothea, sabiendo que esta era la primera llamada del deber.

—¿Te gustaría ir a algún lugar cálido para tomar una taza de algo?

Dorothea se frotó los ojos con su pañuelo empapado.

—Gracias, Hedy, eres muy dulce. Pero no, solo quiero ir a casa. —Se

dio vuelta, luego giró abruptamente, buscando algo en su bolsillo—. Lo siento, casi me olvido. Esto llegó ayer para ti. —Presionó el sobre en la mano de Hedy y luego emprendió su camino por el muelle, su abrigo negro sacudiéndose en el viento, con el aire de una heroína trágica en la escena final de una película romántica.



Manteniendo la nota fuera de la vista, debajo del escritorio, Hedy la volvió a leer. Era una hoja pequeña de color crema, más pequeña que una carta regular, ya arrugada por el constante manoseo. En la esquina superior, un sello redondo de goma decía "*Le Comité international de la Croix-Rouge, Genève*". Y allí, en la parte inferior estaban las permitidas veinticinco palabras que se habían impreso en la mente de Hedy para siempre.

> *Espero todos bien. Tu madre y padre partieron enero, vacaciones. Fecha de regreso incierta. Enviaron cariños. Sin noticias de Roda. Mudanza, no más cartas. Elke.*

Hedy se recostó en su silla, dejó que los ojos vagaran por la oficina. La suerte estaba de su lado esta mañana; la supervisora Vogt estaba ocupada en su escritorio con alguna catástrofe administrativa, real o imaginada. Y el golpeteo de los mecanógrafos –ese exasperante sonido que le generaba tantos dolores de cabeza persistentes– hoy se convirtió en un sonido consolador que la ayudaba a acallar el resto del mundo. Con movimientos silenciosos, sordos, Hedy volvió a doblar la carta y la colocó en su bolso en el respaldo de la silla, y puso una traducción sobre calidad de los materiales delante de su cara, frunciendo el entrecejo para dar la impresión de que estaba lidiando con algo de gran complejidad e importancia.

Había sido una gran apuesta escribirle a Elke. Hacía años desde que se habían visto –Hedy no estaba siquiera segura de que la familia siguiera viviendo en la misma dirección– e implicaba un enorme riesgo de que su antigua compañera de escuela los traicionara a ella o a sus padres. Habían sido cercanas en otro tiempo, pero ¿quién sabía qué transformaciones habían sufrido las personas desde el comienzo de esta locura? Elke podría haber estado en la *Bund Deutscher Mädel*, la Liga de Muchachas Alemanas. Pero, de algún modo, la carta de Hedy le había llegado, y Elke había encontrado el valor y los medios para responder.

Vacaciones. Su madre debió, en algún punto, haber usado esa palabra con Elke para describir la deportación, y Elke la repitió, sabiendo que Hedy entendería. Ahora, cada vez que cerraba los ojos, veía un camión abierto, multitudes de judíos empujados en su interior, las culatas de los

rifles golpeando en la carne blanda de sus espaldas. Veía a sus padres, agotados y aterrados, acurrucados junto a la caja de equipaje de algún otro, abrazando las posesiones que pudieron llevar en sus brazos. Y luego el largo viaje paralizante a… En ese punto, su mente se cerraba. Había solo una cantidad limitada de horror que una mente podía absorber y ella había llegado a su límite.

El reloj indicaba que era casi la hora del almuerzo. Hedy no había desayunado, pero, en su estado, no podía pensar en comer. Desde el momento en que había abierto los ojos esa mañana, sabiendo lo que tenía que hacer, le habían subido a la garganta los ácidos del estómago generándole oleadas de náuseas. Pero habían pasado semanas desde que Dorothea le había entregado el sobre en el muelle, y en muchas noches de insomnio había agotado todas las otras opciones. Al ver que Vogt seguía inclinada sobre su escritorio, Hedy colocó su bolso en el brazo y se deslizó en silencio de la sala como si fuera temprano hacia el comedor, ignorando las miradas irritadas de las bávaras que seguían golpeando las teclas en sus escritorios.

Afuera, a la fresca luz del sol de primavera, caminó rápido por los senderos desparejos, polvorientos, hacia el sitio de reunión de los oficiales. Cincuenta metros antes de la entrada había un pequeño cantero de césped cubierto de malezas, que permitía una clara visión del patio de mecánicos. Simulando anudarse el cordón de su zapato, esperó allí un rato, rogando que no se hubiera ido, deseando al mismo tiempo que no apareciera en absoluto. Entonces, lo vio. Esa figura inconfundible, ese caminar y esa risa que conocía tan bien. No tan profunda y grave como la había escuchado en el pasado –esta era pequeña, aguda, en respuesta cortés a la broma de un colega–, pero el recuerdo la hizo sonreír. En ese momento, él la vio y ella observó cómo todo el cuerpo de él reaccionó: un pequeño movimiento hacia atrás como haría un caballo con un mal jinete. Ella se quedó de pie, mirándolo, esperando que él comprendiera por su sola expresión. Y, por supuesto, un segundo después, Kurt balbuceó algunas excusas a los hombres con los que estaba y comenzó a caminar hacia ella.

Al principio, la proximidad de él casi eliminó de su mente la misión que traía. En todo caso, él se veía más alto, más guapo; había perdido un poco de peso, pero ese débil olor a sudor y aceite de motores la remontó al pasado, y esos ojos la clavaron en el lugar. Kurt no dijo nada, pero se quedó ante ella expectante. Era imposible adivinar qué estaba pensando.

—Tengo que pedirte un favor. —Las palabras salieron finalmente, y ella mantuvo los ojos fijos en los de él, anticipando un rechazo. Pero lo que llegó fue un gesto amistoso con la cabeza, un aliento a continuar; debía de saber que esto era importante para que ella se acercara a él así —. Recibí esto.

Tomó la carta de la Cruz Roja de su bolso y se la entregó, con cuidado de no rozarlo con la mano. Los caminos estaban ahora llenos de gente que iba a almorzar, y Hedy miraba ansiosa mientras Kurt leía, preguntándose si no debería haber elegido un lugar más privado. Pero la mayoría de las personas parecían concentradas en llegar al comedor, ansiosas de obtener su única comida confiable del día, y pasaban al lado de los dos sin ningún interés. Kurt le devolvió la carta.

—¿Piensas que fueron llevados a un gueto o a prisión?

—Creo que no hay ninguna duda. Puede que ya los hayan fusilado.

—Lo siento, Hedy, de verdad. —La amabilidad de su voz destruyó sus defensas y tuvo que incrustarse las uñas en la palma de la mano para concentrarse—. Pero ¿qué quieres que haga?

—Solo quiero saber… —Su voz era endeble; podía oír cómo se resquebrajaba—. Solo quiero saber adónde los llevaron, qué ocurrió con ellos.

—Pero ¿cómo puedo ayudar?

—Pensé que, quizá, podrías tener algunos contactos en el este, tal vez alguien en Berlín que pudiera mirar los registros… —Ahora que sus pensamientos se habían convertido en palabras, de pronto, parecían ridículos. Era obvio que Kurt no sabía más que ella. Temerosa de que él pudiera pensar que todo esto era una excusa para hablar con él, o quizás algo más, agregó:—. Sé que es poco probable, pero estoy desesperada. Y no tengo a nadie más.

La vio entonces: esa antigua mirada de afecto, la mirada que alguna vez había calmado sus miedos y había hecho que todo el mundo pareciera tolerable. Para su vergüenza, sintió que una lágrima rodaba hacia su boca. Para peor, él estiró la mano y, con el dedo índice, se la secó suavemente.

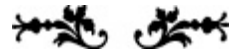
—No te puedo garantizar nada, y quizá me lleve un tiempo. Pero haré todo lo posible. Lo prometo. —El afecto se desvaneció entonces, y fue reemplazado por algo entre la tristeza y la decepción.

Hedy se secó otra lágrima y trató de mantenerse erguida.

—Gracias. Todavía estoy en el Bloque Siete. Puedes encontrarme allí cualquier día.

Se dio vuelta y caminó apurada de regreso a su bloque, incapaz de soportar la idea de sentarse en ese comedor rodeada de gente. Trabajaría durante la hora del almuerzo, tecleando esos informes hasta las seis, los dedos golpeando las teclas, la cabeza llena de nada excepto cantidades de cemento y direcciones de corralones. No haría contacto visual con Vogt o su vecino Derek ni les daría la oportunidad de que notaran su presencia. Después se iría rápido a casa, apuraría la magra cena y se metería en la cama no bien pudiera. Allí, enterraría la cabeza en la almohada para que nadie en los apartamentos vecinos la escuchara. Y entonces lloraría y aullaría como un animal herido hasta

las primeras horas de la mañana.



—Pero ¿por qué? ¿Por qué nos hacen hacer esto?

La voz de Dorothea se escuchaba por encima del golpeteo y el alboroto de la sala. Sus ojos estaban muy abiertos con una inocente confusión. Hedy le echó una mirada nerviosa al soldado alemán detrás de la mesa improvisada, mientras tomaba el equipo inalámbrico Bush de Dorothea y lo empujaba por la superficie hacia el banco de equipos de radio que crecía en un extremo. Por un momento, Hedy temió que el soldado pudiera tomar represalias, pero comprendió que la mirada en su cara no era de agresión sino de incomprensión. El hombre no hablaba inglés.

—Vámonos, Dorothea —murmuró Hedy, al mismo tiempo que verificaba la cantidad de alemanes armados en la sala y la posición de las salidas—. No te entiende. Y quiero que salgamos de aquí.

De hecho, Hedy no había querido siquiera ir al salón parroquial. Era un nido de soldados alemanes, adornado con esvásticas, y estar en medio de eso le ponía la piel de gallina. Pero cuando los anuncios de la confiscación de radios habían aparecido la semana anterior en los diarios vespertinos, Dorothea había ido a verla, para rogarle que la ayudara a entregar el pesado aparato con su carcasa de madera. Recordando la promesa que le había hecho a Anton, Hedy no tuvo más opción que aceptar.

Miró a su alrededor. El salón estaba atestado de furiosos habitantes de Jersey que murmuraban y arrojaban su amado equipo familiar sobre la mesa, arrancando de las manos de los alemanes sus recibos con las caras coloradas de indignación. La idea de que se lo devolverían al final de la guerra era una mentira tan lastimosa que era casi graciosa, todos sabían que estos ítems muy deseables serían metidos en un barco hacia el continente esa misma tarde, y que todos ellos terminarían en los salones de los oficiales del Partido Nazi para comienzos de la semana siguiente. Mientras tanto, los locales estarían ahora desconectados de la guerra real, dependiendo exclusivamente de la risible desinformación de la prensa controlada por los alemanes. Hedy, ya sin su equipo por más de un año, se había acostumbrado al silencio apremiante de las largas noches sin música ni voces humanas. Pero las visitas regulares a casa de Dorothea para escuchar la BBC eran un nexo vital con el mundo, aun cuando tuviera que pasar gran parte del tiempo señalando los lugares en el antiguo atlas de Dorothea. Este nuevo nivel de aislamiento la asustaba como a todos los demás.

Ansiosa por volver al anonimato de la calle, Hedy tomó a Dorothea del brazo. Pero Dorothea seguía enfrentando al soldado.

—Creo que usted entiende bastante —le estaba diciendo—. Solo quisiera saber qué bien piensan que puede hacer esto.

Hedy miró a su acompañante, desconcertada. La mujer nunca había contradicho a Anton en público… ni en privado, sospechaba Hedy. Sin embargo, ahí estaba, abordando sin miedo a un soldado enemigo. Hedy miró alrededor y vio a un segundo alemán, robusto, con un rifle colgado a la altura del pecho, estirando el cuello para observar el intercambio desde el extremo opuesto del salón. Una seña del primero, y ambas serían arrestadas. Al llegar por la mañana, ya habían visto a un hombre local arrastrado después de una discusión en la fila y luego arrojado sobre el pavimento. Esta vez el apretón de Hedy fue más fuerte.

—Hablo en serio, tenemos que irnos ahora.

Su corazón dio un salto cuando sintió una mano en su espalda que la empujaba hacia la salida. Vio que Dorothea era tratada de la misma manera. Había una buena carga de fuerza detrás de la presión, tanta que ya estaba a mitad de camino hacia el piso antes de poder darse vuelta y ver la causa. Para su alivio, era un hombre de aspecto cansado, escaso pelo gris y gafas con montura de metal, que tenía una sonrisa fija pero beatífica.

—Puedo responder sus preguntas, señoritas, pero sugiero que no sigan el tema aquí.

Su voz sonaba tan cansada como su apariencia sugería, pero Hedy reconoció las inflexiones de un acento de Jersey, similar al del doctor Maine. Siguió llevándolas hacia adelante hasta que estuvieron de pie en el pavimento, parpadeando bajo la brillante luz del sol después de la penumbra del salón parroquial. Allí, el hombre se dirigió a ellas y le ofreció la mano.

—Diputado Ned Le Quesne, encantado.

Hedy y Dorothea devolvieron el gesto. El nombre no significaba nada para Hedy, pero Dorothea lo miraba con curiosidad.

—¿De los Estados? —preguntó Dorothea.

—Comisión de trabajo de los Estados, por mis pecados. —Sonrió, pero Hedy percibió que había algo de verdad en su disculpa—. Lamento si parezco poco caballero, pero no quería que se metieran en problemas. Me temo que *Jerry* ha estado bastante enérgico respecto de este último sinsentido; ya ha habido una serie de arrestos.

—Solo quiero saber por qué. ¿Por qué nos están quitando nuestras radios? —presionó Dorothea.

Le Quesne miró sobre su hombro y las alentó a avanzar un poco por el camino.

—Simple venganza, me temo. La marea de la guerra se ha dado vuelta en las últimas semanas. De modo que esperan castigarnos y, al mismo tiempo, mantenernos lejos de la verdad para destruir nuestro ánimo. Pero no dejaremos que eso suceda, ¿verdad?

Hedy echó una mirada al salón parroquial, donde dos jóvenes discutían con un soldado alemán, atrayendo la atención de otros alemanes. Una mujer de unos sesenta años salía al pavimento llorando en el hombro de su marido.

—¡Por supuesto que no! —Dorothea estaba estrechando la mano del hombre mayor.

—Y yo digo mis oraciones por nuestras tropas todas las noches. —Hedy respiró profundo ante la falsa ironía de este comentario, pero el diputado ya estaba deseándoles un buen día y regresando al salón parroquial. Dorothea se dirigió a Hedy.

—Muchas gracias por tu ayuda. No podría haber traído esto hasta aquí sola. ¿Te gustaría venir esta noche? Tengo suficientes papas para hacer croquetas de verdura, si tienes un par de zanahorias que puedas compartir.

Hedy dudó. Las noticias de la BBC y las discusiones posteriores eran lo único que había hecho que sus recientes visitas a la avenida West Park fueran soportables, ya que mantenían a Dorothea alejada del tema de las estrellas de cine, o peor, de cuánto extrañaba a Anton. La idea de una noche sin nada más que la conversación entre ellas era una perspectiva deprimente. Pero debía honrar la promesa a su viejo amigo.

—Gracias…, quizá por una hora. —Se protegió los ojos con la mano mientras miraba hacia arriba, hacia el cielo, sintiendo el calor del sol que le quemaba la piel—. Es difícil, la primera noche sin la radio. Me acuerdo.

—Pero podemos seguir escuchando las noticias. —El tono de Dorothea era brillante.

—¿No entiendo?

—Les entregué mi equipo, como me pidieron. Pero no les di el que está en el altillo. —Relucía mientras caminaba ligera por el camino en dirección del parque, seguida por la mirada atónita de Hedy.

—Lo mismo de nuevo. —Kurt, con una amplia sonrisa, levantó dos dedos hacia la delgada mesera aburrida—. Este brandy es excelente. Tendría que ver si puedo conseguir una botella en las tiendas.

Wildgrube bajó los restos de su gran vaso, el cuarto de esa noche, según la cuenta de Kurt, y se lamió los labios en señal de acuerdo. Aun en la débil luz del club, Kurt podía ver que su cara estaba comenzando a enrojecer; las marcas de color morado se parecían al grueso lápiz labial que usaban las prostitutas del club. Ya sus gestos se estaban volviendo expansivos y sus ojos acuosos se movían de un lado para otro, apuntando a la última tanda de prostitutas normandas, para aumentar su sensación de bienestar. Kurt sospechaba que no recibía muchas

invitaciones sociales.

—Mi padre —Wildgrube echó una pitada a su cigarrillo y continuó como si Kurt no hubiera hablado— trabajaba en una fábrica. No tenía interés en su apariencia. Solía agarrarme de las orejas cuando gastaba mi dinero en camisas de calidad y zapatos decentes, me llamaba "mariposita". —Tiró la cabeza hacia atrás y rio ferozmente. Kurt replicó la risa de manera precisa, al mismo tiempo que usaba el momento para vaciar la mayor parte de su brandy en la planta que estaba en el estante detrás de su hombro—. Pero ¡míreme ahora! Solo estos puños… —Le mostró los impecables puños blancos de su camisa como si los modelara para la venta—. Siempre planchados a la perfección. Déjeme decirle, el ama de llaves en nuestro alojamiento es fea como un bulldog, pero, por Dios, ¡cómo plancha las camisas! ¡Y sus guisos son bastante buenos, también! —Se palmeó el estómago y rio de nuevo.

Kurt simuló tomar un sorbo de su vaso casi vacío, pensando que la mujer probablemente orinaba con ganas en cada plato que le servía. Miró el reloj: las siete y media. Era la cuarta vez que llevaba a Wildgrube al club en tres semanas y la experiencia le decía que para las ocho debía de poder empujarlo en la dirección que quisiera. Lo dificultoso era atraparlo en los momentos ideales entre la discreción profesional y el desmayo.

La primera invitación de Kurt a que lo acompañara en una "salida de muchachos" –una frase que Kurt eligió deliberadamente sabiendo que apelaría al ego del espía– había sido recibida con escepticismo. Wildgrube poseía el instinto del niño abusado para saber cuándo alguien lo despreciaba, y Kurt tuvo que trabajar mucho para convencerlo de que no era una broma. Pero Kurt sabía que, más allá de las reservas o sospechas que Wildgrube podía tener con respecto a él, las ahogaría con el peso de la curiosidad y la desesperación por ser aprobado. En las primeras tres ocasiones, Kurt había ido sobre seguro, manteniendo la conversación en la arquitectura alemana y qué tamaño de taza de sostén creaba la mejor figura femenina, mientras que también introducía chismes inofensivos sobre él u otros que compartían su alojamiento. Pero Kurt estaba comenzando a evaluar la impotencia y la indiscreción de Wildgrube cuando se trataba de bebida. Cómo este hombre había ascendido hasta ese rango con un defecto tan obvio, era sorprendente, pero, bueno, pensó Kurt, ¿sobre qué base se podía explicar al propio Göring? En todo caso, Kurt percibió esa noche que, si conseguía llegar a los niveles justos de diversión, podría conseguir lo que buscaba. Y Wildgrube parecía estar pasándola muy bien.

—Esto es fantástico. Me encanta este lugar.

Kurt asintió.

—Es bueno alejarse de la chusma, pasar tiempo con los de su clase. No es que yo esté en su estrato, Erich. Acceso a todas las áreas, charlas

íntimas con los tipos grandes…, ¿verdad?

Wildgrube se encogió de hombre, dando algunas vueltas.

—Conozco a mucha gente. No solo aquí.

Kurt hizo girar su vaso en sus dedos.

—¿Quiere decir en Berlín?

—Ah, sí. Tengo amigos allí a los que les ha ido muy bien. Círculo interno, ¿sabe? —Luego, su mano arreglada por una manicura desdeñó el tema como una mosca imaginaria—. ¿Con qué frecuencia viene aquí en una semana promedio?

Kurt pensó con rapidez, consciente de que la respuesta bien podía después ser verificada en busca de precisión.

—No muy seguido. ¡No me quiero convertir en un cerdo!

Wildgrube se echó a reír y se palmeó el muslo.

—¿Ve a esa? —Señaló a una joven rubia de unos diecisiete años, que tenía un vestido ajustado y sacudía el pelo en una evidente oferta de servicios. Kurt se preguntó si su madre sabía dónde estaba y qué estaba haciendo—. Esa es la que voy a tener después. Un trasero pequeño, fantástico, ¿no le parece? —Se inclinó hacia Kurt, como si estuviera conspirando—. Aunque escuché que algunas de las nuevas no están tan limpias. Podría solo masturbarme en sus pechos para estar a salvo… No quisiera agarrarme nada.

La mesera puso dos nuevos vasos sobre la mesa con una sonrisa amplia, artificial. Kurt levantó el suyo hacia el de Wildgrube para brindar, y oyó que el vidrio casi se rompía por lo fuerte que lo había chocado el policía.

Kurt decidió que era tiempo de cambiar de estrategia.

—Entonces, dígame, Erich, ¿cómo van las cosas en su departamento? —Dejó la palabra colgando en el aire, suficientemente vaga como para ser interpretada como ignorancia—. ¿Quién le está dando problemas en este momento?

Wildgrube resopló despectivo a través de sus labios delgados.

—Ya sabe. Los sospechosos de siempre. Los del mercado negro. Los tontos *Einheimische,* los locales que piensan que son Rosa Luxemburgo. ¿Sabe que algunos de los trabajadores que trajimos se han escapado de sus complejos? ¡Resulta que algunos de los locales los están escondiendo en sus casas! —De

un solo sorbo bebió la mitad del brandy—. Bien merecido tienen si los violan o les roban, malditos estúpidos.

—¿Y cómo andan las cosas por casa? ¿Es verdad que el Führer está planeando una nueva ofensiva contra los soviéticos?

Wildgrube se palmeó el costado de la nariz para indicar que Kurt se había pasado de la raya. Kurt, al darse cuenta de su error, levantó una mano y alejó la cabeza, como si se sometiera a un poder mayor. Pero al momento siguiente, Wildgrube estaba volviendo al camino prohibido,

dejando la prudencia en el fondo de su vaso.

—El gran hombre está haciendo un gran trabajo. Por supuesto, las mejores cosas son secretas.

—Brindo por eso. —Kurt levantó su vaso de nuevo y, una vez más, Wildgrube vació el suyo de un golpe. Kurt se inclinó y miró con ostentación alrededor de él, generando una sensación de drama—. Pero, vamos, ¿deme al menos una pista? Algo que ver con los judíos, ¿verdad?

Wildgrube movió el índice, mirándolo como un padre a un niño travieso al que está a punto de perdonar.

—¡Usted es un pendejo, Neumann! Por supuesto que son los malditos judíos. Finalmente encontró una solución. Muy inteligente, también. Pero… —todos los dedos fueron hacia arriba ahora, sugiriendo una barrera que no podía cruzarse— no puedo decir nada más. Dígame… —hizo una seña para que Kurt se acercara—, de estas pequeñas perras, ¿cuál es la suya?

Kurt sonrió, simulando estar fascinado con el juego, y echó una mirada lenta, considerada alrededor de la sala.

La decoración del club era chabacana, una colección de piezas livianas doradas y sillones de terciopelo rojo que probablemente se veían espantosos a la luz del día. Por todas partes, había oficiales borrachos y con cara amargada, mujeres mal nutridas desparramadas. En un rincón alejado, Fischer estaba sentado con algunos de sus amigotes más duros, jugando algún tipo de juego de cartas y alcohol. Dios, pensó Kurt, ¿por qué se ponía en esta posición por una mujer a la que había jurado no volver a ver? Las imágenes de Hedy flotaron por su mente. Esa boca suave y esos ojos color verde mar; su expresión asombrada cuando él entraba a una habitación; la sonrisa que se hundía suavemente en una almohada. Los últimos meses sin ella habían sido los más tristes que podía recordar. Una docena de veces había caminado desde su alojamiento hasta la calle New y se quedaba fuera del edificio, esperando poder ver algo de piel pálida o de cabello rubio oscuro en la ventana. Una vez había llegado justo hasta la puerta. Cada vez, una resistencia punzante –orgullo, quizás una sensación de traición– lo retuvo. Pero la idea de estar con otra mujer lo dejaba sin fuerzas y desanimado.

Wildgrube estaba esperando su respuesta, la lengua le colgaba al costado de la boca como una almeja cruda. Al azar, Kurt eligió una morena alta, espigada, acomodada en el extremo de la barra.

—Esa. —Wildgrube se echó a reír después. Se reiría de cualquier cosa en este momento.

—Ah, ¿le gustan las altas y morochas? Para mí, tiene que ser rubia. Una linda muchacha aria. —Tomó el brandy de Kurt confundiéndolo con el suyo y lo terminó también—. ¡Pronto

será lo único que quede, ya verá! Llegarán hasta el final de la escoria.

Agarrarán a cada uno de ellos.

Kurt sintió que la puerta se estaba abriendo y se contuvo de no empujarla demasiado para que no volviera a cerrarse. Al mismo tiempo, sabía que no tenía demasiado tiempo… Wildgrube estaba tan borracho que apenas podía pasar de una oración a otra.

—Ojalá, ¿no? No será fácil, igual.

Wildgrube se echó a reír.

—Como dispararle a un pez en un barril. No lo saben. No tienen idea de adónde van, en qué se están metiendo. —Su discurso se arrastraba ahora—. Los camaradas de las SS me mostraron algunas fotos la última vez que estuve en casa. Genial… la forma en que los arrean, fácil y simple.

Kurt mantuvo el cuerpo perfectamente inmóvil.

—¿Los arrean?

Wildgrube le dedicó una sonrisa que Kurt recordaría durante años.

—Esa es su belleza. —Inclinó la cabeza hacia Kurt indicándole que se acercara un poco—. Guárdese esto para usted…, esto es solo entre nosotros, ¿comprende?

Hedy estaba completamente dormida cuando empezaron los golpes en la puerta. Su primera respuesta fue de furia. Tantas noches que había pasado despierta hasta que el coro de la

madrugada comenzaba alrededor de las cuatro, arrastrándose al trabajo en estado de agotamiento. Esta noche había logrado dormirse a una hora razonable y ahora algún idiota… Por unos segundos pensó que venía de otro de los apartamentos. Luego se dio cuenta de que venía de la puerta común que daba a la calle. Alguien estaba pidiendo entrar y alguien –probablemente la señora Le Couteur– estaba abriéndole. Hedy dio vuelta el reloj: casi las tres. Ahora estaba erguida en la cama, con los oídos atentos como un animal salvaje. Imágenes de soldados alemanes con órdenes de arresto inundaron su mente. Tomó su cárdigan de lana de la silla, saltó de la cama y corrió hacia la puerta del apartamento, presionando el oído contra ella. Fue entonces cuando oyó las pisadas en las escaleras y la voz familiar:

—¿Hedy? Hedy, por favor, sé que estás allí.

Con el corazón casi saltándole fuera del pecho, Hedy sacó los pasadores y abrió la puerta. Afuera, el pasillo asombrosamente negro parecía atravesado por corrientes de aire. Kurt estaba de pie balanceándose en el rellano, con el cabello despeinado formando extraños ángulos y una expresión feroz en la cara. No bien la vio se arrojó a sus brazos, haciéndola bajar varios escalones. Con cautela, ella colocó los brazos alrededor de él y, de algún modo, lo guio hasta el

umbral.

—Kurt, ¿qué pasó? ¿Qué estás haciendo aquí? —La cara de él estaba enterrada en el cuello de ella y parecía como si estuviera llorando.

Hedy se alejó un poco y logró sujetarlo fuertemente del brazo. Lo hizo entrar al apartamento y lo condujo hacia la silla que estaba junto a la mesa, donde se desplomó como si no se hubiera sentado por una semana. Podía percibir su olor a alcohol, fuerte y agrio. Levantó la cortina para aliviar la intensidad de la oscuridad, y luego se sentó a su lado.

—Dime qué ha ocurrido.

Kurt levantó la vista hacia ella, la luz de la luna que entraba por la ventana iluminaba un lado de sus rasgos. Hedy pudo ver que estaba loco por la emoción incrementada por el alcohol, pero, mientras la miraba, pareció recuperar la sobriedad y con una mano gentil le quitó el pelo de la cara de la forma en que hacía cuando eran amantes.

—Hedy, lo siento tanto.

—¿Por qué? —Su mente giraba con horribles posibilidades.

—No te creí, no creí nada. Pensé que eran solo historias. No creí que la gente pudiera comportarse realmente así.

—¿Así cómo? ¿De qué estás hablando?

—Honestamente pensaba…, decían que eran granjas. Solo reubicación. No sabía. Te juro que no lo sabía.

Y entonces comenzaron a aflorar… los hechos que Wildgrube le había confiado y las conexiones que Kurt había podido reunir por su cuenta. Los planes secretos, la aniquilación de los guetos, la quema de sinagogas con judíos encerrados dentro, las redadas, los camiones de ganado "especiales", los campos de exterminio. La separación de hombres y mujeres en las puertas, la clasificación de los prisioneros, el robo de sus pertenencias, los mamelucos, el trabajo forzado, el engaño de las falsas duchas, las cámaras llenas de cuerpos apilados.

Hedy estaba en silencio sentada al lado de él mientras las frases seguían saliendo, a veces ahogándolo, a veces escupidas en un flujo de bilis. Las palabras aterrizaban en ella como insectos ardientes, ampollándole la piel. Crematorios…, chimeneas…, gas… Cuando las palabras se convirtieron en imágenes y las imágenes en una realidad, comenzó a alejarse de él. Quería golpearlo en la boca para que se callara, impedir que esa información llegara a su cerebro, castigarlo por ser uno de ellos. Y al mismo tiempo quería abrazarlo y decirle que no podía haberlo sabido… ¿Quién podía siquiera imaginar algo tan inhumano, tan incomprensible? Mientras Kurt continuaba, se sintió cada vez más pequeña, encogiéndose como Alicia en el País de las Maravillas. Para cuando llegó a sus padres y confesó que, si habían sido transportados, probablemente ya estuvieran muertos, era una partícula de humanidad en la vasta expansión de la tierra, diminuta e

insignificante.

Lento y balbuceante, llegó al final de su historia y cayó en un profundo silencio. Hedy se incorporó, caminó tambaleándose hasta el fregadero y vomitó durante varios minutos, aferrada a la porcelana, sintiendo los mechones húmedos en su cara, pero demasiado entumecida para moverse. Finalmente, se enjuagó la boca y fue hasta la cama. Kurt se sentó allí junto a ella, sin decir palabra, mirando la nada excepto los rayos de luz de luna que caían en las almohadas. Entonces, según recordaba Hedy, debió de haberse quedado dormida por unos momentos, porque cuando se estiró los rayos de luna habían sido reemplazados por una apagada luz plomiza en el cielo distante, devolviéndole el contorno a los muebles del cuarto e indicios de color a su piel. Afuera, en alguna parte, los primeros pájaros comenzaban a cantar.

Kurt apoyó su mano en la rodilla de ella.

—Mañana voy a ir a la Casa de la Universidad con mi Walther P38 y buscaré al comandante de campo.

—No seas estúpido.

—Lo digo en serio. Tengo que hacer algo. Tenías razón: he sido parte de esto, soy responsable. Tengo que encontrar la forma de expiar lo que hemos hecho.

—Estarías muerto antes de que él llegara al piso.

Kurt sacudió la cabeza.

—No me importa lo que me ocurra.

—No harías ningún bien. Berlín mandaría a otro.

—Entonces iré a Berlín y mataré a unos cuantos de ellos. Tengo que hacer algo, tengo que enmendar esto. Y de algún modo tengo que obtener tu perdón.

Hedy sintió una descarga de ternura. Le tomó la cara entre las manos.

—Kurt, escucha. Lo que dije hace meses…, estaba enojada. Tú no eres responsable de lo que están haciendo. Tú mismo lo dijiste, no tuviste opción, no más que Anton. Y tienes que dejar de hablar así. Ningún motín suicida en esta pequeña isla va a salvar a un solo judío.

—Pero tengo que hacer algo… —Su voz se debilitaba, como si fuera la de un niño.

—Ya lo hiciste, Kurt, ¿no lo ves? ¡Me salvaste! Si no fuera por ti, ¡yo habría sido enviada a uno de esos campos! —Lo sostuvo más fuerte—. Eso no es guerra, eso no es odio…, es bondad, ¡es amor! ¡Eso es lo que eres!

Él colocó las manos en los hombros de ella y sintió que se calmaba.

—¡Luchemos contra ellos, nosotros dos! No sé cómo exactamente, pero podemos intentarlo, ¿no? Si nos tenemos uno al otro, tenemos una oportunidad. Quizá podamos salir de esto vivos, juntos. ¡Por favor, Hedy!

Ella lo miró, sabiendo lo que quería decir, y dentro de sí sintió que algo se levantaba. Era esperanza, y posibilidad. Respiró profundamente y susurró:

—Nunca he dejado de robar los cupones de gasolina.

Él la miró un momento, como si hubiera hablado en otro idioma, sin poder comprender. Luego comenzó a reír.

—¿Nunca dejaste de robar cupones? ¿Nunca…? —Hedy podía sentir la tensión que emitía el cuerpo de Kurt, hasta que se quedó sin más risas y cayó de espaldas, empujándola a ella sobre él—. ¡Ay, Hedy, estoy tan orgulloso de ti! ¡Te amo tanto!

La abrazó más fuerte y la besó con una intensidad que la derritió y estimuló una sensación de vida en medio de toda esa destrucción. Pronto sus dos cuerpos se fusionaron, rodando hacia un lado y hacia otro por el colchón mientras el amanecer se imponía a través de la pequeña ventana del altillo.

Capítulo 7

Era una marea viva. El océano había sido arrastrado tan lejos de la bahía de Belcroute que la playa de guijarros había dado paso a una brillante arena, rara vez expuesta en la orilla del agua. El contorno borroso y sombrío de las piedras podía verse ahora debajo del agua calma de color turquesa. Como tiburones a la espera debajo de la superficie, pensó Hedy. La mañana era cálida y clara, pero ella tuvo un escalofrío. Como si le leyera la mente, Kurt extendió su brazo y la acercó un poco más hacia su cuerpo. Con un suspiro, se inclinó hacia él y apoyó la cabeza en su hombro.

Era el tipo de día que los turistas de verano habrían aprovechado solo unos años atrás. Entonces, habría habido mujeres en traje de baño descansando en las arenas de magnolia del otro lado en la bahía de St. Brelade, y niños que chapoteaban y se mojaban en los bajos. Habría habido helados y mantas, y el aire habría estado inundado de gritos de entusiasmo. Ahora era difícil encontrar algún trecho de costa libre de minas y de alambre de púas. A Hedy le resultaba difícil mirar estas fortificaciones.

Desde la noche de las revelaciones de Kurt, muchas imágenes le resultaban dolorosas. Las altas paredes de piedra, las rejas en las ventanas, el pequeño tren que recorría el frente de la bahía de St. Aubin para transportar materiales de construcción. Los niños llorando, la gente tosiendo. El silbido de un calentador a gas. Todo lo que veía y tocaba la proyectaba al horror. Veía el pequeño cuadrado de cielo a través del respiradero en los vagones usados para transportarlos. Se tambaleaba cuando las puertas se abrían y los cuerpos sin fuerzas eran descargados, podía oler la mierda en los pisos y escuchar el cerrarse de la puerta del horno cuando los pasadores la dejaban adentro. Y pensaba en su mamá y su papá, las mismas personas que la habían acunado y le habían cantado, le habían lavado las manos en el fregadero de la cocina mientras ella estaba de pie en un banco, y no podía reunir las dos mitades. ¿Cómo era posible que esto les hubiera ocurrido a ellos? ¿A cualquiera?

Había fingido una enfermedad para quedarse en casa una semana, sabiendo que no podría controlarse cerca de los alemanes. Kurt había esperado al doctor Maine afuera del hospital y consiguió un certificado médico para que Hedy entregara a las autoridades del complejo, al igual que la receta para una pequeña botella de brandy. Durante seis días tuvo que quedarse en cama, observando el sol aparecer y desaparecer en la claraboya, preguntándose si ella también moriría, sin importarle

demasiado. Pero el sexto día sintió hambre, comió un poco de sopa de verduras, y preparó un tazón de agua para lavarse por completo, agradecida por la sensación de la esponja contra la piel. Era la única que quedaba de su familia, pensaba, y ahora tenía una responsabilidad. Tenía que volver a ponerse de pie. Se obligó a lavar los platos, comprar sus raciones, e, incluso, la semana siguiente, volver al trabajo. Y cuando los días empezaron a ser más largos y cálidos, dorando su piel y derritiendo la tundra helada que había debajo de ella, comenzó a percibir un futuro otra vez. Kurt y ella estaban finalmente juntos.

Durante un atardecer largo, intenso, de cuclillas en este mismo sitio entre las rocas y protegidos contra el viento, habían formulado las bases de su nueva relación, que consistían en tres promesas sinceras. La primera, que ambos continuarían con sus vidas como si nada hubiera pasado, aunque, en realidad, harían todo lo que pudieran para arruinar el sistema. La segunda, no dirían a nadie lo que habían sabido; una fuga de esta información sensible rápidamente podía ser rastreada a la conversación de Kurt con Wildgrube, y las consecuencias podían ser nefastas. Además, como las cartas de Anton eran pocas e infrecuentes, no tenía sentido preocuparla más a Dorothea.

Su última promesa demostró ser un poco más complicada. Kurt insistió en que Hedy tenía que mudarse: demasiados vecinos en el edificio de la calle New eran conscientes de la visita nocturna de Kurt, lo que hacía que el contacto futuro allí fuera arriesgado. Hedy, cansada de las escaleras y del fisgoneo (ahora bastante ostensivo) de la señora Le Couteur, aceptó. Pero la búsqueda en la columna de alquileres del *Post* reveló que no había apartamentos asequibles a una distancia para ir caminando al trabajo de Hedy; cada propiedad de la ciudad estaba ahora llena de soldados o de familias rurales que habían sido expulsadas de sus tierras en los primeros meses de la ocupación. Durante varios días, Hedy había revisado la cartelera de noticias de la biblioteca y las ofertas de la agencia de alquileres, pero no encontró nada.

Una vez más, el doctor Maine vino en su rescate. Sin siquiera preguntar por qué necesitaba esa ayuda, el médico metió una nota en su buzón, informándole que una paciente en el camino Pierson había muerto, y que el hijo de la mujer alquilaría el apartamento esa semana. En una hora, Hedy estuvo allí. Era un pequeño sótano lúgubre, cerca de la casa de Anton y Dorothea, con un marcado olor a moho; la única vista eran los pies de la gente que pasaba por el camino y la regla de que no se podían tener mascotas dejaba afuera a Hemingway. Pero era barato y conveniente, amueblado con una cama doble, y el dueño de casa de aspecto elegante parecía contento de tomar su dinero sin referencias. Hedy puso la primera quincena de alquiler en sus manos antes de que tuviera tiempo de reconsiderarlo. Al siguiente día, le dio a Hemingway su última comida, le acarició su pequeña cabeza gris,

abrochó una nota a su collar y lo dejó fuera de la puerta de la inquilina que siempre lo acariciaba en el pasillo. Luego tomó su vieja cesta de mimbre con unas pocas ropas, un cepillo de dientes y las amadas cartas de sus padres, y avanzó hacia su nueva vida.

Ahora Kurt y ella se encontraban con la frecuencia que les permitían sus horarios y la seguridad. Usaban lugares ocultos como el de Belcroute o, en ocasiones, el nuevo apartamento de Hedy: Kurt entraba con su propia llave después de que oscurecía y salía antes de que en su alojamiento sintieran su ausencia. Ninguno de los dos bromeó alguna vez sobre

la emoción del escondite. Ambos sabían que el asunto era demasiado serio para eso.

Hedy se acomodó un poco más cerca de él mientras se aplastaban contra los guijarros entre las piedras puntiagudas y le apretó la mano.

—¿Pudiste averiguar algo más sobre conseguir un equipo de radio?

Kurt asintió.

—¿Has visto esa tienda de radios y gramófonos cerca del viejo apartamento de Anton? Aparentemente el dueño los hace para las personas en la parte de atrás del negocio. Pero hay lista de espera, y sospecho que solo ayuda a personas que conoce.

Hedy empujó sus dedos desnudos hacia las pequeñas piedras calientes a sus pies.

—Supongo que tendré que seguir confiando en Dorothea.

—Estoy harto del sinsentido al que nos somete la RRG. —Kurt tomó un guijarro y lo arrojó hacia la playa, donde rebotó contra la grava—. Todavía están informando sobre el Pacífico como si Midway nunca hubiera ocurrido. Y en lo que respecta a lo que sucede en el este… —Una imagen de Anton de cuclillas en algún búnker pasó por el cerebro de Hedy. Rápidamente se deshizo de ella—. Es una locura…, todos saben que es mentira. Hasta el coronel Knackfuss tiene una radio en su oficina para escuchar la BBC. —Tomó otro guijarro, pero Hedy, consciente de las pisadas encima de ellos, suavemente se lo sacó—. Los yanquis están golpeando nuestras ciudades. A esta altura no habrá quedado nada al final. —Se dio vuelta hacia ella con una sonrisa irónica —.

Estoy empezando a pensar que Sídney podría ser un buen lugar para nosotros después de todo. ¡No se puede ir mucho más lejos que eso!

Hedy forzó una sonrisa. Por maravilloso que fuera estar de nuevo con Kurt, hablar del futuro más allá de la guerra todavía la asustaba. Él hacía muchas referencias de este tipo en la conversación, mencionando el estilo de la casa en la que le gustaría vivir, o un nombre de varón que le gustaba particularmente. Sin dudas, Kurt pensaba que eso revelaba confianza y compromiso; estaba seguro de que, en un mundo de posguerra, los matrimonios mixtos serían legales, incluso, quizás,

alentados.

Hedy mantuvo sus pensamientos en privado: las leyes no cambiarían la mente de las personas y el odio entre judíos y alemanes probablemente duraría varias generaciones. Tampoco mencionaba que ese nuevo mundo la aterraba, que temía una Austria donde su familia ya no existiera y los vecindarios de su infancia hubieran sido arrasados. Para Hedy, los años por venir parecían tan plagados de peligro y complejidad que bloqueaba la idea por completo. Sobrevivir cada día, cada semana, era lo máximo que podía manejar en ese momento. Volvió a sentir un escalofrío y cambió de tema.

—¿Recuerdas ese pescador con pata de palo del que me habló Oliver Maine?

—¿El que vende pescado en el mercado negro?

—Lo encontré atracando el otro día, cerca de unos escalones en el puerto inglés. Le compré una caballa antes de que los inspectores alemanes llegaran a arrebatarle lo que había sacado.

—¿Una caballa entera? ¡Qué afortunada!

—Oliver dice que el tipo está construyendo un bote en secreto, en algún lugar cerca de Fauvic. Cuando sea el momento justo, planea usarlo para escapar.

Kurt la miró con escepticismo.

—Tiene que ser un buen bote para llegar a Inglaterra desde aquí. Si va hacia la costa de Francia, le van a disparar antes de que ponga un pie en tierra.

—Sin embargo, muestra que la gente se está resistiendo. Y la caballa estaba deliciosa… Volveré la semana que viene.

—Ten cuidado. Este nuevo toque de queda judío…

Hedy descartó el comentario con un movimiento de la mano, aunque la misma ansiedad la había mantenido despierta muchas noches.

—Vigilo todo el tiempo. Además, soy una rebelde ahora, ¿no es cierto? —Kurt se echó a reír.

—Casi me olvido. —Revolvió en el bolsillo y sacó un atado de *Reichmarks* y se los puso en la mano—. Aquí tienes. El salario de la resistencia.

Hedy puso mala cara.

—No me gusta aceptar dinero de ti.

—Ya te dije, esto es para los dos…, para emergencias. ¿Lo estás guardando en un lugar seguro?

—Detrás de ese zócalo flojo junto a la cama.

—Primera regla de la revolución: siempre tener una cantidad de dinero a la que se pueda acceder rápidamente. —Sonrió y Hedy hizo un saludo militar para unirse al juego. Tal vez Kurt tenía razón, tal vez un poco de autoengaño no era malo para el ánimo. Guardó el dinero en su bolso y luego giró hacia Kurt, que todavía la estaba mirando.

—Estás tan hermosa… ¿Puedo ir esta noche?

—Si no hay moros en la costa, sí. Ven por el camino largo, a través del parque… Asegúrate de que no te sigan.

Asintió, colocando su otro brazo alrededor de ella.

—Siempre tengo cuidado. Ahora, dame un beso.

Nunca tenía que pedírselo dos veces.

El café era pequeño, con un interior oscuro, pintura descascarada y cortinas sucias. El aire estaba lleno del olor de verduras chamuscadas, la única comida que se había cocinado allí durante muchos meses, y los manteles habían sido desechados mucho tiempo antes por falta de detergente para lavarlos. Imágenes de tiempos más felices, no muy bien pintadas (por el propietario, sospechaba Hedy), colgaban de las paredes bajo gruesas capas de polvo. Como siempre, estaba vacío, los dueños probablemente mantenían el lugar en funcionamiento como una razón para salir de la cama por la mañana, sin intención de brindar un servicio significativo. Pero era un espacio privado útil, lejos de ojos entrometidos. Hedy se sentó en un rincón, pidió cualquier tipo de bebida caliente que pudieran servirle –todas sabían del mismo modo, más allá del nombre que tuvieran– y esperó que el doctor llegara.

Quince minutos después, cuando su bebida ya se había enfriado y asentado en la taza, la puerta del negocio crujió y Maine entró, levantando su pesado maletín de médico por encima de los respaldos de las sillas mientras se hacía camino entre las mesas. Miró a su alrededor para elegir un asiento adecuado, pero Hedy lo buscó con la mirada y le hizo un gesto para que se sentara a su mesa, ya que la mujer anciana en el mostrador –posiblemente la madre del dueño– tenía tan poca visión que apenas sabía a quién estaba sirviendo. Él se desplomó en el asiento de enfrente, colocó su maletín en el piso y sonrió.

—Buen día, mi querida, ¿cómo estás?

—No puedo quejarme. —Había aprendido recientemente la frase al escuchar a las mujeres locales en el mercado cubierto, y ahora le gustaba dejarla caer en la conversación siempre que tenía la oportunidad. Verificando que la atención de la anciana estaba en otra parte, deslizó el sobre con los cupones de gasolina a través de la mesa—. ¿Y usted?

—Un poco cansado, pero ¿no nos pasa a todos? ¿Cómo está tu amiga?

Habían desarrollado un código entre ellos con los meses: "tu amiga" significaba Dorothea, "tu otro amigo" significaba Anton, y "tu amigo adicional" se refería a Kurt. También se referían a los cupones de gasolina, en las raras ocasiones en que lo necesitaban, como "postales".

Hedy hizo una cara para indicar que solo le estaba dando parte de la

historia.

—La vi ayer. Creo que el estrés de su situación la está afectando. —Se golpeó el pecho para aclarar su punto, y el médico asintió. De hecho, Hedy se había quedado en la casa de Dorothea una hora después del boletín de noticias la noche anterior, alarmada por la tos persistente y el perturbador matiz azulado de sus labios. En las últimas semanas, la salud de Dorothea había declinado notablemente, empeorada por una mala dieta y su ansiedad respecto de Anton. A menudo decía que temía otro invierno bajo la ocupación. Sin embargo, a veces parecía más concentrada en sus álbumes de películas que en los detalles de los informes de la BBC, y Hedy solía tener que repetirle los puntos salientes después de la emisión. En verdad, ser la cuidadora agotaba a Hedy; el rol implicaba mucho más que visitarla cada tantos días para asegurarse de que tuviera comida en la alacena.

Maine buscó en su maletín y sacó un pequeño frasco con hojuelas pálidas.

—Jengibre rallado —murmuró, empujando el frasco por la mesa hacia ella—, de un paciente mío. No está muy fresco, pero puede echar un poco sobre cada comida. O agregarlo al ungüento para el pecho, si puede encontrar algo de aceite. —Le sonrió con cansancio—. Seis años de entrenamiento médico y estoy reducido a recetar tratamientos caseros como una vieja campesina.

Hedy se estiró para alcanzar el frasco y dejó que sus dedos cubrieran los del médico por un momento. Recordó cómo, en su primer encuentro, él le había recordado a su tío Otto. Probablemente, Otto estuviera muerto ahora, atrapado en la misma redada que sus padres: ahora este hombre era la única persona de esa generación en quien ella confiaba. Ojalá pudiera acunarla y cantarle una canción.

—Gracias. No sé qué habríamos hecho sin usted. —Maine sonrió con una rara vulnerabilidad, revelando la gratitud de un hombre que recibía pocos cumplidos. Estaba a punto de responder cuando la sala se llenó de un violento ruido de estampida, y la puerta del café se abrió de par en par. Sus manos se separaron instantáneamente y ambos se irguieron en sus asientos. Todos los ojos estaban sobre este repentino intruso alarmante.

—¿Tienen un poco de agua aquí? ¿Me dan un vaso, sí? Tengo una terrible sed.

El hombre alto, de buena constitución, apenas regordete, frunció el entrecejo; su pelo rojizo estaba desordenado. Tenía una voz profunda y poderosa, y Hedy supo de entrada que tenía un acento peculiar, aunque no sabía que era irlandés. El hombre se acercó al mostrador, donde la anciana, en silencio, le sirvió un vaso de agua y lo miró mientras lo bajaba de un trago, como si hombres robustos entraran todos los días al lugar pidiendo algo para beber.

Hedy se dio cuenta de que el sobre de los cupones estaba todavía sobre la mesa. Le echó una mirada al médico, indicándole que tenía que ponerlo fuera de la vista, cuando se dio cuenta de que Maine estaba dándose vuelta en el asiento, tratando de mantener su cara fuera de la línea de visión del recién llegado. Hedy sintió un pánico creciente; algo aterrador estaba sucediendo, pero no estaba segura de qué. En ese momento, el hombre en el mostrador miró hacia su mesa, especialmente la cara de Maine, tratando de reconocer los rasgos.

—¿Doctor? —A Hedy se le retorció el estómago—. Fintan Quinn…, usted curó a mi compañero en el hospital hace dos semanas, después de esa caída, ¿se acuerda?

Maine sonrió a Quinn. Hedy se preguntó si la sonrisa fue tan poco convincente para el destinatario como para ella. Ella empujó el sobre hacia su lado de la mesa y lo tiró sobre su regazo, lejos de la vista.

—Por supuesto. ¿Se está recuperando bien?

—Ah, sí. Ya está trabajando otra vez, como nuevo.

Quinn se sirvió otro vaso de agua mientras la mente de Hedy galopaba. Si esa era la extensión de su relación, no había nada de qué asustarse. Lo único que el hombre había visto era

a un médico al que apenas conocía, sentado en un café con una mujer joven. Respiró profundamente, reprendiéndose: ¿qué luchadora de la resistencia era si entraba en pánico con cualquier comentario al pasar? Pero lo que el hombre dijo después casi le detuvo el corazón.

—Y usted…, usted trabaja en Lager Hühnlein, ¿no? —Hedy se dio vuelta hacia Quinn y asintió, calculando que una mentira obvia podía volvérsele en contra. Ahora podía ver su cara completa y le pareció vagamente familiar. Sí, lo había visto conduciendo camiones de cemento y vigas, entrando y saliendo del complejo, con el brazo apoyado en la ventanilla, una cara inexpresiva, rubicunda de las que abundaban en el sitio. Se distinguía de los otros mercenarios debido a esa voz estruendosa y a su salvaje pelo colorado. Hedy le sonrió fría y cortésmente, esperando alcanzar ese punto específico entre el aliento y la hostilidad.

—Así es.

—Entonces, la reconocí. Nunca me olvido de una cara.

El hombre bebió el segundo vaso, luego se dio vuelta y se dirigió a la puerta saludándolos con la mano. Después salió tan rápido como había entrado.

Hedy y Maine se miraron un rato largo, comunicándose solo a través de miradas nerviosas. No bien la anciana desapareció en el fondo, Hedy colocó el sobre de los cupones en las manos de Maine. Se inclinó hacia adelante y susurró a través de la mesa.

—¿Cree que vio algo?

Maine sacudió la cabeza.

—¿Qué pudo ver? Es solo un sobre.

Hedy se apoyó en el respaldo y asintió, exhalando por lo que le pareció la primera vez en varios minutos.

—Es solo que ahora estamos conectados por alguien que puede identificarnos a ambos…

Maine se inclinó hacia adelante; era su turno de cubrirle la mano.

—Mi querida Hedy, por lo que vi de esos caballeros en el hospital, no creo que estén siquiera interesados. Lo único que les preocupaba era cuán rápido el muchacho podía volver a trabajar, así no perdían el día de paga.

—Pero si quisiera averiguar sobre… mí. —Tuvo cuidado de observar su regla no escrita, nunca decir la palabra "judío" en público—. ¿Sabe que deportaron a esas mujeres de Guernsey hace unas semanas? —Se mordió el labio, deseando poder decirle todo lo que sabía sobre su probable futuro.

Él le palmeó los dedos.

—Tienes motivo para ser cuidadosa, y sé que siempre lo eres. Pero tienes suficientes preocupaciones reales, sin necesidad de inventarte nuevas.

Hedy asintió, forzando una sonrisa, prometiendo que la próxima vez que viera al pescador de pata de palo le compraría una caballa extra para el médico y su esposa.

—Tiene razón. Esta maldita guerra me está poniendo muy susceptible. Pero ¿qué le parece si nos reunimos en un lugar diferente la próxima semana?

—Eso sería prudente, creo. ¿Quieres salir primero? No tengo pacientes hasta las cuatro.

Hedy pagó a la mujer su bebida y llegó a la calle adoquinada tratando de eliminar la sensación de ansiedad. Era una

tarde cálida y, al llegar al parque, el sol sobre su piel se sentía como melaza. Se sacudió un poco el pelo y se ordenó relajarse, vivir un poco en el momento. Después de todo, había hecho un buen trabajo hoy.

Los cupones le permitirían a Maine llegar a decenas de personas enfermas en los distritos. Estaba expandiendo sus contactos para adquirir provisiones, y mañana a la noche vería de nuevo a Kurt. Todavía había mucho por lo que sentirse agradecida, se recordó, mientras caminaba en silencio por las calles de atrás de St. Helier, tratando de ignorar que pasaba entre banderas con la esvástica y soldados.

Kurt se movió, incómodo, en el banco de madera, observando a los otros oficiales que estaban cerca. Todos estaban fumando o involucrados en

conversaciones forzadas, distraídas. Era un asunto de alto rango, con seguridad, no había nadie por debajo del rango de teniente, y una generosa cantidad de capitanes. Era claro que ninguno de ellos sabía por qué los habían convocado, y también que esto era algo grande. El sol, sorpresivamente cálido para septiembre, entraba por las ventanas de batiente de la Casa de la Universidad, convirtiendo el corredor de piedra gris en un horno de cocción lenta; varios de los oficiales de más edad tenían la cara de un color morado poco saludable. Si nos dejan aquí mucho tiempo, pensó Kurt, Berlín podría tener que reemplazar a todo el Comando de Campo.

Miró el gran interior con sus antiguas baldosas y sus molduras de madera tallada, el ejemplo perfecto de lo que los internados de la época victoriana habían sido antes de la guerra y trató de imaginar a los mocosos corriendo por estos pasillos. ¿Dónde estaban esos niños ahora? Probablemente encimados en una barraca de madera prefabricada, con gramáticas alemanas sobre sus rodillas. Este lugar debía de haber parecido un ambiente suficientemente abrumador para un muchacho joven; ahora, habitado por los burócratas uniformados del Comando de Campo, le recordaba a Kurt un panal y sus celdas apiñadas alrededor de la abeja reina.

En el extremo más alejado de la sala, divisó a Fischer, sumergido en una conversación privada con un administrador. Fischer había estado amistoso con Kurt últimamente, disculpándose por el desorden en su mitad de la habitación compartida y ofreciéndole una cantidad sustancial de los cigarrillos que su hermano le había enviado de Alemania. Pero había frialdad detrás de la camaradería, y Kurt era consciente de que las conversaciones en su alojamiento solían terminar de golpe cuando él entraba en una habitación. Kurt conocía el juego de Fischer, pero seguía ignorándolo. Si Wildgrube y sus gorilas elegían espiarlo cada tanto, solo tenía que estar seguro de no darles nada para ver; era escrupuloso ahora sobre mirar por encima del hombro. Y por la forma en que estaban yendo las cosas en el continente, bien podían estar todos lejos de aquí en seis meses.

Un lacayo uniformado salió por la puerta doble de madera y los llamó para que se adelantaran. Kurt siguió a la multitud a la enorme sala de reuniones, y encontró un lugar para pararse en la parte de atrás con una vista decente a los comandantes principales alrededor de la mesa. Las ventanas aquí eran aún más grandes; el calor bochornoso, aún más insoportable. Cualesquiera que fueran las noticias, pensó Kurt, que las dijeran rápidamente.

El propio coronel Knackfuss estaba sentado en el centro de la mesa. Kurt miró el rígido cuello decorativo del hombre, que le mordía su piel arrugada, y las pequeñas costras al costado de su cabeza donde algún barbero había afeitado el crecimiento incipiente con excesiva velocidad.

Los oficiales se acomodaron en la sala mientras los ojos hundidos del coronel seguían fijos en los papeles que tenía delante, complacido por el tiempo adicional que tenía para preparar su declaración. Luego cayó el silencio y empezaron a sonar los tonos roncos de Knackfuss.

—Los reuní hoy aquí porque el gobierno suizo ha pedido al Alto Mando alemán que considerara un intercambio de prisioneros de guerra. Como ustedes deben de saber, varios miles de ciudadanos alemanes están actualmente en prisión en Persia, por orden de los británicos. —Un ligero intercambio de miradas confusas se extendió por la sala. ¿Qué tenía esto que ver con la administración de las Islas del Canal?—. Hace un año —continuó Knackfuss—, cuando la primera reclusión salió a la luz, se emitió una orden de que, en represalia, el *Feldkommandantur* 515 debía deportar de inmediato a todos los británicos residentes no nacidos en las Islas del Canal, en una proporción de diez a uno, por los prisioneros de Persia. —El silencio se hizo más profundo mientras las mentes comenzaban a reflexionar sacando las conclusiones de lo que significaba. Kurt sintió que una serie de personas en la sala había realmente dejado de respirar—. Esta orden nunca se ejecutó. En enero de este año di a conocer mis objeciones a Infantería 319: mi argumento es que los isleños nacidos en Gran Bretaña nos sirven de escudo para ataques de las fuerzas aliadas, y que una deportación así crearía problemas defensivos adicionales, incluyendo resistencia potencial. Sin embargo… —Knackfuss reacomodó los papeles que tenía delante de él, como si pudiera de algún modo alterar lo que tenían escrito—. Sin embargo, las nuevas solicitudes de los suizos han llevado esta situación a la atención del Führer, que está disgustado con el hecho de que las órdenes anteriores hayan sido ignoradas. Ahora Berlín insiste en que deben llevarse a cabo las deportaciones como fueron ordenadas: es decir, todos los súbditos británicos sin residencia permanente, y todos los hombres británicos entre los dieciséis y los setenta años nacidos en terreno británico, junto con sus familias, serán enviados a campos de prisioneros en Alemania.

Knackfuss bajó los papeles y echó una mirada a la sala, dándoles a sus oficiales autorización para reaccionar. Un murmullo bajo se expandió por la habitación. Varias cabezas empezaron a anticipar lo que involucrarían las próximas semanas, otros mantenían expresiones de cauta neutralidad. Kurt notó que Fischer era uno de los que miraba a Knackfuss, claramente indignado de que alguien de tan alto rango cuestionara las órdenes del Führer. El calor de la habitación penetraba en los huesos de Kurt y sentía náuseas. Trataba de pensar en arroyos de montañas y vasos llenos de cubos de hielo.

—Calculamos que el número de isleños afectados —continuó Knackfuss— totaliza unas dos mil personas, alrededor de uno de cada veinte pobladores. El anuncio se hará en el *Evening Post* el 15, es decir,

dentro de cinco días, y las primeras deportaciones tendrán lugar al día siguiente. —El murmullo se hizo más fuerte. Kurt oyó frases definidas como "¿veinticuatro horas?" y "¡tiene que ser una broma!". Knackfuss, consciente de la alteración, levantó el volumen para tapar los comentarios—. Esto presentará desafíos significativos, pero nos da la ventaja de la sorpresa. Cuanto menos tiempo tenga la gente para organizar sus asuntos personales, menos oportunidad habrá de que se oponga.

Echó una mirada por la sala, de seguro tomando notas mentales de las caras menos comprensivas y a quiénes pertenecían. Fischer había acomodado la suya a un modelo de imparcialidad; Kurt hizo un endeble intento de copiarla, pero, cuando vio su reflejo en la ventana, solo parecía ligeramente trastornado.

—Bien puede haber resistencia —agregó Knackfuss—, pero esta orden viene del propio Führer con la más alta prioridad, y no pueden hacerse excepciones. No tengo que decirles que esta información es sumamente clasificada hasta que se dé a publicidad, y no hay que mencionar nada de esto fuera de esta sala, solo a aquellos dentro del Comando de Campo involucrados en los arreglos prácticos. Es todo. *Heil Hitler!*

Un bosque de manos se elevó en el saludo, y luego Knackfuss se marchó hacia una oficina privada dentro del edificio. La explosión de conversación pareció como la de una bazuca. Kurt murmuró algo a su vecino sobre hacer una llamada telefónica, y se deslizó en silencio de la sala, por el gran corredor, hasta la salida más cercana. Mientras caminaba apurado por Mont Millais rumbo a la ciudad, el malestar persistía. Miraba a cada local que pasaba: hombres y mujeres comunes que andaban en sus asuntos cotidianos, yendo a su casa a almorzar, haciendo compras o empujando cochecitos de bebé. ¿Cuántos de ellos tendrían la vida dada vuelta dentro de unos días? ¿Cuántos niños y ancianos no sobrevivirían al viaje? ¿Cuántos más perecerían en el campo de prisioneros? Pero Kurt sabía muy bien la verdadera razón por la que tenía el estómago revuelto. Esta orden significaba que toda pretensión de conducta razonable por parte de la administración había terminado. Si Berlín estaba preparada para tratar a los súbditos británicos con este grado de desprecio, probablemente seguiría una nueva barrida de extranjeros y judíos. Tendría que ver a Hedy esa noche y advertirle. Tendría que guardar más dinero detrás del zócalo y mantener una bolsa empacada todo el tiempo.

El sol le quemaba la piel de la cara, cocinando su cuerpo debajo de la gruesa lana de su chaqueta. Hacía demasiado calor para septiembre. Pero las distantes nubes altas estaban estáticas, y la inmovilidad del aire prometía una noche aún más calurosa.

Era un ruido que Hedy nunca antes había oído en estas calles. Una cacofonía de cantos, gemidos y gritos de desafío, voces individuales que ocasionalmente atravesaban el alboroto y se elevaban a la superficie. En algún lugar a la derecha había un coro creciente que cantaba la canción que había escuchado en las tabernas en los meses previos a la ocupación, "Siempre habrá una Inglaterra". A su izquierda, surgían los agudos gritos de angustia de una mujer y sus hijos. En la calle Commercial, algunos hombres se habían reunido en un ominoso grupo ilegal de diez o doce, gritando y gesticulando al mundo en general. Pasó delante de ellos y atravesó la muchedumbre que bloqueaba la bocacalle, tomó a Dorothea de la mano por seguridad mientras se dirigían hacia el puerto.

Cuando la calle angosta se abrió a la expansión de Weighbridge, la vista las paralizó a ambas. Cientos de personas en pequeños grupos, de pie o colapsadas sobre sus bártulos, todas envueltas en capas de ropa demasiado abrigadas para el calor agobiante que hacía. Cada uno aferraba un envoltorio destartalado o un rollo de mantas atado con una soga. Hombres de rostro sombrío guiaban a sus familias; sus mujeres con la cara colorada, marchitas, entregaban pedazos de nabo chamuscado a sus hijos hambrientos, mientras que los niños más grandes trataban de calmar en vano a los más pequeños que lloraban. Mirara donde mirare, Hedy podía ver personas que se abrazaban. Muchas estaban llorando. Familiares, vecinos, compañeros de trabajo, personas que se habían considerado locales hasta la noche anterior, cuando un golpe abrupto en la puerta y una pila de papeles les habían dado una brutal interpretación diferente. Mujeres que habían escapado de la orden se encontraban con amigos y parientes que no lo habían logrado, entregándoles en sus manos los tesoros que habían encontrado en el fondo del armario de la tienda: una lata de atún, un par de manzanas diminutas. Los hombres transpiraban en sus sacos de invierno y hacían tratos apurados con amigos y vecinos respecto del mantenimiento de sus propiedades, la custodia de los negocios, el cuidado o la entrega de las mascotas familiares. La escena formaba un mural gris y ronco de la desesperación.

Hedy giró hacia Dorothea y vio que se tapaba la boca con la mano.

—No lo creí hasta ahora. ¿Cómo pueden hacer esto? —Dorothea miró a su alrededor, buscando—. Tengo que encontrarla.

Hedy siguió su mirada por el mar de cabezas.

—No estoy segura de que puedas encontrar a alguien en esta multitud.

—Tengo que intentarlo.

Atravesaron el caos pasando sobre piernas, niños y pertenencias, examinando los grupos reunidos. El sol estaba alcanzando ahora su

altura máxima y Hedy anhelaba un poco de sombra.

—¡Esa es ella! ¡Allí! —Señaló a un pequeño grupo sentado en semicírculo en el suelo cerca del extremo inferior de los edificios comerciales—. ¿Sandy? ¡Sandy, soy yo!

Hedy se vio arrastrada por el feroz apretón de Dorothea, que la hizo chocar contra la gente y tropezar con el equipaje, hasta llegar al grupo familiar. Una de las personas era una mujer de la edad de Dorothea, con un increíble pelo oscuro y ojos color oliva, un abrigo de invierno colocado bajo su trasero a modo de almohadón. Al lado de ella, un hombre que Hedy supuso que era su padre, con mejillas arrebatadas y una voz estruendosa, conversaba acalorado con otro caballero. Cuando se acercaron, Hedy se dio cuenta de que el segundo hombre era el diputado que habían conocido el día de la recolección de los equipos de radio.

—Pero ¿por qué los Estados de Jersey permitieron que sucediera esto? —gritaba el padre—. Hemos vivido en la isla por treinta años, Le Quesne, ¿no tenemos ningún derecho?

Los párpados del diputado estaban pesados, como si el simple desafío de permanecer despierto fuera demasiado para su cuerpo envejecido.

—Hemos hecho todo lo que estaba en nuestro poder. Nos negamos a dar la noticia, pero los alemanes sacaron a los funcionarios de distrito de sus casas y les ordenaron hacerlo bajo pena de prisión.

—Se supone que ustedes tienen que protegernos. Es una maldita desgracia.

Le Quesne se alejó caminando penosamente, solo para ser interpelado por otro deportado furioso. Dorothea puso los brazos alrededor de su amiga.

—¡Sandy! Vine a decirte adiós. ¿Tienes idea de adónde te mandan?

—Solo sabemos que a un campo en Alemania —respondió la mujer. La frase le revolvió el estómago a Hedy—. Recién nos avisaron anoche. —Parecía tranquila, pero Hedy podía sentir la turbulencia debajo.

Dorothea sacó un pequeño frasco de azúcar de su bolso y lo puso en la mano de Sandy.

—He estado guardando esto para algo importante, quiero que lo tengas.

Sandy sonrió con gratitud, pero su padre interrumpió de inmediato.

—No necesitamos nada de ustedes, gracias.

—¡Papá, por favor! —intercedió Sandy, pero el anciano se interpuso entre ella y Dorothea.

—Te casaste con uno de ellos…, estás de su lado. Aléjate de mi hija. Vamos, vete.

Al ver el dolor en la cara de Dorothea, Hedy la agarró del codo para llevársela. Pero, para su sorpresa, Dorothea se soltó.

—Puedo amar a un hombre que está en el ejército alemán, pero sé de

qué lado estoy, muchas gracias. —Se estiró y le estrcehó la mano a Sandy —. Cuídate, querida.

Luego se alejó. Hedy se apuró detrás de ella, sabiendo que podía perderla en cualquier momento.

—Eso fue valiente.

Dorothea se encogió de hombros.

—No es la primera vez. No será la última. —Luego se detuvo e inclinó la cabeza—. Escucha… hay gente por allá cantando el himno nacional. —Era verdad. "Dios salve al Rey" se escuchaba con claridad saliendo de un grupo cerca del muelle—. Vayamos y unámonos a ellos.

—No creo que sea una buena idea. Los *Jerries* están nerviosos hoy, podrían comenzar a disparar.

Pero Dorothea sacudió la cabeza.

—Que lo hagan. Esta es mi gente y no permitiré que sean enviados Dios sabe adónde sin hacerles saber cómo me siento al respecto. —Marchó en dirección del muelle.

Hedy dudó, queriendo a medias volver a casa, sintiendo a medias que debía apoyar a Dorothea. El deber finalmente primó, pero, mientras caminaba sin ganas detrás de la figura decidida de Dorothea, sintió una chispa de admiración. La comunidad de la isla ya había escupido a esta mujer como basura; sin embargo, estaba defendiéndolos. Anton tenía razón sobre su buen corazón. Las dos se hicieron lugar entre la multitud hasta llegar al muelle y el improvisado coro de locales, uniéndose cohibidas al borde de la masa de gente. Cuando comenzó una versión deshilachada de "Mantened los fuegos del hogar ardiendo", Dorothea se integró, tímida al principio, luego cantando con entusiasmo. Cantaba como si fuera la última canción de su vida, sin su habitual jadeo. Hedy, buscando con la mirada soldados y espías, tímidamente hacía la mímica. La canción terminó y fue seguida de inmediato por "Nos volveremos a encontrar". Luego, otra versión más ruidosa del himno nacional y una interpretación bastante caótica de "Corre, conejo, corre". Los minutos se convirtieron en horas, y mientas los alemanes seguían mirando vagamente por encima de las cabezas de los rebeldes, Hedy, finalmente familiarizada con las letras y las melodías, hizo sonar su voz para que reverberara en su pecho de una forma que había olvidado. Cada tanto, Dorothea y ella se miraban en medio de una frase, y sonreían.

El sol iba descendiendo hacia el oeste, y mientras esto ocurría, la masa de gente y las piedras ardientes del pavimento debajo de sus pies intensificaban el calor del día, haciendo relucir el muelle en ondas distorsionadas. Cuando el primer barco comenzó a embarcar, los rifles de los alemanes apuntaron a la multitud, listos para detener cualquier rebelión de último minuto. Las voces de los cantantes, roncas como estaban, crecieron en intensidad y desafío. Y, en ese momento, Hedy sintió una única y poderosa certeza. Las sospechas de Kurt eran

correctas: todo lo que había sucedido en los últimos dos años había sido solo un ensayo. La verdadera ocupación recién comenzaba: un nuevo viento amargo estaba soplando. Pronto, quizás antes de lo que cualquiera imaginara, todo iba a cambiar. En ese momento y con gran claridad, Hedy comprendió que no era más que un corcho meciéndose

en la superficie del puerto, esperando ver adónde la llevaba la corriente del mundo.

Respiró profundamente y gritó el estribillo final de "Empaca tus problemas", y su voz viajó por el agua hacia el vacío.

Capítulo 8

1943

El reloj de la pared mostraba las 17.55. Hedy sacó la última hoja de su máquina de escribir y la colocó sobre la pila de informes terminados. Echó un vistazo a la sala, anotando la posición de cada miembro del personal, para calcular su preciso lugar de partida; ya conocía todos sus hábitos suficientemente bien. Bruna, la muchacha alta de Múnich, que siempre se cepillaba el pelo dos minutos antes de salir, presuntamente para impresionar a su infinita sucesión de novios. Rosamunda, la favorita de la señorita Vogt, de labios marcados, que siempre se quedaba en el escritorio de la supervisora con la esperanza de obtener un elogio por su trabajo del día. El apestoso Derek con su olor a moho, que se hacía un mundo en su puesto todas las tardes antes de ponerse la chaqueta, obsesionado con dejar todo perfectamente ordenado. Era fundamental que Hedy eligiera el momento correcto para pasar los cupones de gasolina del escritorio a su abrigo, justo cuando todos estuvieran distraídos. Haciendo de cuenta que buscaba algo en su bolso, esperó su momento. Luego, cuando Derek se inclinó para acomodar la cubierta de protección contra el polvo sobre su máquina, Hedy se movió deslizando con destreza los cupones a su bolsillo interior. Otra recorrida con la vista por la sala le dijo que, como de costumbre, nadie se había dado cuenta. Proyectando un aire de calma indiferencia, tomó su bolso de la silla, recogió su abrigo y se dirigió hacia el polvoriento exterior del complejo.

Al caminar hacia el portón de salida, mantuvo los ojos hacia adelante, como siempre. Era raro que pudiera ver a Kurt a esta hora del día –normalmente estaba en los depósitos, haciendo el último inventario del día–, pero habían acordado hacía tiempo que nunca debían ser vistos hablando en el lugar de trabajo. En las ocasiones en que se cruzaban en los caminos, ambos miraban hacia otro lado o, en el caso de Kurt, fabricaba una conversación con un colega como por arte magia. Hedy nunca había confiado en nadie en Lager Hühnlein, pero ahora veía a todos como enemigos potenciales. Era común detectar gente murmurando en los rincones tranquilos del comedor, en las sombras de los archiveros o fuera de los cubículos del baño: rumores sobre espías y colaboradores, sobre inminentes redadas aliadas y posibles represalias alemanas. Era imposible separar a los cínicos empleados alemanes, a los que genuinamente no les habría importado que alguien robara un

escritorio entero debajo de sus narices, de los que operaban para la policía secreta buscando información. Aún más difícil era determinar la diferencia entre los locales que pensaban en una resistencia y aquellos que venderían a sus propias abuelas por una recompensa de dinero. La única opción segura era mantener la boca cerrada todo el tiempo, y si alguien hacía alguna pregunta, manifestar completa ignorancia.

Los miedos del año anterior de una nueva fase más represiva habían demostrado ser correctos. Ahora la paranoia era el estado habitual de las autoridades alemanas. Las raciones habían sido reducidas por varios meses como "castigo" por el hundimiento de barcos alemanes, y una cantidad de locales, incluyendo un recalcitrante canónigo, habían sido enviados a campos de castigo por escuchar las noticias de la BBC. Lo peor de todo había sido el anuncio hecho un día frío y húmedo de principios de la primavera de que, en represalia por una redada abortada de un comando británico en la isla hermana de Sark, otros doscientos isleños iban a ser deportados. Ni Hedy ni Kurt necesitaban que les dijeran que esta última captura ciertamente incluiría a los pocos judíos que quedaban.

Agitados, discutieron opciones. Hedy sostenía que las autoridades de Jersey iban a ser inútiles; con obstinación se negó a la sugerencia de Kurt de interferir en su favor, ya que eso seguramente generaría sospechas y los pondría a ambos en mayor peligro. Finalmente, desesperada, Hedy se acercó al *Feldwebel* Schulz, que, de mal humor, aceptó que a la luz de su trabajo en el complejo y de la dificultad de reemplazar empleados que hablaran alemán, pediría que se hiciera una excepción en su caso. Parecía una débil esperanza. Durante tres semanas había vivido con miedo, atormentada por las noches con un sueño intermitente; aquejada de día por calambres en el estómago y diarrea. Varias veces, Kurt le dio noticias de otro arresto o desaparición de judíos (claramente algunos se habían ocultado en casa de amigos, una solución peligrosa en la opinión de Hedy), siempre asegurándole que cuanto más escapara de la atención, más optimistas podían ser. Otros individuos, señalaba, estaban siendo deliberadamente ignorados si el Comando de Campo consideraba que era conveniente hacer eso. Pero la palidez de Kurt y la forma en que le temblaban los dedos cuando se llevaba una taza a sus labios delataban sus verdaderos sentimientos.

Nunca se anunció una decisión formal. Pero, para la cuarta semana, con las detenciones agotadas, comenzaron a sospechar que esta tormenta particular había pasado. Quizás el pedido de Schulz había sido aceptado, o quizá la negativa de Hedy de asistir a la entrevista en la Casa de la Universidad el año anterior había hecho que su nombre desapareciera de alguna lista. Cualquiera que fuere la razón, parecía que, por ahora, la vida podía volver a lo que actualmente pasaba por normalidad. Hasta la próxima vez.

Para el verano, Kurt y ella se sintieron suficientemente confiados para volver a sus pequeños actos de sabotaje. Encerrados en la privacidad del apartamento de Hedy, se entretenían con sus historias: cómo Hedy había colocado setenta hojas de auditoría en los archivos equivocados, un error imposible de rastrear, pero que les tomó dos horas corregir a los administradores del Bloque Tres. O cómo Kurt había hecho la vista gorda a una conexión de cables defectuosa de un joven mecánico a su cargo, lo que generó que el camión se descompusiera en su primera entrega de vigas de la mañana. Nunca se engañaban pensando que estas acciones hicieran alguna diferencia, pero las risas que compartían al repetirlas eran liberadoras y mantenían vivo su deseo de venganza.

En noches como esas, hacer el amor tenía una corriente subterránea fría y urgente, como si el sexo fuera el único canal donde podía expresarse con seguridad su furia. En otros momentos, la suavidad infantil del tacto de Kurt llevaba a Hedy a las lágrimas. Sentía vergüenza de haber dudado alguna vez de él. Nunca había conocido alguien tan amable, tan genuino. Le encantaban sus intentos de complementar sus provisiones semanales con lo que pudiera negociar en las tiendas militares, la forma en que alegremente le transmitía cualquier noticia sobre peleas internas o incompetencia en la administración local. Lo mejor de todo eran los momentos en que podía crear una excusa en su alojamiento y quedarse toda la noche. Entonces, tenían largas conversaciones murmuradas hasta la madrugada, reflexionando cómo Hitler había subido al poder y cómo Europa podría prevenir que esa locura colectiva volviera a ocurrir. Porque cuando el verano se convirtió en otoño y llegó la noticia de la caída de Italia, se volvieron aún más optimistas de que los Aliados ganarían. Lo único que tenían que hacer era sobrevivir y ver el final. Tranquilizada por la certeza de Kurt, y reconociendo cuántas balas ya había esquivado, Hedy había comenzado a creer que algún tipo de futuro podía ser posible.

El cielo se estaba oscureciendo mientras caminaba por su ruta habitual, siguiendo el sendero hacia el camino principal, luego por el camino de St. Aubin hacia la Primera Torre. Su nuevo abrigo de segunda mano, un exitoso trueque hecho por Kurt a cambio de unos dulces franceses, era una gran mejora respecto del antiguo, que se había gastado hasta convertirse en hilachas y botones, pero la mala alimentación constante provocaba que siempre sintiera frío. Se le hacía agua la boca al pensar en el pequeño trozo de pescado que había comprado a un alto precio a su pescador amigo el día anterior. También había logrado guardar un nabo y algunas papas de la semana anterior, y Kurt le había dado una pequeña vela que había robado de su alojamiento. Esa noche iba a comer como una reina.

Estaba pasando por la puerta con arco de la antigua fábrica empacadora de té Sun Works cuando una mano sobre el hombro le

arrancó un gritó. Dándose vuelta de un salto, su primera reacción fue de alivio al no ver un uniforme. Luego, cuando logró ver en la penumbra la cara del hombre debajo de su gorra, el alivio fue rápidamente reemplazado por el miedo. Lo reconoció aun antes de que comenzara a hablar, y la fuerza del acento la envió directamente al café donde ella y el doctor Maine se habían sentado más de un año atrás.

—Sé de tu pequeño negocio. Hagamos un trato y no diré nada.

Hedy tragó mientras su cabeza funcionaba a toda velocidad. Quinn, ese era el nombre del tipo. ¿Estaba hablando de los cupones? ¿Cómo era posible que lo supiera? ¿Estaba tratando de engañarla? Trató de acomodar la cara de manera que sugiriera inocencia y confusión.

—No sé de qué habla.

El irlandés ahora la sujetaba con fuerza del brazo. Hedy miró alrededor, pero no había nadie en la calle. El hombre había elegido el momento con cuidado, y en un segundo, se dio cuenta de que probablemente la hubiera seguido todo el camino desde el trabajo.

—Sí que sabe. Esos cupones de gasolina, los que ha estado birlando.

El corazón de Hedy se paralizó. ¿Había hablado Quinn con alguien en la oficina? ¿Alguien la había visto después de todo? ¿Sabía que tenía cupones en el bolsillo en ese mismo momento? Decidió que valía la pena tirar el dado una vez más.

—No comprendo.

El apretón se hizo más fuerte, sus dedos ahora la quemaban a través del abrigo y le lastimaban el brazo delgado.

—Creo que entiende. Los consigue para su amigo, el doctor.

Hedy sintió que la sangre abandonaba su cabeza.

—Tonterías.

La apretó más fuerte y Hedy gimió.

—No soy estúpido. Mi novia sabe que hay cupones que desaparecen de su oficina. —Bruna, pensó Hedy. Bruna, esa perra bávara, cuyas aventuras románticas ahora se estaban extendiendo más allá de los soldados alemanes para incluir empleados de la OT—. Entonces me acordé… usted y el doc juntos esa vez. Sabía que había algo raro. La culpa se veía en su cara.

—Está loco. —Sonó como una mentira. Quinn sonrió de manera burlona.

—No se preocupe. No digo nada. Lo único que quiero es participar. Algunos cupones por semana y su secreto está a salvo.

Hedy se quedó lo más quieta que pudo, esperando que su falta de resistencia lo calmara, tratando de calcular rápidamente la mejor manera de salir de ahí. Podía darle dos cupones ya mismo y deshacerse de él, que era lo que su cuerpo le estaba rogando. Pero se recordó que él era un mercenario. Este hombre no tenía lealtades, y cualquier tonto podía ver adónde la llevaría ese tipo de chantajes. Dos cupones hoy, diez

la semana que viene, cien la siguiente. O iba a ser atrapada por Vogt o no iba a lograr conseguirlos y Quinn la traicionaría de todas formas. Su única opción era cerrar esto de inmediato.

—Lo siento, pero ha cometido un error. —Lo miró directo a los ojos, rebelde—. Soy solo una traductora. No robo. No tengo nada para darle.

Quinn la miró con una impaciencia impotente. Claramente no había imaginado esta reacción y estaba perdido respecto de cómo seguir ahora. Hedy podía oír que la sangre le palpitaba en las orejas y luchaba por mantener su pensamiento claro. Si estaba en lo cierto, la acusación de Bruna se basaba en una sospecha más que en una certeza. Y, a menudo, Hedy había pensado que otras personas en la oficina podían estar robando también. Si Quinn aceptaba ahora la palabra de Hedy, quizá se iría caminando y probaría suerte en otra parte. Por un momento, creyó sentir una retirada. Luego la furia estalló en él.

—Eres descarada para ser una perra alemana, ¿lo sabes? Bueno, ahora todos van a saber de ti y lo lamentarás. Ya verás cuánto.

Hedy sintió que la soltaba, y luego se fue tan rápido como había llegado, por el camino hacia la Primera Torre corriendo a grandes pasos. Hedy se apoyó contra las puertas de madera pintada de la fábrica, incapaz de permanecer de pie sin apoyo. Gotas de sudor le corrían por el pecho entre los senos, aunque tenía frío y temblaba. Todo lo que había imaginado sobre la casa y la cena se había evaporado. Solo había un pensamiento coherente en su mente.

Todo había terminado.

Dio la última puntada, cortó el algodón con los dientes y puso el abrigo contra la débil luz de su apartamento para examinarlo. Era un buen trabajo, su madre habría estado orgullosa. Siempre que alguien no tocara o presionara el dobladillo, nadie adivinaría nunca que había cosas ocultas allí: su cepillo de dientes (imposible de reemplazar ahora, y la idea de no lavarse los dientes, aun con la pasta de sepia machacada de los últimos meses, la repelía); el atado de billetes de detrás del zócalo, que finalmente salía para cumplir con su rol; las preciadas cartas de su madre. Sacudió el abrigo un poco: como esperaba, nada se movía ni llamaba la atención. Consideró tomar la pequeña bolsa de esenciales que tenía empacada, por insistencia de Kurt, debajo de la cama. Pero pronto se dio cuenta de que el riesgo de caminar por la ciudad con algo así, que invitaba a inspecciones y preguntas, era demasiado grande. En todo caso, tenía que seguir siendo lo más pequeña y discreta posible.

Se acordó de ella y de Roda preparándose para escapar por la frontera suiza muchos años antes y trató de recordar todo lo que le había dicho su hermana. “Dinero para sobornos”, había sido su mantra.

Todo lo demás podía adquirirse después. Era gracioso, reflexionaba Hedy; todos en la familia siempre pensaron en Hedy como la razonable, la sensata, y en Roda como la romántica, la que haría problemas por sus posesiones infantiles y la que se iba a quebrar bajo presión. Pero fue Roda la que organizó, preparó y tomó todas las decisiones difíciles, incluso la que se ofreció a conducirla por las montañas en esos caminos traicioneros. Ahora era el turno de Hedy de mostrar de qué estaba hecha.

Los golpes en la puerta la paralizaron. ¿Quinn podía haber levantado la alarma en las pocas horas que pasaron desde su amenaza? Buscó la pequeña rasgadura en la tela de la cortina que le permitía mirar sin ser vista, y presionó su ojo contra ella. Dorothea. Se apoyó de nuevo contra la armazón de la cama, mientras se preguntaba si responder o no, sopesando los pros y los contras de hablar con ella en ese momento. Luego se dirigió rápidamente hacia la puerta.

—Solo quería decirte que un viejo amigo de Anton me dijo hoy que hay un cargamento de queso francés. —Dorothea comenzó a parlotear antes de cruzar el umbral—. Por supuesto, los *Jerries* se han quedado con la mayor parte, pero habrá un poco en venta en el mercado mañana si llegas allí a primera hora. —Miró con ansiedad a Hedy, tan orgullosa de su noticia, tan infantilmente deseosa de agradecimiento.

—Gracias. Pero no podré ir al mercado mañana.

—Si me das tu tarjeta de racionamiento, quizá pueda obtener un poco para ti.

Hedy miró esos ojos pálidos, inocentes. Sabía que iba a romper la promesa que le hizo a Anton y sintió una punzada de remordimiento, pero era demasiado tarde. La decisión estaba tomada.

—Dorothea, lo lamento, pero me tengo que alejar por un tiempo.

—¿Alejarte? ¿Qué quieres decir?

—Sucedió algo. Van a descubrir que he estado robando cupones de gasolina.

Dorothea abrió la boca por completo.

—¿Todavía haces eso?

Hedy asintió.

—Y no puedo arriesgarme. Si me quedo, seré arrestada y deportada.

—¿Quieres venir a mi casa?

Para su propia sorpresa, Hedy lanzó una pequeña carcajada.

—Tengo que irme un poco más lejos que eso.

Dorothea se desmoronó en la única silla, su cara aún más blanca que lo habitual.

—¿Kurt va a ayudarte?

Hedy dudó y consideró una mentira. Pero ya sabía que iba a necesitar la ayuda de Dorothea.

—Kurt no lo sabe. No se lo he dicho. —Los ojos de Dorothea se

agrandaban a cada segundo.

—¿No lo sabe? Hedy, ¡no puedes desaparecer! —Sacudió la cabeza sin poder creerlo—. Kurt te ama. Y tú lo amas a él. ¿No es cierto?

—Esa es exactamente la razón por la que tengo que hacerlo de este modo. —Hedy se movió por la habitación, arreglando los libros, alisando el cubrecamas, tratando de mantener las manos ocupadas—. Kurt ya tiene antecedentes por robo de cupones. Una vez que sepan de esto, fácilmente podrían conectarnos. Dios sabe lo que le harían a él.

Para su vergüenza, podía ver que Dorothea estaba comenzando a llorar.

—No, esto está mal. ¿Adónde irás?

—Tengo un plan. Pero no puedo decírtelo. Es mejor que nadie lo sepa en caso de que te interroguen.

—¿Vas a tratar de salir de la isla? —Su respiración se estaba volviendo jadeante.

—Eso sería tonto y peligroso.

—¡No puedes hacer esto sola!

—Ya está todo arreglado.

—¿El doctor Maine? ¿Él te está ayudando?

—¡No! —Hedy se conmocionó por el volumen de su propia voz—. Él no tiene que saber nada de esto. De ese modo, si lo interrogan, no pueden probar que él estuvo involucrado. —Se secó el sudor frío de la frente con el dorso de la mano—. Será solo por un tiempo, hasta que las cosas se calmen.

En este punto, Dorothea se quebró por completo y enterró la cara en las manos. Hedy la observaba llorar, demasiado distraída para acercarse, demasiado asustada de largarse a llorar ella misma. Luego se acuclilló a su lado para atraer toda su atención.

—Necesito que hagas algo por mí. —Hedy tomó la carta que había tardado mucho en escribir, doblada varias veces por falta de un sobre—. Por favor, entrégale esto a Kurt. No quiero que quede en el apartamento en caso de que alguien lo encuentre antes.

Dorothea tomó la nota y la presionó contra su pecho.

—Por supuesto. Pero ¿estás segura? Sea lo que sea lo que hayas planeado, parece peligroso.

—No hacer nada será peor. —Hedy se puso el abrigo y lo abotonó hasta el cuello—. Realmente lo siento mucho.

—¿Por qué? —Parecía en verdad confundida.

—Por arrastrarte a esto. Por dejarte sola.

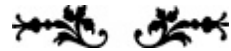
—Ay, Hedy, no te preocupes por mí. —Su voz tenía una nueva dureza —. Solo cuídate, por el amor de Dios.

Hedy puso las manos en los bolsillos para acercar más el abrigo a su cuerpo, sintiendo el peso de las nuevas adiciones

en el dobladillo. Su voz tembló un poco mientras se obligaba a

responder:

—Por supuesto. No te preocupes, todo va a estar bien.



Justo estaba saliendo de su pequeña oficina cuando las vio. Un grupo de seis o siete empleadas –mecanógrafas, supuso– estaban reunidas en el camino que salía del comedor hablando muy animadamente. Sus cabezas se balanceaban juntas como si estuvieran tratando un tema muy importante, pero la forma en que no dejaban de mirar por encima del hombro para chequear quién estaba escuchando sugería que también era bastante vergonzoso. Algún chisme sobre un novio, supuso Kurt. ¿Quizás un embarazo? Sabía, a través de una conversación oída en su alojamiento, que Fischer había pasado por un pánico similar con su novia casada, y había sentido cierta satisfacción de sí mismo porque Hedy y él siempre eran muy cuidadosos. Ansioso por mostrar lo desinteresado que estaba, Kurt andaba por el camino dejando un amplio margen respecto de las mujeres. Pero justo cuando las estaba pasando, una frase en alemán le llamó la atención.

—¡Al menos ustedes no estaban en su bloque! ¿Quién sabe lo que me podría haber agarrado?

Kurt trató de no darle importancia, pero algo le dijo que tenía que escuchar más. Dejó caer un par de los legajos que llevaba, se agachó y comenzó a reordenar las hojas. No tuvo que esperar demasiado.

—¿A qué está jugando la administración, empleando judíos? Espero que encuentren a esa perra y la fusilen.

Lentamente Kurt se puso de pie y caminó hacia ellas. Sin saber de qué otro modo abordarlas, decidió hacer valer su rango.

—Señoras, están bloqueando el camino. ¿Qué es tan importante que tengan que estar paradas aquí chismeando?

La más alta del grupo, de pelo rubio peinado en una sola trenza, dio un paso adelante.

—Lo siento, teniente, pero acabamos de enterarnos de que había una judía trabajando en el Bloque Siete. Aparentemente ha estado robando cupones de gasolina.

Kurt fingió una pequeña tos para ocultar un involuntario jadeo.

—¿En serio? ¿Y dónde está ella ahora?

—Nadie lo sabe, señor. Ha estado ausente por dos días. No está bien, igual, señor.

—Es un escándalo —intervino una morena de nariz chata—. Hubo gente sentada todo el tiempo al lado de ella que no lo sabía. Creo que nos deberían haber dicho.

Kurt las miró, las caras contorsionadas por el enojo, luego se dio vuelta y se marchó rápidamente en dirección del Bloque Siete. Le latía

fuerte el corazón y se sentía mal. ¿Podía ser cierto? ¿Cómo la habían atrapado? ¿Y cómo él no había oído nada de eso? Al llegar a la barraca, abrió la puerta y examinó la sala, pero solo vio un puñado de secretarias que trabajaban durante la hora del almuerzo. El abrigo de Hedy no estaba en el perchero.

Sin esperar para avisar a nadie, dejó los legajos a un colega, tomó su chaqueta y salió corriendo del complejo, andando rápidamente las dos millas hasta el apartamento de Hedy, adonde llegó empapado y jadeante. Gritando el nombre de su amada, dio vuelta la llave frenéticamente en la cerradura hasta que logró entrar. El apartamento estaba vacío; la cama, perfectamente hecha, unas pocas ropas todavía colgaban en el armario, y por unos terribles momentos, Kurt estuvo seguro de que ya la habían arrestado. Pero luego respiró profundo y comenzó a mirar alrededor. Faltaba su cepillo de dientes, y el cajón donde guardaba las cartas de sus padres estaba vacío. Con manos temblorosas se puso en cuatro patas y sacó el zócalo flojo de la pared: los marcos alemanes también faltaban. Respiró con alivio; este era un escape planeado. Pero ¿adónde diablos había ido?

Solo cuando llegó a la casa de Dorothea, y fue saludado por su cara pálida y ansiosa, y vio la nota de Hedy, mojada por la mano transpirada de Dorothea, el pánico volvió a hacerse presente.

—Lo siento, Kurt —murmuró Dorothea—. Traté de hacer que me lo dijera, pero ella cree que es más seguro para nosotros que no lo sepamos. —Se quedó de pie delante de él, con los brazos cruzados sobre el pecho soportando el frío, mirando con los ojos muy abiertos. Él colocó la mano en el pie de la barandilla del pasillo en busca de apoyo y volvió a leer la nota. Ya lo había hecho tres veces, pero no podía aceptar que no le dijera nada.

Mi querido Kurt:
Saben lo de los cupones. Tengo que desaparecer. Lo que más quiero es ver que esto termine junto a ti, pero no arriesgaré tu vida junto con la mía. No quiero ser cobarde esta vez. Quizá, si los hados lo disponen, nos volveremos a encontrar cuando todo esto termine. Te amo más que a nada. Cuídate.

Hedy

Kurt se desplomó en las escaleras. Tenía que pensar en todas las posibilidades, eliminarlas de una por vez, pero en lo único que podía pensar era en esas pupilas, esa melancólica oscuridad detrás del verde, la cualidad misma que lo había atraído hacia ella. Siempre secretos, pensamientos que nunca fueron expresados, ni siquiera a él. Era obvio ahora que esto era algo que debía de haber planeado meses atrás, un plan premeditado para este tipo de eventualidad. Se maldijo por no

verlo antes, por no obligarla a abrirse. Al menos el hecho de que hubiera tomado sus pocas posesiones preciadas descartaba el suicidio. Se dirigió a Dorothea.

—¿Dijo que Maine no la está ayudando?

—Dejó bien en claro que no quería involucrarlo. Dijo que así estaría seguro.

—Pero no tiene a nadie más, ¡a nadie más! —Pensó por un minuto—. ¿Y el antiguo jefe de Anton?

—¿El señor Reis? No creo que lo haya visto en meses. De todos modos, me enteré de que está en el hospital.

—Pero ¿en quién más confiaría lo suficiente para que la refugiara?

—Kurt, creo que va a tratar de escapar de la isla. —Al teniente se le revolvió el estómago.

—¿No estará tan loca, no?

—Cuando le pregunté, estuvo de acuerdo en que era estúpido y peligroso. Pero noté que se sonrojaba un poco y no me miraba.

Kurt se puso de pie y comenzó a caminar.

—¡Podría hacerse fusilar solo por estar en la playa! ¿Y qué haría? ¿Subir de polizón en un barco? Sabe que no hay tráfico marítimo a Inglaterra.

Dorothea asintió.

—El único lugar al que podría llegar es a la costa francesa. ¿Y qué lograría con eso?

Una pequeña descarga de electricidad ocurrió en su cabeza.

—¿La costa francesa?

—¿Sí?

Kurt comenzó a martillar de nuevo.

—Creo que podría saber adónde fue. Pero tengo que apurarme.

Dorothea no hizo más preguntas; solo asintió.

—Todavía tengo la vieja bicicleta de Anton escondida en la despensa…

Hedy se despertó de un salto, sorprendida de haberse quedado dormida. Trató de estirar las piernas, pero se le habían adormecido por la rigidez y el frío; no sentía los dedos de los pies. El olor de madera mojada y pintura le penetraba

en la nariz. Ajustándose más el abrigo alrededor del cuerpo, observó en la oscuridad, tratando de identificar las formas poco conocidas: las herramientas que colgaban de clavos, las sogas en ganchos. Por encima de ella, ocupando tres cuartos del espacio con su volumen y forzándola a quedarse en un pequeño rincón, estaba el casco de un bote de madera. Por la ventana de ventilación cerca del techo, la luna creciente brillaba

en un rombo perfecto de luz plateada sobre la pared llena de astillas; presionó su oído contra ella y escuchó con claridad que las olas rompían en la playa salpicando a todas partes. Suponía que debían de ser las cuatro o cinco de la mañana, solo tendría que esperar una o dos horas más.

El crujido de unas pisadas desparejas sobre la playa la obligó a ponerse de pie, sin aliento. Un momento después la puerta se abrió de par en par y ella reconoció la silueta robusta con poblados bigotes que rodeaban el mentón y la voz suave, ronca.

—*Comment ça va?*

—*Ça va bien.*

Observó la oscura figura del pescador que rengueaba dentro de la choza y se movía alrededor del casco, chequeando cada sección con los dedos. El limitado inglés de Jean-Paul y el magro conocimiento de francés de Hedy restringían las conversaciones a palabras sueltas y gestos. No sabían casi nada del otro, y Hedy se sentía lejos de confiar en él; cuando ella mostró su precioso atado de *Reichmarks* para el pago, él se los apropió con un ímpetu que la alarmó. Pero ciertamente era un lujo que ya no podía darse. Lo único que había logrado averiguar en los meses de comprar la caballa de Jean-Paul en el puerto era que su esposa había muerto hacía un año y que, por alguna razón, consideraba que los alemanes eran responsables de su muerte. La mirada de disgusto en su cara y la voluminosa y agresiva escupida que acompañaba el relato de su historia le dijo a Hedy todo lo que tenía que saber: el pescador odiaba a los *Jerries* y sentía que tenía poco que perder.

Se preguntaba ahora si alguna vez, de verdad, había esperado que el plan llegara tan lejos. La noción de usar este mítico bote ilegal para sus propios fines había surgido en su mente en el momento en que se enteró de su existencia, pero, entonces, era solo una fantasía. Luego, durante esas largas semanas tortuosas en que esperaba saber si escaparía de la deportación, había mutado a algo posible, una opción de emergencia en caso de que todo saliera mal. Sin embargo, aun entonces, Hedy suponía que el anciano se reiría de ella, le diría que el bote no podía navegar en el mar o que este "plan de escape" era solo una broma, una buena historia para las tabernas del pueblo cuando terminara la guerra.

Dos noches atrás la había mirado cínicamente cuando apareció en su embarcadero al anochecer, intentando explicarle su objetivo con palabras en francés al azar y unos gestos defectuosos. Probablemente, pensaba que estaba trabajando para el enemigo, porque apenas gruñó, rengueando por la cubierta de su bote de pesca con su pata de palo y haciendo gestos para que se fuera. Solo cuando escribió la suma que pensaba pagarle él pareció tomar la idea en serio. Media hora después de dolorosas comunicaciones repetitivas y una gran cantidad de miradas al mar, Jean-Paul, como supo ahora que se llamaba, escupió

reflexivamente en la cubierta de su bote de pesca y le ofreció la mano para estrecharla.

Las primeras etapas del escape estaban claras en su mente, gracias a los garabatos que el viejo hizo en fragmentos de diarios. Se ocultaría en el cobertizo para botes, ubicado en el camino junto a un matorral en la playa de Fauvic, un área conocida por tener pocas patrullas y supervisión. Justo antes del amanecer, cuando la marea estuviera lo suficientemente alta para botarlo, Jean-Paul guiaría a su embarcación con cuidado alrededor de las rocas, luego lo llevaría a una distancia segura con remos antes de arrancar el motor fuera de borda. Catorce millas hacia el este –si las tormentas, las contracorrientes y las patrullas lo permitían– llegarían a una gruta tranquila al sur de Portbail en la costa francesa justo cuando cayera la oscuridad al final de la tarde. Pero aquí el plan se hacía más vago y, si Hedy lo pensaba demasiado, bastante descabellado. Era probable que tuviera que nadar hasta la costa, en la oscuridad y el agua helada, una tarea que sabía podía estar más allá de sus capacidades. Luego, tendría que esconderse en graneros y construcciones externas en los alrededores del pueblo ocupado por los alemanes durante varios días hasta que pudiera encontrar alguien que la ayudara. Después de eso, su única idea era hacer contacto de algún modo con la Resistencia francesa, que la ayudaría a pasar la frontera a Suiza.

Pero, de cuclillas en la oscura esquina del cobertizo, todo parecía aterradoramente lejano, y Hedy trató de no pensar. En cambio, se dijo por centésima vez que aquí, en esta pequeña piedra ocupada, el descubrimiento y la muerte eran una certeza y al menos, de esta forma, tenía una posibilidad. El estómago le hizo ruido y suspiró preguntándose cuándo podría volver a comer.

El rostro sonriente de Kurt se le hizo presente en la mente y generó un sollozo en su garganta, pero alejó la imagen. Había hecho lo correcto, el único acto de amor que podía hacer. La decisión ya estaba tomada, el dinero gastado, no había nada que hacer más que sentarse allí y esperar la subida de la marea.

Kurt podía sentir que los músculos en los muslos comenzaban a dolerle mientras empujaba los pedales con más fuerza. Se había convencido en los últimos meses de que se había mantenido bastante en forma incluso con su dieta restringida, pero este viaje le estaba diciendo otra cosa. El estado oxidado de la vieja bicicleta y los neumáticos improvisados hechos con una vieja manguera de jardín no ayudaban. Le quemaban los pulmones rogando por más oxígeno, mientras se abría paso por el camino de St. Clements. Por su cálculo de las mareas, tenía media hora,

suponiendo que estaba yendo hacia el lugar correcto. Pero no bien había recordado la historia de Hedy del pescador y su bote secreto, supo que era su mejor y su única chance. El cielo delante de él estaba comenzando a volverse de color azul verdoso sobre los tejados mientras pedaleaba hacia el este. Ella estaría fuera, en el mar, mucho antes de que el sol brillara con toda su fuerza. Detenerse no era una opción.

Mientras pedaleaba, la adrenalina aumentaba su enojo. ¿Por qué, por qué haría esto cuando podría haber ido directamente a él? Un intento así era suicida… seguramente tenía que ver eso. Pero, incluso en su furia, reconocía sus cálculos y comprendía. Su independencia obstinada y estúpida lo hizo querer alzarla entre sus brazos.

Aceleró por la calle Fauvic, mientras pasaba delante de pequeñas cabañas de granito. Más allá de ellas, solo podía ver campos abiertos. Adelante había una oscura extensión que anhelaba que fuera el mar. Debía de estar cerca ya. Al llegar a una bifurcación, vio a través de una media luz emergente, a lo lejos, un camión que iba por delante. Tenía que conducirlo a la playa, podía sentir el viento y la sal que le llegaban a la nariz. Mirando en todas direcciones para asegurarse de que no había sido detectado, reunió lo último de su energía para pedalear por el camino de asfalto y hacia el sendero de tierra rústica, horriblemente consciente del sonido de las ruedas en el silencio profundo. Cuando el camino llegó a su fin y el mar surgió delante de él, desmontó y arrojó la bicicleta a un lado. Corrió los últimos metros y observó sobre el espolón, hasta detectar un corte que indicaba un conjunto de escalones y se apuró a bajarlos.

Examinó la playa a izquierda y derecha. La marea estaba alta; las olas rompían rítmicamente en la orilla, escondiendo las rocas y peñascos que había debajo. Su corazón comenzó a calmarse y el rugido de la sangre en sus oídos se serenó. Pero todo había resultado inútil. Toda el área estaba completamente desierta. Si Hedy estuvo allí en algún momento, era demasiado tarde. Y donde estuvieran ahora el pescador y ella, no había nada que él pudiera hacer para salvarlos. Un dolor se extendió por su pecho e imaginó el resto de la guerra sin ella. Vio su cuerpo hinchado arrastrado a la playa, o tirado en el bosque con una bala en la espalda. Se quedó de pie mirando el horizonte un rato largo, sumido en la angustia.

Un sonido abajo en la playa atrajo sus ojos hacia el sur. En la semioscuridad, miró en esa dirección hasta que distinguió una forma gris, abultada, que parecía moverse por el borde del agua. Se tambaleó hacia allí hasta que su cerebro le encontró sentido: ahora podía ver el bote abierto de madera, con lo que se veía como un pequeño motor en la popa. Se acercó con dificultad, tropezando contra las rocas, patinándose sobre las algas. Sí, había dos siluetas empujándolo hacia el agua… Ambas bajas, livianas. Y una de ellas…

—¡Hedy!

Su voz hizo eco en toda la playa. Las dos siluetas se paralizaron. Ahora podía verla bien, la forma de sus hombros y la manera en que se doblaba su cuerpo. La persona que estaba con ella, un hombre viejo, saltó del bote y levantó las manos como si esperara que le dispararan. Kurt siguió moviéndose hacia ellos hasta que no hubo más de cinco metros de distancia, entonces se detuvo. Hedy lo miraba, blanca y temblando de miedo y de frío. De niño, Kurt una vez había entrado al cobertizo del jardín de Helmut y encontró al padre de su amigo parado sobre una silla, a punto de ponerse una soga en el cuello; la expresión en la cara de Hedy era idéntica. Por un momento, nadie se movió, inseguros de adónde terminaría todo esto.

—Kurt, lo siento. —Hedy estaba aferrada al borde del bote, para sostenerlo o sostenerse, Kurt no estaba seguro. El bote se balanceaba furiosamente con las olas, subiendo con cada golpe—. Tengo que hacer esto sola.

—No. —Kurt habló en inglés y mantuvo la voz baja y firme… El peor resultado ahora sería algún tipo de alboroto. Parecía que el pescador no estaba armado, pero Kurt no tenía idea de qué era capaz el tipo, y en este estado mental tampoco estaba seguro de Hedy—. Hedy, esto no va a funcionar. Hay patrullas allá afuera. No podrás salir de las aguas de la isla. —Gesticuló hacia la pequeña embarcación; parecía bastante profesional para algo construido en un cobertizo sin los materiales adecuados, pero una mirada le reveló todo lo que necesitaba saber—. Aunque esto llegara a Francia, nunca podrías pasar de la playa.

—Tengo que intentarlo. Si me quedo, seré enviada a un campo. —Su voz estaba ahogada de terror.

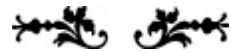
—Hedy, escucha, por favor. Sé que tienes miedo. Pero podemos encontrar una solución. —Se mantuvo bastante quieto, con el foco puesto en los dos. Si decidían saltar dentro del bote y empezar a remar, Kurt sabía que no tendría la fuerza para arrastrarlo de regreso. El pescador, al darse cuenta de que Kurt estaba desarmado, había bajado las manos y se sostenía firmemente del otro lado del casco. Pasaba la mirada de Kurt a Hedy, esperando ver cuál sería el siguiente movimiento. En el horizonte, apareció un incipiente color dorado pálido y Kurt pudo ver la cara del hombre: parecía estar mascando alguna raíz o tabaco, y debajo de su piel ajada y sus bigotes, su expresión indicaba que podría estar dispuesto a iniciar una pelea, solo para salvar su ganancia. La voz de Hedy se convirtió en un murmullo.

—Es la única forma.

—No. Hay una forma mejor. Hedy, te mantendré a salvo, te lo prometo. Pero por favor, haz una cosa por mí en tu vida, no subas a ese bote.

Hedy lo miró y luego al pescador. Dio vuelta la cabeza para mirar a

través de la bahía, observando la línea azul marino del horizonte contra el cielo que se iba iluminando. En ese momento, para alivio de Kurt, pudo ver que la comprensión de la realidad se abría paso, el reconocimiento de la futilidad de todo eso. A medida que su esperanza se ahogaba, Hedy soltó el bote y se bamboleó por un momento, luego se derrumbó hacia atrás en el agua poco profunda, agitando los brazos, con la cabeza luchando por mantenerse arriba de la superficie. Kurt corrió hacia ella, y arrastró su cuerpo empapado fuera del agua y la abrazó: los dos temblaban. Hedy ahora lloraba abiertamente, mientras el pescador se quedó en silencio mirándolos con una expresión vacía, su mandíbula seguía moviéndose mientras mascaba, y el bote debajo de sus manos meciéndose hacia arriba y hacia abajo con las olas de la mañana.



Hedy espió por el agujero de la cortina. Estaba casi oscuro, y podía oír el viento soplar a través de los altos árboles en Westmount.

—Asegúrate de cargar todo adecuadamente —le recordó Kurt—. Y ten cuidado de que nadie te vea volver. ¿Está todo empacado?

Hedy observó la cesta de mimbre que contenía la ropa y los efectos personales que viajarían con ella. Todo lo que tenía estaba en esa cesta, excepto su abrigo, que estaba cruzado sobre el marco de la cama, todavía mojado en los puños y el dobladillo. No había tenido el ánimo para abrirlo y ver qué quedaban de las cartas de sus padres, pero sospechaba que ahora eran papel maché. Descosería el dobladillo para recuperar el cepillo de dientes más tarde.

—Sí, está todo. Es casi la hora. ¿Qué harás tú?

—Voy a revisar el apartamento para asegurarme de que no queda nada aquí que deje alguna pista. ¿Y la llave?

—Ponla en el buzón cuando te vayas —lo instruyó Hedy—. No vamos a volver. —Se cubrió la boca para detener un eructo nervioso. El ácido se revolvió dolorosamente en su estómago vacío, pero no era comida lo que ansiaba, era un cigarrillo. En ese momento, habría cambiado cualquier cosa por algo de calidad para fumar. Pero ni ella ni Kurt tenían tabaco y, de todos modos, en su estado actual probablemente le sentaría mal. Se deslizó en su abrigo, temblando cuando las secciones húmedas le tocaron la piel, luego tomó la pequeña pila de ropa que habían elegido juntos con cuidado: una camisa de algodón, un suéter áspero de escote en V, una falda de tweed y unos zapatos de mujer gastados que Kurt había comprado a un alto precio en el mercado negro. Metió las ropas en la parte delantera del abrigo y lo abotonó, sosteniendo los ítems en su lugar con una mano—. Seré lo más rápida que pueda.

—Sé muy, muy cuidadosa.

Salió y comenzó su camino hacia Pierson Road: una mano presionaba

contra el pecho para mantener su pequeña reserva a salvo. La calle, como era de esperarse tan cerca del toque de queda, estaba desierta. Tenía que moverse rápida, silenciosamente; recordando el pequeño ciervo que solía andar por los bosques en los alrededores de Viena, trató de imitar sus pisadas delicadas. Qué suerte, pensó con amargura, que ella no tuviera ahora el mismo peso que había tenido a los trece años. Respirando con fuerza, cruzó apurada por la explanada y hacia el paseo marítimo, dando vuelta la cabeza todo el tiempo, con los ojos en búsqueda de cada parpadeo de luz o movimiento percibido. Gracias al cielo, apenas había luna esa noche y sí una buena capa de nubes.

Llegó al paseo marítimo, pasando por los rieles del pequeño tren que los alemanes habían construido el año anterior para transportar sus materiales de construcción, y caminó hacia los escalones que llevaban a la playa. Después de verificar por última vez si había patrullas, comenzó su descenso. Las plataformas de piedra estaban demasiado altas para ser cómodas, y tuvo que ser en extremo cuidadosa de no patinarse: una caída y un tobillo roto le pondrían fin a todo. Finalmente, llegó a la playa.

A unos metros de cada lado había cercas de alambre de púas y carteles que anunciaban la existencia de minas, pero había espacio suficiente para que el plan funcionara. Con la respiración jadeante, nerviosa, sacó la ropa que tenía debajo del abrigo y la puso sobre la arena. Parecía criminal arrojar esos ítems lejos y, por un momento, estuvo tentada de quedarse con el suéter. Pero se recordó que tenía que hacer que pareciera realista. Esta era una obra de teatro y, como tal, necesitaba cierto nivel de sacrificio. Doblándolas y apilándolas, tomó la nota cuidadosamente escrita de su bolsillo y la colocó encima. Buscando la piedra más grande que podía encontrar, la tomó y la colocó sobre el papel. Luego dio un paso atrás para evaluar su trabajo, sabiendo que tenía una sola oportunidad de hacerlo bien.

Aguas afuera en la bahía, la luz en barrida de una patrulla marina cruzó la superficie negra del agua. Pensó en Jean-Paul, contando el dinero en el rincón oscuro de alguna taberna. Su última imagen de él había sido su cuerpo encorvado, resistente, arrastrando el bote de nuevo a su cobertizo secreto, quizá reticente a intentar el viaje solo, o quizá decidido a posponer su aventura para otro día. Esperaba que un día lo lograra, pero comprendió que nunca se enteraría. Era parte del mundo que estaba dejando atrás.

Se había resistido a la idea de Kurt durante varias horas. No porque pensara que simular su suicidio fuera una idea inverosímil, muchos isleños habían sido impulsados a eso en los últimos años y ella tenía más razones que la mayoría. Era más bien que, en una comunidad pequeña, muy protegida, el ocultamiento permanente parecía imposible. ¿Y podría sobrevivir a una vida así? Cualesquiera que hubieran sido las

dificultades que había enfrentado hasta ahora, parecerían nada en comparación. ¿Cuánto tiempo tardaría? ¿Un año, dos? ¿Cinco, seis, siete? Los números giraban en su cabeza, sin sentido, aterradores. Pero no tenía otra opción. Kurt tenía razón: si la desaparición real estaba fuera de la cuestión, su simulación era lo segundo mejor.

Dando una última mirada a la historia que había creado, caminó de puntillas de nuevo hacia los escalones y de allí al paseo marítimo y a través del camino principal. Se apuró al pasar por lo que alguna vez había sido el Parque del Pueblo, ahora la sede central de la Organización Todt, caminando lo más rápido que le permitían sus piernas, mirando alrededor a cada rato. Al mismo tiempo, no pudo sino disfrutar ese aire fresco y saborear el olor del océano y de los árboles de hojas perennes. Absorbió la gloria de las estrellas, la majestad de las nubes que se desplazaban por el cielo, y trató de imprimirlo en su mente. Pasaría mucho tiempo antes de que volviera a verlo.

Llegó a la entrada estrecha del callejón que corría por detrás de los patios traseros de la avenida West Park, y con una última confirmación de que nadie estaba mirando, se escabulló por el pasaje hasta alcanzar la puerta del número 7. Levantó el pasador de madera y se metió en el patio, cruzó hasta la puerta trasera y golpeó cuatro veces como habían acordado. Se abrió de inmediato y Hedy entró, temblando de frío y de miedo. Kurt ya estaba de pie en la cocina, sus rasgos tensos por la anticipación. Dorothea la abrazó brevemente; luego, sin una palabra, cerró la puerta y la trabó con el pesado pasador negro.

Capítulo 9

Kurt se detuvo en el pasillo de su alojamiento, escuchando con atención. Afortunada –o desafortunadamente, según cómo se mirara– era una casa antigua que crujía, y cada pisada en los pisos superiores podía oírse escaleras abajo. Otros oficiales caminaban por sus habitaciones, iban al baño, cerraban puertas. Este era un momento útil del día, imaginaba, cuando los del turno de la noche ya habían partido y el resto de sus colegas aprovechaban el momento libre para lavar, escribir cartas a casa o descansar en la cama. En unos quince minutos, Fischer y el resto bajarían para su comida nocturna, preparada por el ama de llaves, la señora Mezec, una mujer local que iba todos los días a recoger la ropa sucia y a cocinar para los oficiales. Evidentemente, era una prima de los residentes originales que habían evacuado en 1940, y había considerado una forma de mantener un ojo en el lugar. Solo hablaba si era absolutamente necesario, y se metía el salario en el bolsillo cada viernes con una silenciosa inclinación de cabeza. La mayoría de los oficiales la ignoraban o hacían bromas de mal gusto sobre lo agradecida que debería estar por sus atenciones. A menudo, Kurt olía su comida antes de comerla, imaginando sus posibles venganzas.

Caminó hacia la cocina con lo que Kurt esperaba que pareciera un interés casual en el menú de esa noche, encontró a la señora Mezec revolviendo una olla sobre la estufa y le sonrió. Lo reconoció sin nada parecido a un saludo. Kurt ordenó las sillas alrededor de la mesa de la cocina, como si estuviera preparando una fiesta y luego se sentó.

—¿Qué hay de cenar, señora Mezec?

—Guiso de cerdo.

Kurt asintió con entusiasmo, preguntándose qué pobre granjero local había sufrido la captura de su valioso activo porcino por parte de soldados alemanes para ser cargado en su camioneta. Sin embargo, esto significaba que era probable que hubiera más cortes de carne en la despensa. Hedy se había negado a comer cerdo en los primeros días, pero todos los tabús culturales habían sido descartados hacía tiempo.

—Parece delicioso. Ah, ya que estoy, la ventana del baño está atascada de nuevo. ¿Podría echarle una mirada, por favor? —Giró hacia él con una mirada que podía cortar la leche.

—No soy un empleado de mantenimiento.

—Por supuesto que no, pero usted tiene…, cuál es la expresión…, buena mano.

La señora Mezec dejó la cuchara de madera y, sin tratar de esconder su fastidio, salió arrastrando los pies de la cocina. Kurt dio un salto y

abrió la puerta de la despensa, con cuidado de poner un dedo en el picaporte para evitar que hiciera un sonido delator. Estaba oscuro adentro, pero, como sospechaba, una pata de cerdo de tamaño decente reposaba en el estante posterior, cubierta por una hoja de muselina. Lo único que Kurt necesitaba era un cuchillo para cortar una rebanada del frente. Estaba a punto de tomar uno del cajón cuando oyó pisadas en la escalera. Maldición, tendría que volver en la madrugada para completar la misión. Se movió rápidamente hacia el fregadero y simuló estar lavándose las manos.

—Buenas noches, Neumann. —Fischer estaba vestido con elegancia y olía a jabón perfumado. Dónde diablos había conseguido algo así, se preguntó Kurt. Había rumores de que Fischer había dejado a su amante casada embarazada y ahora estaba con la viuda de un aristócrata local —. ¿Esperando la cena?

—Sí. Me muero de hambre. —Kurt mantuvo su tono ligero y juguetón—. ¿Buen día?

Fischer gruñó y arrojó el diario local sobre la mesa.

—Maldita pérdida de tiempo. Tuve que asistir al entierro de esos marinos aliados que aparecieron en la playa. Los peces gordos decidieron enviar una guardia de honor y un pelotón para mostrar "respeto". Te pregunto: ¿qué sentido tiene? —Era cierto, pensó Kurt, considerando cómo los trataban mientras estaban vivos. Pero mantuvo su expresión jovial inalterable. Fischer hizo un gesto señalando el diario —. Pienso que hay una foto allí en alguna parte. —Kurt tomó el diario y lo hojeó mientras Fischer observaba—. Lo que me enferma es que los Aliados están poniendo minas marinas alrededor de las islas, tratando de impedir que nuestras provisiones lleguen de Francia, pero los altos mandos siguen insistiendo en que nos quitemos la gorra cuando logramos hacerlos volar por el agua.

Kurt murmuró un acuerdo pasivo, pero ya no lo escuchaba. Allí, en medio del diario, había una fotografía de Hedy. Era una foto profesional en una pose formal, y por su peso normal y la tez suave, sabía que debía de ser antigua, presumiblemente tomada antes de la guerra. Quizá se había hecho algunos retratos como un regalo para enviar a su familia en Austria. Su pelo, espeso y lustroso, estaba peinado hacia atrás dejándole la cara libre; esos ojos que él conocía tan bien estaban mirando hacia algo o alguien a la derecha de la cámara; y había tanto el rastro de una sonrisa como una sensación de tristeza en su expresión. Pero lo que atrajo la mirada de Kurt era el texto en alemán encima de la fotografía, y las mismas líneas en inglés debajo:

AVISO

Las autoridades alemanas están buscando a la señorita Hedwig Bercu (véase la fotografía), mecanógrafa, sin nacionalidad, 24 años

de edad, residente anteriormente de West Park, número 1 de Canon Tower. Ha estado desaparecida de su residencia desde el 4 de noviembre de 1943, y ha evadido a las autoridades alemanas. Se solicita que toda persona que conozca el paradero de la señorita Bercu se ponga en contacto con el *Feldkommandantur* 515, que tratará cualquier información con la reserva más estricta. Cualquiera que oculte a la señorita Bercu o la ayude de cualquier otra manera, estará expuesto a castigo.

Estaba firmado por el comandante de campo, con fecha de ese día.

Kurt leyó y releyó el anuncio. Por supuesto, lo había estado esperado. Hacía diez días que Hedy había desaparecido del mundo exterior y, a pesar de sus esfuerzos, no le iba a tomar a la policía secreta mucho tiempo rastrear su dirección una vez que decidieran encontrarla. Lo que era preocupante, sin embargo, era que no se mencionaba nada de un suicidio. ¿No habían encontrado la ropa y la nota? ¿No lo habían creído? ¿O no mencionarlo era aquí un tipo de trampa? Echó una mirada hacia Fischer, preguntándose si el nazi había llevado deliberadamente a Kurt hacia el diario, sabiendo que vería la fotografía. Quizás era un engaño elaborado para provocar su reacción. La mente de Kurt todavía estaba evaluando las posibilidades cuando se dio cuenta de que Fischer todavía le estaba hablando.

—¿Qué piensas?

—¿Qué?

—Digo, la próxima vez deberíamos tirar los cuerpos en un pozo y ya. Eso o quemarlos para hacer combustible. ¡Maldito frío en esta casa! —Fischer se rio de su propia broma. Kurt pensó en los crematorios en los campos e imaginó darle un puñetazo a Fischer allí en la cocina. En cambio, dobló el diario y sonrió.

—Sí. Sabes, un ingeniero amigo mío se hizo de un montón de leños la semana pasada. Pasaré por allí a ver si nos vende algunos. —Sostuvo el diario optando por redoblar la puesta—. ¿Te molesta si me lo quedo? Hay una foto allí de esa judía desaparecida… este tipo vive cerca del complejo, quizás haya visto algo.

Fischer no dejó traslucir nada, solo asintió. Kurt caminó hacia el pasillo, tomó su sobretodo del perchero y se deslizó en silencio hacia la noche. Si iba corriendo parte del camino podía estar en la avenida West Park en treinta minutos.

—Muy bien, voy a cortar ahora. —Hedy apoyó sus diez cartas sobre la mesa.

Dorothea se inclinó para mirarlas y su cara se arrugó un poco de

vergüenza.

—Necesitas al menos tres para una escalera, Hedy.

—Tengo tres: Reina, Rey, As.

—Pero el As es bajo en este juego, ¿recuerdas? —Dorothea se apoyó en el respaldo con el tipo de sonrisa que se le daría a un niño—. No importa, repartamos de nuevo. Ya casi lo tienes.

—¿Te molestaría si lo dejamos aquí? —Hedy oyó la tirantez en su propia voz—. Estoy un poco cansada.

Era una excusa endeble, pero la idea de seguir sentada a esa mesa, jugando otra rueda de ese juego sin sentido, despertó un creciente pánico que se estaba volviendo demasiado familiar en los últimos días. Como siempre, iba acompañado de transpiración, problemas para respirar y un deseo apenas controlado de salir corriendo a la calle. Era lo único que podía hacer para quedarse en su silla. Dorothea recogió las cartas y las volvió a poner en el mazo.

—Tienes razón, hemos estado jugando por horas. ¿Quieres que vea qué tenemos en la despensa para la cena?

Hedy miró a su nueva compañera de casa, desorientada por su estoicismo. Como si pudieran abrir la puerta de la despensa y encontrar estantes desbordantes de pollo frío y tartas caseras, y fuera una cuestión de decidir qué acompañamientos servir. Su entusiasmo inquebrantable, la determinación de evitar cualquier pensamiento o recuerdo alarmantes, desconcertaban a Hedy; una o dos veces se preguntó, en realidad, si Dorothea estaba bastante bien de la cabeza. Justo la otra noche, había sacado su equipo inalámbrico del armario debajo de las escaleras y se habían acuclillado en la entrada para escuchar las noticias de la BBC al volumen más bajo posible, preparadas para devolver el aparato a su lugar de escondite en un segundo si alguien golpeaba la puerta. Las noticias eran deprimentes, el principal titular era la derrota de los Aliados en el Dodecaneso. Sin embargo, al final de la emisión, Dorothea guardó el equipo y volvió de inmediato a sus álbumes de películas, tarareando una alegre melodía de una de las grandes bandas norteamericanas, como si nada la hubiera conmocionado. La melodía penetró en los nervios de Hedy como un rallador de queso mientras trataba de ocuparse de encontrar la isla de Leros en el viejo atlas de Dorothea.

Hedy también notó que Dorothea comenzó a evitar cualquier mención a Anton, aunque la veía besar su fotografía cuando iba camino a la cama. Solo tenía permitido mencionar su nombre en el contexto del pasado e, incluso entonces, solo eran aceptables recuerdos felices. Cualquier charla sobre problemas locales era cancelada también, fueran los bombardeos nocturnos de la última semana que casi habían destruido las ventas o los anuncios públicos sobre la falta de sal. A la inversa, Dorothea incluía a sus adoradas estrellas de cine en cualquier

conversación, al igual que las vidas imaginarias de las muñecas tejidas que conservaba en el alféizar de la ventana de su cuarto. Se las presentó una por una explicándole las historias detrás de sus nombres y mirando a sus ojos de lana sin expresión como si pudiera leerles el pensamiento. A veces, Hedy observaba a esta niña grandulona y delirante y tenía que recordarse que era la misma mujer que había cantado canciones patrióticas en la cara de alemanes hostiles en el puerto. Se dio cuenta de que Dorothea estaba esperando una respuesta a su pregunta.

—Por supuesto —replicó Hedy—, echemos un vistazo.

Cuando Kurt había sugerido por primera vez esa casa como escondite, Hedy había descartado la idea. En primer lugar, estaba segura de que Dorothea nunca aceptaría un acuerdo tan peligroso de manera permanente. Y ella se volvería loca, señaló, ya que encontraba que la compañía de la mujer era suficientemente difícil por un par de horas.

Pero Kurt había presentado argumentos irrefutables. Casi nadie en esta isla podía vincularlas a las dos, ya que solo habían sido vistas juntas en público un puñado de veces. Ninguna de las dos tenía amigos que pudiera pasar de visita o hacer preguntas extrañas y, con Anton lejos, tenía mucho espacio disponible. En todo caso, ¿qué alternativas tenían?

Dorothea dijo que sí. No había dudado ni por un segundo, aun cuando Kurt le había detallado los riesgos de un modo bastante abierto. En la noche de la llegada de Hedy, parecía entusiasmada con la idea de una invitada, yendo de una invitación a otra para encontrar mantas extra para el viejo colchón de una plaza que Kurt y ella habían colocado en el espacio del altillo a través de la pequeña puerta trampa. Debajo del alero había puesto embalajes viejos y antiguas alfombras enmohecidas para crear un área de dormir, y había colocado allí una preciosa vela en un contendor y algunos libros para leer. Hedy podía moverse con libertad por la casa durante el día, siempre que se mantuviera lejos de las ventanas. Si alguien inesperado aparecía en la puerta, un tocador colocado debajo de la puerta del altillo y una pequeña escalera de enganche le permitirían trepar a su escondite y cerrarlo en medio minuto.

Hedy concentraba todos sus esfuerzos en tratar de sentirse agradecida, pero la realidad de su nueva prisión ya le pesaba. Sus nuevos arreglos para dormir, a pesar de los mejores esfuerzos de su anfitriona, eran una tortura particular. La oscuridad cerrada cuando apagaba la vela era una pesadilla; cada sonido de asentamiento de la casa se manifestaba como la corrida de un ratón o una rata, y encontrar un fósforo para calmar su miedo era casi imposible. Hedy se había acostumbrado a dormir con la ropa puesta porque el espacio era muy frío, y las llamadas de la naturaleza corrían el riesgo de convertirse en una catástrofe con un balde o tenían que ser ignoradas hasta que fuera

de día. Había comenzado a tomar una siesta durante la tarde para compensar por las noches sin dormir, pero se despertaba sobresaltada por cada paso o voz fuerte que se oía en la calle. Por primera vez, estaba empezando a sentirse más ansiosa sobre la condición de su mente que la de su cuerpo. Una sensación de obligación y gratitud mantenía estos pensamientos enterrados y, en todo caso, no quería que Dorothea se preocupara más por ella de lo que ya lo hacía. Pero saber que una de las cosas que la calmaría sería una caminata en el aire fresco y que aun este simple placer ahora estaba fuera de sus límites la hacía querer acurrucarse y empezar a gritar.

También estaba la irresoluble cuestión de la comida. Como ya no se podía usar la tarjeta de racionamiento de Hedy, se veían forzadas a sobrevivir con una sola ración más los extras que Kurt podía traerles los días en que podía ir a la casa. Las dos mujeres ahora dependían tanto de él como él de su sentido y su seguridad. A veces, en sus siestas intermitentes por la tarde, Hedy soñaba con un trípode de tres patas, atado con un cordel y temblando en un terreno baldío, azotado por un viento que amenazaba con volarlo a pedazos. Luego se despertaba gritando, y cuando Dorothea le preguntaba si estaba bien, mentía que era un sueño infantil con monstruos. Nunca supo si le creía, pero nunca había más preguntas.

Los golpes codificados en la puerta de atrás las alertaron a las dos. Mirando por la ventana de la cocina, Dorothea hizo un gesto de asentimiento de que se trataba de Kurt y lo dejó pasar rápidamente. Hedy corrió hacia él y lo abrazó, luchando contra la decepción cuando lo vio con nada más sustancial que un periódico vespertino en la mano.

—Lo siento —dijo Kurt leyéndole el pensamiento—. Fischer entró en el momento crucial, pero trataré de ir a la cocina de nuevo esta noche. Pensé que debías ver esto.

Le mostró el aviso en el diario. Hedy lo leyó varias veces y miró la fotografía. Había sido tomada en 1939, y los cambios físicos en cuatro años la conmocionaron; se preguntaba si Kurt estaba pensando lo mismo. Dobló el diario y se lo devolvió.

—Sabíamos que se venía esto. Tal vez no encontraron la ropa y la nota todavía. No es que la gente use mucho las playas.

—Quizás.

—¿Puedes quedarte un rato?

Kurt sacudió la cabeza, desalentado.

—Se supone que fui a buscar unos leños, tengo que volver. —Le acarició la cara con los dedos—. ¿Tienen comida suficiente para esta noche?

Hedy hizo un esfuerzo titánico para sonreír.

—Nos arreglaremos. No te preocupes.

Kurt la besó en los labios y luego se fue. Hedy sintió un intenso deseo

de llorar, pero lo reprimió. Dorothea intentó consolarla antes de lanzarse hacia la despensa. Abrió la puerta.

—Muy bien…, ¿qué tenemos por aquí? ¿Qué te parece un lindo puré de nabo y papa?

—Pero hay apenas lo suficiente para una.

Dorothea rio sin sentido.

—Tú hierve el agua y yo cortaré el nabo, ¿está bien? —Mientras Hedy dejaba correr el agua helada en una olla, Dorothea tomó la verdura y comenzó a rebanarla sobre una tabla de madera; mientras sus manos empujaban el cuchillo con movimiento experto, tarareaba una melodía que Hedy reconoció vagamente—. ¿La conoces? —Hedy se obligó a responder.

—Es de una película, creo.

—*Sombrero de copa*, con Fred Astaire y Ginger Rogers. Ganó la mejor canción de 1935. ¿Viste la película?

—No me acuerdo.

Las frases del aviso del diario estaban corriendo por la cabeza de Hedy. *Desaparecida de su residencia… ha evadido a las autoridades alemanas… Cualquiera que a la señorita Bercu… expuesto a castigo…* El cuchillo de Dorothea seguía desapareciendo en el nabo; las rodajas caían una tras otras, indefensas contra el metal brillante. Una y otra vez, la hoja se abría paso por la pálida pulpa. Hedy sintió que la bilis subía a

su garganta y se dio cuenta de que hasta la magra comida de esa noche podía ser demasiado para ella.

—¿Sabías que Ginger Rogers tuvo que pelear con el director para usar ese vestido? —estaba diciendo Dorothea—. Ya sabes, ese hermoso, con todas las plumas. Pero ganó, y se vio increíble, el vestido más hermoso que se vio en una película. Cuando estemos comiendo, te voy a mostrar una foto. Y te voy a mostrar algunos otros vestidos de ella. Tiene mucho estilo, ¿no crees? ¿Te gustaría eso?

Hedy escuchó su propia voz desde el fondo de un largo túnel cuando se obligó a sonreír y respondió:

—Sí, sí, eso sería divertido.

Kurt se quedó inmóvil en el sendero, con la mirada hacia el cielo. En todo el complejo, los trabajadores se habían detenido a hacer lo mismo, transfigurados. El avión, claramente visible en el cielo azul del invierno, ascendía y luego descendía, exhibiendo el círculo de la RAF al mundo. El fuego antiaéreo podía escucharse disparando desde todas las direcciones y, cuando el humo comenzó a salir del extremo posterior de la nave, hubo un susurro porque todos pensaban que había sido alcanzada. Kurt contuvo la respiración, esperando que el avión cayera

hacia ellos, llevándose casas y civiles en su camino. Pero el avión volvió a ascender y la letra "V" comenzó a formarse con humo en el cielo.

El murmullo alrededor del complejo creció hasta convertirse en un zumbido a garganta completa a medida que se lanzaban preguntas unos a otros. ¿Era el comienzo de un bombardeo diurno o solo una advertencia de que lo peor estaba por venir? Luego, cuando el avión dejó de largar humo y aceleró hacia el norte, hacia la costa inglesa, la mayoría estuvo de acuerdo en que era probablemente un mensaje de Navidad de apoyo a los isleños de parte de Churchill. Qué bueno de su parte, pensó Kurt, aunque un envío de paquetes de comida habría generado en estas personas mucha más alegría.

Se dio vuelta para volver al cobertizo de metal, donde el último grupo de camionetas estaba esperando reparaciones. Fue entonces cuando lo vio. Reconocería ese sombrero en cualquier parte, colocado tontamente hacia un lado, balanceándose entre la multitud. Y cuando los ojos porcinos se encontraron con los de Kurt y se arrugaron en una sonrisa falsa, supo de inmediato que no se trataba de una visita de cortesía. Decidiendo que era más seguro empezar con el pie derecho, Kurt se acercó a él con la mano estirada.

—Erich, ¿cómo está? Tanto tiempo.

La mano húmeda de Wildgrube se escabulló para estrechársela.

—Ciertamente. Mucho tiempo.

De inmediato, Kurt se dio cuenta de su error. Después de esa horrible noche en el club de oficiales, Kurt se había sentido demasiado enojado para enfrentar de nuevo al hombre en una situación social. Francamente, no confiaba en sí mismo si tomaba de más y decía algo estúpido y quizás hasta comenzaba una pelea. Había abandonado a Wildgrube como

compañero de tragos, siempre con excusas cada vez que el policía sugería otra "noche de muchachos". Aparte de la fiesta de cumpleaños que Wildgrube se había organizado a sí mismo, en la cual Kurt se presentó durante solo media hora, sus encuentros recientes se habían limitado a compromisos oficiales o a cruzarse en la ciudad. Era obvio ahora que Wildgrube se sentía despreciado y se tomaría venganza.

Kurt podía patearse por no haber visto venir esto. Le ofreció su sonrisa más cálida.

—Entonces, ¿qué puedo hacer por usted?

Wildgrube sacó una pequeña libreta de su bolsillo interior y la hojeó hasta llegar a la página correcta. Kurt podía ver que era un álbum de fotografías, personas sospechosas para la policía secreta. Lo puso bajo las narices de Kurt.

—Esta chica. ¿La conoce?

Kurt no tenía necesidad de mirar, pero hizo un espectáculo observándola. Era la foto de Hedy que había aparecido en el diario

local. Sentía los nervios de punta, pero se obligó a calmarse: su comportamiento en el siguiente minuto podía cambiar todo el curso de su vida.

—Vi esa fotografía en el *Post* hace unas semanas. Está desaparecida, ¿no? —Volvió a mirar a Wildgrube y vio que los ojos del hombre nunca se habían apartado de los suyos.

—Lo está. ¿Le parece familiar?

Kurt pensó rápido, tratando de calcular cuánto ya sabía Wildgrube, sintiendo el aliento caliente y agrio en su cara.

—Un poco. —Tanteó en su memoria lo que había admitido anteriormente, tratando de recordar el contenido de muchas conversaciones—. ¿Es esta la joven judía a la que le dieron trabajo aquí? —Wildgrube hizo un pequeño gesto de asentimiento—. No parece judía, en realidad. Quizás es por eso que se produjo el error… Alguien olvidó chequear sus papeles.

—Pero ¿la recuerda?

—De aquí del complejo.

—¿Nada más?

—Me temo que no.

Wildgrube se guardó la libreta en el bolsillo. Kurt sabía por el temblor en la esquina de la boca del policía que tenía un as para jugar y lo estaba disfrutando. Qué trágico bastardo, pensó Kurt, encontrar placer en la vida con estos juegos de gatos y ratones.

Wildgrube aprovechó al máximo su momento, estirándolo hasta el último segundo posible.

—Por desgracia, teniente, eso no concuerda con lo que otras personas me han dicho. El *Feldwebel* Schulz de la OT recuerda con bastante claridad que, cuando ella vino a su entrevista de trabajo hace dos años, usted mostró bastante interés en ella. Recuerda que la siguió hasta la puerta cuando se fue.

Por Dios, ¿cómo esta gente recordaba detalles así?, pensó Kurt. ¿No tenían algo mejor en qué pensar?

—Bueno, si Schulz recuerda eso, probablemente lo hice. Para ser justos, es bastante bonita… Si uno no sabía… —agregó rápidamente.

—Y otras personas aquí recuerdan haberlos visto hablando en varias ocasiones. —Kurt se quedó callado. Habían sido muy cuidadosos en los últimos meses. Y, por supuesto, Wildgrube podía estar mintiendo. Pero hubo otros tiempos, antes de que él supiera todo, antes de que se volviera consciente de la seguridad…

—Quizás haya hablado con ella una o dos veces. Pero, para ser honesto, Erich —Kurt trató de sonreír, inseguro de poder lograrlo—, hablo con muchas muchachas. Quiero decir, ¡no tomo notas! —Se echó a reír, pero la expresión de Wildgrube no cambió.

—¿Es consciente de que esta mujer estuvo robando cupones de

gasolina?

Kurt resopló entre los labios con cierta fuerza.

—Entonces es cierto. Escuché que las secretarias hablaban de eso. ¿Usted la atrapó?

—Tenemos suficiente evidencia para su arresto.

—¿Y por eso es que está desaparecida? —Kurt se quedó a la espera.

—Sin duda. Ahora, este gusano está suelto, de un modo inexplicable. Y su interés por los cupones de gasolina, me temo, crea una fuerte conexión con usted.

Kurt inhaló profundo. Un ataque era su única opción ahora.

—Maldición, Erich, ¿nunca se va a olvidar de eso? Cometí un error, hace años, ya pagué por eso. ¡La mitad de los empleados está robando algo! ¿Voy a quedar vinculado con todos los que atrape por el resto de mi tiempo aquí?

Wildgrube lo miró, sin emociones.

—Entonces, ¿no sabe nada de esta mujer o dónde puede estar?

—¿Por qué diablos lo sabría? —Arrojó las manos en señal de exasperación—. Pero, por el tamaño de esta isla, no habría pensado que le fuera difícil encontrarla.

—Eso es lo interesante. —Wildgrube reajustó su sombrero alpino en un ángulo aún más ridículo—. Encontramos una pila de ropa en la playa con una nota suicida escrita por su propia mano, lo chequeamos contra ejemplos en la oficina.

—Bueno, ahí tiene. Eso responde la pregunta, ¿no?

—Mmmh… ¿Usted conoce el sistema de mareas alrededor de estas islas? —Kurt se encogió de hombros de un modo neutral, aunque sabía exactamente adónde se dirigía eso—. Es uno de los rangos de marea más grandes del mundo. Como hemos visto por los bombardeos a los barcos en la vecindad, los cuerpos terminan en las costas de la isla. Justo la semana pasada, la marea de tormenta arrojó todo tipo de desechos. Sin embargo, no fue reportado ningún cuerpo.

—Quizás se colocó un peso, o el cuerpo chocó contra una mina.

—Tal vez. O tal vez todo esto del "suicidio" es un engaño y ella está todavía en algún lugar de la isla. De ser así, la encontraremos y tanto ella como cualquiera que la esté ayudando serán tratados como corresponde. —Wildgrube quitó una pelusa imaginaria de su chaqueta y se levantó el sombrero—. Qué bueno hablar de nuevo con usted, Kurt. Gracias por su ayuda en este asunto. Volveremos a hablar, estoy seguro.

Y con una pequeña reverencia burlona, se unió a la multitud. Kurt observó cómo el sombrero se hundía y desaparecía en ella. Una palabra daba vueltas y vueltas en su cerebro como un mantra. *Scheisse…, scheisse…, scheisse*. ¡Mierda!

Era la víspera de Navidad. El sonido distante de los cantantes de villancicos podía escucharse a través del parque, y las puertas a un lado y otro de la calle resonaban durante el día cuando las amas de casa iban y volvían de la ciudad, recorriendo cada tienda que se rumoreaba que tenía golosinas festivas para la venta. La mayoría volvía con las manos vacías. Las pequeñas porciones de cielo visible en la parte superior de las ventanas ya estaba de color pizarra, absorbiendo el color de las chimeneas y los techados; en algún lugar, más allá de las nubes, el sol se preparaba para ocultarse.

Hedy estaba sentada con el mentón en las rodillas, abrazándose las piernas en busca de calor, y se retorcía para ponerse cómoda. La falta de reservas de grasa –había descubierto recientemente– hacía que sentarse por largos períodos, incluso con un almohadón, fuera una experiencia dolorosa. Pero ¿qué otra cosa podía hacer? Había pasado la tarde caminando sin rumbo de una habitación vacía a otra, buscando el equilibrio entre calentarse y quemar calorías, pero la última noche incluso trepar las escaleras al altillo la había dejado jadeando y mareada. Su debilidad la asustaba. ¿Y si había una emergencia en la que debiera correr? ¿Y si se enfermaba de verdad? Acercarse al doctor Maine por cualquier tipo de tratamiento significaría involucrarlo en esta conspiración. Hasta ahora, no había habido información sobre más arrestos en conexión con su caso, lo que implicaba que o Quinn había mantenido el nombre de Maine en silencio o los alemanes habían decidido no perseguir a un individuo útil sobre la base de un rumor. Dorothea le dijo a Hedy que pensaba que había visto a Maine saliendo del hospital dos semanas atrás, aunque estaba oscuro y no podía asegurarlo. Hedy anhelaba desesperadamente que estuviera en lo cierto.

Miró el calendario en la pared, una creación casera hecha con recortes de revistas de cine y las fechas marcadas en lápiz grueso. Imágenes de Navidades en Viena flotaban en su mente, las luces en las plazas, los chirriantes puestos cargados de productos en el mercado. Aunque la familia nunca la había celebrado en su casa, Hedy siempre había amado la atmósfera en las calles, absorbiendo el entusiasmo de sus amigos y vecinos cristianos.

Un año, Roda había recibido una enorme caja de bombones amarillos y rosados de un admirador. Se preguntaba qué estaría haciendo Roda hoy, si todavía estaba viva.

Había estado viviendo en la casa de Dorothea por poco más de seis semanas ya. Cada siete días, tenían entre ellas dos onzas de margarina, siete onzas de harina, tres de azúcar, cuatro onzas de carne, más cuatro libras y media de pan. El té era un sabor que apenas recordaba. La sal era ahora imposible de conseguir a menos que se pudiera tener acceso al agua de mar. Cada viernes, Dorothea pasaba ansiosamente por la puerta, con su pequeña cara pálida resplandeciente, y dejaba la cuota de

la semana sobre la mesa de la cocina. Por pocos momentos, se alegraban mientras devoraban un almuerzo aceptable, quizás un trozo de lengua para acompañar una corteza de pan sin sabor de la ocupación, o los restos de cordero importado que podía guisarse de una manera comestible con algunas papas. Luego se obligaban a guardar el resto de los productos en la despensa y dosificar sus provisiones para los días siguientes. Kurt todavía traía lo que podía, pero, sabiendo que estaba bajo vigilancia, sus visitas se redujeron a una o dos veces por semana, a menudo con las manos vacías. El domingo anterior se había quedado no más de diez minutos, dándole a Hedy solo un brevísimo abrazo y un beso en la frente; a veces se preguntaba si esta privación particular no era la más dolorosa de todas.

Las horas pasaron. Ahora estaba completamente oscuro afuera y frío en la casa. Hedy no se atrevió a prender el fuego; quedaba muy poca leña, y, en todo caso, habría sido imprudente mostrar cualquier señal de vida mientras Dorothea estaba ausente. Llegó a un compromiso encendiendo la lámpara de parafina. De la puerta de al lado venía el sonido de una alegría festiva: numerosas voces se levantaban entusiasmadas. Hedy trató de recordar cómo era tener una diversión estridente, sin precauciones, como esa.

Cuando las agujas del reloj llegaron a las ocho, sintió que aumentaba su ansiedad. Dorothea nunca se quedaba afuera hasta tan tarde, ni siquiera cuando visitaba a su abuela enferma. Se había ido a la hora del almuerzo, murmurando algo respecto de visitar a un primo en St. Martin. Le había parecido extraño a Hedy en el momento, Dorothea nunca había mencionado a ese primo antes, y no era común en ella ser evasiva respecto de sus movimientos. Hedy pensó que tramaba algo, pero fue lo suficientemente sensata, o cobarde, para no preguntar.

Ocho y media. Hedy comenzó a preguntarse qué haría si Dorothea no volvía. No había teléfono, y de todas maneras, ¿a quién llamaría? No había forma de averiguar nada; ni siquiera podía salir y comprar un periódico. Dependería de la próxima visita de Kurt, no solo para informarse, sino para su siguiente comida. A medida que pasaban los minutos, su ansiedad crecía, y necesitó de cada fragmento de autodisciplina para no descorrer las cortinas y mirar hacia la calle oscura y desierta.

De pronto, escuchó los cascos de un caballo y el chirrido de pesadas ruedas de carro. Rara vez pasaban caballos por esa calle, y nunca a esa hora. Hedy se levantó de su asiento y, tomando la lámpara de parafina, se trasladó hasta la puerta que había entre la sala y el pasillo respirando pesadamente. Del exterior provenían sonidos extraños: rasguños, golpes y gruñidos de personas que movían objetos pesados. Y luego, otro ruido: un chillido agudo que parecía… No, se dijo Hedy, lo estaba imaginando. ¿No había posibilidad de que fuera…?

La puerta de entrada se abrió de par en par y el ruido estalló dentro de la casa como un autobús de dos pisos. Chillando, jadeando y repiqueteando. Hedy miraba boquiabierta, atónita, mientras Dorothea cerraba la puerta de entrada con fuerza y se presionaba contra ella, con una mezcla de pánico y triunfo en la cara. Al mismo tiempo, Hedy soltó un grito cuando algo a la altura de la rodilla le pasó rápido por las piernas. Sus ojos siguieron al chillido que acompañaba la forma y allí estaba, corriendo por el pasillo hacia la cocina, un cerdo pequeño. Miró a Dorothea, demasiado conmocionada para hablar. La voz de la mujer surgió aguda por el entusiasmo.

—¡Rápido! ¡Atrápalo en la cocina! —Sin aire, la empujó hacia la puerta de la cocina—. Iba a traerlo por atrás, pero tuve miedo de que pudiera escaparse por el pasaje. Tenemos que matarlo antes de que los vecinos lo oigan.

Hedy pasaba la vista de Dorothea al cerdo, que ahora corría por la cocina en círculos por el pánico, buscando una forma de salir.

—¿Estás loca? Ninguna de nosotras sabe cómo carnear un cerdo. —Se apretó contra la pared, esperando que el animal la atacara. Un proverbio familiar de su infancia le pasaba por la cabeza: "Y el cerdo, como tiene una pezuña hendida que está completamente abierta, pero no regurgitará su bolo alimenticio, está contaminado para ti. No comerás su carne y no tocarás sus huesos; son impuros para ti". Hacía tiempo que había abandonado las prácticas *kósher* –el cerdo era una de las pocas carnes que ocasionalmente estaban disponibles en la isla–, pero ¿matarlo ella misma? Eso era una cuestión muy diferente.

Pero Dorothea tenía un brillo en los ojos que Hedy no había visto nunca antes.

—Podemos hacerlo entre nosotras. Podemos usar esto. —Dorothea comenzó revolver en un viejo cajón de madera en el pasillo, que usaba para guardar viejos periódicos, cuando Hedy miró ansiosamente hacia el animal, que ahora golpeaba con la cabeza las paredes en su desesperación por escapar. Del fondo de la pila de papeles, Dorothea sacó un elemento delgado, plano que, en la oscuridad, Hedy apenas pudo distinguir. Recién cuando Dorothea lo sacó de su funda, Hedy se dio cuenta de que estaba sosteniendo un cuchillo, de unos veinte centímetros de largo con una hoja limpia, brillante—. Anton me lo dejó cuando se fue, en caso de que lo necesitara. Está bien afilado. —Se lo mostró a Hedy como un trofeo.

Hedy puso la mano en la pared para mantenerse firme, apenas creyendo lo que estaba pasando. Estaba horrorizada ante esta extraña que tenía delante, una lunática enloquecida y temeraria que sacaba armas prohibidas y mataba animales salvajes en su propia cocina.

—¡No, Dorothea, no puedo! No puedo siquiera tocarlo. ¡De verdad!

—No puedo hacer esto sola. Tienes que ayudarme. —La cabeza de

Hedy seguía sacudiéndose, pero Dorothea insistía—. Lo digo de verdad. Si un vecino se entera de esto, llamaría a los alemanes para que vinieran. —Escuchó un momento, y oyó la diversión en la casa de al lado—. Están en una fiesta, perfecto. ¡Vamos!

Entró decidida a la cocina, metiendo el cuchillo en el frente de su sostén. El cerdo se agitó aún más. Sus patas estaban golpeando el piso de la cocina como en un zapateo satánico. Hedy podía ver los pelos en su cuero, la humedad rosada de su hocico. Quería gritar, pero la voz de Dorothea era calma.

—Mantén la puerta cerrada o se soltará por la casa. Busca la vieja tina de baño, en la que ponemos la leña…, debe de ser lo suficientemente grande.

Demasiado asustada para desobedecer, Hedy se dirigió hacia la despensa, asegurándose de no darle la espalda al animal. Tanteó en la oscuridad en busca del contenedor en el piso de la despensa y se aferró a uno de los extremos; lo arrastró hasta sacarlo del armario y lo hizo correr por el piso de la cocina con el pie.

—Bien. ¡Ahora solo debemos atraparlo! —siseó Dorothea. Hedy sostuvo la lámpara un poco más alta—. ¡Solo piensa en los filetes de cerdo que tendremos! Bien… Voy a tratar de atraparlo en este rincón. Imítame, sigue moviéndote hacia adelante.

Dorothea abrió los brazos y profirió unos chillidos bajos para alentar al cerdo a que fuera hacia atrás, al rincón lejano. Colocando la lámpara al costado, lo último que necesitaban en ese momento era quedar en la oscuridad total, Hedy extendió los brazos y se movió hacia adelante también, creando entre las dos un movimiento de pinza. El chillido del animal se hizo más fuerte y Hedy deseaba cerrar los ojos y olvidarse de todo eso, pero sus ojos estaban fijos en su aterrada presa. Al acercarse, Dorothea cayó de rodillas y agarró al cerdo del medio, forzando su parte trasera hacia la esquina.

—¡Agárrale las patas delanteras, Hedy, rápido! —Su tono era tan urgente que Hedy hizo lo que le decía, maniobrando los brazos hasta encontrar las patas del animal, dando vuelta la cara hacia un costado por miedo a ser mordida, hasta que logró atrapar una y luego la otra. De algún modo, Dorothea logró dar la vuelta hasta que lo tuvo bien agarrado de atrás y levantó al animal de las patas traseras— ¡Mételo en la tina, de espaldas! Trata de mantenerlo quieto mientras le corto el cuello.

Hedy escuchó su propia voz, estridente, gritando a medias.

—¡No puedo, no puedo!

—¡Tú puedes! Es solo un debilucho, no es tan fuerte. ¡Ahora, levanta!

Con un gran esfuerzo lograron levantar a la bestia que se defendía y meterla en la tina de baño. Hedy luchó para mantener un par de patas en cada mano mientras el animal se retorcía y daba vueltas. De pronto

se oyó como un chorro y el olor a mierda llegó a sus narices. Hedy tuvo una arcada violenta y supo que el vómito no estaba muy lejos.

—¡Rápido! —Dorothea se estaba gritando a sí misma ahora. Fiesta o no, los vecinos iban a oír algo pronto si no terminaban esto cuanto antes. Justo entonces, Hedy vio que Dorothea sacaba el cuchillo de su sostén y lo deslizaba decidida por la garganta del cerdo. El chillido se detuvo de inmediato, pero el pataleo aumentó.

—¡De nuevo, de nuevo! —gritó Hedy—. No está muerto.

Dorothea liberó el cuchillo de donde se había quedado atascado en la carne y lo apuñaló de nuevo. Inmediatamente las sacudidas pararon, y el animal quedo inmóvil en la tina, medio sumergido en su sangre y su mierda. Hedy corrió al fregadero y vomitó una bilis verde y agua, ya que no tenía nada más en su estómago. Para cuando se dio vuelta, Dorothea había arrastrado al animal del cuello y le había abierto la panza de arriba abajo, desparramando las vísceras y los órganos en la asquerosa sopa que había debajo. Tenía las manos y las muñecas cubiertas de sangre. Cuando la mayor parte de la sangre se había escurrido, dejó que la carcasa se deslizara, y miró hacia Hedy con un alivio abrumador. Solo entonces, al oír el resoplido en su respiración y ver lágrimas en los ojos de Dorothea, Hedy comprendió el esfuerzo sobrehumano que había necesitado para lograr esto.

—Bien hecho. Esto fue extraordinario.

Dorothea cerró los ojos y sacudió la cabeza.

—Vamos, tenemos que limpiar esta cosa. Enterraré la porquería en el parque. Luego… —Sonrió—. ¡Luego podemos preparar nuestra cena de Navidad!

Hedy movió el bocado de hígado de cerdo por su boca, saboreándolo, dejando que el sabor la transportara. Ya había consumido uno de los riñones y una porción del corazón, pero había guardado la parte más sabrosa para el final. Un poco de jugo corrió por la comisura de la boca y lo detuvo con el dedo, empujándolo de nuevo hacia adentro. En ese momento, Dorothea hacía exactamente lo mismo, ambas reían como niñas. Hedy tomó otro bocado, asombrada de sí misma. Había anticipado asco o, al menos, arrepentimiento; el trauma de la matanza, las náuseas de frotar la carcasa para sacar la suciedad bajo el chorro de agua fría, el horror imaginado de su madre. Pero en ese momento sentía como si cada célula de su cuerpo volviera a la vida, como si una planta marchita por fin estuviera recibiendo agua. Todavía iban y venían cantos del otro lado de la pared, agregándose a la sensación de celebración, y la luz de la lámpara de parafina bailaba en la pared arriba de la mesa. Dorothea había abierto una botella de beaujolais que había estado

guardando para una ocasión especial: estaba un poco avinagrado, pero se sentía aterciopelado en la boca, y para el tercer sorbo Hedy ya podía sentir su efecto.

—¿Qué debemos hacer con el resto? —se preguntó Hedy en voz alta, usando una pequeña corteza de pan para absorber los restos del jugo de su plato. Dorothea se encogió de hombros.

—Mañana debemos quitarle el cuero y cortarlo. Luego podemos guardarlo en el altillo donde está frío… lo siento, lo pondré lo más lejos de ti que pueda. Debería durar al menos una semana.

—¿Y en el patio?

—Demasiado peligroso. Alguien podría robarlo, o un perro lo encontrará.

—¿Crees que podemos terminarlo en una semana?

—Si no podemos, lo cambiamos por huevos o conejos frescos. Todavía se pueden conseguir cosas en los distritos rurales, si uno sabe a quién preguntarle.

La masticación de Hedy fue interrumpida por un bocado de cartílago, pero ella lo tragó feliz de cualquier forma.

—¿Cómo consiguió esto tu primo? Pensé que los alemanes se quedaban con todos los lechones que nacían.

—Los granjeros tienen sus trucos. Esconden una cerda en otro corral mientras los alemanes no están mirando, así que se cuenta como un cerdo menos… Entonces, los *Jerries* no se dan cuenta cuando falta uno. —La risa le salió por la nariz—. Aparentemente un granjero le ató una cofia a un cerdo y lo puso en su cama, ¡le dijo que era su madre enferma! ¡Ni siquiera entraron en la habitación!

Hedy estalló de risa y continuaron comiendo unos minutos más hasta que volvió a preguntar:

—Todavía no entiendo por qué tu primo aceptó ayudarnos. Pensaba que, además de tu abuela, nadie de tu familia te seguía hablando.

Dorothea bajó la vista y dudó un momento antes de responder.

—No quería ayudarme y lo dejó en claro desde el principio. No podremos pedirle nada de nuevo.

—Pero ¿por qué hoy? ¿Porque es Navidad? —Dorothea sacudió la cabeza.

—Le dije que Anton había muerto. —Hedy se recostó en la silla.

—¿Le mentiste a tu propia familia?

—No sé si es una mentira.

—¡Dorothea!

—No he sabido nada durante meses… Anton bien puede estar muerto. —Hedy sintió una punzada de pena.

—No puedes pensar eso de verdad. ¿Cómo lo soportas? —Dorothea la miró directo a los ojos.

—Amo a Anton con todo mi corazón, pero tengo que enfrentar los

hechos. Dios encontrará un camino para mí, para todos nosotros, si es su deseo.

Hedy se movió incómoda en su silla.

—¿Todavía crees en Dios? ¿Después de estos últimos años horribles?

Dorothea la miró un poco confundida.

—Por supuesto.

Llevó su atención de nuevo al plato limpiando las últimas gotas de jugo de carne con el dedo, sin desperdiciar nada; Hedy hizo lo mismo, levantando la vista a la cara de Dorothea. Tenía oscuras ojeras debajo de los ojos y algunos mechones grises en los lados de su cabello oscuro. Pero notó la postura rígida de su mandíbula y los labios pálidos que apretaba cuando se veía obligada a dar una opinión o tomar una decisión.

Cuando Dorothea se puso de pie para recoger los platos y llevarlos al fregadero, Hedy la detuvo.

—¿Es por eso que aceptaste refugiarme aquí?

Dorothea se dio vuelta, con los platos en la mano.

—¿Qué quieres decir?

—¿Porque crees que es lo que Dios querría? ¿Que es tu deber?

—Nunca lo pensé de ese modo.

—Pero sabes a qué te arriesgas —Hedy la presionó—. ¿Y si Anton está todavía vivo? ¡Podría volver en menos de un año! Ambos son jóvenes, tendrían el resto de sus vidas juntos. Sin embargo, has elegido poner todo eso en peligro por mí.

Dorothea pensó un momento, luego se volvió a sentar y colocó la vajilla en la mesa.

—En realidad, no lo pensé, para ser honesta. Tú eres la mejor amiga de Anton aquí, y estabas en problemas. Era solo lo correcto, lo que había que hacer.

Hedy sacudió la cabeza.

—No quiero ser responsable de nada que te suceda. Kurt podría encontrarme otro lugar.

—No digas tonterías. —Dorothea puso los brazos alrededor de ella—. Estás mucho más segura aquí. Y me gusta la compañía. —Comenzó a retirarse, anticipando la habitual reticencia de Hedy, pero esta vez Hedy se estiró y la contuvo en el abrazo.

—Gracias.

Se quedaron así por un momento hasta que el golpeteo codificado en la puerta de atrás las hizo saltar a ambas. Dorothea se apuró a abrir, y Kurt, con el cuello levantado para tener menos frío y ocultarse mejor, entró suavemente. Hedy, sensible por el vino y los eventos del día, corrió hacia él y lo besó apasionadamente, justo enfrente de Dorothea. Las dos mujeres parlotearon durante varios minutos hablando una encima de la otra en su entusiasmo por contar la historia de la llegada del cerdo, el

drama de la matanza y la maravillosa cena.

Kurt escuchó todo antes de empujarse el pelo hacia atrás con una mano y mirar a ambas con una combinación de admiración y horror.

—Si ese carro hubiera sido detenido camino a la casa, te habrían arrestado junto con tu primo. En un par de días todos habríamos estado en la cárcel.

Dorothea asintió.

—Lo sé.

Kurt miró a Hedy en busca de apoyo, pero Hedy se encogió de hombros.

—Dorothea hizo esto por nosotros, Kurt. Creo que ha sido muy valiente. —Kurt levantó el pequeño vaso de vino que Dorothea le había servido.

—Tienes razón. Por una feliz Navidad y un mejor año nuevo. —Luego miró de un modo extraño a Dorothea y luego a Hedy, demasiado avergonzado para ser específico—. No me extrañarán en mi alojamiento por un par de horas…

Sin esperar que se lo pidieran, Dorothea hizo un gesto hacia el pasillo.

—Usen mi cuarto… tengo que limpiar la cocina de todas formas. —Hedy se sonrojó. Pero Dorothea hizo un movimiento con las manos para que se fueran—. Vayan y aprovéchenlo. Es Navidad después de todo.

Kurt agradeció con un gesto de cabeza y tomó a Hedy de la mano para llevarla hacia las escaleras. A mitad de camino, Hedy se detuvo y se inclinó sobre la barandilla.

—Gracias. Eres una buena amiga, Dory. —Dudó—. Creo que Anton está vivo, todavía. Y estaría muy orgulloso de ti. —Luego siguió a Kurt por las escaleras, sintiendo aumentar la calidez de su cuerpo al pensar en él.

Capítulo 10

Junio de 1944

—¡Hedy! ¡Hedy, despierta!

Hedy se incorporó en su colchón, golpeándose casi la cabeza con la viga que tenía encima, llena de pánico antes de que estuviera del todo consciente. En los rayos de luz de la mañana que salían a través de la puerta trampa, solo podía ver los rasgos de Dorothea: estaba sonriendo.

—¿Qué? ¿Qué pasa?

—Escucha. ¿Puedes oírlos?

Hedy se sentó completamente erguida. El sonido venía de afuera…, de lejos, pero era suficientemente fuerte para penetrar las paredes y las ventanas. Era indiscutiblemente el zumbido palpitante de motores de avión. No de uno o dos, como estaban acostumbradas, sino de docenas o quizás veintenas. El ruido fue seguido por otro ratatatá de fuego antiaéreo más alto e intermitente. Hedy sacó las mantas de sus piernas y salió trepando por las vigas hacia la puerta trampa.

—Quiero verlos.

Dorothea asintió y bajó por la escalera al dormitorio que estaba debajo, con Hedy siguiéndola. Corrieron a la ventana. Dorothea abrió la persiana y luego descorrió la delgada cortina de tela; presionó la cara contra la ventana, tratando de detectar el movimiento de sus vecinos. Al descubrir que los patios traseros estaban vacíos, le pidió a Hedy que se acercara.

—Toma… —Tomó una toalla pequeña de su cama y se la entregó—. Envuélvete con esto el pelo, como si te lo hubieras lavado. Entonces, si alguien te ve, puedo decir que era yo y que cometieron un error.

Hedy lo hizo y, arrodillada en la cama, miró por la ventana a través del patio y hacia los fondos de las casas que estaban más allá. Los colores largamente olvidados del mundo exterior, incluso en un día nublado tan fuera de estación, reavivaron sus sentidos: ¡el esmeralda del césped cubierto de maleza, los sutiles azules y lilas de las nubes de lluvia! Pero el verdadero entusiasmo estaba en el cielo distante. Un escuadrón de aviones, como un grupo de insectos disciplinados en rígida formación, se dirigía hacia la costa francesa, seguido de otro y luego otro. Se sentó sin moverse por un momento, cautivada por la luz, el patrón y la complejidad, luego volvió a acomodar las cortinas.

—¿A qué hora empezó esto?

—Hace un rato, y no hay señales de que pare.

—Entonces, esto es… ¿La invasión aliada?

—No veo cómo pueda ser otra cosa.

Hedy apretó involuntariamente los puños y los dientes emitiendo un gruñido apasionado.

—¡Vamos, vamos! ¡Que estos bastardos la paguen! —Luego vio el gesto en la cara de Dorothea y, de inmediato, lo lamentó—. Ay, Dory, lo lamento.

Dorothea sacudió la cabeza.

—No te preocupes. Sé lo que quisiste decir. —Apurada, se abotonó el cárdigan, y Hedy vio que le temblaban las manos—. Voy al mercado, a ver qué puedo encontrar.

—¡Ten cuidado! —le dijo— Los *Jerries* van a estar nerviosos hoy.

Hedy, lavada y vestida, trató pero no pudo encontrar algo que la distrajera mientras esperaba el regreso de Dorothea. El tictac del reloj de la cocina perforaba el aire mientras caminaba por el pasillo; podía oír todavía el rugido lejano de motores de aviones y los disparos de las armas alemanas. Se moría por encender la radio en el armario, pero no se atrevió. No había nada para almorzar, pero estaba demasiado nerviosa para comer.

Por fin, poco después de las cuatro, regresó Dorothea, arrebatada de entusiasmo. Hedy la arrastró de inmediato a la cocina y la sentó a la mesa.

—¡Es una locura allá afuera! —La voz de Dorothea estaba cargada de agitación, y Hedy podía oír que su asma bullía debajo—. Todos los locales están sonriendo, ¡algunos incluso se han puesto escarapelas rojas, blancas y azules! Hay camiones llenos de alemanes que son llevados para que se encarguen de las bases de armas y que resguarden las barracas. Un hombre me dijo que habían bloqueado con alambre de púas algunos caminos de entrada y salida de la ciudad.

Hedy respiró profundamente, tratando de absorber toda la información, intentando imaginar la escena.

—Entonces, ¿*Jerry* cree que está en marcha un ataque aliado a gran escala?

—Probablemente. Están parando a muchas personas, peatones comunes y ciclistas, y les piden los papeles. —Los dedos de Dorothea golpeteaban nerviosamente en su falda—. ¡Hay tantos rumores! Algunos informaron sobre un barco norteamericano en la bahía de St. Aubin esta mañana, pero no tiene sentido. Una mujer me dijo que creyó haber visto al propio Churchill en un automóvil con el comandante de campo. Me parece que estaba medio loca —agregó con tristeza.

Hedy se estiró y palmeó la mano de Dorothea; estaba de color malva y tenía la temperatura de una piedra.

—Tenemos que mantener la calma. Habrá más noticias en la BBC esta noche. —Dudó—. Supongo que no lo viste a Kurt…

Dorothea sacudió la cabeza.

—No creo que pueda visitarnos los próximos días. Todos están en máxima alerta.

Pero poco antes de las nueve, justo cuando habían terminado su cena de macarrones hervidos y Dorothea estaba a punto de sacar la radio de su escondite, Hedy oyó los golpeteos de Kurt en la puerta. Con la cara gris y oscuros anillos debajo de los ojos, se sentó despatarrado junto a la mesa de la cocina y arrojó su gorra a la silla vecina, mientras las dos mujeres se quedaban de pie, demasiado nerviosas para sentarse.

—Es enorme… Quiero decir, masivo. Miles de desembarcos en las playas de Normandía, mucho apoyo aéreo. Tiene que ser el principio del fin.

—Entonces, ¿qué pasa ahora, quiero decir, aquí en la isla? —Dorothea, en la cocina, no podía quedarse quieta de la excitación.

Kurt sacó una copia del diario vespertino local de su bolsillo interior.

—Léanlo ustedes mismas.

Hedy tomó el diario y leyó en voz alta la declaración que dominaba la página principal:

—"El enemigo de Alemania está a punto de atacar suelo francés. Espero que la población de Jersey mantenga la cabeza, se quede tranquila y no cometa ningún acto de sabotaje o actos hostiles contra las fuerzas alemanas, aunque el combate se extienda a Jersey. Ante el primer signo de agitación o problemas, se cerrarán las calles a todo tipo de tráfico y se tomarán rehenes. Los ataques contra las fuerzas alemanas serán castigados con la muerte. Firmado: el comandante". —Hedy tuvo un escalofrío—. Parecen asustados. ¿Realmente esperan que los locales se rebelen?

—Dios sabrá —replicó Kurt—. Están tomando precauciones, enviando de regreso trabajadores no esenciales como enfermeras y personal de cocina. Y el personal de la universidad está durmiendo en las instalaciones en caso de un ataque nocturno, aunque no veo en qué podría ser beneficioso.

—Entonces, ¿no piensan rendirse?

—La mayoría de los soldados comunes que están aquí se rendirían felices, pero los altos mandos no lo tolerarán. Con las defensas que hemos reunido en los últimos dos años, podría ser un baño de sangre. —Se frotó los ojos como si tratara de alejar las imágenes—. Pero sospecho que los Aliados lo saben. Esa es la razón por la que no creo… —Se detuvo abruptamente. Hedy sintió que sus esperanzas se alejaban.

—¿No crees qué?

Kurt suspiró profundo desde las entrañas.

—Los Aliados tratarán de limitar sus pérdidas. Si yo fuera ellos, presionaría tratando de ganar terreno en el continente. Las Islas del Canal son pequeñas, después de todo. Tienen mucho tiempo para volver

por ellas más tarde, cuando hayan hecho retroceder más al enemigo.

De pronto, Hedy se sintió un poco inestable y se hundió en la silla restante.

—¿Estás diciendo que ellos solo… pasarán alrededor de nosotros?

—Muy probablemente.

—Pero, si eso sucede, las islas estarán completamente aisladas. No habrá comida o combustible de Francia ni de Inglaterra. ¿Cómo vamos a sobrevivir? —Sintió que un doloroso nudo se le formaba en la garganta —. Todos vamos a morirnos de hambre juntos.

Kurt le apretó la mano, pero no le aportó ningún consuelo.

—Exactamente.

—El sistema de teléfono público permanecerá suspendido. Una sección de la cárcel de la calle Gloucester estará reservada para los heridos, y se le colocará encima una bandera de la Cruz Roja. Las provisiones de comida serán sacadas de los depósitos de las afueras de la ciudad y traídas a las tiendas de la ciudad…

El barón von Aufsess hizo una pausa, leyendo anticipadamente el resto de la lista como si mentalmente estuviera seleccionando algunos de los ítems. Kurt, de pie a más de seis metros de él, juraba que había podido oír que el nuevo administrador en jefe emitió un pequeño suspiro. Luego el barón tosió y continuó, con su entrecortada voz aristocrática que retumbaba en todo el salón. Algo sobre la provisión de papas, y sobre la advertencia a los locales para que se mantuvieran alejados de las playas. Era todo lo habitual: proteger la guarnición, ignorar a la población, no rendirse.

Kurt dejó que su vista vagara. Más allá de las ventanas de la Casa de la Universidad, el sol estaba resplandeciente, las gaviotas se deslizaban en la brisa de verano y, un poco más lejos, los aviones aliados seguían surcando el cielo azul. Cada tanto se escuchaba el sordo ruido de uno de los cañones gigantes cruzando el Canal; la noche anterior el fuego antiaéreo había bajado a un piloto británico en Les Landes, y destruido dos casas.

El barón siguió enumerando las instrucciones y prioridades: todos los militares debían ser discretos, pero debían castigar hasta la más pequeña disconformidad; la deportación de todos los civiles a Francia no podía eliminarse en esta etapa. Kurt observó las caras demacradas alrededor de la sala, rígidas de tensión debajo de un barniz estoico, y se preguntaba a quiénes creían que estaban engañando. Era igual que los cines donde había visto de niño los filmes de Bela Lugosi, cuando todos los chicos apretaban las mandíbulas y fingían no tener miedo. El propio estómago de Kurt hacía días que estaba revuelto, y el agrio olor a sudor

y azufre en la sala le decía que no era el único.

Von Aufsess llegó al final de su lista y dio instrucciones a su asistente para que entregara las nuevas órdenes a cada sección. Kurt estaba encargado de verificar las condiciones de funcionamiento de todos los camiones dentro de su complejo, maximizando el potencial de transporte en caso de que surgiera la necesidad. Listo para irse, Kurt divisó a Wildgrube en el fondo de la sala. Como toda la policía secreta, estaba en la ocasión vestido con uniforme militar, la primera vez que Kurt lo veía de esa forma. Por su pavoneo al andar y el brillo en sus ojos, Kurt se dio cuenta de que el espía disfrutaba de la oportunidad de aparecer en público como un verdadero soldado, y estaba obligado a admitir que le daba al patán un aire genuino de autoridad. Esperando evitarlo en la multitud, Kurt se apuró hacia la puerta, pero en un minuto descubrió a Wildgrube junto a su hombro.

—Kurt, mi amigo. ¿Cómo está?

—Bien, Erich. Se ve muy elegante hoy.

Wildgrube jugó con sus puños.

—Todos debemos estar con lo mejor para enfrentar lo que tenemos por delante. —Kurt asintió, esperando que fuera el fin de la conversación. Había visto poco a Wildgrube desde su intento de intimidarlo en el complejo; Kurt esperaba que la falta de rastros, combinada con pocos efectivos, hiciera que la investigación fuera abandonada. Kurt había detectado al extraño asistente del policía secreto fuera de su alejamiento y había cancelado dos veces una visita a la avenida West Park por la sospecha de que lo estaban siguiendo, pero, en general, parecía que Wildgrube había encontrado otro pescado al que freír. Kurt le hizo al espía una sonrisa de cortesía y empezó a caminar, pero sintió un sacudón en el codo—. Por supuesto, hechos recientes necesitarán un poco de… limpieza.

—¿Limpieza?

—Viejos casos, problemas sin resolver. Tenemos que terminar con la carga del exceso de alimentadores en la isla. —¿Qué clase de mente, pensaba Kurt, dividía a la población humana en esas categorías?

—¿Entonces?

—Entonces, debemos asegurarnos de que no haya parásitos antiguos al acecho. Una cosa sobre mí, Kurt… —Hizo una mueca, una cobra que había divisado un ratón herido—. Me suelen elogiar por lo escrupuloso que soy con la limpieza. —Palmeó a Kurt en el hombro y desapareció por la puerta hacia el corredor.

Kurt lo miró irse con indiferencia. Wildgrube no tenía más información sobre Hedy ocho meses después de la que tenía a una semana de su desaparición… Solo disfrutaba del poder de la amenaza. Si hubiera descubierto algo nuevo, se habría complacido enormemente de arrastrar a Kurt al famoso edificio Silvertide para interrogarlo. Kurt

decidió que tenía suficientes cosas de qué preocuparse esta semana, peligros reales, inminentes, que eran mucho más importantes que la exasperante irritación de este idiota.

Emprendió el camino hacia la masa de franela gris en el corredor, pasando frente a otros oficiales, observando sus reacciones ante las novedades de esa mañana. Algunos estaban en silencio; otros optaron por simular cierta bravuconería, alardeando de que por fin verían algo de acción. Él metió las manos en los bolsillos como muestra de empeño y urgencia, e instantáneamente sintió el forro del bolsillo derecho, flojo durante un tiempo, que cedía bajo el peso, haciendo que su mano se deslizara por la capa interior. Se miró en el gran espejo en la recepción para ver si se notaba, y vio reflejado todo su cuerpo. La pérdida de peso hacía que el uniforme le colgara, parecía un escolar vestido con la ropa del padre. Había una mancha de grasa en la rodilla de sus pantalones, consecuencia de un raro trabajo de reparación de la semana pasada, que el lavado poco esmerado de la señora Mezec no había quitado. Y ahora notaba que le faltaba un botón a su chaqueta, lo que provocaba que la tela se abriera en lugar de formar una línea recta, elegante.

El Reich milenario, reflexionó con ironía, estaba literalmente deshilachándose.

—Pero mi parte favorita… —Los ojos de Dorothea brillaban de entusiasmo al recordar el momento. Sus palmas estiraban las páginas abiertas del álbum sobre la mesa—. Es donde ella abandona a Westley en el altar y corre hacia su auto. Es Peter al que ama de verdad, ¿ves?, y se da cuenta de que el amor verdadero es más importante que cualquier otra cosa.

—¿Y el padre lo aprueba? —Hedy trazó el contorno de la cara de Claudette Colbert con el dedo. Los bordes estaban empezando a despegarse por falta de pegamento fresco y su oreja derecha ya había desaparecido.

—¡Su padre es el que le dice que lo haga! Sabe que en realidad no ama a Westley, ¿ves?, y quiere que sea feliz. —Dorothea dio vuelta la página. Rayos de la luz dorada y rosada del atardecer entraban por la ventana de la cocina y se dirigían hacia la mesa, creando patrones en el desgastado papel y resaltando cada línea en la cara de Dorothea—. Cuando todo esto termine, te llevaré a verla. Es mi película favorita.

—Me gusta esa idea.

Hedy recogió los dos platos y las cucharas que habían usado para la comida nocturna de papas sin sal, y los llevó hasta el escurridor. Las papas estaban duras en el centro, y le cayeron pesadas; ahora que la provisión de gas se había cancelado y se veían obligadas a confiar en la

panadería comunitaria para cocinar, tenían que conformarse con que lo que trajera Dorothea al final del día estuviera cocido por completo.

—Dorothea, ¿alguna vez piensas en tus padres? —La pregunta salió de su boca antes de que tuviera tiempo de reflexionar, y lo lamentó de inmediato. Dorothea siempre evitaba cualquier referencia a su familia, dejando en claro que el tema estaba fuera de los límites. Pero Hedy había notado, en las últimas semanas, que las dos habían estado haciendo preguntas más directas, más personales de las que hubieran soñado hacer seis meses atrás. Quizás era la sensación de que el final de este extraño matrimonio obligado podía no estar muy lejos, aunque ninguna de las dos se atrevía a aventurar cómo podía terminar. Dorothea levantó los ojos del álbum.

—A veces.

—¿Alguna vez piensas en ir a verlos?

—Es una pérdida de tiempo. Mi padrastro no lo permitiría.

—¿Estás segura? Ha pasado tanto tiempo... —Un largo silencio. Dorothea lentamente dio vuelta otra página. Claudette Colbert dio paso a Katharine Hepburn posando con un Cary Grant vestido de traje.

—Kurt dice que muchas personas mayores están empezando a enfermarse por la escasez de alimentos y medicinas.

—Lo sé. —Un trozo de papel con las palabras *La adorable revoltosa*, en una letra adornada, romántica, se escapó por completo de su antiguo pegamento y cayó a la parte inferior de la página. Dorothea lo tomó y trató obstinadamente de ponerlo en su posición, sin éxito. Hedy regresó a su silla.

—Solo… sé que si tuviera la posibilidad de ver a mis padres una vez más, sin importar lo doloroso…

—Hedy, lo intenté. —Dorothea cerró con violencia el álbum; su voz sonó inesperadamente fuerte—. Fui allí en febrero, el día del cumpleaños de mi madre. Mi padrastro no se acercó a la puerta y dijo que si mi madre no entraba a la casa, terminaba con ella también. —Se achicó de pronto, avergonzada de su estallido—. Mi abuela les escribió, él rompió la carta. Como dijo…, estoy muerta para ellos.

Hedy colocó una mano sobre el brazo de Dorothea.

—Lo siento. No me lo habías dicho.

—Tienes suficientes problemas.

—Fue valiente que lo intentaras.

Dorothea alzó sus cejas cuidadosamente depiladas, reflexionó por un momento, y las dejó caer de nuevo.

—Amaba tanto a Anton, y realmente creí que era lo único que importaba. Pero ahora… —Miró hacia la ventana, y las últimas puntas de los rayos de sol colorearon sus ojos de un azul extraordinario—. Ahora no estoy tan segura. Al menos, Kurt y tú se tienen el uno al otro. A veces, cuando los veo juntos…

—Lo siento. No quisimos…

—No seas tonta, lo sé. Nunca tratarían de lastimarme.

Hedy sintió una ráfaga de culpa mientras unos cuantos recuerdos aparecieron en su mente: su resentimiento y su rechazo hacia Dorothea al principio, su esperanza de que Anton y ella cancelaran la boda. Dorothea debía de haber sentido al menos parte de eso; sin embargo, en esos ojos grandes y confiados no había ni una pizca de resentimiento. Hedy estaba a punto de comenzar a formular algún de tipo de disculpa en su cabeza cuando Dorothea se inclinó hacia atrás en la silla y comenzó a toser.

—¿Nos queda mostaza en polvo?

—No sé, ¿por qué?

—Estoy teniendo problemas para respirar.

Hedy corrió a la despensa y revolvió en los estantes buscando el frasco. En el fondo había una pequeña lata con una cucharada de mostaza en polvo dentro; la tomó y regresó al lado de Dorothea.

—La tengo. Dame un minuto.

Hedy sacudió un poco de polvo en una salsera. Agregó unas gotas de agua, revolviendo con los dedos hasta convertirlo en una pasta amarilla. Dorothea estaba recostada en su silla, con resoplidos cortos en su respiración y jadeando. Hedy le abrió la blusa y le frotó la pasta por el pecho. Dorothea se retrajo un poco y comenzó a sollozar.

—¡Quema!

—Lo sé. —Hedy mantuvo deliberadamente la voz baja y estable—. Pero te ayudaré. Trata de mantener la respiración regular. Cuenta conmigo… inhala en cinco, exhala en cinco. Uno, dos… —Su mente corría a toda velocidad. Si Dorothea se ponía azul o comenzaba a perder el conocimiento, ¿qué iba a hacer? Kurt no iría hasta el día siguiente, como mínimo. Pedir ayuda a los vecinos era imposible: Hedy nunca los había visto, mucho menos podía juzgar si confiarían en la aparición repentina de una extranjera en su calle—. Y cinco. Ahora lo mismo hacia afuera. Vamos, Dory, puedes hacerlo. —Buscaba un plan. Quizá podía arrastrarla hasta el camino de un vecino, golpear a la puerta y salir corriendo a la casa antes de que alguien la viera. Aunque, incluso así, las posibilidades de que ellos tuvieran alguna medicación para ayudarla eran casi nulas—. Y de nuevo. Lo haces muy bien.

Las respiraciones eran más cortas y tortuosas. En la luz declinante de la cocina, Hedy observó los rasgos de Dorothea, y vio que la sombra del color lila ceniciento que tanto temía estaba apareciendo en sus labios. Sus párpados estaban un poco caídos y comenzaba a desmoronarse sobre la mesa. Hedy la sentó de nuevo en la silla y la mantuvo erguida para mantenerle las vías respiratorias abiertas, acariciándole todo el tiempo el pelo y manteniendo un constante murmullo de aliento. Pero los minutos pasaban y la respiración sibilante se hacía más débil: Hedy

sabía que tenía que tomar una decisión.

—Dory, voy a tener que ir por ayuda. Solo trata de resistir. —Se dio vuelta para irse, pero sintió un repentino apretón en la muñeca. Por un momento, apenas pensó que podía ser Dorothea, tan fuerte era, pero la mantuvo en el lugar. Luego Dorothea, aferrándose a las respiraciones agotadoras mientras luchaban por hacerse camino a través de la niebla de sus pulmones, soltó las palabras:

—¡No! ¡Peligro!

—Lo sé, pero el hospital es el único lugar donde tenemos alguna posibilidad de ayuda.

El apretón de Dorothea, usando solo su pulgar y su índice, aumentó.

—¡No! ¡No vale la pena! —Extendió los dedos de la mano derecha y los estiró hacia la cara de Hedy—. Cinco minutos.

Viendo que la sugerencia le causaba más estrés y con miedo de que Dorothea no sobreviviera a su ausencia por más de unos minutos, Hedy se desmoronó en su silla, aterrada de estar tomando la decisión incorrecta. Dorothea arrastraba una respiración tras otra, con la cara arrugada por la concentración: cada inhalación era una guerra privada contra sí misma. Los minutos pasaban, los rayos dorados eran reemplazados por un resplandor azul y sombras púrpuras, y todavía Dorothea estaba sentada allí, con la cara gris, luchando, hasta que Hedy percibió que la respiración se iba soltando gradualmente y el apretón en su muñeca se iba haciendo más débil. Dorothea levantó un dedo de la mano blanda que tenía sobre la mesa para indicar que el cambio estaba en marcha y, en pocos minutos, un poco de color regresó a sus labios y su frente.

—Está bien.

El alivió subió hasta que alcanzó la garganta de Hedy.

—Gracias a Dios. Pero la próxima vez…

Dorothea sacudió la cabeza.

—¡No! ¡Nunca! Hemos llegado hasta aquí. Debemos llegar al final ahora. —Entonces fue el turno de consolar a Hedy cuando dejó caer el mentón al pecho y sollozó como un bebé.

La centolla, envuelta en papel de diario y luego en una funda de almohada rota, estaba tan presionada contra el costado de su cuerpo que Kurt podía sentirla retorciéndose. Había visto que el vendedor de pescado ató las pinzas con una fuerte soga, pero seguía siendo una experiencia inquietante sentir la criatura luchando contra los confines de su prisión humana. Le había costado una buena porción de su salario y de su penosa asignación de tabaco, pero nada de eso importaba. Kurt mantenía el brazo firme en su lugar mientras caminaba por Cheapside,

imaginando cómo se vería la cara de Hedy. No habría mayonesa, por supuesto; probablemente, tampoco pan. Pero el ingenioso artilugio que se le había ocurrido a Kurt en una visita reciente, que involucraba una vieja lata de pintura de metal suspendida sobre el fuego de la chimenea, les permitiría hervir la centolla en la casa, siempre que tuvieran suficiente leña, y la comerían del propio caparazón. Pensó en las dos mujeres partiendo las pinzas, sorbiendo la deliciosa carne, y sonrió.

En la esquina del camino, Kurt se obligó a admitir la sospecha que había estado en el borde de su conciencia durante varios minutos. Lo estaban siguiendo. Mirando alrededor como si chequeara el tráfico, examinó una figura visible involucrada en un tipo de actividad sospechosa, y echó una mirada al hombre de piloto y sombrero de fieltro, dándole vueltas sin sentido a un diario en una puerta. No podía definir si era o no Wildgrube –el sombrero sugería lo contrario–, pero la conducta ciertamente daba a entender que era uno de sus laderos. De todos modos, dirigirse directamente a la avenida West Park quedaba descartado. Kurt volvió a doblar en el pequeño parque, siguiendo el camino de pavimento hacia el centro y, de pronto, cambió de dirección hacia el extremo norte de Elizabeth Place. Si ese tipo lo estaba siguiendo, estos giros y contragiros lo iban a obligar a quedar expuesto. Kurt sabía que estaba limpio –el cangrejo había sido comprado legítimamente y no había nada sobre su persona que no pudiera ser explicado– y sobre esa base se sentía seguro de enfrentar al espía. Comenzó a preparar en su cabeza una respuesta aguda, que mostrara su indignación por el malgasto de los recursos al espiar a oficiales alemanes en su preciado tiempo libre.

Al salir del parque y dirigirse hacia la calle, se dio vuelta para mirar hacia atrás. El hombre lo seguía todavía, a cierta distancia, pero ahora no intentaba ocultar su intención. Se movía con lentitud, y Kurt pensó que quizá fuese como consecuencia de su mal estado físico en lugar de un subterfugio incompetente. Las últimas raciones habían sido atroces; quizá la tuberculosis, que ya estaba extendida entre la población local, estaba comenzando a infiltrarse en el reducto de la policía secreta. Se lo tienen merecido, los bastardos, pensó Kurt. Pero la idea le dio otra opción: apurar el paso y hacer una desaparición limpia.

Kurt aceleró hasta alcanzar una marcha rápida; sus piernas se movían como pistones sobre los adoquines. Al alcanzar la esquina de Parade, hizo un giro veloz a la izquierda y trotó pasando las casas adosadas. Sabía que pronto a la izquierda aparecía la entrada al pasaje que corría paralelo a los patios traseros de la avenida West Park. Si lograba poner suficiente distancia entre ellos, podría desviarse allí antes de que su perseguidor se diera cuenta de adónde había ido. Pero cuando estaba a punto de hacer eso, miró detrás de él y vio que la figura todavía estaba siguiéndolo.

Kurt recalibró. Ya estaba demasiado cerca de la casa. No estaba más allá del poder o la voluntad de los compinches de Wildgrube dar vuelta toda una calle, si pensaban que podían encontrar algo que les diera algún crédito o un ascenso. Decidió regresar a su plan original y confrontar al espía: desde aquí, se veía agotado, lo que le dio a Kurt una ventaja adicional. Tiró los hombros hacia atrás y se estiró cuan alto era; caminó hacia donde el hombre estaba ahora parado bastante abiertamente en la calle, con el brazo estirado contra una pared cercana en busca de apoyo y la respiración agitada. Su cabeza estaba hacia abajo en un intento por recuperarse. Kurt usó su tono más desagradable.

—¿A qué diablos piensa que está jugando? —Cuando el hombre levantó la cabeza, Kurt se sorprendió. Hacía más de dos años que había visto esos rasgos arrugados, pero, a pesar de la pérdida de peso y el envejecimiento significativo, lo reconoció enseguida—. ¡Doctor Maine!

—Lo siento… —El médico hizo un gesto con la mano para indicar que necesitaba un momento, luego se irguió—. Habría ido directamente a la casa de la señorita Le Brocq, quiero decir de la señora Weber, pero no estaba seguro de la situación. Uno no quiere atraer una atención innecesaria en circunstancias delicadas, ¿me entiende? —Kurt asintió—. Entonces lo reconocí cuando caminaba por Cheapside, y sospeché que podría dirigirse hacia allí.

—¿Ha ocurrido algo? —Kurt miró a su alrededor, ansioso; no había nadie en la calle, aunque temía que algunos pares de ojos estuvieran mirando a través de las cortinas en ese mismo momento.

Maine asintió.

—Me temo que sí. —Sus exhaustos ojos marrones miraron a Kurt desde debajo del ala del sombrero—. Algo muy serio.

—Pero yo no conozco a este hombre. No entiendo.

Dorothea estaba en el borde de su asiento, con los dedos en la boca, masticando lo que le quedaba de uñas. Hedy los miraba a ella y a Kurt, tratando de controlar el violento golpeteo de su corazón. La centolla yacía olvidada en el fregadero de la cocina, retorciéndose e intentando liberarse aprovechando el aplazamiento de su ejecución.

—Fintan Quinn fue llevado por la policía secreta la semana pasada para volver a interrogarlo, parte de la política de "limpieza" de Wildgrube —explicó Kurt—. Deben de haber encontrado una forma de poner presión sobre él, porque esta vez les dio el nombre del médico, vinculándolo con el robo de cupones. Al día siguiente, lo llevaron a Maine también para interrogar. —Hedy pensó en el médico amable y exhausto en una celda de interrogatorio, y cerró los ojos horrorizada—. Maine no les dijo nada, por supuesto —continuó Kurt—, y no tienen

evidencia, así que quedó limpio. Pero chequearon su lista de pacientes y encontraron el nombre de Dorothea. Ahora están tratando de unir los puntos, con la esperanza de que esto los lleve hasta Hedy.

Hedy tragó con dificultad.

—¿Entonces planean buscar aquí?

—Maine no estaba seguro… Lo que escuchó fue a través de una puerta en el corredor y su alemán no es tan bueno. Pero cree que escuchó la palabra "*Freitag*".

—¡Viernes! ¡Eso es esta noche! —Los ojos de Dorothea estaba llenos de pánico.

—Por eso, no tenemos tiempo que perder.

—¿Deberíamos poner a Hedy en el altillo?

Hedy sintió náuseas. La habitación daba vueltas a su alrededor. El momento había llegado. Había dejado de ser una persona; ahora era un inconveniente, un problema viviente del que se hablaba y al que se escondía como una radio ilegal o una pistola. Abrió la boca para hablar, pero nada salió.

—El altillo es demasiado peligroso para una búsqueda dirigida —estaba diciendo Kurt—. Será el primer lugar donde van a buscar.

—Pero ¿dónde más puede ir? Si Maine también está bajo sospecha…

—Creo que tengo una idea —interrumpió Kurt—. Primero, tenemos que sacar el equipo inalámbrico de la casa. ¿Hay alguien a quien puedas dejárselo?

Dorothea asintió.

—Mi abuela. Podría esconderlo en el cobertizo de su jardín.

—Llévatelo ahora en la carretilla. Asegúrate de cubrirlo: hojas, una vieja manta, cualquier cosa. Ve ahora, mientras el primer turno está cambiando; las calles estarán tranquilas. —Luego Kurt se dirigió a Hedy y la miró fijo a los ojos—. Y tú…, tú, necesitas vestirte.

—¿Vestirme?

—Es peligroso, pero es lo mejor que puedo pensar. Y quizá funcione. —Se inclinó y reveló una bolsa de arpillera que había traído con él; desató las tiras mientras hablaba—. Quiero que te pongas esto.

Hedy observó cómo Kurt sacaba el contenido de la bolsa y apoyaba las prendas sobre la mesa de la cocina. Oyó que Dorothea se quedaba sin aliento, y sintió que las piernas se le aflojaban.

—Kurt, no puedes hablar en serio. ¿Estás loco?

Sobre la mesa estaba el uniforme gris verdoso de lana de un sargento de la *Wehrmacht*.

Capítulo 11

—¿Qué te parece?

Hedy echó una mirada a Kurt, luego al pedazo aserrado de espejo delante de ella. Estaba ubicado sobre un taburete, apoyado contra la pared del dormitorio de Dorothea, y el ángulo la hacía verse incluso más baja. Observó su nuevo aspecto –la chaqueta pesada con sus brillantes botones de metal, los pantalones sueltos con la parte de abajo ajustada y los fondillos reforzados– y se maravilló del poder imaginario que podía deducirse de un conjunto de prendas. Pensó en los soldados en los campos de concentración, con esta misma ropa, creyéndose superhombres, una especie superior. Lo único que veía era una muchacha judía, flaca como un palo, jugando un desagradable juego de disfraces. Hizo una mueca.

—Fue lo único que pude conseguir… Lo dejó un sargento en nuestro alojamiento hace unos meses. Por suerte, era un tipo pequeño.

—¡No lo suficiente! Nadie va a creer que soy un soldado. —Giró hacia él, ahogada por el terror que estaba acumulando—. Kurt, esto nunca va a funcionar.

Le tomó la cara entre las manos.

—Es nuestra mejor chance. Esta administración está atrapada en su propia lógica… Si decide que algo es imposible, ya no lo ve como una amenaza. Esconderse a plena vista es la única cosa que no estarán esperando. —La besó apenas en los labios—. Ponte la gorra, eso hará toda la diferencia.

Hedy tomó la gorra y se la puso en la cabeza, acomodando el pelo alrededor de los lados.

—¿Mejor?

—Todavía se ve mucho pelo. Lo siento, mi amor, pero va a tener que irse.

Hedy asintió sin hablar. No era el momento para perder tiempo con discusiones. En minutos, Kurt volvió con las tijeras de cocina de Dorothea, las únicas en la casa, y comenzó a cortar. Hedy mantuvo los ojos en la cara de Kurt mientras él trabajaba, sabiendo que su expresión calma era una mentira. Fue cortando metódicamente alrededor de su cabeza, sonriéndole cada tanto para que se sintiera segura. Hedy pensó en la mañana, cuando había pasado una hora sobre el fregadero de la cocina, lavando sus amados bucles con una barra de jabón de mala calidad que hacía tanta espuma como una piedra pómez. Qué lejano parecía. Incluso el movimiento frenético por la casa apenas dos horas atrás, tratando de eliminar toda señal de su presencia, metiendo el resto

de sus ropas en el armario de Dorothea y sacando el colchón del altillo para colocarlo en el cuarto de atrás, parecía algo lejano. La vida ya no podía medirse en días o semanas, sino en minutos. La hizo hipersensible a cada imagen, cada sonido y cada color; sin embargo, al mismo tiempo, estaba como extrañamente adormecida.

Sentía sus rizos caer sobre los hombros y deslizarse hasta el piso, mientras Dorothea, todavía sin aliento por la corrida a la casa de su abuela con el equipo de radio, se apuraba por hacer desaparecer la evidencia en una vieja pala de metal. Luego Kurt mojó su rasuradora en un tazón de agua fría, y Hedy se quedó completamente inmóvil mientras él la pasaba por la nuca y alrededor de las orejas, hasta que no hubo nada más que piel desnuda y erizada. Una o dos veces la rasuradora la pellizcó y ella parpadeó, pero no se quejó; Kurt presionó en las pequeñas heridas con su pañuelo, hasta que la sangre se detuvo. Cuando terminó, la besó con ternura en la frente, le volvió a colocar la gorra en la cabeza y la llevó hacia el espejo. Hedy inspiró profundamente. Kurt tenía razón: la pérdida del pelo hacía toda la diferencia. Ante ella había un joven soldado del ejército alemán, delgado y mal alimentado. El uniforme era grueso y caluroso, pero podía sentir que todo su cuerpo temblaba.

Kurt, que estaba detrás de ella, la abrazó.

—Qué suerte que eres tan bonita, ¿no?

Hedy forzó una sonrisa.

—Debemos irnos.

Kurt apoyó una mano consoladora sobre el hombro de Dorothea.

—Déjanos una señal en la puerta trasera. Si está abierta, sabremos que no han llegado todavía o que todavía están en la casa.

Dorothea asintió sin pestañear.

—Buena suerte.

Al salir al patio, Hedy sintió una ráfaga de sensaciones. La frescura de la brisa del final del verano, la luminosidad del atardecer que se acercaba y los olores que surgían de la calle eran abrumadores. Asfalto, excremento de caballo, un pino distante, sal marina, diésel…, Caminaron enérgicamente hasta el final del pasaje y se dirigieron a la calle. La experiencia la mareó. La vastedad del cielo, la extensión aparentemente infinita del camino… ¿cómo había podido lidiar alguna vez con ese grado de exposición? A lo lejos, apenas visible, estaba la bahía de St. Aubin y la inmensa apertura del Canal. Pensó en su profundidad, llena de rocas y criaturas, y en barcos armados. ¿Cómo alguien navegaba todo este espacio, manejaba esta cantidad de vulnerabilidad? Sus pies parecían plantados donde estaba parada, pero Kurt le dio un empujón firme en la espalda, impulsándola lejos de la casa y, en ese momento, ella comprendió la situación y permitió que él tomara el control. Lo único que rogaba era que, pasara lo que pasare, no

lo decepcionara.

Caminaron por Parade. Era estimulante pero agotador caminar hasta ahora en línea recta, sentir que sus pies volvían a cubrir una distancia sobre el pavimento, en especial calzados con las poco familiares botas alemanas. Nunca antes había usado pantalones, y la sensación de la tela entre las piernas era peculiar. Trató de relajarse dentro del uniforme, de caminar con peso y propósito, como un hombre. Pero los ruidos la mantenían alerta, aunque la noche estaba tranquila. Un motor a lo lejos, alguien que gritaba desde una ventana, pájaros en los árboles, un avión distante. ¿Qué daño permanente a sus órganos sensoriales, se preguntaba, le habían hecho todos esos meses alejada del mundo? ¿Volvería alguna vez a ser la misma?

—¿Adónde vamos?

—Nos mantendremos en los caminos laterales —replicó Kurt—, donde está tranquilo.

Ansiaba mirar a su alrededor, pero mantenía la cabeza gacha y dejaba que Kurt tomara todas las decisiones. Uno o dos locales que regresaban a casa a tiempo para el toque de queda cruzaron el camino para no pasar demasiado cerca. Hedy luchó contra su deseo de espiarlos, de mirar los contornos de una cara humana que no perteneciera a Kurt o Dorothea. Sin embargo, trató de enfocarse en el esfuerzo de poner un pie delante del otro. En un minuto, jadeaba pesadamente.

—Kurt, estoy muy cansada.

—Lo sé. Vamos a caminar hasta el parque; allí podemos sentarnos un minuto, pero solo un minuto. ¿De acuerdo?

Lo miró por debajo de su gorra. El foco de Kurt estaba firmemente en la media distancia, sus ojos rastreaban cualquier peligro potencial.

—¿Kurt? ¿Tú sabes que te amo? —Una sensación de terror se estaba forjando en su interior. Si este plan fracasaba, había una sola certeza: ocurriría en segundos, y nunca volvería a ver a Kurt.

—También te amo, mi amor. Ahora, basta de charla.

Llegaron a Parade Gardens y encontraron un banco. El sol había caído y el viento desparramaba los primeros puñados de hojas amarillentas por el césped. En el camino opuesto, aparecían uniformes alemanes en las esquinas de a dos o tres y luego desaparecían para ser reemplazados por unos nuevos. Cuando Kurt divisó dos jóvenes soldados dirigiéndose hacia el parque, se puso de pie y le indicó a Hedy que debía seguirlo.

—Estar sentado es una invitación a conversar. Tenemos que seguir moviéndonos.

—¿Y si alguien se dirige a mí directamente?

—No hay razón para que ocurra. Vamos.

Caminaron por Parade y doblaron en una pequeña red de calles que cruzaba esa sección de la ciudad.

Allí, las puertas de entradas de las casas abrían al angosto pavimento, de modo que no había más que un par de metros entre alguien sentado en su sala de estar que quisiera mirar por la ventana. Su proximidad era perturbadora, y Hedy mantuvo el mentón presionado contra el pecho, pero al menos no había nadie en la calle. Cuando habían completado un par de circuitos, Kurt miró ansioso a su alrededor.

—Tenemos que seguir. La gente sospechará si ven los mismos dos soldados alemanes que pasan una y otra vez.

Marcharon decididos hacia adelante. Cuando cayó la oscuridad, cortaron por Val Plaisant, cruzaron Rouge Bouillon y comenzaron a subir por la colina Trinity, donde la ciudad terminaba y daba lugar a caminos sinuosos de tres carriles.

Kurt se detuvo.

—No hay nada por aquí…, continuar parecería sospechoso. Volvamos por el lado norte de la ciudad.

Los pies de Hedy estaban palpitando.

—¿Cuánto tiempo más?

—Es probable que envíen la partida de búsqueda poco después del toque de queda. Un par de horas más al menos. —Hedy hundió los dientes en el labio inferior. "No lo decepciones", se dijo una y otra vez.

Siguieron caminando por la colina St. Saviour, luego de nuevo hacia el sur hacia el parque Howard Davis. Los últimos destellos de luz se habían desvanecido, y cuando el cielo se volvió completamente negro, el sonido de los aviones se hizo más fuerte y frecuente: bombardeos nocturnos de los Aliados, supuso Hedy. Se esforzó por escuchar la respuesta de fuego, pero no oyó nada, solo el sonido distante de grupos de alemanes que hacían ejercicios, practicando para un ataque terrestre. Sus piernas parecían moverse de manera independiente, balanceándose debajo de ella como sogas de una muñeca de madera. "Todo va a estar bien —se dijo—. Solo un poco más".

No bien doblaron en la esquina de Colomberie, los vio. Tres suboficiales, todos de uniforme, empujándose entre sí en la calle. Sintió que Kurt trataba de guiarla hacia el otro lado, pero mientras hacía eso, una voz en alemán retumbó en la calle tranquila.

—*Haben Sie Feuer, Leutnant*?

Estaban lo suficientemente cerca para percibir que los hombres que pedían fuego habían estado bebiendo. Hedy vio que los hombros de Kurt se ponían rígidos dentro de su uniforme, y comprendió su situación. Si decía que no, sin importar con cuánta alegría, y seguía caminando, los hombres estaban tan borrachos que podían ofenderse. Si decía que sí y les daba un preciado fósforo, sería imposible evitar una conversación. Vio una leve señal de Kurt con los dedos, que le indicaba que debía quedarse donde estaba, y observó cómo se adelantaba, tanteando en su bolsillo en busca de fósforos.

—Esto me costó tres marcos… ¡Mejor que se encienda de una! —La sonrisa relajada y los modos cordiales de Kurt la asombraron. Podía estar en cualquier bar, en una noche con amigos. Lo vio encender el fósforo y los tres se inclinaron hacia adelante con sus cigarrillos enrollados, protegiendo la llama de la brisa. Volutas de humo azul se elevaron en el aire y agradecieron con una sonrisa. Entonces, cuando Kurt estaba a punto de alejarse, ocurrió.

—¿Qué está haciendo con su compañero esta noche, señor?

La respuesta de Kurt fue clara y segura.

—Solo salimos por un trago.

—Llévenos con usted, señor. Se nos terminó la botella y todos nuestros lugares habituales están cerrados.

Kurt fingió una carcajada.

—¡Lo siento, soldado! No puedo ayudarlo con eso.

Los ojos de Hedy miraban hacia abajo y a lo lejos, como distraídos. Pero luego, el más alto de los tres, un cabo, se dirigió a ella.

—¿Y usted, sargento? ¿Nos compra una cerveza?

El pánico burbujeó y explotó en su estómago. Estaba todavía a suficiente distancia, quizás unos cinco metros, para mantener la ilusión en la oscuridad, pero sabía que, si abría la boca, todo terminaría. No habían tenido tiempo para prepararse para esta eventualidad… Ahora dependía de ella cómo salir de esta. Su cerebro corría como una máquina sin control. Pensó en Roda. Las sonrisas en la frontera, la confianza, el carisma. Se trataba de crear una historia y convencer a los otros de su verdad. En ese segundo, apareció una idea en su cabeza. Se inclinó hacia la derecha, lo suficiente para perder el equilibrio y trastabilló un poco, rezando a cualquier dios que pudiera estar mirando que Kurt entendiera la pista. Durante un momento prolongado, terrible, pensó que él se la había perdido. Luego escuchó su voz.

—Me temo que el sargento ya tomó lo suficiente. No puede soportar la bebida.

Recordando imágenes de su primo borracho en antiguas fiestas familiares, Hedy levantó una mano hacia el grupo como disculpándose, luego la dejó caer a su lado, mientras se balanceaba y daba un paso al costado. El silencio que siguió pareció eterno, suspendido en el aire, y Hedy temió haber sobreactuado.

Entonces Kurt debió de haberles dado de algún modo permiso para reaccionar, porque la risa surgió ronca y rápida, combinada con comentarios burlones.

—¡Sargento, se ve flojo!

—¡Va a sentirse mal mañana, sargento!

—¿Ya todo le da vueltas?

Ahora el cabo estaba palmeando a sus compañeros en el hombro, y los otros le devolvían golpes con el hombro, tirando hacia atrás la

cabeza, disfrutando de la broma. Kurt se acercó de nuevo a Hedy y le dio un duro golpe en el hombro. Manteniendo el personaje, Hedy volvió a tambalearse. Esta vez, Kurt la tomó del brazo como si la estuviera sosteniendo y la guio por el camino, diciendo por encima del hombro mientras se alejaba:

—Que tengan una buena noche, caballeros.

Los gritos aturdidos de la risa de los soldados que subían hacia el cielo nocturno fueron música en los oídos de Hedy mientras se alejaban. Cuando la adrenalina bajó y comprendió lo que acababa de pasar, Hedy supo que apoyarse en Kurt ya no era parte de la representación, sino una necesidad física. Siguieron andando, pasaron por las tiendas cerradas y

las vidrieras oscuras de la ciudad. La respiración de Hedy se estaba agitando, con jadeos irregulares, y la energía nerviosa de Kurt atravesaba las capas de su uniforme. Pasaron varios minutos antes de hablar, asegurándose de que ninguna de sus palabras fuera arrastrada por la brisa nocturna. Cuando él habló, fueron las palabras más emocionadas que ella hubiera escuchado alguna vez.

—Dios mío, querida. ¡Bien hecho!

Para el momento en que llegaron a la esquina de la avenida West Park, ya era medianoche. Kurt le indicó que se quedara atrás, en las sombras de la entrada de una tienda mientras él iba a verificar que todo estuviese seguro. Un momento después, regresó y le hizo una seña, y ambos se introdujeron en el pasaje y luego en la parte trasera de la casa.

Dorothea estaba de pie en la sala del frente, con lágrimas de frustración en los ojos. La casa era un desastre. Las sillas estaban dadas vueltas, los contenidos del altillo y la tapa de su puerta yacían en una pila al pie de las escaleras. Había astillas de vidrios rotos por todas partes.

—¿Cuántos eran? ¿Hicieron mucho daño? —preguntó Kurt, preocupado.

Dorothea asintió.

—Cuatro soldados. Sacaron todo de los armarios, dieron vuelta las camas. Rompieron mi última tetera… Nunca podré reemplazarla.

Hedy la abrazó.

—Lo siento mucho, debes de haber estado aterrada. Pero te ayudaremos a poner todo de vuelta donde estaba. Lo que importa es que no encontraron nada. —Sintió que

Dorothea se contraía y dio un paso atrás—. ¿No encontraron nada, verdad?

Los dedos de Dorothea volaron hacia su cara, y comenzó a golpetear su piel para consolarse.

—Lo siento mucho… Pensé que había barrido por todas partes, pensé que había sido tan cuidadosa… Es mi culpa. —Comenzó a balbucear a

medida que las lágrimas corrían, ahogándola.

A pesar del terror que la invadió, Hedy se obligó a preguntar:

—¿Qué encontraron?

—Un botón, bajo la mesa de la cocina. Un botón de una chaqueta del uniforme alemán.

Hedy lo miró a Kurt, cuya cara había perdido todo el color.

—No es tu culpa, Dorothea, es mía. Sabía que se me había perdido el botón, pero nunca pensé que estaría aquí. *Scheisse!*

Hedy se sacó la gorra y se acarició la nuca afeitada.

—¿No creerían que era de Anton?

—Eso es lo que les dije, pero pienso que no me creyeron. Se ha marchado hace tanto tiempo… —Levantó la vista hacia Kurt, parpadeó, tratando de agarrarse a un clavo ardiendo—. Eso no prueba nada, ¿no?

Kurt se apartó un mechón de pelo de la cara.

—No, pero Wildgrube indagará. Ha estado buscando por meses algo para conectarme con Hedy.

—¿Crees que van a volver? ¿Tenemos que volver a salir?

Para su alivio, Kurt sacudió la cabeza.

—No esta noche, pero volverán, mañana o pasado mañana o la próxima semana. Y la próxima vez no tendremos

una advertencia. Lo que necesitamos es algo que ponga a los bastardos fuera de la escena para siempre. Pero no tengo idea de cómo.

Hedy se estiró y le tocó el brazo.

—Hay algo que podría funcionar.

La muchacha que servía detrás de la barra era joven, probablemente no tenía más de diecisiete años, pero tenía la cara agobiada de una mujer de cuarenta. Kurt, revolviendo las últimas gotas de su ronda de brandy en el fondo de un vaso mugriento, se preguntaba qué circunstancias la habían obligado a aceptar este trabajo. Quizá su padre estaba sin empleo, como muchos de los hombres locales, y la familia aprovechaba cada penique para pagar la comida en el mercado negro. Tal vez sus padres estaban muertos y trataba de mantenerse a sí misma y a sus hermanos. Como fuere, la muchacha estaba luchando por esconder su desprecio por los oficiales libertinos y ruidosos que visitaban el lugar esa noche, rayando con las patas de sus sillas el piso de madera y dejando que las colillas de sus cigarrillos hicieran agujeros en el tapizado blando. ¿Cuál era la expresión francesa? *Fin de siècle*. Kurt los observaba beber y reírse de bromas que habían repetido cien veces. La raza superior, pensaba amargamente mientras terminaba los restos de su brandy. Qué chiste.

Kurt analizaba la escena. Fischer estaba apoyado en un sillón de un

cuerpo en el rincón más oscuro, hundido en una conversación con dos oficiales de alto rango de la Casa de la Universidad; sus voces habían bajado aún más el volumen cuando Fischer se dio cuenta de que Kurt intentaba captar retazos de su conversación. Pero esos tipos no estaban en su foco esa noche. Su blanco bebía junto a la ventana, con algunos compinches de la policía secreta. Wildgrube hacía tiempo que había dejado de lado cualquier simulación respecto de la verdadera naturaleza de su trabajo, y ahora parecía disfrutar de presumir de él. La presencia de los otros espías le dio a Kurt la seguridad que necesitaba… Haría su tarea mucho más fácil.

Todos estaban allí esa noche. Era lo que quedaba del club para oficiales y la clientela "aprobada" que todavía tenía una provisión regular de brandy francés, en parte porque el jefe de la policía secreta, un famoso comerciante del mercado negro, frecuentaba el lugar. Hasta todavía era posible conseguir un poco de pan y queso algunas veces, aunque las porciones se habían reducido a menos de la mitad. Kurt observó que Wildgrube se servía otro trago, pero notó que mantenía un grado inusual de decoro y control esta noche, sorbiendo en lugar de tragando y, ocasionalmente, echándole a Kurt lo que consideraba miradas sutiles y escrutadoras. Kurt golpeó el vaso sobre la barra lo bastante fuerte para que Wildgrube oyera, cruzó la sala hasta el área donde el espía estaba de pie y lo miró.

—Bueno, si no es el gran hombre en persona.

Wildgrube observó a Kurt de arriba abajo, tratando de medir su estado de ánimo.

—Teniente…

—¿Hizo algún buen arresto últimamente?

Wildgrube miró a su alrededor, ya furioso por esa falta de respeto.

—¿Disculpe?

Kurt se acercó más, usando la diferencia de altura para intimidar al espía.

—No sea reservado, Erich. Pensé que estaba orgulloso de su trabajo.

Wildgrube dio un paso hacia atrás, tratando de lograr cierta distancia.

—Estoy seguro de que todos estamos orgullosos de cómo servimos al Reich.

—Entonces, escúpalo. ¿Dio vuelta algunas casas buenas? ¿Destrozó algo? Porque sé cuánto les gusta a sus hombres hacer eso. —La boca de Wildgrube se convirtió en una delgada línea. Sus labios eran demasiado rosados para su cara pálida.

—Si tiene algún problema con mi departamento, teniente, le sugiero que recurra a los canales adecuados.

—No, creo que prefiero decírselo en la cara. Debe de ser un momento excitante para usted, ahora que estamos alejados del resto del mundo. La oportunidad de ocuparse correctamente de los locales. No importa

que no hayan hecho nada, ¿verdad? Tenemos que mostrarles quién manda, ¿no es cierto?

—Lo digo en serio, Kurt. Este no es el momento ni el lugar. Le sugiero que vaya a su casa antes de que se meta en verdaderos problemas.

Kurt se inclinó hacia él, tan cerca que pudo oler el aliento acre del hombre.

—Me voy. No me gusta mucho la atmósfera aquí. Pero lo estaré observando, Erich… muy, muy de cerca.

Y con eso, Kurt se dio media vuelta y salió de la sala, empujando a un joven oficial del camino mientras lo hacía.

Una vez afuera, Kurt respiró profundamente el aire de la noche, luego se deslizó a una puerta cercana y encendió un cigarrillo. Esperó otros treinta segundos, luego empezó a bajar por el camino a un paso moderado. En la esquina, miró en ambos sentidos si venía tráfico: había pocos vehículos oficiales en este momento, pero le dio una excusa para echar una mirada hacia atrás. Allí, donde sabía que iba a estar, se encontraba Wildgrube, con la gorra sujeta debajo del brazo, cerca de la sombra de los edificios para mantenerse oculto. A su lado, había dos oficiales de bajo rango de constitución robusta, a la espera de que Kurt avanzara un poco más por el camino.

Kurt arrancó en dirección a Cheapside, resistiendo la tentación de volver a mirar atrás. Su corazón latía a martillazos. Debajo de su chaqueta, el sudor le hormigueaba en la piel y caía en gotas que le hacían picar la espalda. Su mente se sentía calma y precisa, pero su cuerpo se deleitaba en recordarle que, cuando se trataba del despreciable miedo, el cuerpo siempre ganaba. Pensó en Hedy y se permitió una pequeña y oscura sonrisa. El amor. La locura a la que arrastraba. Porque esto, sin duda, era una verdadera locura.

Hedy cerró los ojos, respiró profundo y trató de concentrarse en un pensamiento que la consolara. Pero elegir uno era más difícil de lo que había anticipado. La cocina cálida en la antigua casa de su familia era una imagen muy dolorosa… Las caminatas por la costa que había hecho con Anton también eran un cruel recordatorio de lo que había perdido. Al final, se decidió por ella y Kurt juntos en una cama cálida, en alguna habitación vaga, indefinida, en algún momento en el futuro, el olor de él en su nariz, los brazos apretándola contra su cuerpo. Si podía enfocarse en esto, se decía, quizás el dolor físico y el horror podían retroceder.

Torció el cuerpo un poco, tratando de liberar la presión. El espacio estaba frío y húmedo. Había poco más de cinco centímetros arriba de su cabeza, las tablas la sujetaban, como en un ataúd, y la mantenían casi

inmóvil. Hasta el movimiento más minúsculo hacía que una vigueta se incrustara en su carne o una astilla afilada se metiera por las ropas y le llegara a la piel; también aumentaba el riesgo de que cayera directamente a través del yeso del cielorraso que estaba debajo. Estirar una pierna, o incluso su columna un poco, era imposible. Cuando Dorothea le había anunciado que era la hora y había atornillado la última plancha del piso arriba de su cabeza, la oscuridad absoluta y el aislamiento la sumieron en tal pánico que, durante un momento, Hedy pensó que iba a morir de miedo. Pero se dijo una y otra vez que no era en realidad tan diferente en el altillo con el que había aprendido a luchar durante los últimos diez meses; si podía controlar la respiración y mantener el polvo lejos de la nariz, estaría muy bien.

Había una salvación: las pequeñas brechas entre las tablas de madera le permitían oír algo de lo que estaba ocurriendo en el dormitorio de abajo. Le daban una sensación de conexión con el mundo, y calmaban su claustrofobia. Y sabía que no tendría que esperar mucho. En algún lugar en la planta baja, oyó que se abría y se cerraba la puerta de entrada. Luego, hubo pisadas en la escalera, seguidas de los sonidos indistinguibles de personas que se movían por una habitación. Un momento después, oyó que los viejos resortes de la cama de Dorothea crujían y gruñían mientras se contraían bajo el peso de un cuerpo humano. Hubo algunos susurros –breves frases nerviosas intercambiadas en secreto–, luego, todo quedó en silencio de nuevo. Todos, parecía, estaban escuchando.

Hedy cerró los ojos, tratando de adivinar cuánto tiempo había pasado. Solía jugar este juego de niña en su escuela, forzándose a no darse vuelta y mirar al reloj en la pared, haciéndose apuestas consigo misma. Si adivinaba la hora correcta dentro de un margen de cinco minutos, entonces, papá la llevaría a tomar un helado el domingo; si se equivocaba por más de diez, tendría que caminar a casa a través del sector de ortigas al lado del camino de la escuela. Se había vuelto bastante buena en eso. Calculaba que había pasado más de media hora desde el último ruido discernible. ¿Seguramente no podía haber pasado mucho más? Para que esta idea funcionara, entonces, ellos…

CRASH.

El sonido fue tan impresionante que hizo que Hedy saltara, estremeciendo su cuerpo contra las viguetas. Su corazón palpitaba como un timbal y apretó los ojos cerrándolos aún más. Habían llegado.

El ruido de la puerta forzada debió de haberse oído a cuatro casas de distancia, Kurt se incorporó en los codos, con la cabeza contra las barras de la parte superior de la cabecera, y miró a Dorothea, cuyo rostro

ceniciento casi era indistinguible del color de la almohada que tenía detrás. Instintivamente, puso las mantas más arriba y más ajustadas alrededor de la parte superior del cuerpo, horrorizada por su propia desnudez, con los ojos muy abiertos por el terror. Kurt verificó que sus pantalones estuvieran correctamente tirados en el centro del piso, luego miró el espacio que había entre ellos. Con un gesto de disculpa de la boca, se acercó un poco más a su cuerpo, y Dorothea asintió comprendiendo. No tenía sentido haber llegado tan lejos y no hacer que la imagen final fuera realista.

Estaban quietos, escuchando las fuertes pisadas que corrían por la planta baja y luego aporreaban las escaleras. Kurt cerró los ojos durante un segundo, y respiró profundamente cuando la puerta del dormitorio se abrió de un golpe. Wildgrube estaba de pie en la puerta, las sombras de sus dos enormes asistentes lo seguían detrás. Sus mejillas, rosadas por el aire de la noche, resaltaban el brillo de triunfo en sus ojos. Cuánto tiempo había soñado este momento, se preguntaba Kurt, fantaseando con cerrar las esposas alrededor de sus muñecas y tirando todo el archivo en el escritorio del jefe. Pero, incluso ahora, esos ojos estaban enfocados en Dorothea, comparándola con la fotografía de Hedy que el espía tenía en su cabeza y sintiendo que algo había salido tremendamente mal. Su cara le recordó a Kurt un libro que tenía de niño, donde una historia visual surgía mágicamente al pasar las imágenes

rápidamente con el pulgar; en el espacio de tres segundos, Kurt vio cómo pasaba de la satisfacción a la confusión, a la decepción, y finalmente al puro enojo.

—¡Tú, mujerzuela! ¿Dónde están tus papeles? —Dorothea, con un pánico que Kurt sabía no era actuado, lloriqueó y apuntó al tocador—. Levántate y tráemelos.

Ella obedeció, arrastrando la manta de la cama y sosteniéndola alrededor del cuerpo, dejando a Kurt desnudo sobre el colchón. Wildgrube hizo un espectáculo de examinar la tarjeta de identidad de Dorothea, pero no había dudas en la mente de Kurt de que el vistazo sutil, involuntario del espía a los genitales expuestos de Kurt, cuando pensó que nadie lo estaba mirando, duró una fracción más de lo que la curiosidad normal requería.

—¡Usted, teniente…, póngase la ropa! —Kurt hizo en silencio lo que le decían—. Entonces, ¿así es como honra a un servidor del Reich, un soldado que está luchando por nuestro país? ¿Viene a su casa y se acuesta con su esposa? —Kurt se mostró lo más avergonzado posible—. ¿Cuánto tiempo hace que pasa esto?

Kurt suspiró, como si fuera reticente a confesar esta indignidad final.

—Desde que se fue su marido. —Se arriesgó a mirar a los ojos a Wildgrube, y supo que el espía estaba haciendo cálculos hacia atrás,

recordando parte de la conducta sospechosa de Kurt, creyendo que estaba juntando las piezas. La cara del hombre se retorció en una mueca de repugnancia, pero no antes de que Kurt hubiera atrapado otra breve emoción en ella: admiración.

—Si tuviera alguna ley a disposición —opinó Wildgrube—, los arrestaría a los dos. Como están las cosas, será ampliamente juzgado cuando se gane esta guerra. Me dan asco —agregó, antes de darse vuelta con lo que imaginó que era un efecto dramático y salir de la habitación.

Kurt, con solo los pantalones puestos, y Dorothea, solo envuelta con la manta, se quedaron inmóviles en el centro de la habitación hasta que los pasos llegaron a la puerta de entrada, escucharon que esta se abría y se cerraba de un portazo. Aun entonces, pasó otro minuto completo antes de que alguno de ellos se animara a hacer un sonido. Finalmente, Dorothea soltó una risa nerviosa.

—¡Creo que funcionó!

Kurt asintió.

—Creo que sí. —Avergonzado de pronto, tomó el vestido de ella de los pies de la cama y se lo pasó—. Ponte esto rápido, debes de estar congelándote. Tengo que levantar estas tablas lo antes posible.

Hedy se inclinó sobre el tazón, remojó y luego escurrió el paño, pasándolo con cuidado por su cuerpo. Hilos de agua corrían por sus brazos, su cuerpo y entre los pechos, haciendo pequeños surcos a través del polvo y la suciedad, desvaneciéndose debajo de su enagua. La lastimaba saber que Kurt la observara, con ese cuero cabelludo y sus mechones desparejos

saliendo donde antes había estado el pelo que él acariciaba, y su cuerpo tan delgado que parecía el de un muchachito. Pero él la miraba con adoración.

—¿Cómo te sientes ahora? —preguntó. Ella asintió tratando de indicar una mejora, aunque todavía le dolía cada articulación, y le había tomado media hora completa dejar de temblar después de que la sacaron—. Fuiste muy valiente, sabes.

—Ustedes también deben de haber representado un espectáculo bastante bueno. Cuéntame de nuevo qué pasó en el club. —Kurt ya le había descripto todo el evento dos veces, pero se sentía como una niña con un cuento antes de dormir.

Se sentó en la silla que estaba enfrente.

—Sabía que era la noche indicada. Había tomado un poco, pero no demasiado y se lo veía desesperado por una oportunidad de encontrarnos juntos, de demostrar su teoría. Como dijiste, lo único que tenía que hacer era convencerlo de que era la oportunidad perfecta.

Hedy sonrió al pensarlo.

—¿Realmente le gritaste?

—Solo lo suficiente para humillarlo un poco, encender su instinto de venganza. No es difícil con hombres como ese. —La puerta se abrió y Dorothea se deslizó como un fantasma. Hedy notó que evitaba los ojos de Kurt y mantenía su cuerpo lejos de él mientras se movía por la cocina, echando más agua caliente en el tazón. Hedy le dirigió a Kurt una mirada significativa: de él dependía reparar el daño—. Y en cuanto a Dory —continuó sin interrupciones—, ¡esa actuación mereció un Oscar! ¡Empecé a creerla yo mismo!

Dorothea se sonrojó hasta las raíces.

—Lo único que sabía era que tenía que verse real.

—En realidad, no vi nada, sabes —le aseguró Kurt—. Mantuve los ojos cerrados cuando te estabas metiendo en la cama.

Las mejillas de Dorothea seguían coloradas, pero logró sonreír.

—Está bien, de verdad. Sé que Anton entendería si estuviera aquí.

—Más que eso —le aseguró Hedy—, estaría orgulloso de lo que hiciste. De todos nosotros. —Tomando una pequeña toalla para secarse, se dirigió a Kurt—. ¿Pero es suficiente para sacar de escena a las autoridades?

Kurt asintió con verdadera confianza.

—Parecería una cuestión personal que Wildgrube siguiera persiguiéndome por una cuestión privada. Lo haría ver como un tonto. Dios sabe que están pasando muchas cosas en esta isla para mantenerlo ocupado.

—Entonces, ¿estamos más seguros ahora?

Kurt presionó los labios cerrados.

—Más seguros, pero no seguros. Todavía debemos tener cuidado. Aunque, para ser honesto, no creo que la policía secreta sea nuestro mayor problema ahora. —Hedy y Dorothea lo miraron, deseando que continuara—. La isla puede enfrentar una hambruna en los próximos meses. Fischer estaba en el club con algunos oficiales y los escuché decir que Churchill se niega a permitir que la Cruz Roja envíe un alivio.

Los ojos de Dorothea se agrandaron de horror.

—Pero ¿por qué?

—Probablemente, piensa que los alemanes se quedarían con los paquetes. Pero, por lo que estaban diciendo, podría ser una venganza, una represalia por lo que Churchill ve como colaboración.

—¿Colaboración? —Hedy dejó de secarse y arrojó la toalla al respaldo de una silla—. ¿Por qué pensaría eso? ¡Churchill no tiene idea de lo que está sucediendo aquí!

—Parece que el gobierno británico tiene la impresión de que todos hemos estado entendiéndonos muy bien, y que las cosas no han sido muy malas hasta ahora.

Hedy miró a Dorothea y observó que la furia con la que ahora estaba familiarizada comenzaba a aumentar.

—¿Qué se suponía que teníamos que hacer nosotros, los isleños? ¿Luchar contra el ejército alemán con nuestras propias manos?

—Solo te digo lo que escuché.

La mirada de Hedy se dirigió a la despensa, calculando lo que había allí para que ella y Dorothea comieran el resto de la semana.

—¿Cómo sobreviviremos sin provisiones ni ayuda externa?

—La guarnición calcula que puede alcanzar hasta enero si toma control de todas provisiones—replicó Kurt—. Pero va a ser más difícil para mí conseguir algo para ustedes. Y si los Aliados no entran en Francia rápidamente, entonces…

Hedy fue a la ventana de la cocina, tocó la persiana con los dedos recordando las imágenes y los olores del mundo exterior que había probado la noche anterior. La cocina de pronto pareció mucho más pequeña.

Kurt se levantó y deslizó los brazos por su cintura.

—No te preocupes, cariño. Churchill tendrá que ceder si las cosas se ponen feas. Todos vamos a salir de esta. —Pero había poca convicción en su voz. Hedy suspiró con profunda resignación.

—¿Quién sabe? Policía secreta o no…, este invierno puede matarnos después de todo.

Los tres se sentaron junto a la mesa de la cocina, y después de un rato, Dorothea buscó un mazo de cartas. Jugaron por piedritas del jardín, sentados en silencio, incapaces de pensar en nada que decir. El verano había terminado. Las noches se sucedían cada vez más frescas, y los atardeceres se abrían camino hacia la tarde cada vez más temprano. Mucho más allá del Canal, podía oírse el rumor de armas distantes, ocasionalmente, sacudiendo las ventanas en sus viejos marcos.

Tictac, tictac, tictac. El reloj de la cocina seguía su ritmo hipnótico en la oscuridad. Pasaría una hora antes de que volviera el suministro de electricidad, y habían usado la última vela días atrás. Ahora, hasta leer, la última actividad placentera que les quedaba, era imposible después del fin de la tarde. Los rumores en la ciudad sugerían que, dentro de dos meses, directamente no habría electricidad.

Hedy se acomodó junto al fuego de la cocina, estirando las manos hacia las cenizas calientes para extraer el último calor. Cerca del hogar, la canasta de la leña estaba vacía, salvo pequeños restos de ramitas y hojas secas desparramadas en el fondo. Dorothea había pasado todo el día anterior "madereando" en Westmount, recogiendo pequeños palos y leños que pudiera encontrar, pero toda persona físicamente capaz en la

ciudad hacía lo mismo, y los que tenían sierras adecuadas y afiladas se quedaban con la parte del león. No ayudaba que incluso el irrisorio montón que Dorothea había logrado juntar estuviera mojado y tardara días en secarse en la casa fría y húmeda.

Hedy se recostó en la silla y escuchó cómo la lluvia golpeaba en las ventanas y rebotaba en el cemento del patio. Había estado lloviendo durante días, semanas. El noviembre más húmedo en diez años, decían los locales. Sintió que su estómago volvía a rugir, y apareció la puntada de dolor que sospechaba que era el comienzo de una úlcera. Kurt se había quejado de lo mismo… hasta los oficiales tenían hambre ahora. La última semana le dijo que varios soldados comunes habían sido arrestados por disturbios violentos y robo de propiedades domésticas. Hedy había querido poner un pasador extra en la puerta de la cocina, pero Dorothea intentó con todos los proveedores de ferretería de la ciudad y no pudo conseguir nada. Tal vez, reflexionaban, no importaba mucho: cualquier ladrón que buscara comida era más probable que apuntara a las granjas de los distritos rurales, que a veces todavía tenían las carcasas de conejos o algunas verduras cultivadas en la casa. No tenía sentido entrar en una propiedad de la ciudad donde no había nada.

Las predicciones de Kurt habían resultado ciertas. Wildgrube y su séquito habían perdido todo interés en él desde la fallida redada a la casa, y habían abandonado la idea de encontrar a Hedy, también. Los tres habían ido ganando confianza en que los soldados no regresarían y, en las últimas semanas, Hedy había comenzado a dormir en el cuarto extra en la parte trasera de la casa. Era maravilloso acostarse en una cama de verdad y poder levantarse en la noche si lo necesitaba, aunque extrañamente dormía de un modo más intermitente allí, pues se había adaptado con los meses a la vida de un murciélago en el altillo. La verdad era que nadie estaba durmiendo bien. ¿Quién podía hacerlo con un hambre tan extrema que le roía los órganos y enviaba ácido a la garganta no bien uno se acostaba? La noche anterior no habían tenido absolutamente nada en la casa para comer hasta que Kurt había llegado con una pequeña porción de salchicha alemana y una corteza de algo que nadie describiría como pan. Dos días antes, Dorothea se había desmayado al pie de la escalera.

Hedy oyó el sonido del pasador en la puerta de entrada y vio que Dorothea entraba apresurada, cerrando la puerta de un golpe. Como pudo, Hedy se puso de pie y fue a su encuentro. Estaba tan sintonizadas con los sonidos y los movimientos de la otra que cualquier pequeño cambio en el estado de ánimo resultaba obvio. Hedy la vio cerrar el paraguas con las dos varillas rotas, esparciendo gotas de agua por el piso. Los ojos de Dorothea estaban colorados y su boca apretada en un pobre intento de controlar un estallido.

—¿Qué sucedió?

—Acabo de ver a la señora Le Cornu, la anciana al final del camino, llorando en la calle. Su gato desapareció. Cree que se lo llevaron los alemanes.

—¡No! —Hedy se llevó la mano a la boca.

—Dice que lo mismo le ocurrió a su vecino. Los atrapan y les disparan, después los cocinan en las barracas. He notado que tampoco quedan perros.

—¡Pero eso es horrible! —Se acordó de la peluda cara gris de Hemingway olfateándole la mejilla y rogó que hubiera escapado de ese destino.

—Todo es horrible. Todo es horrible. Estoy tan cansada... —Las lágrimas empezaron a caer por sus mejillas—. Estaba haciendo fila fuera de la carnicería…, había rumores de que tenían algo de conejo, pero no era verdad, cuando estalló una pelea entre dos mujeres. Una pelea con todas las de la ley, se estaban golpeando todo por un par manzanas podridas en el mercado.

Soltó un pequeño gemido extraño y se deslizó por la pared hasta quedar de cuclillas en el piso, sollozando. El agua de lluvia de su abrigo y su pelo formaron un charco alrededor de ella en el linóleo. Hedy se agachó a su lado y la rodeó con un brazo.

—Está todo bien.

—No, no está todo bien. Está sucediendo de nuevo —lloriqueó Dorothea—. ¡Todos están tan hambrientos y enojados! No hay nada en ninguna de las tiendas, y ni siquiera podemos ir a buscar lapas y bígaros hasta la próxima marea baja, y entonces todo el mundo va a estar haciendo lo mismo.

—¿Y qué hay de tu primo? —Hedy se mordió el labio. Las dos sabían que era una pregunta estúpida, sin sentido, pero Dorothea simuló que era razonable.

—Los alemanes están llevándose todo de las granjas. Dudo que pueda alimentar a sus propios hijos, ni que hablar de a nosotras. —Se quedó sin palabras por un momento, aplastada por el peso de su miseria, luego respiró profundo—. Soy tan estúpida. Sabes, cuando Kurt dijo allá en junio que los Aliados quizá no vinieran por nosotros, no le creí. Simulé que sí, pero estaba segura de que vendrían. Mi mamá siempre amó al rey Jorge, nosotros siempre nos poníamos de pie con el himno nacional, y nunca pensé que dejaría que esto sucediera. Pensé que enviaría un barco, algo…

Hedy la abrazó fuerte.

—Si lo hacían, los alemanes habrían combatido contra ellos y esto habría sido un baño de sangre. Tal vez estaríamos todos muertos ahora.

—¡Quizás habría sido lo mejor! —En la oscuridad del pasillo, su piel pálida era casi traslúcida, y Hedy podía ver claramente las venas azules debajo de la superficie—. Quizás es mejor morir luchando, que sentarse

impotente a esperar que pase.

—Pero estamos todavía aquí. —Hedy la estrechó más—. Hemos sobrevivido tanto, Dory, contra toda esperanza… Hemos luchado de la única manera que pudimos. No podemos abandonar ahora.

Dorothea seguía llorando, pero un tipo diferente de llanto ahora, tranquilo, resignado.

—No estoy segura de tener la fuerza, Hedy. Estoy tan cansada, y todo me duele todo el tiempo. A veces —se limpió los mocos que se le formaban en la nariz—, a veces deseo tener solo un ataque de asma durante la noche y no despertar.

—¡No digas eso! —Hedy oyó su voz, aguda y desesperada—. Te necesito, y también lo hará Anton. Solo tenemos que resistir. Kurt siempre nos traerá lo que pueda. Y no puede faltar mucho. No puede.

Dorothea sacudió la cabeza.

—No sé…

—¡Yo sí! Bélgica ya está liberada. Los norteamericanos ya están cruzando partes del Rin. Los Aliados ganarán, Dory, todos lo saben. Solo tenemos que esperar —no pudo decir la palabra "varios meses", aunque era lo que estaba pensando— algunas semanas.

—Es que estoy tan cansada... Tan, tan cansada.

Hedy presionó la cara contra la cabeza gacha de Dorothea y cerró los ojos. El agua de lluvia en el piso mojaba el dobladillo de su vestido, agregando una nueva capa de frío, pero no se dio cuenta. No había adónde ir ni nada que hacer, excepto sentarse allí, hamacándose suavemente en el piso del pasillo, observando el vapor de su respiración en el aire frío y escuchando el incansable tictac, tictac, tictac del reloj de la cocina.

Capítulo 12

1945

Evening Post
8 de mayo de 1945

Apelo a ustedes para que mantengan la calma y la dignidad en las horas que quedan por delante y repriman toda forma de demostración.
. . .
Siento que la conclusión del discurso del primer ministro esta tarde será el momento apropiado para izar las banderas, y apelo fuertemente a ustedes para que, en interés del orden público, no ondeen banderas antes de ese momento.
Estuve presente anoche en la liberación de la custodia de la mayoría de los prisioneros políticos, y estoy haciendo todo lo que está en mi poder para obtener la liberación inmediata del resto de ellos.
Les haré saber de inmediato cualquier desarrollo ulterior.

A. M. Coutanche
Alguacil

Este era un nuevo olor, pensó Kurt, mientras entraba en el hall principal de la Casa de la Universidad con los otros oficiales. No la mezcla habitual de olores de uniformes mojados, olor corporal y cuero. Ni siquiera el hedor del miedo que había predominado en los días anteriores a la invasión terrestre. No pudo detectarlo al principio, pero la respuesta estaba en las expresiones de las caras de sus colegas, la pendiente abatida de sus hombros, y especialmente en las maldiciones no disimuladas y las preguntas que recorrían la sala. Las preguntas ya no se murmuraban en las esquinas o los corredores silenciosos de los clubes de oficiales, sino que se escupían enérgicamente con rabia y resentimiento. Era la derrota.

Miró por la misma ventana por la que había mirado con tanta frecuencia antes, impresionado por el precioso cielo azul y las movedizas nubes blancas, y repitió mentalmente algunas frase de manera cíclica,

tratando de hacer que las noticias fueran reales para él. Todo había terminado. Hitler estaba muerto, Alemania estaba liquidada. Se habían perdido o destruido millones de vidas, todo por el sueño febril de una nación demasiado consumida por la furia y la ideología para ver su propio reflejo. Todo por un espejismo. Todo por nada. Kurt trató de descubrir qué estaba sintiendo, pero lo único que pudo identificar fue una sensación de alivio.

El día del ajuste de cuentas ya no era una posibilidad en algún momento en el futuro. En unos días –quizás horas–, las tropas británicas llegarían a estas playas, y todos los hombres en esta sala irían a la cárcel. Algunos de ellos serían sentenciados a muerte. Con un extraño desapego, Kurt se preguntaba si sería uno de ellos. Qué trágico, pensó, haber sobrevivido hasta ahora, haber mantenido viva a la mujer que amaba, solo para ser eliminado de la tierra cuando la felicidad era posible al fin. Pero no sentía miedo o autocompasión, solo una extraña calma. Ya nada estaba bajo su control, todas sus responsabilidades quedaban en el pasado. Quizás eso era parte del extraño aroma en esta sala hoy: el placer pasivo de liberarse del deber. El futuro estaba fuera de sus manos.

El barón von Aufsess, de pie junto a un escritorio en el fondo de la habitación, habló con voz segura como si estuviera dando noticias en un día común.

—He sido informado de que Churchill se dirigirá a la nación británica a través de la BBC a las tres de la tarde. He recibido órdenes de que debemos impedir que el público escuche esta emisión ilegal… —Dudó allí, y tosió brevemente, lo que le pareció a Kurt más algo de puntuación que para aclarar la garganta—. Sin embargo, como también sabemos de buena fuente que barcos de la armada británica ya están camino a las islas con órdenes de nuestra rendición inmediata, he dado autorización para que la emisión esté disponible para toda la población local que posea un equipo de radio. —Un suave murmulló se extendió por la sala. Todos sabían que al menos la mitad de los locales en la isla o tenían sus radios originales o un equipo ilegal—. Mientras tanto, sepan que hablaré con el alguacil hoy respecto de la liberación de las tiendas de racionamiento y que él ha instado a los isleños a que actúen con prudencia y no den rienda suelta a locas ideas de represalias.

Kurt hizo una mueca, al borde la risa. ¡Aun ahora, no podían sacudirse el supuesto subyacente de superioridad! Qué conmoción iban a ser los próximos días. El barón despidió a sus oficiales, y sus asistentes repartieron instrucciones en tarjetas escritas a mano con apuro. Kurt leyó por encima sus órdenes y las guardó en el bolsillo superior. Moviéndose lentamente hacia el grupo que se dirigía hacia la puerta, logró echar una rápida mirada a algunas de las otras órdenes entregadas. Retirar…, destruir…, desmantelar. Era claro que la prioridad del

Comando del Área era ahora un ocultamiento en toda la isla de lo que había estado pasando en ella durante los últimos cinco años. Montañas de papeles, tiendas de alimentos privadas para alemanes, todo podía ser visto por los Aliados como contrario a la Convención de La Haya. Kurt salió de la Casa de la Universidad con el resto, pero, en lugar de dirigirse al complejo para quemar listas de inventario, como le ordenaron, dobló al pie de la colina y se dirigió a la avenida West Park. Al diablo con ellos…, ¿qué podían hacerle ahora? Y, en este momento, necesitaba más que nada ver a Hedy.

Las calles desbordaban de locales: muchos de ellos habían abandonado el trabajo por el día. Algunos le sonreían al pasar, llenos de un brillo vengador. Otros lo insultaban. Varias mujeres se habían reunido a observar a cuatro soldados alemanes blanqueando desesperadamente la gigantesca cruz roja que habían pintado en la pared del club de oficiales nueve meses antes, en un intento urgente por evitar que lo bombardearan. El blanqueado convirtió a la cruz en rosada, pero su contorno seguía visible, ante el creciente pánico de los soldados manchados de cal. Kurt se rio por lo pertinente de la imagen. No habría suficiente cal en el mundo, pensó.

Desafiando la apelación, muchas banderas del Reino Unido y de Jersey ya se estaban exhibiendo abiertamente en ventanas privadas. Habían aparecido de la nada, después

de años guardadas en altillos y sótanos, o escondidas en los depósitos de las tiendas. Al cruzar Val Plaisant, divisó un viejo caballero eufórico que colocaba altavoces en el alféizar de la ventana, preparado para emitir las noticias a todo el mundo esa tarde. Kurt sintió la alegría del hombre y no pudo evitar sonreír. Se sentía extraño estar rodeado por tanta alegría y saber que la propia destrucción era la causa.

En la casa de Dorothea, golpeó de la manera habitual y lo hicieron entrar rápidamente. Dorothea estaba resplandeciente en el vestido que había usado para su boda, y rara vez desde entonces. Hedy tenía un vestido de algodón gris con flores y el antiguo cárdigan que había usado la mayoría de los días en los últimos dieciocho meses, pero el corazón de Kurt se disolvió cuando la vio. Había un brillo en sus ojos que no había visto en meses, y la levedad de sus movimientos cuando se deslizaba por la casa le recordó las ilustraciones de los cuentos de hadas. Su pelo, aunque todavía no del largo original, ondeaba ahora alrededor de su mandíbula, su hermoso color rubio oscuro tan seductor como siempre.

—¡Comimos una lata entera de salmón entre nosotras como cena anoche! —comentó Hedy—. Era lo último que quedaba en la caja de la Cruz Roja de abril, pero aparentemente los barcos británicos están trayendo paquetes de alivio, ¡así que decidimos darnos un festín!

—Muy justo. —Kurt se estiró y tocó ese pelo, maravillado de su suavidad—. ¿Tienen algún lugar para escuchar el discurso a las tres?

—Dory fue a buscar la radio a la casa de su abuela. Pasó justo frente a un soldado alemán arriba en el camino, empujando

la carretilla, ¡y él ni le pidió mirar debajo de la manta! Entonces fue cuando supimos, cuando realmente entendimos, que todo había terminado.

Kurt acarició los bucles de Hedy.

—Los barcos británicos estarán aquí mañana. Deben ir al puerto a saludar a los *Tommies…,* será un día importante.

—¿Vendrás con nosotros? —sugirió Dorothea, mirando su reflejo en el espejo de su polvo compacto vacío.

Kurt miró a Hedy. La mirada entre ellos lo dijo todo.

—Creo que voy a ser requerido en otra parte.

Hedy tomó la mano que jugaba con su pelo y lo llevó a la privacidad de la sala delantera.

—Tengo un plan. No bien tenga la certeza de que es seguro, voy a ir a la oficina de los Estados de Jersey y les contaré todo. Voy a hablarles de ti y de cómo me ayudaste.

Kurt trató de parecer complacido y agradecido.

—Bueno, aprecio eso…

—Estoy segura de que los británicos tendrán que reunirlos a todos ustedes primero. Pero no pueden tratarlos a todos igual. Tratarán de identificar a los líderes. Pero yo soy una prueba viviente de que tú estás en una categoría diferente.

—Hedy, soy un oficial. Eso tiene ciertas consecuencias.

—Al principio, sí, pero el sistema judicial británico es muy justo. Una vez que conozcan toda la historia, estoy segura de que harán excepciones. Podrían decidir no encarcelarte...

Kurt no quiso arruinarle la ilusión y se dejó caer en esos ojos verde mar. Mientras la luz del sol entraba por la ventana bañándolos a ambos, la acercó hacia él y la abrazó, disfrutando de la calidez de su cuerpo, la suavidad de sus pechos a través de la chaqueta, la seguridad de esos brazos delgados alrededor del cuello. Luego la besó, larga y profundamente, y aspiró el olor de su cuello, incorporando el perfume natural de su piel. Finalmente, la separó y le dedicó una forzada sonrisa radiante.

—Me tengo que ir, cariño. Tengo mucho que hacer. Disfruta del discurso de Churchill.

Hedy y Dorothea observaban atónitas la multitud alrededor del puerto. Los gritos, los cánticos y los vivas parecían llenar el cielo. Como un gigantesco remolino caótico de seres humanos, torbellinos y espirales de caras hacían círculos en diferentes direcciones, todos tratando de

alcanzar el siguiente sitio de vista privilegiada o encontrar un amigo perdido en la aglomeración. La mayor cantidad de personas estaba del lado de West Park, donde oleadas de soldados británicos bajaban de los transportes de tropas en la bahía y caminaban por el lento y caótico sendero a través de los miles que se habían reunido para desearles lo mejor. Viejos granjeros estiraban los brazos para estrecharles las manos; mujeres jóvenes y ancianas se arrojaban sobre los recién llegados, bañándolos de besos. Dedos ávidos aparecían en cada una de las brechas, rogando por los cigarrillos y dulces que los soldados tenían en los bolsillos.

—Mira, Dory…, ¡el hotel!

El Pomme d'Or, el sitio de las oficinas centrales de la armada alemana durante la guerra, estaba ahora lleno de uniformes británicos, militares que desbordaban el balcón del frente. El izamiento de la bandera del Reino Unido en su mástil generó otro griterío de la multitud y un espontáneo coro de "Dios salve al Rey" estalló y se extendió por todo el muelle. Mirara donde mirara, Hedy veía caras transformadas por la emoción: mujeres que abrazaban a los niños, esposos que besaban a sus esposas, ancianos que se secaban lágrimas de alegría.

—¿No es maravilloso? —La voz de Dorothea era aguda y brillante, pero cuando Hedy se dio vuelta hacia ella solo vio una máscara fija de alegría teatral. Sabía que su propia cara proyectaba la misma mentira. De hecho, se sentía aterrada. La cercanía de los extraños presionando contra ella, las decenas de manos desconocidas que le tocaban los brazos y la espalda… Era repugnante. Menos como una celebración, más como una profanación. Su respiración se estaba volviendo irregular y se preguntó qué factura le pasaría el asma a Dorothea por la emoción del día.

En ese momento, como conjurado por sus propios pensamientos, divisó una figura familiar en el extremo alejado de Weighbridge, un hombre vestido con un viejo impermeable marrón que era arrastrado por un río de personas hacia el área de embarque. Cuando Hedy miró hacia él, Oliver Maine giró la cabeza y, milagrosamente, captó su imagen, sacándose de inmediato el sombrero, que agitó en señal de afecto y triunfo. Hedy le devolvió el saludo, gesticulando que tratar de alcanzarlo en ese momento sería inútil, y el médico rio de acuerdo antes de desaparecer en la multitud. Hedy sintió una tibieza en el corazón y se prometió que su primera visita, cuando esta locura terminara, sería al hospital. Quizás en una o dos semanas podría hacerse de algunos huevos y un poco de azúcar. De ser así, le haría un pastel de manzana para que le llevara a su esposa.

Hedy se dio cuenta de que Dorothea le estaba tirando del brazo.

—Hay dos soldados allá. Quiero averiguar qué saben de la guerra en

Europa.

—¿Qué quieres decir? ¿Saber qué?

Pero Dorothea ya estaba arrastrándola hacia los dos jóvenes *Tommies*, gritándoles para atraer su atención. Cuando llegaron a los hombres, Dorothea tomó a uno de ellos del brazo. Tenía poco más de veinte años, era pálido y rechoncho para los estándares de la isla.

—¿Puedo preguntarle algo? Estoy tratando de conseguir información de mi marido. Lo último que supe es que estaba luchando en el este de Prusia. ¿Usted no sabe qué pasó con los soldados allí?

El *Tommy* la miró confundido. Hedy le tiró del vestido, pero los ojos de Dorothea estaban fijos en el joven y se rehusaba a moverse.

—No había británicos ahí, corazón. Los rusos empujaron a los *Jerries* de nuevo al otro lado. ¿En qué regimiento estaba tu hombre?

Una vez más, Hedy la tironeó; de nuevo Dorothea se resistió.

—Él es austríaco, fue obligado a pelear con los alemanes. ¿Sabe si los rusos tomaron muchos prisioneros? ¿Cómo puedo enterarme de si está vivo?

El *Tommy* ahora se estaba alejando de ellas, al igual que su amigo.

—¿Tu marido peleaba para los *Jerries*?

—No quería, fue reclutado. Solo me preguntaba si podía decirme cómo averiguar qué pasó con él.

—Dory —murmuró Hedy—, vámonos. No es el momento indicado. —Al escuchar la voz de Hedy, el soldado se dio vuelta para mirarla.

—¡Ese acento! ¿Eres *Jerry* también?

—No, no soy alemana. —Hedy sintió que el corazón le golpeaba el pecho—. Soy… estuve…

Los jóvenes las miraron de arriba abajo, luego se metieron en la multitud. Hedy observó cómo sus uniformes desaparecían en la masa y luego se dirigió a una desanimada Dorothea.

—No es el día correcto, Dory. Esos hombres no son de aquí, no entienden. ¿Por qué no vamos al Fuerte Regent? Allí debe de ser donde van a izar la bandera.

Pero Dorothea ya no miraba a Hedy ni a los soldados que se alejaban. Sus ojos estaban focalizados en un grupo que se movía rápidamente por el lado del paseo marítimo. Un conjunto de media docena de hombres jóvenes en mangas de camisa corrían tan rápido como la multitud lo permitía, aparentemente persiguiendo algo o a alguien. El rugido de sus pies dividía las hordas, y cuando se hizo un espacio, el objeto de su persecución se hizo visible de pronto. Por un momento, Hedy pensó que era un joven que vestía una especie de mameluco pálido, ajustado, luego, para su horror, se dio cuenta de que era en realidad una muchacha. Le habían cortado el pelo hasta el cuero cabelludo y estaba completamente desnuda. La joven corría lo más rápido que podía, desesperada por escapar de sus perseguidores, y sus gritos de terror

llegaron a las cabezas de la multitud, lo que hizo que todos se dieran vuelta a mirar. Un segundo después, la muchacha escapó por una calle lateral y dos de los cazadores fueron detenidos por un policía local.

Hedy giró hacia Dorothea, cuya cara estaba ahora completamente sin color.

—Dios mío, Hedy… ¿era lo que pienso?

Hedy buscó las palabras, pero no encontró ninguna. Asintió.

—¿Así es como va a ser? ¿Es así como nos van a tratar?

Hedy tomó la mano de Dorothea en la suya.

—Vamos. Volvamos al depósito a recoger nuestros paquetes de la Cruz Roja. Luego vayamos a casa.

Dorothea siguió a Hedy a través de las calles agitadas. Mientras forzaban su camino contra la corriente de los entusiastas, Hedy observó que los ojos de Dorothea estaban fijos en la larga fila de *Tommies* que serpenteaba por el centro de la ciudad, imaginando cada cara con el espeso pelo oscuro y los ojos sonrientes de Anton. Habían hablado tanto de este día, soñado con él, haciéndose una imagen de él en sus mentes durante años... Ahora, en lo único que podía pensar Hedy era en volver a la paz y la cordura de la pequeña cocina de Dorothea y mantener este mundo febril a una distancia segura, manejable.

—Neumann, su nombre es teniente Kurt Neumann. Es ingeniero. Tenía como base el complejo Lager Hühnlein desde 1941.

Hedy cruzó las piernas y agregó un toque de hierro a su mirada. Esta oficina no había cambiado ni un ápice en cinco años. Los mismos escritorios con tapa de cuero, la misma araña de tamaño exagerado, los mismos legajos ordenados en los estantes. Recordaba cada detalle, tanto de la sala como de la conversación, y quería que Clifford Orange supiera que era así. Por la expresión en la cara de él, estaba bastante segura de que sabía lo que estaba pensando.

Observó cómo tomaba notas con una lentitud angustiante, sosteniendo su pluma fuente con descascarados dedos colorados. Había perdido peso, por supuesto, y más de su pelo. El color carmesí que antes aparecía en sus mejillas, probablemente el resultado de demasiado alcohol, ahora había sido reemplazado por un eccema por mala nutrición.

Pero la mayor diferencia, evidente para Hedy no bien entró en la oficina, era una pérdida visible de autoridad. Parecía más pequeño, no solo en volumen sino en carácter, como si alguien le hubiera quitado toda su arrogancia con una cuchara, dejando solo una cáscara de obediencia desecada. Hedy quería hacerle saber que veía su declinación y estaba contenta. Pero pensó en Kurt y mantuvo la cara sin expresión.

Las noticias ya estaban a la luz. Fotografías de la liberación de Bergen-Belsen, donde un hombre de Jersey milagrosamente se había encontrado vivo, habían sido colocadas en la vidriera del correo de la ciudad. Se habían mostrado rollos de noticias en el cine local ante los gritos y las lágrimas de la audiencia. Nadie, ni siquiera Orange, podía ahora simular que las consecuencias de clasificar a una persona como judía no se comprendían plenamente. Hedy se preguntaba si era la culpa lo que había encogido tanto a este hombre, si reconocía algún aspecto de su desgraciado rol en la historia. Pero Orange no dio ningún indicio de eso mientras terminaba sus notas y levantó su cara hacia ella. Se concentraba, notó Hedy, no en sus ojos, sino en un espacio un poco más abajo, alrededor de su labio superior.

—Bueno, señorita Bercu, parece que, gracias a su astuto ocultamiento en la casa de la señora Weber, ha logrado un escape extraordinario. Puedo ofrecerle mis felicitaciones y expresar mi alivio de que haya salido de esta experiencia en buena forma. Sin daños, parece.

Hedy pensó en sus padres detrás de cercas de alambre de púas, siendo arreados hacia cámaras de gas. Se preguntaba cuántas personas se habían sentado en esa silla, escuchando las frases triviales, sin sentido, de Orange, construidas con una gramática perfecta y desprovistas de significado. Pero la verdad era, aun ahora, que el poder seguía estando en estos hombres de traje gris, y ella todavía tenía que rogar favores en su puerta.

—¿Y el teniente Neumann?

Orange puso el capuchón en su lapicera con precisión.

—Pasaré esta información al departamento indicado, por supuesto. Pero, con toda honestidad, dudo que haga alguna diferencia.

Hedy se removió en la silla.

—Él salvó mi vida. Arriesgó la suya para mantenerme a salvo y me llevó comida. ¿Entiende lo que los alemanes le habrían hecho si hubieran descubierto que estaba protegiendo a una judía? ¿Un oficial de su rango? —Oyó que el volumen de su voz aumentaba y trató de refrenarse—. Lo que estoy diciendo es que él no es un nazi. Odiaba a las autoridades alemanas aquí tanto como… —hizo una pausa, sabiendo que su significado no se perdería, pero ya no le importaba— cualquier persona decente. Y, para mí, eso debería ser tenido en cuenta.

Orange se acomodó su puntiagudo bigote gris con dos dedos.

—Como he dicho, señorita Bercu, la información será enviada. Pero el teniente Neumann era, en realidad, es un oficial en servicio del ejército alemán y, como tal, será sometido a las leyes y decisiones del sistema legal británico. Lamento no poder ayudarla más.

La puerta se abrió de golpe. Hedy levantó la vista, sorprendida de ver dos oficiales británicos que entraban a la sala sin esperar autorización. El de más alto rango, un capitán, sacudió la cabeza hacia Orange.

—El mayor quiere verlo en su oficina, por favor, señor. —La mano de Orange se dirigió instantáneamente al cuello de su camisa, para alejarlo de su garganta.

—Como pueden ver, estoy en medio de una entrevista.

Hedy se puso de pie y se dirigió al capitán.

—En realidad, el señor Orange acababa de informarme que no podía ayudarme más. Así que pienso que esta entrevista ha terminado.

—Gracias, señora. —El capitán se dirigió a Orange.

—Después de usted, señor.

Orange se levantó lentamente de la silla de su escritorio, esperando dar la impresión de moverse a su propia velocidad, aunque Hedy sospechaba que era porque se sentía un poco mareado. Caminó decididamente hacia la puerta y permitió que los oficiales lo escoltaran.

Hedy tomó su bolso y se dio vuelta para dejar la oficina cuando otro funcionario de Jersey entró en la habitación, moviéndose de un modo que sugería una actividad frenética. Hedy lo reconoció a primera vista.

—Perdón, ¿diputado Le Quesne?

El hombre se dirigió a ella con una sonrisa cansada.

—¿Puedo ayudarla?

—Solo me preguntaba… —Hedy dudó; quizá fuese una pérdida de tiempo. Pero había algo en ese viejo político cansado que le daba confianza—. ¿Por qué esos oficiales querían hablar con el señor Orange?

—Todos los representantes locales están siendo entrevistados por la inteligencia británica para información y evaluación.

—¿Evaluación?

—Para asegurarse de que ejercimos nuestros deberes correctamente. Se ha encontrado que algunos servidores públicos —dudó solo lo suficiente para hacerle entender— fueron, en cierta forma, demasiado entusiastas en la ejecución de las órdenes de los alemanes. Si se prueba esto, habrá consecuencias.

Hedy sonrió tímidamente, luego asintió.

—Gracias, diputado. Que tenga un buen día.

Kurt metió su cepillo de dientes en el bolsillo de la mochila y la cerró. Le había tomado solo cinco minutos empacar. Cinco minutos por cinco años. Miró alrededor en la hermosa habitación que había sido su dormitorio todo ese tiempo. La pequeña ventana batiente, el lavamanos eduardiano en el rincón, con su tazón y su jarra de porcelana. El cielorraso de yeso pintado de color crema, con cientos de pequeñas rajaduras que conocía de memoria. Cuántas noches había permanecido despierto, mirándolas y preocupándose por Hedy: si estaba segura, si había comido lo suficiente, cuándo iba a poder verla de nuevo. Ahora se

habían invertido los papeles, y sería el turno de Hedy de acostarse en una cama cómoda mientras su mente se retorcía con pesadillas imaginadas. Se puso la mochila sobre el hombro y cuando empezaba a bajar las escaleras oyó la voz de Hedy desde el pasillo.

Para el momento en que estaba a mitad de camino, pudo verla protestando con el estresado sargento británico que había estado de pie en el pasillo del alojamiento desde temprano esa mañana, tachando de la lista nombres y números de serie de los oficiales alemanes que tenía anotados en su tablilla.

—¡Usted no entiende! —gritaba Hedy—. No estoy tratando de impedir que haga nada. Solo quiero un momento privado con el teniente Neumann.

—Lo siento, señora, pero estos hombres son ahora prisioneros de guerra. Hay un camión blindado afuera que tiene que partir en cinco minutos para llevarlos al lugar de reunión.

Otros cinco minutos, pensó Kurt. Años de mirar el reloj y esperar, y ahora todo estaba sucediendo en cinco minutos.

—Está bien, sargento. —Kurt usó su más pulido acento inglés para lograr un máximo impacto—. Soy consciente de su cronograma y le garantizo que todos los oficiales de este alojamiento estarán en ese camión en el momento exacto. Si solo pudiera darme un momento…

El sargento le echó a Kurt una mirada dudosa, y a Hedy una aún más dudosa, luego se dirigió al porche para darles privacidad. Kurt tiró su mochila al piso y la miró. Se veía tan encantadora como siempre, pero había algo en ella que lo sorprendió: determinación. Era lo mismo que había visto el día en que llegó por primera vez al complejo para postularse para el trabajo de traductora. Se paró delante de ella, esperando.

—Los vi poniendo en fila a los soldados en la playa. No sabía que ya los iban a llevar.

—Escuchaste al hombre. Cinco minutos.

—¿No ibas a ir a decirme adiós?

—No me han permitido dejar esta casa desde ayer. Y, para ser honesto, no estaba seguro… —Para su horror, sintió un nudo en la garganta y tuvo que tragar fuerte—. No estaba seguro de si íbamos a poder soportarlo.

Hedy asintió.

—Pero te has olvidado de algo.

—¿Sí?

—Me dijiste que estuviste en el *Jungenschaft*. Tienes que recordar tus modales.

—¿Te ofendí? —Sintió que tenía ganas de reírse por dentro, pero no podía estar seguro de que no se convirtieran en lágrimas al salir y volvió a tragar.

—Un poco. Todavía estoy esperando, ¿ves?

Ese pequeño mentón salido, esa obstinación. Quería arrancarle la ropa y tomarla allí mismo.

—¿Esperando qué?

—Mi anillo de compromiso.

Un pequeño resoplido salió de la nariz de Kurt.

—Tienes razón. Perdóname. Estos últimos días no he tenido mucha oportunidad de ir de compras. —Ambos rieron con esto. Entonces Kurt tuvo una idea—. Espera aquí.

Kurt se dirigió rápido al porche y se acercó al sargento británico, que todavía sostenía la tablilla y miraba repetidamente el reloj como si no pudiera recordar la información que obtenía.

—Discúlpeme, sargento, ¿puedo pedirle un favor más? Esa banda elástica que sujeta sus notas… ¿podría dármela? —El sargento se inclinó un poco hacia atrás, anticipando algún tipo de trampa—. Tengo que dársela a mi novia. —El hombre pareció confundido por un momento y luego comprendió. Sin una palabra, quitó la gruesa banda marrón de su tablilla y se la dio a Kurt, que sonrió con gratitud y volvió apurado al pasillo.

Tomando la mano izquierda de Hedy, colocó suavemente la banda de goma en su dedo, doblándola hasta que le quedó bien.

—No es exactamente lo que tenía en mente, pero es algo hasta que pueda ir a un joyero. Lo que puede tardar un tiempo —agregó.

Hedy extendió el brazo para observar la mano y tocó la banda elástica con afecto.

—No me importa esperar. Esta será siempre mi favorita.

Kurt la miró, todavía sujetándole la punta de los dedos. Quería abrazarla, pero tenía miedo de que si lo hacía, no pudiera soltarla más. Se vio arrastrado de la habitación como un niño en medio de un berrinche, lloriqueando y sacudiéndose. La humillación era casi tan intolerable como la sensación de pérdida. Buscó algo para decir y optó por un chiste malo.

—¿Boda de invierno o de primavera?

—El día después de que te liberen.

—¿Sabes que podrían pasar años?

—Por supuesto que lo sé.

—Hay un clamor público por los campos de concentración. La gente querrá una represalia, y los políticos se la brindarán.

—Lo sé, también.

Siguió masajeándole la punta de los dedos, como si tratara de presionar todas las emociones de su cuerpo en el área más pequeña posible.

—¿Qué vas a hacer ahora?

Hedy se encogió de hombros.

—Me quedaré aquí por un tiempo, trataré de averiguar qué pasó con mis padres, con Roda y mis otros hermanos. Europa es un lío; probablemente me lleve un tiempo.

—¿Cómo vivirás?

—Conseguiré otro trabajo. Escuché que muchos evacuados están pensando en regresar…, quizás los Mitchell vuelvan. —Sonrió con tristeza—. Por supuesto, quizá ya no me necesiten.

—No me puedo imaginar que alguien ya no te necesite.

—Estaré bien. Soy más fuerte de lo que parezco.

—Lo sé.

—Seré como el rey Canuto… dejando que las olas me pasen por encima, sabiendo que no hay nada que pueda hacer para detenerlas.

Él la besó, luego la apartó y se puso la mochila de nuevo al hombro.

—Me tengo que ir. No esperes para ver el barco. Ve a casa con Dorothea.

Hedy parpadeó en señal de acuerdo y se mordió el labio.

—*Auf Wiedersehen*.

Hedy sacudió la cabeza.

—*Bis bald*.

Kurt asintió, caminó rápidamente por el porche hasta el camión blindado que lo esperaba y se desplomó sobre el banco sin esperar que se lo pidieran. Sabía que el dique estaba a punto de ceder y que, cuando lo hiciera, estaría fuera de control por un tiempo. Fue casi un alivio cuando la puerta se cerró y lo sumió en el oscuro y frío interior de metal de su futuro.

Esperó para ver el barco, por supuesto. Sabía que lo haría, aun cuando prometió no hacerlo. De pie junto al espolón, temblando en la dura brisa de primavera durante dos horas, aunque sabía muy bien que, aunque Kurt fuera uno de los que estaban en la playa debajo, no podría distinguirlo. No entre esas vastas serpientes de pequeños soldados de juguete que se extendía por las arenas de West Park, algunos en línea recta y otros en extrañas formas curvas, como si los cientos de figuras allá abajo estuvieran intentando escribir un gigantesco mensaje en la playa. Los hombres estaban tranquilos, por lo que ella podía ver, sentados o de pie, murmurando con sus vecinos, fumando si tenían tabaco o simplemente mirando el horizonte.

¡Qué terror le habían suscitado esas figuras alguna vez! Ahora no eran más que niños adormecidos, exhaustos, en sucias chaquetas de lana, todos añorando volver a casa, sabiendo, sin embargo, que ese sueño también se había desvanecido junto con todos los demás. Casi sentía pena por ellos. Debía de haber otros como Kurt, jóvenes obligados a

seguir un movimiento en el que nunca creyeron. Pero, quizás, había también muchos otros que seguían creyendo, que seguían valorando esa sucia doctrina. En ese preciso momento, no tenía la energía para descifrarlo o siquiera preocuparse. Un agotamiento de proporciones monstruosas iba dominándola, y si no hubiera sido por el frío y la energía del aire, sentía que se habría quedado dormida de pie.

Afuera, en la bahía, la lancha de desembarco esperaba sobre el plano mar plateado su carga humana. Para la noche, todos se habrían ido y solo la silueta baja del Castillo Elizabeth se destacaría contra el cielo perlado. La normalidad estaba regresando rápidamente a la isla. Camiones llenos de carbón rugían por las calles; las tiendas ponían en sus vidrieras carteles con los bienes que tendrían disponible en cuestión de días: zapatos, ropa para niños, utensilios de cocina.

La noche anterior, el *Evening Post* había anunciado que el servicio postal estaría de nuevo operativo a partir de hoy. Esta noche, Hedy y Dorothea se sentarían a cenar una deliciosa cazuela de atún que hincharía sus estómagos hasta reventar, mientras Kurt estaría a mitad de camino en su cruce del Canal de la Mancha, compartiendo raciones de prisionero.

Hedy se quedó observando cómo la lancha de desembarco tragaba carga tras carga, hasta que el viento le traspasó su delgado abrigo hasta los huesos; era hora de irse. Lentamente caminó por el paseo marítimo entre una multitud de locales sonrientes, tratando de responder a cada saludo alegre con algo apropiado. Pero, al acercarse a la avenida West Park, creció en ella una sensación de premonición. Se dijo que era solo la tristeza de perder a Kurt y el inmenso ajuste emocional de volver a una vida olvidada. Pero, cuando llegó a la casa, supo que algo malo estaba por suceder. Empujó la puerta de entrada –todos habían dejado de trabar sus puertas ahora, como hacían antes de la ocupación–, escuchó voces en la cocina y se apresuró a investigar.

Dorothea estaba de pie. Junto a la mesa estaba sentado un hombre de unos cuarenta años, que lucía uniforme británico con las dos tiras blancas de un cabo. Hedy pasó la mirada de uno a otro.

—¿Qué sucede?

La voz de Dorothea era cerrada y ronca.

—Este hombre ha traído un mensaje de la Oficina de Guerra alemana. Aparentemente llegó hace una semana, pero, con todo el caos, no se envió nada. Por eso, el comandante británico ordenó que fuera entregado en mano. —Tenía en la mano un pequeño trozo de papel amarronado. Hacía años que Hedy había visto uno, pero reconoció que era un telegrama y se paralizó.

—¿Anton?

Dorothea asintió y le pasó el papel.

—Está en alemán, pero el significado es bastante claro.

Hedy leyó las palabras mecanografiadas en blancas tiras de papel antes de que tuvieran algún sentido: "Lamento informarle que el soldado de primera Anton Weber 734659 24 División de Infantería murió en servicio de su país el 14 de octubre de 1944".

Hedy corrió hacia Dorothea y la abrazó, esperando el desahogo, pero nada ocurrió. Ambas se quedaron en silencio, juntas en la cocina por lo que pareció un largo tiempo. Tal vez la probabilidad de la muerte de Anton había vivido con ellas por tanto tiempo que su realidad ya no las impactaba. O, tal vez, a ninguna de las dos les quedaba ya ninguna emoción para expresar. En su mente, Hedy buscó la cara de Anton: ese día fuera del cine cuando le presentó a Dorothea; el día en que habían juntado lapas. Pero lo único que había era un vacío. Solo cuando el cabo corrió incómodamente la silla por el piso de la cocina, se dio cuenta de que había alguien más en la habitación.

—Lamento interrumpir —dijo avergonzado—, pero ¿hay algo más que pueda hacer?

Hedy se acercó y le estrechó la mano.

—No, gracias. Muchas gracias por venir.

El cabo asintió.

—Nunca son buenas noticias. Me pasó algo similar el año pasado, una hermana y su familia, todos muertos por un V2. Nada lo prepara a uno.

—Lo siento. —Hedy notó que sus ojos, que eran cálidos y almendrados, contrastaban con una piel tostada, reseca, lo que sugería que había pasado parte de la guerra en el norte de África—. La ocupación ha sido muy dura…, pero al menos no sufrimos el bombardeo.

—Todos luchamos nuestra propia guerra —replicó el cabo—. Lamento mucho su pérdida, señora Weber.

—¿De verdad? —escupió. Hedy levantó la mano para indicar que era el momento y el blanco equivocados para descargar

su amargura, pero Dorothea no pudo detenerse—. Murió peleando por Hitler. No quisiera que desperdiciara su preciosa compasión.

El cabo se dirigió a ella.

—Lo digo de verdad. Me crucé con muchas nacionalidades diferentes luchando en ambos lados. La única cosa que tenían en común era que ningún desgraciado quería en realidad estar ahí… Perdonen mi expresión.

El ceño fruncido de Dorothea desapareció.

—Gracias por decirlo, señor.

—Soy Frank, Frank Flanagan. Estoy harto de ser un número, para ser honesto. Solo quiero volver a Cheshire.

Hedy captó el afecto en su voz y se sintió enferma de envidia; tener un hogar al que volver, una comunidad todavía llena de caras familiares.

Flanagan tomó su gorra de la mesa, luego se dirigió de nuevo a

Dorothea.

—Bueno, usted ha recibido una conmoción, así que la dejo ahora que su amiga está aquí.

Salió en silencio, dejando a Hedy todavía con el telegrama en la mano y a Dorothea de pie en medio de la cocina, como si no tuviera qué hacer ahora.

—¿Se fue Kurt? —Hedy asintió—. Así que eso es todo. —Dorothea se retiró el pelo de los ojos y se sacudió levemente—. Supongo que debemos preparar la cena.

—Déjame a mí.

—No, prefiero tener algo que hacer.

Dorothea se ocupó de la comida, y a las seis, las mujeres se sentaron a la mesa de la cocina preparada para dos, y se sirvieron porciones generosas de cazuela de atún. En el rincón estaba el aparato de radio; voces humanas y música llenaban la habitación, conectándolas a un mundo distante y lleno de regocijo. Mientras comían, el presentador de las noticias les informaba que las últimas fuerzas activas del Eje habían sido derrotadas en Yugoslavia por partisanos locales, apoyados por tropas británicas y que Nagoya había sido bombardeada duramente, lo que hacía que la victoria en Japón estuviera más cerca. Luego, Tommy Handley arrancaba un vendaval de risas de su audiencia con su representación del Ministro de Irritación y Misterios en la Oficina de Twerps. Dorothea le ofreció a Hedy otra porción de cazuela, pero ella declinó. Ninguna de las dos había comido siquiera la mitad de lo que estaba en su plato.

La entrega del diario vespertino provocó un breve hiato. Hedy hojeó las proclamas del alguacil y las noticias sobre la restauración de la libra esterlina, hasta que sus ojos quedaron atrapados por un pequeño titular en una página interior. El informe describía los intentos de algunos alemanes de alto rango de evitar la captura vestidos como civiles y tratando de pasar como locales. Los oficiales del ejército británico habían descubierto a uno de estos cobardes en una granja abandonada, escondido en una construcción anexa. No había "ofrecido resistencia", pero había llorado "histéricamente" cuando lo arrestaron. Su nombre era Erich Gerhard Wildgrube, ex integrante de la *Geheime Feldpolizei*.

Después de la cena, las mujeres lavaron juntas usando bicarbonato de sodio y vinagre. Por la ventana abierta, podían oír los gritos y las canciones de una fiesta que se desarrollaba al lado; los niños entraban y salían al jardín corriendo, usando las ollas de cocina como cascos y disparándose con revólveres hechos con sus dedos, mientras los adultos adentro estaban soltándose los cinturones y cantando "Todas las muchachas buenas aman a un marino" y "Bill Bailey". Cuando las canciones llegaron a su clímax ruidoso y caótico, Hedy y Dorothea no pudieron evitar sonreírse.

Guardaron los platos. El sol se hundía y rayos de luz dorada atravesaban el pasillo. Dorothea apagó la radio y encendió un pequeño fuego con carbón porque el frío de la noche comenzaba a apretar. Se sentaron a la mesa: Dorothea con algo para remendar, Hedy con un libro. En dos horas, Dorothea cosió un botón, mientras que Hedy leyó dos páginas. Ninguna de la dos habló. La fiesta de al lado fue apagándose y oyeron cuando la puerta se cerró al irse los invitados. El reloj hacía tictac en la pared y la luz se oscurecía. Había dos velas nuevas en la despensa, pero ninguna de ellas sugirió encender una. La noche cayó y Dorothea se fue a dormir.

Era el fin de la ocupación. Había terminado. Las dos estaban vivas y eran libres.

Hedy se quedó otra hora sentada en la cocina a oscuras mirando la nada. Luego, ella también se fue a dormir.

Epílogo

1946

La maleta no iba a cerrar. Trató de sentarse encima, rebotando sobre ella, luego inclinándose hacia un extremo mientras trataba de empujar uno de los broches de cromo en su ranura. Finalmente, Hedy se resignó a lo inevitable y sacó un cárdigan y las pantuflas que le habían regalado en Navidad. Tenía otras prendas de lana, se dijo, y podía comprar otro par de pantuflas con su primer salario, una vez que su tarjeta de racionamiento hubiera sido emitida de nuevo. La maleta cerró sin dificultad y, satisfecha de que no iba a abrirse de nuevo, la arrastró de la cama y escaleras abajo, con cuidado de no rayar el piso pulido al costado de la alfombra de pasillo. La señora Mitchell estaba sumamente orgullosa de su escalera.

Estaba contenta de que la familia estuviera afuera a esta hora. La idea de otra despedida era más de lo que podía soportar. La fiesta que le habían dado la noche anterior había sido dulce y emocionante, con amables regalos de pañuelos y jabones de lavanda, y una tarjeta hecha a mano de su hija. Sabía que los extrañaría y les había prometido escribirles todas las semanas. Todas las tareas domésticas supervisadas y los viajes a la playa no le habían parecido un trabajo en absoluto; nada había significado una carga, porque disfrutaba con el aroma de las sábanas recién lavadas y los pisos encerados, y obtenía un gran placer en acomodar las botas de lluvia de la familia por orden de tamaño en el pasillo. Pero en otros momentos, al despertarse sola en su día libre o acostarse en su cama solitaria, la brecha entre la acogedora familia y su situación personal le dolía en el alma, y en las últimas semanas había tenido la certeza de que era hora de irse.

Se puso su grueso abrigo marrón de invierno y su sombrero con el ala rosada haciendo juego; era mediados de diciembre, y la escarcha formaba una gruesa capa sobre el césped. En el espejo del pasillo, solo tuvo tiempo de aplicarse un poco de lápiz labial y un poco de polvo extra en la nariz antes de oír la bocina del auto que estaba afuera. Echó una última mirada al elegante y brillante pasillo, tomó su valija y caminó hacia la tarde de invierno.

Dorothea la saludó desde el asiento del pasajero del viejo Austin. Frank Flanagan, después de bajar del asiento del conductor, la ayudó con la valija, haciendo una broma acerca de lo liviana que era.

—¿Esto es todo lo que tienes?

—Mis posesiones mundanas —confesó Hedy con una sonrisa burlona —. ¿Crees que necesito comenzar a juntar un ajuar?

—Bueno, Dory nunca tuvo uno, y no me molestó. Y no imagino que sea la ropa blanca en lo que estará interesado tu prometido cuando salga.

Hedy se rio y subió al asiento trasero mientras Frank arrancaba el automóvil. Pronto se estaban dirigiendo por el camino de St. Saviours hacia el puerto. Dorothea estiró la mano sobre el respaldo de su asiento hacia Hedy, retorciéndose como una escolar.

—Ay, Hedy, ¡estoy tan contenta por ti! ¿A qué hora llega el barco a Weymouth?

—Atracamos mañana a las seis de la mañana. Luego tengo que tomar un tren, tres trenes en realidad, para llegar a Plumpton.

—¡Dios mío! Vas a estar agotada. Debería haberte traído unos sándwiches. ¿No te dije, Frank, que tendría que haberle hecho unos sándwiches?

—Ciertamente…, me despertaste para decírmelo. —Frank sonrió a Hedy por el espejo retrovisor y le hizo un guiño.

—¿Y cuándo podrás ver a Kurt?

—Si el papeleo avanza, el próximo jueves. Se ve bien en la foto que me envió… Está trabajando al aire libre la mayoría de los días desde que fue trasladado de nuevo.

—Le darás mis cariños, ¿verdad? Ustedes dos van a ser tan felices... —Giró la cabeza hacia adelante y Hedy se apoyó en el respaldo para disfrutar las últimas imágenes de la isla. Los caminos donde Kurt y ella caminaron con su cuerpo débil e inestable en un uniforme alemán… La panadería del señor Reis, ahora con un nuevo dueño… La cárcel donde Kurt cumplió su condena. Los recuerdos se atropellaban, las imágenes se formaban y se evaporaban. Para cuando el automóvil se detuvo al final del muelle, su cabeza daba vueltas. Frank fue a estacionar el auto, mientras Dorothea se quedó al lado de Hedy, mirando el barco. Las rayas de su gigantesca chimenea se recortaban contra el cielo que se oscurecía, y brillantes grúas azules balanceaban sus cargas hacia la bodega. Mucho más abajo, el agua, cerrándose en su marca de alta marea, golpeaba contras las viejas piedras ennegrecidas del muelle y daban indicios de la potencia debajo. Hedy miró a Dorothea, recordando la última vez que las dos habían estado de pie en ese lugar.

—Anton estaría feliz por ti, lo sé —dijo Hedy, leyéndole los pensamientos.

Dorothea asintió.

—Lo sé. Frank ha sido tan amable... Todos en mi nueva oficina solo me conocen como la señora Flanagan. A veces, deseo poder contarles sobre Anton, contarles lo maravilloso que era, pero…

Hedy asintió.

—A veces es mejor dejar pasar las cosas.

—De todos modos, nos vamos a mudar a Cheshire en el verano. Frank quiere comenzar un nuevo negocio… Todos sus contactos están allí. Va a ser un comienzo de cero para los dos.

—No te olvides de escribir.

—¡Tonta! ¿Cómo no voy a escribirle a mi mejor amiga?

Hedy la abrazó por un momento, las alas de sus sombreros se rozaron entre sí. Frank llegó con la maleta, y los tres se apiñaron, hablando uno encima de otro con sus deseos de buena suerte y las promesas de visitarse pronto. Cuando no había nada más para decir, Hedy les dio un último beso y se abrió camino hacia la rampa, dándose vuelta dos veces para saludar hasta que los vio retirarse camino al automóvil. Bajó por las dos escaleras cercadas hasta su asiento reservado, donde dejó la maleta, luego volvió a la popa de la cubierta superior y encontró una sección tranquila de la baranda para esperar la partida. Pronto los motores rugieron debajo de ella, enviando vibraciones que pulsaban por sus pies y sus rodillas. El agua debajo burbujeaba blanca y espumosa y, con una lentitud chirriante, el barco se alejó del muelle y se dirigió hacia la boca del puerto.

Durante un tiempo, Hedy se quedó mirando la costa, maravillada por los reflejos de la luz saltando en la oscuridad del agua. Luego, buscó en su bolso y sacó su más preciada posesión: el sobre marrón adornado con cintas que contenía sus cartas más recientes. Tomó una de arriba, sonriendo ante la letra aniñada y redonda de Roda; pensaba en el día en que quedó en el felpudo de la entrada de la casa de los Mitchell y el entusiasmo de sus empleadores cuando vieron su reacción. Ahora sus ojos, como siempre, saltaron a su sección favorita:

> *… y ahora me encuentro viviendo junto al mar en Hadera. Así que puedes imaginarte mi placer cuando descubrí que nuestro querido hermano menor está a menos de cincuenta kilómetros en Tel Aviv. A Daniel le está yendo muy bien, y escribe con regularidad a Golda en Londres, ahora que el correo está funcionando de nuevo. A Chana y a su esposo les encanta Australia y planean quedarse allí. Todos estamos de acuerdo y muy decididos en que, no importa cuánto tiempo nos lleve, descubriremos qué les pasó a mamá y papá. Creemos que la Cruz Roja puede ayudarnos.*

Hedy volvió a poner la carta en su lugar con un suspiro. En realidad, sabía que había poco para descubrir. Las fechas y ubicaciones precisas no cambiarían lo que ya sabía. Quizá, sin embargo, la información les daría un cierre, tal vez finalmente la aceptación, después de todos los años de incertidumbre. Sus dedos se deslizaron de nuevo dentro del sobre, esta vez para sacar la hoja con las palabras HMP impresas en la

parte superior.

Cariño, no puedo creer que este nuevo empleo signifique que estarás a solo unas millas de mi nueva ubicación. Me gusta el trabajo de granja, y se está hablando de liberarnos en los próximos seis meses. En cuanto tenga una fecha, debemos elegir un anillo de bodas, ¡y comenzar a ahorrar para tu boleto para Alemania! Estar sin ti ha sido la parte más intolerable de esto. No puedo esperar para verte. Todo mi amor, K.

Presionó el delgado papel traslúcido contra el pecho antes de volver a colocarlo con cuidado en su bolso. Y, al mismo tiempo, sonrió mirando la banda elástica en su dedo y la besó.

El puerto comenzó a desvanecerse y el mar se puso más picado cuando el barco se dirigió a mar abierto. Se veía tan pequeña desde ahí, esa minúscula prisión en forma de isla... Sabía que era una de las afortunadas. Era difícil pensar en ellos sin un furioso deseo de venganza. Cuán fácil era acceder al odio, reflexionó Hedy. Cuán cerca de la superficie flotaba esa emoción pútrida, esperando un blanco, tomándose tiempo para encontrar un foco y estallar como un alga venenosa, mientras que el perdón yacía blando e impotente en el fondo del alma, culpablemente consciente de que debía actuar, pero sin energía para hacer su trabajo. ¿Kurt y ella tendrían la fortaleza para resistir esa tentación?

"Aunque olvides tu pasado, él te recordará", era un proverbio que le gustaba decir a su madre. Hedy suponía que solo en los años por venir descubriría si era verdad.

Las olas eran violentas ahora, y el barco se movía hacia adelante y hacia atrás mientras recorría la bahía sur de la isla y se preparaba a rodear el Punto Noirmont. Hedy se sujetó fuerte de la baranda, sintiendo que fuerzas invisibles estaban empujando y tirando del casco, luchando con él debajo de la superficie. Las corrientes del Canal tratarían de llevar el barco hacia el oeste mientras este presionaba hacia la costa inglesa; solo la fuerza de los pistones de acero lo mantendrían en el rumbo.

Hedy cerró los ojos mientras el viento helado le lamía la piel y sonreía en la oscuridad. Kurt y ella estarían bien. Encontraría una forma de superar su pasado, de buscar tierras diferentes y crear nuevas aventuras. Europa estaba quebrada, pero ya miles estaban reuniéndose con herramientas, ideas y leyes con las que remediar la situación. A cien millas de distancia en este mismo momento había unos niños pequeños a los que les informaban sobre la inminente llegada de Hedy, y estaban haciendo una cama fresca para ella en un hermoso dormitorio en el campo. En algunos meses, Kurt sería un hombre libre. Y, en algún lugar

más allá de ese horizonte invisible, estaba el fresco atractivo del puerto de Weymouth, granjas de trabajo y pueblos dispersos, campos arados con trigo de invierno y la fresca luz dorada de la mañana.

Agradecimientos

La idea de escribir este libro y gran parte de las fuentes que lo informaron provinieron de la doctora Gilly Carr, conferencista sénior de la Universidad de Cambridge y autora de numerosos libros, publicaciones y artículos sobre la historia de la ocupación. Sus publicaciones "The Jew and the Jerrybag: The Lives of Hedwig Bercu and Dorothea Le Brocq" (*Journal of Holocaust and Genocide Studies*, vol. 33(2), 2019), y su presentación ante el Yad Vashem World Holocaust Remembrance Center para la aceptación de Dorothea Weber (nacida Le Brocq) para el estatus de "Justos entre las Naciones" desempeñaron un papel fundamental en la concepción de esta novela. Sin la asistencia de la doctora Carr, que me permitió un generoso acceso a su investigación, documentación e invalorables relatos personales, este proyecto no habría sido posible y, por eso, ella tiene mi sincera gratitud.

Debo agradecer a Bob Le Sueur y Bruce Scott Dalgleish por compartir sus recuerdos personales; a Susannah Waters y Julie Corbin por su sustancial asistencia en mi transición de guionista a prosista; a Maurice Gran, Jo Briggs y Gabbie Asher por su investigación sobre cuestiones y frases judías; al brillante George Aboud, que hizo más que nadie para ayudarme a dar forma a este proyecto, todo por la amabilidad de su corazón de escritor; a mi difunta abuela Grace Lecoat por transmitirme la canción de los "Hermosos nabos" (originalmente de una producción amateur del Green Room Club de esa época).

Gracias también a Sean McTernan, a mi agente literario John Beaton por mostrar fe en el proyecto y a mi increíblemente comprensiva editora Alison Rae.

Finalmente, a mi fantástico esposo, que lidió con mis frecuentes berrinches y la insistencia en que este proyecto era imposible de terminar, con su habitual estoicismo, su humor y su amor.

JENNY LECOAT nació en Jersey, y sus padres se criaron bajo la ocupación alemana. Después de graduarse en Arte Dramático en la Universidad de Birmingham, se mudó a Londres y fue comediante de *stand-up*, presentadora y periodista. En 1994 se convirtió en guionista de televisión de tiempo completo. Escribió comedias, programas para niños y dramas, hasta que su interés por las historias reales y biográficas la inspiraron a redescubrir sus raíces isleñas. En 2017 se estrenó su largometraje *Another Mother's Son*, sobre las actividades de resistencia de su familia durante la guerra. *Hedy* es su primera novela. Está casada con el guionista Gary Lawson y vive en Hove, East Sussex, Inglaterra.

Índice

Prefacio

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Epílogo

Agradecimientos

LeCoat, Jenny
Hedy / Jenny LeCoat. - 1a ed . - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : El Ateneo, 2020.
Libro digital, EPUB
Archivo Digital: descarga y online
Traducción de: Emilia Ghelfi.
ISBN 978-950-02-1109-3
1. Narrativa Inglesa. 2. Novelas Románticas. 3. Guerra Mundial. I. Ghelfi, Emilia, trad.
II. Título.
CDD 823

Hedy
Título original: *Hedy's War*
Copyright © Jenny Lecoat 2020
Publicado originalmente por Polygon, un sello editorial de Birlinn

Derechos exclusivos de edición en castellano para América Latina
© Grupo ILHSA S.A. para su sello Editorial El Ateneo, 2020
Patagones 2463 - (C1282ACA) Buenos Aires - Argentina
Tel.: (54 11) 4943 8200 - Fax: (54 11) 4308 4199
editorial@elateneo.com - www.editorialelateneo.com.ar
Dirección editorial: Marcela Luza
Edición: Marina von der Pahlen
Producción: Pablo Gauna
Traducción: Emilia Ghelfi
Diseño de tapa: Eduardo Ruiz
Diseño de interiores: María Isabel Barutti
Foto de tapa: Magdalena Russoka © Trevillion Images

1ª edición: octubre de 2020
ISBN 978-950-02-1109-3

Queda hecho el depósito que establece la ley 11.723.
Libro de edición argentina.